

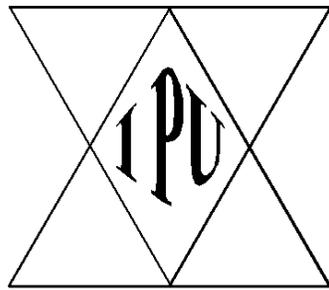
PIETRO UBALDI

PROFECÍAS

INDICE

GÉNESIS DE LA II OBRA.....	3
CAP. I – EL FUTURO DEL MUNDO.....	33
CAP. II – EL PENSAMIENTO Y LA VOLUNTAD DE LA HISTORIA.....	46
CAP. III – LAS TRES REVOLUCIONES Y LA TERCERA IDEA.....	58
CAP. IV – LOS TIEMPOS HAN LLEGADO.....	76
CAP. V – LA FUNCIÓN HISTÓRICA DE BRASIL EN EL MUNDO.....	91
CAP. VI – EL APOCALIPSIS (PARTE I)	102
CAP. VII – EL APOCALIPSIS (PARTE II).....	114
CAP.VIII- NOSTRADAMUS, MALAQUÍAS, LA ASTROLOGÍA, LAS PIRÁMIDES, DANIEL.....	128
PIETRO UBALDI Y SU OBRA	

INSTITUTO PIETRO UBALDI DE VENEZUELA



www.ubaldi.org.ve
info@ubaldi.org.ve

GÉNESIS DE LA SEGUNDA OBRA

Escribo desde tierras Brasileñas, en San Vicente, su “cellula mater”, en la navidad del 1955, a tres años de haber desembarcado, el ocho de diciembre de 1953 en esta mi nueva patria. Lo hago en la vigilia del lanzamiento de una segunda Obra de doce volúmenes como la anterior, una nueva Obra que pudiese ser definida como brasileña, respecto de la primera que fue italiana. A la conclusión de esta, como puente ideal de conjunción con la segunda Obra, resumimos, en su primer volumen intitulado, “*COMENTARIOS*”, una serie de documentos que en la conclusión de la primera Obra, abren la puerta a la segunda.

Ahora bien, explicaremos aquí la génesis de esta segunda Obra. Narraré así, yo mismo, este primer periodo de mi historia brasileña, dado que mi vida es conocida por la prensa solo desde 1951, cuando fue escrita⁽¹⁾. Debo explicar todo ello para que además de todos los comentarios y juicios hechos respecto de los acontecimientos, inclusive aquellos hechos sobre mi trabajo, en estos tres primeros años brasileños, se comprenda el verdadero significado de todo, observándolo en profundidad. Debo hacer comprender el sentido de esos hechos, que pasaron desapercibidos a muchos, a pesar de su gran importancia. Esto porque en estos tres años de refinado sufrimiento, por el asalto de las fuerzas del mal, no solamente el bien venció, sino que esa victoria nos colocó ante los ojos las pruebas evidentes de que mi misión en Brasil es realmente verdadera. Y ciertamente en este periodo fueron lanzadas las bases de esta misión y el edificio comienza ahora a elevarse.

Podre así además explicar el nacimiento de esta segunda Obra que ahora es presentada al público brasileño con sus características y significado. Se trata por lo tanto de esclarecimientos necesarios en este nuevo y gran punto de inflexión en mi vida en el cual comienza un periodo de realización práctica en Brasil, luego de un periodo teórico italiano cuando solo escribí libros (primera Obra). En el siguiente volumen, “*COMENTARIOS*” con que se inicia la presente segunda Obra, fue lanzada una mirada retrospectiva hacia la primera Obra, la italiana. En esta introducción de la segunda Obra, hacemos lo contrario, echar un vistazo a nuestro futuro trabajo, demarcando las nuevas posiciones sobre las cuales edificaremos en nuevo edificio.

Expondremos el problema con inteligencia y bondad, sin rencores (como normalmente hacen los vencidos), sino antes bien, con generosidad de vencedor. Hemos de estudiarlo racionalmente, sin animosidad, para demostrarle a los incrédulos, y también a los más fervorosos adeptos de cualquier religión, que Dios es, en verdad, Omnipresente y Operante también en la Tierra y que Su Ley es Verdadera.

⁽¹⁾ Referencia al libro “Vida de Pietro Ubaldí” de Clovis Tavares, Editorial Lake, Sao Paulo, 1951, posteriormente anexo a la colección ubaldiana bajo la forma de Introducción a la Obra. En 1952, aparece en el primer volumen de la primera trilogía “*GRANDES MENSAJES*”, Editorial Lake, Sao Paulo. (N. del T.)

Damos la palabra a los hechos. Ellos demuestran que el bien es realmente más fuerte y sabe vencer todos los obstáculos que impone la maldad. El objetivo es ofrecer una lección moral.

Este trabajo se presenta en dos fases. La primera, mucho más breve, representada por el presente capítulo para explicar el caso vivido y sus consecuencias. Posteriormente, una segunda, más amplia, con la finalidad de desarrollar y demostrar, sobre bases experimentales, la teoría de la defensa a través del método evangélico de no resistencia y de la lucha conducida sin armas humanas, sino solamente con el poder del conocimiento y la bondad. Esta segunda fase será desarrollada en el Volumen “*LA GRAN BATALLA*”.

De los choques sufridos obtuve grandes enseñanzas solo para cumplir mi misión. Tuve que descender del terreno teórico de simple escritor al terreno práctico de las realizaciones. Y si ahora escribo sobre el asunto es solamente para comunicar enseñanzas que pueden ser útiles a otros. En estos tres años, he visto la mano de Dios trabajando junto a mí, realizando una serie de milagros, uno tras otro. Contra cualquier probabilidad o posibilidad humana, he visto al bien triunfar. Lo he visto y tocado con mis manos. Ahora, ya no es posible dudar. Tengo las pruebas y estoy seguro del futuro. Sobre ellas se ha de levantar la nueva construcción de Cristo. Y las fuerzas del mal no podrán contra ella.

No se trata de cualquier fe nebulosa o fantástica, sino de una férrea creencia, porque es racional y experimentalmente construida sobre hechos. Procedamos pues, sin demoras, a su examen.

El desarrollo lógico de las fuerzas de mi vida sigue un ritmo – en periodos de veinte años – que comenzó a mis cinco años, cuando ingrese en la escuela primaria.

En mi primer periodo de veinte años, de los cinco a los veinticinco, forme mi cuerpo de adulto y en la escuela aprendí la mecánica del conocimiento (más no el conocimiento), esto es, aprendí a estudiar por mi cuenta. Finalmente, me formé en Derecho. En el final de cada periodo de mi vida, al iniciarse el siguiente, sobreviene algo distinto, bien sea un viaje o un cambio de ambiente. Este cambio puede ser dividido en tres fases, abarca exactamente el espacio de tres años.

Nacido en agosto de 1886, ingresé en el curso primario en 1891. Al término del primer periodo, en junio de 1910, completé mis estudios de derecho a los veinticuatro años. En el verano del 1911 a los veinticinco años realicé un viaje a los Estados Unidos, luego, en agosto de 1912 contraí nupcias a los veintiséis años de edad.

Se inició así el segundo periodo, el cual va desde los veinticinco años hasta los cuarenta y cinco. Deje la casa paterna y debí ir a confrontar el mundo. Comencé una vida distinta, de responsabilidad, de lucha, de sufrimiento interior y profunda maduración espiritual. En el periodo que va desde los cuarenta y cinco a los sesenta y cinco años, se repitieron con una distancia de veinte años, los mismos movimientos. A los cuarenta y cuatro años, en 1930, gané el concurso de cátedra profesoral de inglés en los gimnasios y liceos del estado italiano. En septiembre, a finales del verano de 1931 (luego de mi cuarenta y cinco aniversario) viajé a Sicilia, iniciando mi primer año de magisterio. Un año después, en septiembre de 1932, a los cuarenta y seis años, fui

transferido definitivamente a Gúbio, donde permanecí veinte años. Esto significó otro viaje, luego de la aprobación de un nuevo concurso, trayendo consigo otro cambio de ambiente que perduraría por veinte años. Luego de la maduración espiritual del periodo precedente, al iniciarse ese tercer periodo, había yo cedido a otros mis riquezas y me dispuse a ganarme la vida con mi trabajo. Fue en ese intervalo de tiempo, en Sicilia, que surgió el fenómeno inspirativo, desarrollado posteriormente en Gúbio, donde nació casi toda la primera Obra, ya publicada. Periodo de soledad, de trabajo de introspección, de producción conceptual de los libros.

Tuve que narrar todo esto, a fin de dar a conocer el despuntar y el desarrollo del periodo actual. Ya se inició el cuarto y último periodo de mi vida. En la Pascua de 1950, a mis sesenta y cuatro años, Su Voz me dice, como ya veremos, que la orden era mi mudanza al Brasil, donde debería cumplir una misión. Era un nuevo trabajo, una nueva transformación, como después de un nuevo examen aprobado.

En el verano de 1951 a los sesenta y cinco años, surge el motivo del viaje y realicé mi primera serie de conferencias en Brasil. Un año después, reaparece el motivo de la mudanza y en 1952, a mis sesenta y seis años, fijo residencia con mi familia en Brasil, con carácter definitivo. Una tan evidente regularidad rítmica en el desarrollo del fenómeno hace casi cierta la hipótesis de que el deba continuar desarrollándose, sobre la misma Ley y el mismo ritmo, igualmente, en el futuro.

Ya conocemos tres periodos de mi vida, esto es, tres cuartas partes del fenómeno. Así pues tenemos motivos para admitir que el último periodo – o el cuarto del fenómeno – deberá continuar su desarrollo conforme a la misma Ley que hasta ahora guió su movimiento. Deberemos por tanto, aceptar que me espera en Brasil un nuevo periodo de veinte años completándose así mi misión. En verdad, mis hábitos tuvieron que sufrir aquí un cambio radical. Y habiendo, precisamente en esa ocasión, terminado mi tiempo de servicio en el magisterio, me encontraba libre, pudiendo apartarme definitivamente de Italia. Examinando en profundidad mi vida, percibí en ella un desarrollo lógico de términos sucesivos, que se apoyan unos sobre otros ordenadamente. La conclusión lógica de todo el desarrollo llega a este último periodo de la realización práctica de la misión, con lo cual, todo el edificio resulta completo.

La conclusión es que el actual – el cuarto y último periodo de mi vida – de divulgación activa y realización práctica deberá durar hasta mis 85 años, luego de ello será posible desencarnar. Así pues mi trabajo debería continuar aquí en Brasil hasta 1971⁽¹⁾. Y más exactamente, si se repiten los movimientos precedentes, a mis ochenta y cuatro años, esto es en 1970, deberá acontecer una nueva promoción y una nueva transformación; el ascenso a un nuevo nivel en 1971, a mis ochenta y cinco años y la separación del cuerpo físico a mis ochenta y seis años, luego de este gran viaje, nuevo cambio de ambiente y labor, con la transferencia definitiva en otra forma de vida espiritual. No sabemos con certeza si ello ocurrirá. Mas es cierto que esta es la tendencia del

⁽¹⁾El Dr. Pietro Ubaldi terminó de escribir la última página del libro “CRISTO”, en la navidad de 1971, y desencarnó dos meses después, el 29 de febrero de 1972, a las 00:30. (N. del E.)

fenómeno. La armonía de estos ritmos no deja a un lado una cierta elasticidad de ellos y puede acontecer también que al final del proceso retome el periodo quinquenal del inicio, los primeros cinco años de la infancia, a ser utilizados, entonces, como reposo final.

Está encuadrada, de ese modo, en el plano general de mi vida, la fase de mi trabajo actual. Tenemos así cuatro periodos en sucesión lógica, uno para preparar el otro, culminando este actual, que es de conclusión, estimulado y sustentado por los anteriores. Representa todo eso la razón por la cual nací en este mundo, el objetivo de mi vida, termino lógico de mi destino actual.

Tenemos por consiguiente, cuatro periodos:

1^{er} periodo: formación exterior, física y cultural. De los cinco a los veinticinco años, esto es desde 1891 hasta 1911.

2^{do} periodo: maduración interior, espiritual, en el dolor. De los veinticinco a los cuarenta y cinco años esto es desde 1911 hasta 1931.

3^{er} periodo: primera manifestación espiritual (fenómeno inspirativo y producción conceptual de los libros). De los cuarenta y cinco hasta los sesenta y cinco años, esto es, desde 1931 hasta 1951 (periodo del magisterio en Gúbio);

4^{to} Periodo: realización concreta de la misión. De los sesenta y cinco años hasta los ochenta y cinco años, esto es, desde 1951 hasta 1971 (periodo brasileño).

Observemos ahora, más de cerca, los próximos antecedentes de mi transferencia para el Brasil, exponiendo, cómo y por qué me encuentro aquí.

El primer aviso de tan gran cambio, fue dado, cuando eso parecía absolutamente irrealizable, en la pascua de 1950, año en que despuntaba la primera alborada del tercer milenio, cuyo sol nacerá en el año 2000. Fue cuando Su Voz, en la mañana del domingo, en la hora en que Cristo resucitó, me dijo textualmente, estas palabras clarísimas y fuertes: “Ve al Brasil. La hora ha llegado. Ya es la hora en la cual se realiza tu misión. ¡Ve! Ahora o nunca”.

Luego de ello, ahondó, respondiendo a mis dudas, así como para fortalecer: “Ve, otros continentes te esperan. ¿No percibes la convergencia en este sentido de todas las fuerzas de tu destino? Escrito está, iras y triunfaras. Ve hijo mío, no puedes parar un impulso que se completa después de veinte años. Fuiste arrastrado a ello y no podrás parar hasta que no llegues al fin. Todo está preparado, nada te faltará hasta que llegues a la meta. No temas. Confía en mí, que siempre te he protegido. Cuando estés cansado y sin fuerzas, abandónate en mi, y yo trabajaré por ti. No te preocupes por tu familia. También será socorrida y resguardada de todo peligro. ¿No te he dado pruebas hasta hoy de mi presencia activa y continua en este sentido? ¿Por qué habría de abandonarte ahora? Vencerás. Este es mi aviso, en esta mi pascua de resurrección de 1950”. “En el volumen, que bien intitulaste Cristo, te espero para hablarte. Tú, que transpones los tiempos con tu misión, ahora comenzarás a resurgir y, al poco tiempo, continuaras subiendo en mi alegría y en la victoria de tu encargo. Alégrate, Pedro, Porque ahora resurges en mi resurrección y las fuerzas del mal no prevalecerán. ! ¡Ve! ¡Anuncia al mundo mi nueva civilización el espíritu! Esta es mi determinación de hoy, Pascua de 1950”.

Incrédulo no admití que pudiese acontecer lo que entonces parecía irrealizable. Espere la confirmación de los acontecimientos, para que fuese posible obedecer. Y, contra todas las

posibilidades humanas, el prodigio sobrevino. En julio de 1951 volaba para el Brasil, donde permanecí cinco meses. Había realmente comenzado mi misión en el mundo.

En ese periodo de realización práctica, las cosas acontecían siempre así: Primeramente llegaba el aviso u orden de Su Voz. Pareciéndome algo difícil de realizarse, esperaba los acontecimientos. Y he allí que sobrevenían los hechos sucesivamente, se hacían fáciles e increíbles. Entonces, me era posible obedecer.

Véase otro acontecimiento: estas palabras que ahora se están transformando en realidad, fueron anteriormente pronunciadas en una visión que a mí concierne y que significa un mirar profético más amplio sobre el desarrollo de esta misión mía. Esa visión es parte del volumen “*LA NUEVA CIVILIZACIÓN DEL TERCER MILENIO*”, concluido en 1945 y publicado en Italia en 1949. Y allí, a las palabras anteriormente transcritas, Su Voz añadió: “Ve, yo te precedo. Sígueme”.

Presento ahora, a los escépticos esta pregunta. ¿Es posible auto-sugestionarse con esas voces, que podrían ser producto del subconsciente o de ilusión psíquica? Por eso debería esperar la confirmación de los hechos.

Cuando, sin embargo, después de un aviso, en la ocasión aparentemente irrealizable, los acontecimientos que naturalmente no puedo comandar, por si mismos comienzan a disponerse en orden, en convergencia para el mismo fin. La plena realización de lo que entonces parecía utópico, cuando todo eso acontece, como yo mismo vi, pregunto si es lícito hablar de autosugestión. O si es posible admitir que esa autosugestión pueda tener el poder de mover las cosas del mundo exterior y coordinar, para un fin determinado, los actos de muchas personas. A esto se une, que esas personas son muchas, desconocidas las unas de las otras, ignorando el objetivo por el cual trabajan, personas independientes de mí, que frecuentemente no conozco y sobre las cuales no puedo ni quiero influir. Entre tanto, esas personas trabajan harmónicamente, coordinadas en la dirección de una única meta, que hace real la orden que me fue anunciada, cuando su cumplimiento parecía imposible a todos. Cada una de esas personas aparece en el momento exacto y ajustada al trabajo particular que debe ejecutar. Aparece inesperadamente, no buscada por mí, hace lo que debe hacer y después desaparece para siempre.

La inteligencia que todo lo dirige hacia un blanco anunciado, independiente de mí, no está en esas personas, por cuanto cada una de ellas lleva a cabo su pequeño servicio, ignorando el plan general, en que todas, todavía, tienen parte.

La presencia de tal inteligencia no puede ser negada, pues he presenciado los hechos, que serian inexplicables sin ella. No solamente yo, sino que también muchos escépticos que también los vieron y no los pudieron negar.

No podemos más que preguntar, ante lo que hemos visto, ¿dónde se encuentra la causa de tales efectos? Estos son indiscutiblemente inteligentes. Su causa debe ser, por ende, también inteligente. Entonces, la presencia de una mente que dirige y una voluntad que comanda hacen evidentes, como única hipótesis que de todo puede darnos una explicación, que de otro modo nos faltaría.

Su causa no se encuentra en seres humanos en acción, eso quiere decir que ella debe estar localizada en algún otro mundo que huye a nuestros sentidos y también dirige nuestro mundo visible.

Los seres humanos que vemos en actividad son, de esta forma, apenas instrumentos, movidos por impulsos extra-terrenos. A los efectos visibles, que claramente percibimos, no podemos dejar de atribuir una causa. De esa lógica rigurosa no se puede salir más que atribuyendo a esos efectos una causa situada en otro ambiente distinto al nuestro, material y conocido.

Los hechos, por lo tanto, nos comprueban, en este caso, la presencia de fuerzas espirituales que dirigen los movimientos, míos y los ajenos, necesarios para el cumplimiento de mi misión.

En resumen, tenemos: 1) el pre-aviso o la orden, en un momento en que no parecen realizables; 2) la distribución de los acontecimientos en posiciones coordinadas para la realización de ese aviso preliminar u orden; 3) su plena realización, sin que haya pensado o actuado con ese objetivo, sino apenas pretendiendo obedecer; 4) el poder de esa inteligencia y voluntad directriz es tan grande que siempre vence y supera cualquier obstáculo. Siendo así, todo eso no se puede explicar, bien sea en su aspecto profético o su forma prodigiosa, sino viéndolo todo a la mano de Dios.

Quise relatar esas cosas con el objetivo de hacer comprender que las directivas de mi trabajo no parten de mí y, mucho menos, pueden ser dadas por cualquier criatura humana.

En esta misión, tanto yo como aquellos que a mí se aproximan para colaborar en ella, no podemos dejar de ser, sino instrumentos de esa inteligencia y voluntad superior que todo lo quiere y guía. De este modo se entiende claramente como los elementos extraños que se aproximan a esta Obra para sujetarla a sus fines particulares, son inmediata y fácilmente apartados del campo de trabajo por aquel mismo poder dirigente.

Dios los llama. Si son honestos y obedientes, permanecen. De otra forma, algunos son solamente utilizados para la Obra, al mismo tiempo que siguen sus ilusiones personales que las fuerzas superiores permiten que aparezcan ante sus ojos. No hay otro medio de hacerlos actuar, pues sin una finalidad egoísta no harían nada. Así pues, estos últimos acaban realizando una labor útil para la misión, más completamente diferente de aquello que desearían y creerían poder realizar para su ventaja personal. Ejecutan, de ese modo, un trabajo que no comprenden. Al terminarlo, son naturalmente apartados, debido a que sus objetivos eran tan solo para un fin egoísta, se transforman en obstáculos. Por ello son eliminados, a fin de que solamente el bien sea vencedor, como es Ley en las obras de Dios.

Allí también se ve la aplicación del principio general que determina: las fuerzas malignas acaban por trabajar a favor de las fuerzas del bien.

Expusimos todo eso para que se puedan comprender mejor los acontecimientos que ahora vamos a narrar.

Con esos pre-avisos y órdenes, Su Voz acompañaba mi trabajo para guiarme y sustentarme. Otro contacto importante aconteció en 1951 aquí en Brasil. En la noche del seis de agosto de ese año, momento antes de ir al Teatro Municipal de Sao Paulo, a fin de ofrecer una conferencia, me

recogí en silencio en mi cuarto. Percibí claramente, que estaba llegando a una nueva curva de mi destino: comenzaba para mí una nueva vida pública, luego del precedente veintenio de introspección y silencio en la soledad de Gúbio.

Estaba preocupado por las nuevas e inesperadas perspectivas que se abrían ante mí. Las aceptaba con espíritu de obediencia, como siempre. ¿Cómo podría en Brasil cumplir una misión tan amplia? Fue entonces que Su Voz me dijo, entre otras cosas, estas palabras para mí en aquel momento increíbles: “El mundo vendrá a tu encuentro y te ayudará en todo lo que fuere necesario”. Era la promesa de ayuda material indispensable al cumplimiento de la misión. Me refiero a esa promesa porque, después, prodigiosamente, ella jamás se malogró y de nada sentí carencia, nunca. Por ella se explican los hechos que ahora se exponen. Esta misión mía ya había sido anunciada en sus líneas generales y su desarrollo descrito en la “visión” referida anteriormente, en el libro *“LA NUEVA CIVILIZACIÓN DEL TERCER MILENIO”*.

Ahora, sin embargo, todo se concretiza. No ya solamente a las ideas generales, sino como un desencadenamiento de acontecimientos. Todo era anunciado de modo objetivo y pormenorizado, pues ya había llegado la hora de enfrentar la realización práctica. Se pasaba de las palabras a los hechos. Después, todo habría de acontecer.

He allí, que luego después, surge una segunda y más precisa confirmación. En la noche del diecisiete de agosto de 1951, en Pedro Leopoldo, Minas Gerais, estaba yo sentado en la mesa, al frente del famoso médium Chico Xavier. Doce personas estaban presentes. Mientras él escribía un mensaje de San Francisco de Asís, yo, inesperadamente, me sentí impulsado a escribir otro mensaje, de igual contenido y de contenido parecido, que luego fue verificado por muchos. Los dos mensajes fueron publicados y considerados auténticos. Por lo que debemos aceptar sus palabras.

El mensaje de Su Voz decía: “Hoy ha llegado la hora y Yo te digo: levántate y trabaja. He aquí que se inicia una nueva fase de tu misión en la Tierra, precisamente en Brasil (...) Brasil, de cierto es la tierra escogida como cuna de esta nueva gran idea que redimirá al mundo. Ahora tu misión es de acompañarla con tu presencia y desarrollarla con acción, de forma concreta. Todos los recursos te serán proporcionados (...) Todo ya está determinado y nada podrá interponerse (...) Las fuerzas del bien son más poderosas y tienen que vencer (...). Pedro, te confío esta nueva tierra, Brasil, la tierra que debes cultivar. Trabajo inmenso, mas tendrás inmensos auxilios. Estoy contigo y las fuerzas del mal no prevalecerán”.

El mensaje recibido por Chico confirmó estas palabras: “No te detengas. ¡Camina! ...(...) Ilumina el camino, buscando la lámpara del maestro, que jamás te faltó. Avanza (..) Cristo en nosotros, con nosotros, por nosotros y en nuestro favor, es el cristianismo que necesitamos revivir frente a las tempestades, de cuyas tinieblas nacerá el esplendor del tercer milenio”. Para quien cree en los mensajes mediúnicos todo eso se verificará. Para quien no los acepta, existen las pruebas de los hechos, que muestran que esos mensajes, como veremos, se están cumpliendo con precisión.

Continúa siempre, de ese modo, acompañando el mismo pensamiento, la serie de pre-avisos y órdenes. Y en seguida, su ejecución.

La misión preanunciada es, como se verifica, siempre más y más confirmada con palabras y mantenida por los hechos, que la van guiando para su plena realización.

Terminada la serie de conferencias, de norte a sur de este inmenso Brasil, aterrizaba yo en Roma, en el avión proveniente de Rio de Janeiro, en la víspera de la navidad de 1951.

En la Pascua del año siguiente, en 1952, en Asís, junto a la tumba de San Francisco, Su Voz me dijo: Prepárate. Viajarás con toda tu familia al final de este año. La próxima Navidad la pasarás en Brasil. Es como si todo ya hubiese ocurrido”.

Dispuesto a obedecer, como siempre, espere que los acontecimientos hicieran posible lo que parecía irrealizable. No es fácil para alguien, casi septuagenario, mudarse con su familia –esposa, hija y dos niños – para otro hemisferio y, además de eso, sin recursos. Solo un prodigio podría hacer que eso ocurriese. La verdad, sin embargo, es que el prodigio ocurrió.

Aquellos que después, aquí en Brasil, me reprochaban haber cometido esa imprudencia, casi locura (como decían) de mudarme con toda mi familia para acá, desconocen el irresistible poder de las ordenes espirituales y la imposibilidad de desobedecer las fuerzas de lo alto, a las cuales acepte ligarme incondicionalmente.

En 1952, año de exhaustiva preparación para el viaje, pude observar una serie continua de prodigios, personas escépticas lo testimoniaron y tuvieron que reconocerlos como tales.

Citaré apenas un hecho. Faltaban quince días para la partida del navío, cuando, de manera inesperada, siguieron dificultades imprevisibles de algunos documentos para el pasaporte, dificultades que no podían ser superadas en un lapso menor de tres meses. Caminaba, desesperado, de una sección a otra, cuando mi hija me dice que aquel era un momento adecuado para un milagro. Si no, tendríamos que prorrogar el viaje y nadie sabría hasta cuándo. Eso porque surgirían enormes dificultades, con la prorroga, y solo se podría realizar en pleno invierno, enfrentando nieve y frío. Y el milagro ocurrió.

Aparentemente por mera casualidad, encontré en aquellas secciones a un ex alumno abogado, que era justamente el secretario de la persona de quien dependía el caso: y todo se consiguió fácilmente y se resolvió en tres días.

Así pues, viajé en el tiempo pautado, saliendo de Génova a finales de noviembre. En el embarque la Voz me dice: “Yo mismo guiaré el navío. Será una travesía esplendida, clarísima, sin tempestades. Esto te probará mi presencia, que resplandecerá en la proa: seré el timonero de la nave”. Y así sucedió. El personal a bordo confesó que raramente había visto una travesía tan tranquila.

Durante el viaje, me dirigía muchas veces a la proa que estaba en dirección sur. Avanzaba majestuosa, a través del Atlántico Inmenso. Todas las veces que a la proa me aproximaba, percibía, al frente de la nave, la presencia luminosa de Cristo, que la guiaba por los mares luminosos del Sur, en la dirección de la tierra inmensa del futuro; Brasil. La Voz me decía: “No temas. Estoy contigo. La nave sigue la trilla de mi voluntad. Confía en Mí. Vencerás”.

El ocho de diciembre de 1952 desembarcaba en Santos, donde permanecería definitivamente, residiendo en aquella misma playa donde el padre Anchieta ya había vivido. Todo había acontecido con exactitud y la Navidad de 1952, como me había sido predicho, la pasé en Brasil. Ese periodo representa una parte importantísima del desarrollo de mi destino. Señala mi ingreso a la vida pública, después de veinte años de preparación en los solitarios silencios de Gúbio.

Había realizado hasta entonces un trabajo de maduración interior y de pensamiento. Ahora, por el contrario, debería vivir a disposición de todos, sin refugios de silencio para concentrarme. Un mundo en que ya no era posible pensar.

Yo, que jamás había hablado en público, ni siquiera en italiano, tuve que convertirme un poco en orador, y utilizar la lengua portuguesa y vivir viajando continuamente sin descanso.

Estaba acostumbrando a una vida solitaria, de meditación, en una casa donde nadie iba, teniendo yo la disposición, de ese modo, de disponer absolutamente de mi tiempo, abstrayéndome largas horas en elevación de pensamiento y perdiendo contacto con el mundo.

Ahora bien, debía habituarme a vivir en una casa en donde cualquier persona pudiera llegar a cualquier hora, con pleno derecho a ser recibida y escuchada. Considérese además el clima cálido y la alimentación totalmente distinta. Urgía también el trabajo indispensable de dominar el nuevo idioma, sin el que no sería posible el relacionamiento necesario, el comprender y el ser comprendido.

A todo esto se añade el gravísimo deber de defender y sostener una familia cuyo único sustentáculo era yo.

Llegaba al Brasil cansadísimo del viaje de 1951 y de los preparativos de la mudanza en 1952. Soñaba lanzarme, confiado, en los brazos de los amigos que ya conocía y entre ellos vivir en paz para escribir mis libros.

Se desarrollaban las cosas, sin embargo, de un modo distinto. Sobrevino, por el contrario, una nueva prueba, bien dura para mí. Reconozco ahora que ella despuntó, no solamente conforme a la lógica del desarrollo de mi destino, sino que fue sobretodo útil.

Eso por dos razones: 1) para madurar aún más mi personalidad, cosa necesaria a mi renovación en un ambiente nuevo, con vistas al emprendimiento de un trabajo distinto, 2) para echar las bases de mi misión de un ejemplo vivido, a todos manifiesto, en el cual varias personas habían tomado parte, un ejemplo que no dejase dudas sobre la naturaleza de nuestra Obra.

Es este el lado más importante del problema, por encerrar un gran contenido moral. Es para mostrar eso, es para patentar el íntimo valor de los acontecimientos espirituales considerados, es para realizar una obra de bien el por qué escribo estas cosas.

Fue en ese sentido de bien que Cristo quiso este ejemplo, a fin de que la misión, al inicio de su fase pública de realización, lanzase, con hechos positivos y verdaderos, sus sólidos fundamentos en la realidad experimentada y concreta.

No espere el lector una crónica pormenorizada de tales acontecimientos, con nombres y lugares. El objeto de este escrito no es una auto-defensa, si una reacción personal. No estoy escribiendo para quejarme o para acusar, sino para estudiar cómo funciona la voluntad de Dios. No me interesan las des-razones o las razones, ni los puntos de vista humanos.

Por el contrario, me extasió la contemplación de los planes de Dios, por medio de los maravillosos caminos del bien, atónito ante la sabiduría con que vi su realización. Aquí no aparecerán las palabras divulgadas respecto de este caso. Este es tan sólo un trabajo constructivo, con miras a mostrar cómo el bien es más fuerte y sólo él triunfará.

Esta tesis, aquí esbozada apenas, será desarrollada posteriormente, con base en enseñanzas nacidas de las pruebas de estos tres años, en el último volumen de la primera trilogía de la segunda Obra – “*LA GRAN BATALLA*”.

Queremos, en este capítulo introductorio, como en aquel libro demostrar el significado y el poder del método de no-resistencia defendido en el Evangelio; mostrar la técnica de su funcionamiento y cómo, sabiendo usarlo, representa la más poderosa arma para vencer todas las batallas, tanto en la Tierra como en nuestro triste mundo de astucias y violencias.

Buscaré, desde ya, llevar para el terreno realista de las luchas humanas que en este periodo he vivido, venciendo con este sistema, esa osadísima tesis del Evangelio, que ninguna persona considerada como practica tiene en cuenta, pues los acontecimientos de estos años autorizan a exponer a los ojos del mundo escéptico.

De allí su gran importancia y de allí también conviene explicarlos y entenderlos en su contenido profundo.

Estos hechos concretos, a través, de los cuales fue hecha la justicia de Dios, por Sus propias manos, sin ninguna influencia mía, premiando o castigando, esos hechos repito, hicieron despuntar una nueva obra que aquí se presenta. Esos acontecimientos constituían el punto de partida para la primera trilogía, así como su motivo fundamental. Aun con graves choques, renovaron mi personalidad y le dieron una nueva dirección a mi pensamiento, naturalmente indispensable para escribir una nueva obra.

Importa que yo mismo, que conozco los hechos, los narre bajo su verdadera luz espiritual. El hecho que más me sacudió y que impresionará al lector inteligente, es ver a pesar de los puntos de vista particulares, partidarios y utilitarios, la maravillosa presencia de Cristo, quien guió todo, sin que yo lo supiese, a fin de que Su pobre instrumento pudiese resistir a todo y a todos, alcanzando prodigiosamente la victoria.

Así, con razón, pude concluir una conferencia en Radio Progreso, de Sao Paulo, en la noche del seis de agosto de 1955:

“(…) Cristo siempre estuvo presente y actuante junto a mí en esta lucha y siempre me salvó. Tengo pruebas positivas de que así sucedió y que ello es real. Esos prodigios son para mí un testimonio seguro de que mi misión es verdadera y viene de parte de Dios, pues de otro modo no me habría ayudado. Milagros como estos no acontecen todos los días y no pueden ser realizados por los hombres.”

“Este trabajo no es fantasía. Mi creencia es férrea, porque esta concretizada en hechos. Las teorías pueden ser discutidas, pero los hechos son comprendidos por todos. Estaba en el plan de Dios, además de los libros, un sólido ejemplo de la manifestación de las fuerzas espirituales también en el plano del mundo práctico; un ejemplo a través del cual Cristo da pruebas de Su presencia y poder, permitiendo a un instrumento Suyo, pobre, desprovisto de cualquier recurso humano, vencer todos los obstáculos suscitados por seres poderosos y organizados, para confirmar que la misión es legítima y que nadie tiene el poder de interrumpir lo que es de la voluntad de Dios”.

“Esta es la gran lección moral que debemos aprender de esta lucha y de mis sufrimientos. Valió la pena sufrir, pues los sufrimientos dieron sus frutos. Cristo avanza, Cristo vence. Nadie puede interrumpir Su camino triunfal aquí en Brasil”.

“Este es un buen ejemplo para todas las religiones y grupos. Es una verdad que puede traer beneficios sin distinciones, con absoluta “imparcialidad” y “universalidad “que son las dos palabras de mi bandera. Ellas significan: perdonar, abrazar y hacer el bien a todos”

“Mi conclusión, para despedirme de mis queridos amigos brasileños, no es solamente de gratitud y de amor. No es de tristeza sino de alegría. No estoy aquí para manifestar penas, ni para condenar a nadie, sino para alegrarme, junto a los buenos, con la victoria de Cristo. Si los años 1953 y 1954 fueron años de lucha y sufrimiento para mí, este 1955 representa el inicio del desarrollo de una misión en Brasil. Salgo de esta lucha muy cansado. Luchar durante el día, lleno de preocupaciones, escribir libros durante la noche, solo, en un país nuevo, eso agotaría hasta a un joven de veinte años”. “Si físicamente está cansado este hombre de sesenta y nueve años que a vosotros habla, su alma no se agota. El quiere vivir más tan sólo para donarse totalmente a sí mismo, de mente y corazón, a este su gran y buen amigo, el pueblo del Brasil”.

Así comenzó mi vida brasileña. Percibí de inmediato que me faltaban dos cosas absolutamente necesarias para quien quiere cumplir una misión: independencia espiritual e independencia económica. En otras palabras, en un país plenamente libre, me faltaba libertad. Es evidente, todavía, que quien debe obedecer a Dios no puede obedecer a los hombres. Quien es instrumento de lo Alto no puede ser instrumento de los intereses y objetivos humanos.

El error elemental de algunos compañeros de mi ambiente de 1953/1954, que era el mismo de 1951, fue el no haber comprendido que mi misión era verdadera, que en ella Cristo trabajaba realmente, sosteniéndome; que yo era impulsado y defendido por fuerzas espirituales (que luego demostraron su poder) y, en consecuencia, nadie tenía el poder de impedir mi trabajo.

Siendo así, quien quiera que desee utilizarme para otros objetivos particulares – ya que no es posible dominar a quien obedece a Cristo, jefe único – sería apartado, como realmente sucedió después.

Muchos se acercaron a mí, no para colaborar, sino deseando utilizar mi vida en Brasil para otros fines que nada tenían que ver con mi trabajo, sino que tenían la intención de dificultarlo haciéndome perder tiempo y apartándome del verdadero camino.

Los mensajes y los escritos ya conocidos y publicados hablaban claramente y eran suficientes para esclarecer todo. Pero no fueron comprendidos.

Con esa finalidad quise advertir a quien debería, en primer lugar, haber comprendido con una carta, fechada diecinueve de enero de 1955, tomando posición definitiva y pronunciando las consecuencias. De esa carta transcribo aquí las conclusiones:

“A Brasil, a quien le doy los años más maduros de mi vida, pido, en mi condición de pobre, los mínimos recursos para una vida humana. Creí haber venido al Brasil a fin de realizar un trabajo espiritual y no a cuidar de ningún negocio. Ya perdí, de ese modo, dos años preciosos, que no volverán. El hecho de que mi misión esté siendo utilizada por algunos a favor de intereses particulares debe cesar absolutamente. El escándalo que amenaza convertirse público es este: que la lucha por la obtención de derechos de autoría, medios de subsistencia y por promesas incumplidas, como una casa inhabitable, me paraliza en el cumplimiento de mi misión. Quien con eso intenta detener la obra de Cristo asume una tremenda responsabilidad. A pesar de que no se crea en ella, la verdad es que existe una Ley.”

“También yo he asumido y asumo mis responsabilidades ante Cristo y ante Brasil. Cristo está viendo que el desempeño de mi misión no depende de mí y responsabilizará a aquellos que son culpados de ese incumplimiento. No nos olvidemos que Cristo, además de bueno, es poderoso y jamás permitirá a la libertad humana obstruir sus planes. Siendo estos de carácter histórico, todos los obstáculos serán hechos triza. Su Voz me pide eso en este momento para afirmar, solicitando además que esta carta sea conservada a fin de que releída de aquí en algunos años, se comprenda con las pruebas de los hechos que vendrán, el grave significado de estas palabras”.

“Mi deber es entregar a los espiritistas, porque ellos fueron los primeros en venir a mi encuentro, así como a todos los hombres honestos y de buena voluntad, una obra aún en su inicio y cuyos planes el mundo aún desconoce mas que vienen revelándose día a día. Ahora comienza el verdadero trabajo. Tengo necesidad de amigos que me auxilien y no de especuladores que me utilicen a favor de sus intereses. Estas personas, según Su Voz, deben ser distanciadas de la Obra. Considerando que detrás de mi está Cristo, a quien obedezco, esta orden está acompañada de invencibles recursos sobre-humanos para vencer. En este caso, los ingenios humanos, las astucias del mundo, son lo mismo que luchar con una espada contra la bomba atómica”. “En estos dos años, cada uno, con sus acciones, se autodefinió y auto juzgó delante de Dios, colocándose, por ende, en la deseada posición de cara de la Obra. El mundo también observa. Yo vivo bajo reflectores en el palco del mundo. Quien de mi se aproxima es visto bajo los mismo reflectores. También el hemisferio norte, Europa, los Estados Unidos nos ven. Todo lo que acontece está escrito en el libro de Dios y no se apaga mas”.

“Todos estamos llamados a colaborar en una obra inmensa. Yo no paso de ser un pobre instrumento que necesita de la cooperación de otros instrumentos. Ha llegado la hora que nos pongamos a trabajar, tomando cada uno su posición exacta y bien definida. El mensaje de Su Voz, dado en Pedro Leopoldo, en agosto de 1951, debe hacerse realidad. Nadie podrá alterar los planes de Cristo. Nadie puede detenerlos. Hoy Brasil fue escogido. Se espera ahora si aceptará o no. Un nuevo ejército, sin embargo, se está formando pues en Brasil las almas buenas y sinceras son muchísimas”. “Esta carta objetiva declara que en 1955 se inicia una nueva fase de mayor desarrollo en el plano de la misión. Todo lo que fue hecho hasta ahora fue tan solo una preparación. Resolvamos rápidamente este absurdo que el mundo está presenciando, es decir, que una obra como esta, pueda estar a la disposición de los intereses de un editor o de un propietario de una casa. Pongámonos a trabajar, como instrumentos de la misma Obra. El impulso ya fue dado, el terreno es virgen y fértil. Unámonos bajo la misma bandera de Cristo, que es el único y verdadero señor de esta Obra”.

“Estas son las directrices que en este momento Su Voz me determina transmitir, llamándonos nuevamente a afrontar la gravedad de esta hora.”

La respuesta que tuve solo se refiere a la parte práctica de la carta, de contenido económico, revelando hasta sorpresa por el hecho de mi mudanza al Brasil. Nada me fue respondido de la parte espiritual, la más importante.

Fue exactamente por prever que la carta no sería comprendida que se recomendó, como se dijo anteriormente, que ella fuese conservada, para que en una relectura posterior fuese entendida de cara a las pruebas de los hechos que habían de confirmarla.

La única respuesta que obtuve fue mi humillación.

De este modo, en vez de auxilios, lo que encontré fue obstáculos. Pesados obstáculos, pesadísimos para mí, que me encontraba sólo, sin recursos, en un país extranjero. Al final, todos fueron superados.

Siempre en plena obediencia aceptaba las pruebas de la mano de Dios, Su presencia me acompañaba, resolviéndolo todo.

El que yo haya podido resistir, y aun más vencer, fue un hecho tan prodigioso que hasta los creyentes dudarían, llegando a imaginar una cosa que yo jamás hubiera podido soñar, esto es, que yo hubiese premeditado fríamente, astutos planes diabólicos.

Todo se desdoblaba así. Surgía el obstáculo. Era como si un muro se elevase en medio del camino. Imposible avanzar. El terreno se hacía resbaladizo sin apoyo firme para los pies. Misterios, equívocos, malos entendidos, promesas tranquilizadoras que no se realizaban, esperanzas de ayuda que después se disipaban, una atmósfera engañosa de neblinas y espejismos, un mundo de cosas vagas e inalcanzables, de palabras cariñosas, afables, fraternas, pero vacías, inconsistentes y sin resultado. Era el mórbido envolvimiento del pulpo, era el sueño envenenado de los obstáculos, la alucinación en que no se consigue mas mantener el sentido de la realidad.

En ese mundo singular de cosas evanescentes donde las palabras asumían extraños significados parecidos a los verdaderos, en ese mundo escapado de la realidad, solamente Su Voz, firme, siempre me advertía: “ Tranquilízate. Aquel muro caerá. El obstáculo será superado”. Me preanunciaba los acontecimientos, de modo claro y exacto, como nadie lo hacía. Diferente de todas las promesas humanas, las Suyas se llevaban a cabo. Realmente, después el obstáculo era vencido; el muro caía.

Eso acontecía después de circunstancias imprevistas, no provocadas por mí, surgidas espontáneamente pero proporcionadas al objetivo de naturaleza capaz de superar las dificultades en el momento preciso.

Observando, verificaba realmente que una inteligencia superior comandaba todo, pues yo no podría saber tanto, ni poseía recursos para poder vencer, ni dirigía, de hecho, mis movimientos. Aquellas continuas victorias sobre todas las cosas, regularmente sin prisa, con la calma de las cosas eternas, sin jamás mínimos engaños, que me dejaban atónito.

La suerte podrá favorecernos una vez; pero lo que caracteriza la suerte es, sobre todo, la falta de inteligencia y de coordinación constante de movimientos con vistas a un fin determinado. La suerte nos podrá hacer vencer una vez, pero ella abandona rápidamente.

No podía explicarme a mí mismo una serie continua de prodigios por los cuales siempre vencía, a no ser por la presencia de una inteligencia que todo lo guiase. Así, Cristo lo comandaba todo y los vencía a todos.

Mi estado espiritual, ante ese ambiente humano, de primitiva confianza absoluta, tuvo que transformarse en desconfianza. Comencé a ver tras bastidores y me apoyé desesperadamente en Cristo, mi único amigo.

Cristiana y fraternalmente se dice de mí y de los míos todo lo que se puede inventar entre lo más calumnioso e inverosímil. Aunque se dijese lo contrario, en verdad no pedía riquezas, porque bien sabía yo que no tenía derecho a ellas. Pedía, por saber que a ello tenía derecho, la palabra sincera de amigo, y no esa nebulosa que me hacía perder el sentido de realidad, impidiéndome proveerme de mis necesidades y defenderme.

Su Voz continuaba amparándome, avisándome de que todo pronto se trasformaría. Yo esperaba, obedeciendo. He allí que de un conjunto de pequeños prodigios, moviéndose sucesiva y coordinadamente en la dirección de un mismo objetivo, nació el prodigio mayor de la separación de los amigos de la primera hora y del despuntar, bajo la orientación de lo Alto, de otros auxilios y nuevos amigos.

Voy a citar apenas dos de esos prodigios menores. Cuando en julio de 1954 me fueron cortados lo víveres, o sea, la parte mensual indispensable que recibía del editor para vivir, fruto de mi trabajo, en esos mismo días caía del cielo un auxilio equivalente, imprevisto y no solicitado.

Otro prodigio. En febrero de 1955, el día trece, un domingo, fui notificado de la supresión de las regalías mensuales referidas anteriormente. Pude finalmente cerciorarme de que los prometidos auxilios de los amigos fallarían. El lunes catorce, el oficial de justicia tocó mi puerta con una notificación judicial para desocupar mi apartamento. El ataque abría sus golpes decisivos, que deberían derribarme, lanzándome a la calle, sin medios de subsistencia. En esas horas, mi vida y la de mi familia estaban suspendidas en un hilo: la fe en Cristo. Éramos defendidos solamente por las fuerzas espirituales. Ellas vencieron. En ese mismo día, de muy lejos, sin que nada hubiese pedido, llegó la ayuda para comprar un nuevo apartamento, esto es, el dinero exacto para eso, ni más ni menos. Cualquiera podría pensar que yo había proyectado todo eso. La verdad, sin embargo, es que yo no planeé nada y todo fue un milagroso auxilio de Dios. ¿Cómo podrían admitir ese amparo aquellos que no creían en Dios?

Fui así, prodigiosamente salvado de los golpes durísimos y muy bien calculados, para que la otra parte no admitiese la posibilidad de la victoria. Fui salvado contra todas las probabilidades humanas, sobre las cuales las personas prácticas afirman sus bases. Salvo por el socorro de las fuerzas espirituales, fuerzas completamente ignoradas por esas personas, como lo demostraron. La lección moral es, que la Providencia de Dios no es una idea vana; muy por el contrario, funciona verdaderamente, desde que se verifiquen las condiciones necesarias a su ejercicio. Otro hecho debemos observar, además de sentir que ese amparo es justo, trayendo victoria, dando una señal de aprobación de Dios, como si Él mismo quisiese suscribir los acontecimientos. Este otro hecho es que los elementos humanos que deseaban desvirtuar la misión, sometiéndola a sus objetivos particulares, pudieran ver, sin la mínima intervención del instrumento que todo perdió, el derrumbe de sus planes e intereses. Eso en la forma y medida con que habían procurado sofocar y demoler la Obra.

Los que fueron alcanzados saben, porque así, en verdad, aconteció con ellos, que todo eso es real, aunque no lleguen a ver en el caso la mano de Dios. La reacción de la Ley no se detendrá en cuanto todo ellos puesto en práctica contra Ella no haya sido compensado. Y mientras, como quieren las fuerzas del bien, que todo lo mandan, ellos no hayan aprendido la lección. ¿Cómo es posible creer que Dios permita que se pueda abusar de los ideales y de las cosas santas por las cuales tantos sufren y se sacrifican? Y, mientras tanto, esos principios morales son difundidos y predicados en todas partes, por todas las religiones. Importa comprender que la falta no fue cometida contra mí, que nada valgo, ni merezco defensa: Fue contra Dios, contra los principios fundamentales de Su Ley.

Mi perdón no puede tener fuerza de impedir la reacción de la Ley. ¿Cómo puede, quien hace uso diariamente de esos preceptos, ignorar que ellos se realizan después, de hecho?

En vista de ello fui obligado a publicar en la prensa (y todos lo leyeron), teniendo por fin que terminar, en tanto podría hacerlo, con el sistema de recolección de donativos, cuya proveniencia desconocía, fondos nominalmente destinados a ayudarme. Ellos significaban para mí un peso de responsabilidad moral, aunque no trajesen en el océano de las palabras destinadas a saciarme, cualquier sustento que me permitiese cumplir el trabajo de mi misión.

Apartémonos de ese mar de tristezas y dirijámonos hacia costas más luminosas. Toda prueba tiene su fin, toda pasión debe transformarse en la resurrección.

En el tormento de dos años había sido pagado el tributo de ingreso en la nueva tierra. El bautismo de dolor recibido se asemejaba a una investidura de lo Alto, a darme el derecho al cumplimiento de la misión, confirmándola. En esa profunda maceración interior se sazonó en mí una nueva personalidad, ya no mística como en Gúbio, sino de lucha en el mundo para en el establecer el Evangelio con la evidencia de los hechos.

Todo eso si para quien no comprendía la Ley, violándola, se traducía en destrucción, para mí, que para vivir la Ley había sufrido, resultaba en construcción.

En 1955 hubo un cambio de guardia, esto es, un grupo de amigos substituyó al antiguo, nuevos amigos que me testificaba la gran bondad del pueblo brasileño, en que siempre confié. De este modo, se apartaron de mí los elementos negativos que eran parte del grupo de 1951. A ellos, no se les pedía nada más. Apenas que no hiciesen detener la Obra. Ningún resentimiento, ninguna reacción. Solamente Dios sabe y juzga: debemos, por ende, confiar en Él.

Lo que aconteció fue, tan solo un acto de legítima defensa, para que la misión pudiese cumplirse, ya que nadie tenía derecho, ni debía tener el poder de detener la Obra por la cual yo había sacrificado todo.

Se inició entonces en 1955, el trabajo libre, en el que ya los hombres no dirigían, sino Cristo. En ese año fueron echadas las bases concretas de la misión. En 1956 comenzó a elevarse la nueva construcción sobre esos fundamentos. En ese periodo, de hecho, fueron escritos los tres volúmenes de la primera trilogía de la segunda Obra.

Estoy aquí en Brasil no para disfrutar la vida o para reposar, más para cumplir mi misión, última consecuencia de los primeros actos solemnes asumidos en Sicilia, en 1932. Estoy aquí para rendir cuentas de mi trabajo, explicando no solo las dificultades superadas, sino además el esfuerzo realizado en tan duras condiciones. Explicaré como nació la segunda Obra, lo que aconteció con la primera, a fin de que nos orientemos de cara a los acontecimientos y fijar los aspectos característicos de ese periodo de mi vida.

Cada fenómeno tiene su Ley y ningún mecanismo puede funcionar sino según con las normas impuestas por su naturaleza. Todos comprenden que a fuerza de golpes no se puede hacer trabajar un reloj de precisión ni hacer funcionar un radio. Si no se siguen determinadas normas, los instrumentos no obedecen. No es el problema de querer o no querer.

Ahora, una persona que escribe por inspiración, como también acontece con los artistas o con quien quiere elaborar un trabajo original de pensamiento, es un instrumento delicadísimo, que siente los efectos de todas las condiciones ambientales.

No se puede impedir que ese instrumento, por su propia sensibilidad, registre todos los choques que le lleguen del exterior. A esos choques se suma que ellos se transmiten amplificadas por su hipersensibilidad y así se imprimen en la obra que el mismo instrumento produce, dejando en ella vestigios profundos. Acontece lo mismo que en la radiotransmisión, en que las descargas atmosféricas, que el oído humano no podría por si solo percibir, trastornan la audición hasta el punto de que no se oiga cosa alguna.

En esos dos años, 1953 y 1954, el ambiente estaba tan saturado de disturbios psíquicos, la atmosfera espiritual se tornaba de tal modo sofocante, las vibraciones dominantes se manifestaban con tan grande potencia destructiva, que se tornó imposible oír y registrar una voz tan excelsa como la que debería traer la luz del libro “*CRISTO*”. Lo inicié. Sin embargo, la necesidad de defensa me lanzó a la pelea y en ella se consumieron mi tiempo y mis energías. Fue necesario abandonar una recepción que en tal ambiente sufriría deformaciones tan pavorosas, que representaría, no una expresión, sino una violación del pensamiento transmitido.

Dijeron que yo era víctima de ondas barónicas⁽¹⁾. Esas ondas eran justamente representadas por el ambiente en que yo caería. A eso se debe el hecho de no haber escrito hasta ahora el volumen Cristo.

Así, la primera Obra fue interrumpida por ese primer embate. Eso era inevitable. La misión en ese periodo se transformó y el instrumento, habituado a una atmosfera de soledad y silencio, debería descender al torbellino infernal del mundo, por cuanto aquí se completaría la última fase de la misión, la de su realización práctica. Aquí estuvo en riesgo el permanecer paralizado en su trabajo sin producir más nada. Eso habría acontecido si no fuese por la protección de las fuerzas de los Alto, que todo habían previsto y vigilaban. De por medio estaba la voluntad de Dios y contra ésta las fuerzas del mal nada pueden. Por el contrario, ellas son utilizadas al servicio del bien y en este caso concurrieron para producir una nueva maduración del instrumento. El dolor siempre puede producir un fruto, puede ser un mal para fecundar un bien.

Peligro habría si los hombres prácticos que conocen el mundo y sonríen de los soñadores de lo ideal, consiguiesen destruir todo y estancasen la fuente para siempre. Los que dicen conocer la vida no comprenden que para un instrumento pueda ser utilizado y fructificar es indispensable le sean concedidas, por lo menos, condiciones de supervivencia. El espíritu es algo delicado que, para poder ejercer su función debe ser tratado con inteligencia, sinceridad y bondad: bondad sustancial y no solo de buenas maneras.

El instrumento, en tales manos, se habría arruinado definitivamente, si no existiesen las leyes de la vida para protegerlo. Sin embargo, el no paro de trabajar, no se dejó destruir. La vida reaccionó en él y se puso a funcionar de otra manera. Resistió, no deseó morir, y para sobrevivir, se adaptó

⁽¹⁾ Neologismo formado de elementos griegos: “baros” (gr. baros, ous); pesado denso, y “ontos” (gr. ón, óntos); ser, entidad. Barónicas: provenientes de espíritus de constitución densa (entidades inferiores). Ese problema de corrientes barónicas es ampliamente explicado en el libro *LAS NOURES*, del mismo autor. (N. del E.)

transformándose. Su actividad en vista de eso se tornó diferente y su trabajo fue encaminado en otra dirección. Así, de un mal nació un bien y él se renovó.

El instrumento recibió en plenitud el descenso y lo absorbió en profundidad. En los sabios procesos de la técnica de la vida, el golpe se invirtió y se transformó en bien. La personalidad del instrumento se modificó.

Si cuando bajo la tempestad, no hubo condiciones para producir lo que estaba programado, su producción no cesó, sino que tomó un rumbo distinto, navegando en otros mares, en busca de nuevos horizontes.

De allí nació una nueva Obra, a desarrollar un nuevo tema, con un estilo nuevo, sólido, terrenal, positivo para los prácticos, un estilo de batalla, adaptado al mundo en que la misión debe ahora cumplirse.

Nació la segunda Obra cuyos primeros volúmenes ahora presentamos, escritos en un ímpetu en estos tres primeros años brasileños. De ese modo, la primera trilogía ya está completa, enfrentando los problemas más palpitantes de la actualidad, con la palabra concebida como acción, para construir en la tierra, con las piedras de las pruebas evidentes, el nuevo edificio del Evangelio vivido y de la nueva civilización del Tercer Milenio.

¿Qué ocurrió a la primera Obra? Ella se detuvo en el decimo volumen. No puede ser concluida. El estado de ánimo con que ella nació fue detenido. Permaneció como congelado. No murió, aun. Se refugió apenas en estratos más profundos, esperando emerger de un nuevo día, cuando acaben los hielos del invierno y resurja la primavera.

Es así que la vida se defiende. La primera Obra quedó como una semilla bajo el suelo, a la espera de renacer. No se perdió nada. Por cierto, el reinicio fue solamente retardado. Si un día el instrumento consigue nuevamente modelar un ambiente de paz y confianza, entonces podrá nacer el libro "*Cristo*". Son necesarios, mientras tanto, nuevos hechos, impresiones que, en un sentido contrario, corrijan los precedentes; son necesarios algunos cambios estables que den tiempo al instrumento de curarse de los choques recibidos y le garanticen la tranquilidad y la confianza necesarias para que tales libros de sublimación espiritual puedan ser escritos.

Por el momento, la primera Obra es como un barco atracado en un banco de arena, a la espera de que el destino le envíe los vientos que lo desencallen. Por el momento, el espíritu sufrió una contracción hacia su interior negándose a manifestaciones exteriores. Se cerraron las puertas de aquella categoría de conceptos y todo se calla. Hasta que cambie el ambiente, nada aparecerá ni será dicho sobre el tema. En un medio ambiente como el de estos últimos tres años, el pensamiento conexo a Cristo no puede surgir.

Acusaciones mutuas son inútiles. Establecidas las causas las consecuencias son fatales. Absurdo pretender que el agua no se congele a cero grados. Sería necesario no llevarla a esa temperatura. Sería preciso no provocar las causas. Una vez alcanzado aquel punto, el agua no puede más que congelarse.

Es indispensable inteligencia para comprender la delicadeza del instrumento, a fin de no perjudicarlo. Todavía tal poder de intuición no se encuentra en el plano biológico salvaje de la lucha por la selección y la victoria del más fuerte. De allí que sea fatal el choque y así ha acontecido todas las veces que un ideal desciende a la tierra para ser implantado en ella. Representa, sin embargo, el mayor estímulo a la evolución.

Los no-sensibilizados no perciben esas cosas y todo permanece bajo la defensa única de las sabias leyes de la vida, que ellos también prueban desconocer. Sin embargo, es elemental y evidente que si deseamos realizar un servicio útil, no podemos usar mal o dañar el mecanismo que le es propio, antes bien, debemos dispensarles cuidados, considerando sus exigencias naturales, conforme a las leyes que los rigen. Si, por exceso de exigencias o por avidez, no se considera esa realidad, la fuente se seca. Con tal psicología pueden surgir mártires, mas se destruyen al trabajador y su producción.

Si quedó, de ese modo, paralizada la primera Obra, no fue, de hecho, impedido el cumplimiento de la misión, asunto que pertenece a Dios y sobre el cual los hombres no tienen ningún poder. Aconteció en consecuencia que la trayectoria del trabajo sufrió tan sólo un cambio de dirección impuesta por el imprevisto de nuevas presiones.

Cierto es que todo, inclusive en ese trance, continuó siendo guiado por Dios con sabiduría y con objetivos benéficos, que en el futuro se revelarán más claramente. Es un hecho la gran utilidad moral de este ejemplo que el Evangelio nos quiso dar la excelencia de sus métodos de combate, que en el desdoblamiento de este caso probaron ser superiores, venciendo a los del mundo. El Evangelio deseó darnos una nueva prueba de fuerzas, de su fuerza, para que sea finalmente tomado en consideración por el mundo.

Tengo la satisfacción de verificar que ese cúmulo de dificultades, en el fondo, no me hizo perder el tiempo, cosa tan preciosa por lo menos para mí que no me es lícito despreciarla. Tuve la alegría de comprobar que de los obstáculos interpuestos, Dios hizo surgir nuevas creaciones. Más que eso, la confirmación viva y experimental de las teorías sustentadas en los libros, teorías que después de la victoria de la experiencia de esa prueba de fuego y de la resistencia al choque de los hechos, adquieren ahora un valor positivo inmensamente mayor.

Cristo velaba y a su presencia debo esos tan espléndidos resultados alcanzados en ocasiones realmente difíciles. Comprobé que Él no descendía solamente como concepto en los libros, sino también como acción en la vida para ser comprendido.

El prodigio consistió en haberse extraído tanto bien de tanto mal y que nadie hubiese conseguido destruir la misión. Por el contrario, de las investidas de los rivales en contienda, tratando de tomar posesión del instrumento para sus planes particulares, nació una nueva Obra. Fue en verdad maravilloso, que ninguno de esos planes hubiese conseguido el objetivo deseado. Realmente la única finalidad alcanzada fue aquello dirigido por Cristo que todo lo guiaba. Aquellas personas referidas anteriormente, como ya dije, solo obtuvieron por sí mismas un resultado: el propio perjuicio y el ser apartado de este trabajo.

La barrera fue traspasada y en 1956 podremos presentar los cuatro volúmenes de la segunda Obra, que son:

1^{er} Volumen: *COMENTARIOS*

(Introducción a la segunda Obra), primera trilogía.

2^{do} Volumen: *PROFECÍAS* (El futuro del Mundo)

3^{er} Volumen: *PROBLEMAS ACTUALES*

4^{to} Volumen: *EL SISTEMA*

Les seguirá la segunda trilogía, ya en fase de preparación. Solo hasta ahora casi mil páginas, duro trabajo realizado siempre de noche, dado que, durante el día, resonaba furiosa la tempestad ya narrada anteriormente.

Esta segunda Obra será toda revisada por mí en su traducción al portugués, de modo que yo mismo pueda asegurarme de su fidelidad y exactitud. No conociendo, hasta hace poco tiempo, el portugués, no me fue posible ningún control para la primera Obra. La segunda Obra, en buena presentación tipográfica, como la primera, deberá ser ofrecida a un costo unitario relativamente inferior al de la primera Obra. Luché para que mi nombre no sirviese de pretexto para recolección de fondos o negocios, así lo hago ahora, a fin de que mis libros no se conviertan en mercancías. Permaneciendo independiente, en la medida de lo posible, de todo lo que sean transacciones comerciales.

Con eso procuraré, no solo ofrecer ediciones que se beneficiarán de mi cuidado personal, sino que continuaré en mi lucha contra el dinero, que es el mayor enemigo de todas las verdaderas obras espirituales. Debo hacer declaraciones importantes sobre ese asunto. En estos años, me dijeron, entre otras cosas, que yo deseaba enriquecerme. Tengo absoluta necesidad, para poder vivir y de ese modo realizar mi trabajo, de una casa donde habitar y de medios materiales para la subsistencia de mi familia. Jamás, sin embargo, deseé riqueza económica, pues no puedo perder tiempo en defenderla. Es innegable que la independencia económica me es necesaria, pues sin ella caería en un estado de esclavitud en el cual sería imposible mi trabajo. Obtenida esa independencia deseable, el resto para mí tan sólo es una condición para mi trabajo; el reto me pesa tanto que ya lo rechacé en Italia.

Gasto la mitad de mi tiempo y mis energías en viajes para ofrecer conferencias. Es un penoso esfuerzo para mí, pero lo hago sin ninguna remuneración material. ¿Cómo puedo continuar haciéndolo y hacer todo lo demás que tengo que hacer si no encuentro recursos para vivir? Es absurdo que la humana avidez de explotarlo todo me prive hasta de lo que me es imprescindible para cumplir mi misión por el bien de otros.

A esa acusación de que yo quería enriquecerme, respondo ahora ofreciendo buenas ediciones de los libros, al mismo tiempo, accesibles a las condiciones de todos, eliminando lucros inútiles. Respondo, además, recordando las palabras que escribí en el volumen "*ASCENSIÓN MÍSTICA*", publicada en Italia en 1939 y en Brasil en 1954. Allí en el capítulo "Mi posición" definí mi misión

tal cual hoy se desarrolla y a aquellos principios allí expuestos me he mantenido fiel. Casi veinte años después, aquellas afirmaciones probaron ser verdaderas.

Pido al lector que quiera conocer mis ideas sobre ese asunto, el favor de releer ese capítulo. Aquí transcribo solamente esta parte: “Nada quiero poseer. Todo está dirigido solamente por la fuerza del espíritu (...) Por lo tanto, nada de casas, sedes, cargos, y toda la pestilencia de las organizaciones humanas. Nada que pueda avivar los bajos instintos y excitar la siempre demasiado rápida respuesta de los impulsos inferiores del hombre común. Ninguna fetidez de dinero que tanto atrae a las ávidas y asquerosas moscas. Ellas huyen, gracias a Dios, delante de un plato donde lo único que hay es trabajo, dolor, pasión de espíritu. Esta es mi seguridad. (...) Esta es mi fuerza frente el mundo”.

Repito hoy ante el caso actual las mismas declaraciones. Deseo, por ende, que se comprenda claramente y sin equívocos, mi método; no buscar jamás dinero, nunca pedir, jamás organizar ningún tipo de propaganda, comisiones o cosas semejantes, con el objetivo de conseguir recursos financieros. Quien, pues, hace eso en mi nombre lo hace sin mi consentimiento, contra mi voluntad, con peligro y riesgo para sí mismo.

Debemos comprender que la obra para la cual trabajo depende de Cristo, que no tiene necesidad alguna de dinero humano. Si de dinero precisase, solamente Él mismo inspiraría a quien debería traérselo. El dinero, cuando deba llegar, por absoluta necesidad, no debe ser jamás solicitado, sino enviado solamente desde lo Alto.

Aquí me encuentro, no para hacer negocios, como lo hacen muchos, sino para dar un ejemplo vivencial de que las fuerzas espirituales son verdaderamente las más fuertes. Puedo afirmar delante de Dios que toda vez que me llegaron a la mano cualquier medio indispensable para la supervivencia, estos me llegaron siempre y exclusivamente bajo este sistema.

Cuando por eso, para realizar mi trabajo me fue imprescindible poseer algo a mi nombre nunca recurrí a la hipocresía de esconder el hecho bajo el anonimato, o de modo impersonal, atrincherándome detrás de personas o instituciones, para jamás aparecer.

Otra cosa que deseo clarificar contrariamente a lo que se puedan imaginar, es que no deseo ser jefe de cosa alguna, en sentido material o espiritual. Aceptaré apenas honestos compañeros de trabajo, pero jamás discípulos menores sobre los cuales ejerza cualquier autoridad.

Vivo en un orden de ideas en que el dominio sobre el prójimo es, en absoluto, inútil. Diferentemente, los grupos humanos necesitan someter a sus asociados al comando de uno sólo, que dirija con disciplina para mantener un orden impuesto, sin el cual todo se disgregaría. En mi caso, es la Ley la que mantiene todo y no por imposición humana. Esa Ley todo lo dirige interiormente, usando una disciplina de la cual nadie puede huir, porque cualquier infracción, sin que ningún jefe la imponga desde afuera, acarrea una pena inexorable.

Mi trabajo no es el imponer ideas, sino sólo ofrecerlas, difundiéndolas con los libros y la palabra, para el bien del prójimo. No es para buscar provecho personal, de manera egoísta, como en general

lo hacen los que buscan el poder. Por el contrario, es ofrecer ventajas, imparcialmente, a todos sin sombra alguna de sectarismo. Es hacer que las mentes, por sus infelices experiencias habituadas a desconfiar, comprendan que esas ideas que ofrezco son realmente una ventaja.

Con ese objetivo recorro todos los caminos, de la razón y de la ciencia, del corazón y de la fe; y finalmente, los del ejemplo, como en el caso actual.

Ese ofrecimiento imparcial quiere decir que soy amigo de todos, en tanto sean justos, cualquiera sea su religión o sus ideas. Significa también que no puedo permanecer cerrado en ningún grupo de carácter exclusivista o sectario.

Desde que en cualquier grupo me sea pedido condenar algún punto de vista honesto y diferente, solo porque es distinto del suyo y para imposición a los otros, desde ese instante no puedo permanecer en ese grupo.

Esclarecidos estos puntos fundamentales, pido un favor a mis lectores y amigos brasileños. Les pido se abstengan de ofrecerme cualquier forma de glorias honorarias, que me priven del tiempo y las energías preciosas pues ellas representan un peso que agrava mi trabajo.

Les ruego rodearme de su afecto, el cual me alimenta. Les pido contribuir cada uno con lo que fuere posible para formar y mantener a mi alrededor aquella atmósfera de paz y confianza que me es necesaria para continuar escribiendo y para cumplir mi misión en esta mi nueva patria, a la cual me dedico enteramente.

Les ruego a aquellos que deseen utilizarme para sus fines y ventajas personales, a aquellos que no les agrada mi trabajo, les suplico, repito, tengan compasión de mí y me concedan paz.

Mi cansancio es grande y estoy sobrecargado de muchos deberes en beneficio del prójimo. No es justo que sean desperdiciados mi tiempo y mis energías en cosas inútiles que no sean para el bien de otros. Mi trabajo no perjudica a nadie, es inofensivo, hace todo lo que puede, no agrede a nadie, los abraza a todos, quiere ser útil a todos. ¿Por qué combatirlo? No he presentado aquí pruebas suficientes de que él tiene la ayuda de Cristo y siendo así, ¿No es acaso imposible e inútil colocarse en contra de la voluntad de Dios? Por el contrario, ¿No nos llenamos de encanto delante de la maravillosa armonía y la belleza de Sus obras?

¿Por qué buscar limitar mi trabajo concibiéndolo solamente en función de grupos particulares? ¿Por qué desear verlo sólo en relación a categorías ya existentes en que él no tiene cabida? ¿O a principios e intereses particulares a lo que lo universal jamás podrá reducirse? ¿Por qué desear a la fuerza que él sea una parte de otros edificios ya construidos fuera de los cuales no está permitido vivir, no admitiéndose que la verdad pueda existir fuera de ellos?

¿Por qué no acabar, por el bien de todos de una vez por todas, con esa intolerancia de todos contra todos, cuando todos se igualan?

¿Por qué se me atribuye como el más imperdonable de los defectos mi ausencia de espíritu sectario?

¿Por qué no buscar ser verdaderamente fraterno? Parece que el hombre está absolutamente inmaduro para comprender un pensamiento universal que sobre pase los restringidos círculos de su pequeño mundo. El dogmatismo, el fariseísmo, el sectarismo tienden siempre a reaparecer en todos los grupos, como característica humana de todos los tiempos y lugares.

La narrativa simple, el método seguido, las pruebas de los hechos que se dieron nos parecen suficientes para convencernos de que caminamos en la vía de la verdad. Sin un particular auxilio de Dios no se explican los acontecimientos relatados. Auxilio quiere decir aprobación.

No se puede negar en este caso la presencia de un plan establecido, que se desarrolla en movimientos coordinados en dirección de un fin preciso. ¿Cómo negar delante de tales hechos, la presencia de una inteligencia superior que todo lo dirige?

No puedo esconder mi asombro, nacido de esa sensación de continua presencia de una fuerza e inteligencia que, no siendo mías, solo puedo atribuir a poderes espirituales superiores que tienen a Dios como jefe. Si no soy yo quien dirige y si todo camina con una sabiduría que no poseo, ¿Quién conduce entonces? Además, los resultados están a la vista. Ante ellos me pongo a pensar, buscando darles alguna explicación. Pero, ¿Cómo explicarlos de otro modo?

Existe el hecho positivo de la victoria. Sin auxilio extra-humano, ¿de qué manera entenderla? Existe también el hecho positivo de la construcción que está surgiendo, lenta, pero constante, independientemente de las fuerzas humanas, por un poder que les es superior. Fuerzas humanas no bastan para explicar el hecho, ni consiguen obstruirlo ¿Por qué fuerzas entonces, es sostenido tal trabajo, situado aparte de los poderes e ingenios de los hombres? ¿Cómo se comprende una victoria obtenida justamente cuando fui abandonado en tierra extranjera solo por aquellos que eran mi única esperanza? ¿Cómo explicar esa fragilidad de recursos y astucias humanas para vencer una criatura inerme, desprovista de todo, que no crea planes, que no se defiende ni agrede, sino que perdona? ¿De qué coraza fue revestido para llegar a ser así invulnerable? ¿De qué arma invisible fue dotado para conseguir vencer en una lucha así de desigual?

Con escepticismo no se explican los acontecimientos. Por lo menos no se puede dejar de verlos porque ellos son reales. ¿Cómo pues no ha de nacer la duda hasta en las mentes más escépticas de que el instrumento no esté solo y que junto a él opere una fuerza hasta ahora desconocida para los que no creen?

Si por los efectos se determina la naturaleza de una causa, esa fuerza debe ser inteligente y poderosa. El tipo de movimientos que vemos indica la especie del motor del cual se derivan. El mundo no observa esa arma, no sabe de qué está hecha, ni cómo funciona. Nuestro mundo vive en el plano biológico caótico, donde el mejor es aquel que oprime por la fuerza o por la astucia, y no en el plano orgánico en el cual todos cooperan dentro del orden de la Ley.

Es difícil explicar a los seres de un plano de evolución los principios vigentes en un plano más elevado. En el nivel humano la lucha por la vida nos habituó de tal modo a la desconfianza que aun cuando sinceramente se expone una verdad, la primera reacción es que ella sea mentira. Estas sinceras explicaciones pueden ser consideradas una astucia refinada e inédita.

Será bien difícil hacer comprender la naturaleza y las funciones de esa arma, es el arma de la no resistencia de la cual el Evangelio nos habló hace dos mil años. En realidad, sin embargo, pocos la usan, porque en manos comunes no funciona. Desaparece antes los ojos de los hombres prácticos, en la dirección de los planos de vida desconocidos por ellos.

El instinto husmea cualquier cosa sobre el asunto. Siempre que existe algo que interese a la vida, sobre todo como amenaza o peligro, ella tiene la intuición del hecho, sin percibirlo bien.

En este caso en cuestión, hay lucha y victoria, dos cosas que son parte de la vida aun en sus planos inferiores y que por ende todos comprenden. Cuando se verifica una victoria todos procuran saber cuáles fueron las armas usadas por el triunfador, pues eso les interesa porque también quieren vencer. El tipo humano común queda entonces perplejo al verificar, en el caso de una victoria como la que hablamos, la ausencia de armas conocidas por él, las que todos usan, creyendo que solo esas son las que conducen al éxito.

Los escépticos dicen entonces, ¿Qué tipo de luchador es este, que vence de esa manera desarmado y sin hacer la guerra?

He allí el nudo del problema para el cual ahora solamente llamamos la atención del lector, pues el resumen el caso actual, merece un estudio adecuado y particular, cuando sea desarrollado. Eso será efectuado en otro volumen “*LA GRAN BATALLA*”, el último de la primera trilogía de esta segunda Obra. En ese libro, volveremos a encontrarnos, para cuidar en profundidad de tan excepcional asunto. Basándome en la experiencia de estos mis tres último años brasileños, en el podré describir esta nueva y poderosa estrategia poco conocida en el mundo, la de la no-resistencia predicada por el Evangelio. Será así, dada una solución conclusiva al problema actual. Explicaremos cómo perdonando y amando se puede vencer mucho mejor que agrediendo y odiando. Veremos también las poderosas fuerzas que la Ley posee de reserva a favor de quien la cumple.

Desarrollaremos los conceptos de “*LA GRAN SÍNTESIS*”, capítulo XLII “Nuestra Meta, la Nueva Ley”, donde dice: “No existe sino una defensa: el abandono de todas las armas”, capítulo XC, “La guerra, La Ética Internacional” y en el capítulo XCI, “La Ley Social del Evangelio, donde parcialmente se desarrolla el tema en cuestión de modo especial en el aspecto socio-político e individual.

El hombre actual conoce poco sobre la técnica de las reacciones de la Ley. Tiene apenas una vaga idea fideísta de ese fenómeno, cuya mecánica no es explicada por las religiones. Por ello, en el permanece el instinto que lo lleva a admirar al vencedor. No conociendo todavía el fenómeno que pertenece a otros planos de vida que escapan de su conocimiento, sólo le resta un temor supersticioso que siempre es inspirado por lo desconocido.

El percibe confusamente que existe una cosa que se le escapa, una cosa también poderosa que puede perjudicarlo mucho. Para él, el hombre espiritual es un enigma. Lo divisa armado de fuerzas espirituales desconocidas, sobre las cuales no tiene poder. Le nace la duda, ¿aquel extraño hombre que sabe vencer es realmente más poderoso porque está auxiliado por estar unido a lo alto? Y nosotros, ¿Queríamos utilizarlo solamente para nosotros mismos por qué no comprendemos? Y si es así, ¿Qué reacciones podrán alcanzarnos ahora, venidas de aquel misterioso mundo espiritual que nosotros violamos?

El problema se torna vivo, pues no se manifiesta sólo por demostraciones racionales, mas por la alegría o dolor, por la victoria o la derrota de seres vivos. Aquí, la Ley se transforma en ejemplo de lección práctica.

Eso fue lo que aconteció en estos tres años. Aconteció para ofrecer un ejemplo, asegurándonos de la presencia de Dios y dándonos una prueba de la legitimidad de la Ley, para que todos sientan su existencia y funcionamiento. Significa la invulnerabilidad de las obras de Dios y por ende, de la impotencia delante de ellas, de quien quiera destruirlas.

Muchas son las enseñanzas que nos da este caso, hasta la más grande que nos dice que todo aquel que hace el bien lo hace a sí mismo, y el que hace mal se lo hace a sí mismo.

Este caso aquí descrito tiene el profundo significado de ser uno de los infinitos momentos de la universal lucha del mal contra el bien, en que este último vence, pues esta es la Ley.

De esa lucha cósmica este es apenas un caso particular que acontece con nosotros todos los días, aplicándose en el las normas del caso general. Asistimos aquí al combate de las fuerzas opuestas de dos tipos biológicos distintos, de dos planos de evolución. El resultado es que el más evolucionado vence, demostrando que las fuerzas del espíritu, en tanto que son más avanzadas, son más fuertes que las de la materia.

La divina providencia interviene y a cada injusto perjuicio sufrido por quien no lo merece, proporciona como compensación el equivalente justo, protegiendo firmemente a quien obedece la Ley, a expensas de quien la violó.

Vemos de ese modo, funcionar en la tierra la Ley de planos más altos, según la cual triunfa no el más fuerte o el más astuto, sino el más justo. En otros términos, la Ley según la cual vence el más prepotente egoísta, en el desorden, es sustituida por la Ley que concede la victoria al hombre orgánico y recto, dentro de la armonía y el orden. En lugar de la ley de la fuerza es establecida la ley del mérito.

Dada la dificultad de hacer sentir y admitir la presencia real y operante de Dios entre nosotros, los cerebros humanos, habituados a la astucia, son llevados a ver en tal éxito, el mayor de todos. El valor de este caso es haber ofrecido una lección en el propio terreno de las confusiones humanas, donde tanta gente se mueve, lo que quiere decir, en el ambiente más lleno de actividades y más accesible a su comprensión.

¿Cómo puede, de otro modo, la Ley hacerse comprender por quien solamente cree en la fuerza y en la experticia, y no en el orden, dentro de la cual ella todo lo regula?

¿Cómo introducir diferentemente en cerebros blindados con la idea de lucha y que no admiten otra cosa, el concepto orgánico del funcionamiento del universo, del cual el hombre es parte, siéndole ventajoso saber coordinarse dentro de ese organismo, en vez de rebelarse para imponerse?

Para persuadir esas almas, acostumbradas a respetar solamente al vencedor, porque este dio pruebas de ser más el más fuerte, ¿Qué más puede ayudarlas sino un ejemplo vivo de triunfo? Era necesario, pues, para alcanzar ese objetivo que las fuerzas espirituales del bien descendieran, produciendo efectos hasta en el campo de los problemas materiales, pues solamente así su presencia sería percibida y su importancia valorizada.

En un mundo donde sólo se estima la fuerza era preciso que el Evangelio diese una prueba de fuerza. Para hacerse entender, debería usar el lenguaje de la victoria en el terreno de las cosas materiales que todos comprenden.

Importaba vencer honestamente, sin las armas y las sagacidades humanas, para después utilizar la victoria como factor de ayuda y educación. Antes sin embargo, de ser generoso y bueno, era preciso haber dado pruebas de ser fuerte, venciendo, porque cosa alguna es muy respetada en el mundo, ni aun la virtud, en lo que respecta a los vencidos y a los débiles. Estos, es lo que se piensa, naturalmente deben ser buenos con el prójimo, pues no tienen fuerza para hacer el mal, y los vencidos deben inclinarse delante de todos. Ver a un fuerte, a un vencedor, que no se aprovecha de su primacía para aplastar al semejante es realmente una admirable excepción. Sólo la bondad del hombre poderoso es considerada virtud digna de aprecio, pues aquella del débil es fruto de necesidad y de cálculo. En la forma actual de la mente humana, resultado de su pasado e hija del nivel evolutivo actual, la base del valor está siempre en la fuerza.

Las cosas espirituales, por esa razón, si quieren ser estimadas en el mundo, deben aparecer ante todo, victoriosas por su poder. El pueblo le pedía a Cristo milagros, porque allí veía una prueba de fuerza y de dominio, y Cristo, si bien contra su voluntad, se vio obligado a hacerlos, porque para el pueblo eran condiciones de fe y de respeto.

El mundo desea honestidad y justicia, pero una honestidad y justicia que puedan vencer. Quiere además que esa victoria sea aplicada en beneficio de otros y que el vencedor sea generoso. Todos comprenden y oran, porque les es ventajosa, esa magnánima victoria, lícitamente alcanzada y no utilizada por el vencedor para aplastar al prójimo. Este, por el instinto de ascender, admira al vencedor ansiando imitarlo. En su egoísmo, está muy cansado de los innumerables abusos a los cuales ha estado obligado a sufrir por parte de los vencedores. He allí el por qué aprueba y acepta cuando en lugar de la triste victoria, él ve descender del cielo un tipo opuesto de triunfo.

El mundo encuentra natural que alguien, inerte como quiere el Evangelio, se arrastre a los pies de los fuertes y, por eso, lo desprecia cual débil. Sin embargo, cuando ve este otro que a pesar de no poseer ni usar armas humanas, no vence apenas, sino que después, no abusa de la victoria, como es costumbre, percibe entonces la evidente diferencia. Todos preguntan ¿cómo fue posible que eso haya acontecido?, ¿cuál es la llave de ese misterio?, ¿cuáles son los nuevos principios insospechados y fuerzas que posibilitan tal milagro?

De ese modo, buscando una interpretación de la cual los escépticos también tienen necesidad, son atraídos hacia aquella vía en que deberán, más temprano que tarde, encontrarse con la Ley.

Se comienza entonces a comprender la posibilidad que pueda existir un biotipo fuerte que aunque humanamente desarmado, tiene más fuerzas que los fuertes del actual plano evolutivo humano. Un fuerte que lo es, aunque personalmente frágil, por ser una célula de unidades orgánicas más complejas y más vastas de que el tipo humano común se haya excluido por su egoísmo. Este tipo humano solo puede contar para su defensa con sus pobres fuerzas individuales, al paso que el otro tiene para protegerlo el poder de todo el organismo del cual es parte, esto es, los principios de la Ley de Dios, de la cual se hizo instrumento.

El descenso a la tierra de esos ejemplos concurre para la efectividad de un primer esfuerzo en el sentido de alcanzar otra área, la de una Ley superior, apropiada a un plano biológico más evolucionado, en el cual la selección tiende a producir otro biotipo.

Se comienza a admirar, desde entonces, también en la Tierra, otro modelo de vencedor, otro tipo de fuerza, no material, más espiritual, no hecha de prepotencia, sino de bondad.

Se admirará ese modelo y se llegará a amarlo, pues en él se ama la propia ventaja que él representa, dado que es un amigo y no un enemigo, en el camino del prójimo.

Su generosidad permite a los vencidos lanzarse en sus brazos con plena confianza. El hombre común, tipo predominante de la mayoría, habrá de apreciar en él, no al fuerte que vence y oprime, haciéndose temer como enemigo, sin embargo, lo que más lo atrae es, el fuerte que ayuda, no aplasta, sustenta, no usufructúa malignamente la victoria, antes, la pone a producir buenos frutos y por eso, se hace amar como un amigo.

La vida, en su utilitarismo, lucha por liberarse de la presión del egoísmo que si defiende al que está solo, pesa sobre todos; se esfuerza por alcanzar esas formas superiores que la protegen mucho más, sustrayéndola del estado de lucha e inseguridad, que es su doloroso estado actual.

La vida llegará a través del trabajo de la evolución, a producir otro biotipo de fuerte vencedor, el fuerte generoso y orgánico, que usa su victoria para el bien de todos, viendo en la colectividad a sus propios hermanos.

A fuerza de repetirse por milenios esta palabra, fraternidad, a fuerza de preparación del Evangelio y sobre todo, a fuerza de sufrir todos los daños de la egoísta victoria de los fuertes, aquella idea más civil terminará en fijarse en la raza humana y el hombre encontrará las fuerzas para rebelarse contra las formas inferiores de la existencia, abandonándolas, después de haberlas sufrido por tantos milenios.

Nuestro semejante, entonces dejará de ser un adversario y un peligro, convirtiéndose en un hermano y un auxilio.

La sociedad humana dejará de ser dirigida por un orden basado en la disciplina de la fuerza y del miedo, pasando a un orden asentado en la convicción de una disciplina de amor. Por esto, como la concepción de Dios, la cual paso de ser Mosáica de un jefe fuerte, despiadado y vengativo hacia la

visión actual de un Dios amigo, que no ama con justicia, del mismo modo se modificará la concepción de las relaciones humanas y no se basará sobre el egoísmo separatista del más fuerte sino que se afirmará en un altruismo en que todos se comprenden, coordinándose orgánicamente para mayor provecho colectivo. Ahora bien, el más fuerte no será más temido ni amado y su victoria será estable porque ella no se basa en la opresión que siempre oscila entre las acciones de revuelta, sino en la colaboración que concilia en utilidad general a las actividades y los intereses de todos.

He allí solamente una mirada sobre la teoría general de nuestro caso. Observando en profundidad cada día de mi vida y la de otros, he podido disponer por medio siglo de un campo de observación y de un laboratorio experimental para el estudio positivo de los fenómenos morales. Las afirmaciones precedentes se apoyan sobre la misma base objetiva de experiencia sobre la cual se apoya la ciencia y dichos principios están de acuerdo con la teoría general desarrollada en la Obra, aquí se confirman los hechos, probándolos a través del método de la observación y de la experiencia, mientras que las teorías generales fueron obtenidas por intuición, a través del método deductivo, descendiendo de lo general a lo particular; esta es una confirmación que las alcanza por un camino opuesto, porque las alcanza del modo contrario, esto es, partiendo de lo particular a los hechos.

Allí están los fundamentos que descienden hasta las raíces de la Ley y sobre los cuales se apoya y comienza a elevarse nuestra construcción actual, en esta nueva tierra brasileña. Aquí la misión comenzó con esa prueba de fuerza, que descendió de los planos espirituales, para convencer a los escépticos. Cristo mismo quiso de ese modo manifestar su presencia confundiendo a los métodos humanos y venciendo con el sistema opuesto del Evangelio. Ello no sólo nos confirma el pasado sino que compromete el futuro dándonos garantía del éxito final. Todo esto nos prueba que la misión continuará desarrollándose hasta el final, porque las fuerzas del mal pueden desafiar pero nunca vencer los planes del Cielo.

En términos más amplios, esta es una prueba de que el Evangelio es verdadero y que se puede triunfar venturosamente con su sistema de no-resistencia.

Lo cierto es que Cristo no nos ofreció esa nueva prueba para mi gloria, sino para Su propia gloria y la de Su Evangelio. La gran dádiva que Cristo quiso darnos fue un caso vívido, para proporcionarnos la demostración concreta del Evangelio, aunque cuando es traído a nuestra vida cotidiana no es utopía sino una representación real de utilidad práctica.

En el difícil arte de vencer, supremo sueño de todos los seres vivos, se demuestra así la superioridad del método evangélico por sobre todos los demás métodos. La maravilla es que dicho método, como en este caso, se demuestra plenamente eficiente aunque sea practicado individualmente en medio de una sociedad involucionada, de ello puede tomar ventaja cada uno individualmente y que por sí misma lo hará funcionar, antes de que se comprenda y se use colectivamente. A muchos les puede parecer que tal renovación sea cuestión de reciprocidad y que no se puede alcanzar sino colectivamente. Por el contrario, este caso nos muestra que el ingreso a planos superiores de vida está abierto a todos, incluso al individuo cuando esté dispuesto a entrar.

Estas son las bases sobre las cuales se elevará el nuevo edificio. La gran verdad que este caso nos enseña es que al hombre le sería de gran utilidad comprender, es que la Ley defiende a quien la sigue, aunque sea un solo ser en el Universo el que lo haga. No es necesario que la humanidad llegue toda al estado orgánico superior. Existen humanidades superiores que ya viven en este estado orgánico. El individuo, alcanza su madurez, pasa automáticamente a ser parte de ellas. Quien en ellas ingresa, aunque materialmente este viviendo en el ambiente terrestre pasa a usufructuar todas las defensas y a disponer de todas las fuerzas y poderes que por derecho le pertenecen a los planos superiores.

Para entrar en el círculo de tales humanidades y de esos planos superiores de vida la vía está abierta a todos, y ella es vivir la Ley.

La consecuencia práctica comprensible también en este mundo es que la Ley no defiende a quien no la sigue, para quien actúa así no existe la providencia divina. Él es por lo tanto, dejado a sus propias fuerzas, ya que por su sentimiento egoísta se dejó aislar del organismo de las fuerzas espirituales que gobiernan el universo con bondad y justicia.

Esta es la triste suerte de los involucionados que aún no quieren participar de la orden divina. Repetiremos otra consecuencia práctica: La Ley defiende a quien la sigue, de modo que, en conclusión, nadie está tan bien defendido como lo está el justo.

Esta parece ser la mayor de las utopías, es una tesis muy osada, aquí apenas esbozada y que sustentaremos en el volumen "*LA GRAN BATALLA*". En el demostraremos que el más elevado sistema, el mejor medio para vencer en la lucha es el sistema de la rectitud del Evangelio

San Vicente, Navidad de 1955

CAPÍTULO I

EL FUTURO DEL MUNDO

Estas páginas fueron escritas en 1953. Era necesario precisar que este es el punto de vista, el centro de la perspectiva temporal para los acontecimientos que tratamos y que, hoy, son ya futuros. Pasará el tiempo, y por ende el lector los tendrá como pasados y su centro de perspectiva será distinto. Hemos especificado el año también porque, en este caso, la visión descendió por intuición a la dimensión del tiempo en que se desarrolla el contenido de la misma. Quisimos, eso sí, traducirla en los términos de la racionalidad común, aquellos usados y aceptados por la mentalidad moderna. De este modo, la visión se concretiza aún más, cubriéndose con el manto de la lógica. En otras palabras, ha llegado a ser práctica, accesible a la psicología del hombre de acción en la Tierra. A fin de que la visión se adapte mejor a esta psicología que no admite sueños, la presentamos aquí, a pesar de descender de otros planos de conciencia, como una simple hipótesis, sin pretender nada más; hipótesis pasada por el tamiz del raciocinio, el cual le podrá controlar o realizarse, cuando los acontecimientos, hoy futuros, hayan quedado atrás en el pasado.

Para ser prácticos, digamos que es inútil engañarse, creyendo en las ideologías. Si quisiésemos examinar el asunto sobre una base sólida, debemos atenernos a las leyes de la biología. Y las leyes de la vida son bastante distintas de las teorías abstractas, que los pensadores desearían aplicar sobre la piel del pueblo para así forzar los acontecimientos históricos. La Historia, tiene una inteligencia propia, como lo habíamos dicho antes y que demostraremos en estos capítulos. Todo lo que digamos es la consecuencia lógica de los principios del sistema que hasta ahora se ha desarrollado. No trabajamos, entonces, partiendo de la fantasía. La Historia tiene sus propias leyes, sus grandes ciclos, sus periodos menores, sus giros violentos, sus motivos dominantes que tienden a repetirse, claro está en planos distintos. La Historia pasa y vuelve a transitar por los mismos puntos, vuelve a caminar por la misma calle, vuelve a los mismos puntos críticos encontrando los mismos peligros, desmoronamientos, dolores, reacciones y resurrecciones. De modo que en el fondo, la Historia, desde el punto de vista de sus motivos formales, si bien no es idéntica, puede parecer la misma. Ahora bien, hay otra historia, la verdadera historia, que no es precisamente aquella barnizada de idealismo ni la que es hecha para uso exclusivo de los vencedores, para legalizar, como derecho y justicia, delante de Dios y de los hombres, su violencia y extorsión primigenia, de las cuales nace por medio del arreglo todo derecho. La realidad que se encuentra detrás de las compilaciones artificiales de la Historia, es siempre la que se produce por el choque de los egoísmos de los individuos o de clases sociales, pueblos y naciones, que todos por igual desean vivir. Esta realidad sustancial que es esa de la lucha por la vida, por el alcance de esta lucha, que ama solaparse y cubrirse con el velo de la ideología, de los principios teóricos y que así permanece hasta que esa misma realidad crea que es ventajoso encubrirse con tales mantos ficticios. De esa forma, ellas van y vienen, se desmoronan y resurgen transformadas, pasando siempre como verdades absolutas y contradiciéndose continuamente, en un círculo vicioso absurdo; porque bien diferente es la verdadera línea de la Historia. Una es la Historia hecha por el hombre, otra la Historia hecha por Dios, la cual contiene, además de la lucha por la vida, los grandes idealismos que deben ser alcanzados. Más, estos no corresponden con las ideologías y los programas proclamados por el hombre con la finalidad de esconder su lucha por la vida. Es así

pues que la Historia es para nosotros un campeón del absurdo, un discurso sin meta, si la apreciamos superficialmente tal y como se escribe en los libros; mientras que será un campeón de la lógica, una admirable coordinación de eventos con miras a una meta precisa, si la apreciamos en profundidad, en su realidad sustancial.

Así pues, la Revolución francesa asesina a un Rey para crear un Emperador, mientras proclamaba la soberanía popular. Destruye una aristocracia para crear otra. De ese modo los franceses, cansados de un largo periodo de paz con los últimos reyes, preferían ir a las sangrientas luchas napoleónicas y habiendo asesinado al manso Rey Luis XVI como un tirano, se dejaban asesinar por el gran guerrero Napoleón. Vista así, desde afuera, la Historia es un absurdo. Pero si la observamos más profundamente, en esto veremos una ley antigua y general de la Biología: esto es, que tanto el árbol, como el animal o el hombre, cuando vive su madurez y da sus frutos, tiene que fenecer, dado que la vida agotó, en esa forma de vida, las energías invertidas, y la manera para que la vida pueda continuar es por medio de la renovación en un nuevo ser, que es el hijo del viejo que muere y que debe continuar la obra. Así pues, actuando como innovador, será siempre el hijo, quien repite y continua el tipo biológico del padre. Hará las mismas cosas que él, dado que no tiene otros modelos a seguir; no actuará idénticamente sino con algunas variaciones, mucho más desarrolladas. No es fácil crear nuevos modelos, esto es un trabajo de un pueblo y de un siglo. Luis XIV crea un modelo de Estado, y Europa lo asimila. Para todos esa era la psicología política de los tiempos. Napoleón, hijo de la revolución y continuador del poder real que había suprimido, no podía hacer otra cosa más que referirse a aquel modelo y repetirlo; esto es, un poder absoluto tanto o más que los anteriores, actuando en nombre de la revolución, aceptado como legítimo, aún en franca contradicción con los principios de los cuales nacía. Mas eso fue aceptado pues respondía a las leyes de la Biología, esto es, a una utilidad y a una necesidad por la vida de Francia que en aquel entonces reconoció como legítimo, porque el poder de Napoleón satisfacía la mayor necesidad para la revolución en aquel momento, que no era otra que subyugar a los pueblos para inculcarles e imponerles sus propios principios innovadores.

He aquí un solo ejemplo en el cual bajo la teoría y apariencia formales, vemos una realidad totalmente distinta. La vida es práctica, de utilidad inmediata, y las ideologías aun siendo útiles, solo lo son a largo plazo y de forma vaga e incierta. Además de estas, se encuentra la lucha de clases, el espíritu gregario, la concepción egoísta del poder, puro disfrute para el provecho propio, en detrimento del pueblo explotado y justamente, al menos en nuestro plano animal, porque en este plano esa es la ley para el ignorante y el inepto, a favor de los más hábiles y fuertes.

Continuemos con la observación sobre qué hace que la Historia sea verdadera en este periodo que citamos. Ella nos muestra, luego de la Revolución francesa, el periodo napoleónico, periodo marcado de guerras e imperialismo; se muestra que la revolución no se ocupa, de hecho, de realizar rápidamente los ideales que la causaron sino que por el contrario representa una explosión de nuevos principios, que en un primer momento tales principios se concretan en una expansión bélica, principios que se atacan mutuamente para su divulgación. Es así que se realiza la extraña contradicción por la cual los principios tan proclamados de libertad, igualdad y fraternidad, se aplicaron como invasiones a mano armadas, en la intromisión en otros pueblos, en un tentativo imperio que dominase toda Europa. ¿No es acaso esto lo que está haciendo la Revolución Rusa en el mundo en nombre de la justicia económica? Esta fue la primera aplicación de aquellos

principios de la Revolución Francesa. Luego, la reacción de la Santa Alianza canceló todo y pareció colocar en su lugar a las naciones dentro de sus propios confines. Entonces cabe la pregunta, ¿Sirvió la revolución sólo para hacer guerras y dar lugar al imperialismo napoleónico?

No. La Historia verdadera trabaja en otro sentido. En medio de este cúmulo de contradicciones, el trabajo real era el lanzamiento de nuevos principios, de una simiente de la cual nacieran los gobiernos representativos, la libertad política, los Estados nacionales, etc. Esa simiente comenzó a desarrollarse lentamente, y fue necesario que transcurriese un siglo para que fructificase, en tanto que la revolución lanzó, pero no realizó, las nuevas ideas ni construyó, de hecho, un nuevo modelo de vida, el cual como ya dijimos anteriormente es la obra de los pueblos y de los siglos.

De modo que, cada paso tuvo su función, lógicamente, en cadena. La revolución, como siempre, tuvo apenas una función negativa, de limpiar el terreno, de destruir lo viejo a fin de poder en su lugar construir lo nuevo. Y mientras destruía, la revolución afirmó los nuevos principios, sin llegar a fijarlos. Napoleón los divulgó, y solo como medios de divulgación él y su imperialismo fueron aceptados por la Historia. Tanto es cierto este punto que aun alcanzando su objetivo, la Historia rechazó todo y nada quedó del imperialismo. Así pues que la muerte de Luis XVI fue necesaria para que con él viniese a sucumbir el viejo sistema y quedase allanado el terreno político. La revolución fue necesaria para proclamar el nuevo ideario. Napoleón y el imperialismo para divulgarlo. El trabajo de un siglo y de varios pueblos por asimilarlo y fijarlo en forma concreta y particular, se distanció de aquello que le dio origen. Como se ve, la Historia verdadera se ha sucedido en un proceso lógico ajustado, una serie de proposiciones concatenadas, proposiciones conceptuales, expresadas concretamente en los hechos, dado que estas son las palabras y las propensiones de la lengua que le es propia a la Historia.

Aplicemos ahora todo lo anterior al momento histórico, para así comprender cual es, además de sus formas exteriores aparentes, el camino real de la Historia presente y del futuro próximo. Nos hemos referido a la revolución francesa y al imperialismo napoleónico, porque hoy estamos en un periodo de revolución y de imperialismo. Es en el ciclo del desarrollo de las revoluciones en que se concretizan las proposiciones anteriormente examinadas, o sea, el agotamiento del viejo sistema; revolución para destruirlo y lanzar la idea de un sistema más desarrollado; guerra de conquista para difundirlo, imperialismo de la nación revolucionaria para dominar a los otros pueblos sometiéndolos a su arbitrio por medio de la violencia, como el macho que fecunda a la hembra; agotamiento de las guerras, fin del imperialismo, ya inútil como tal; una vez que se hayan alcanzado los objetivos de la divulgación; acantonamiento de la nación que inicio la revolución, adaptada a los distintos pueblos en forma impersonal, en el cual se olvida el país de origen, el cual es ya inútil para el progreso. Todo eso no es la regla de un caso o periodo, sin embargo, es el desarrollo de la lógica que se encuentra en la inteligencia de la Historia. Podemos entonces asumirlo como ley general, dada de una constante repetición del mismo proceso racional. Cuando la Historia vuelve a transitar los mismos caminos y están en juego las mismas fuerzas. La lógica de las cosas nos autoriza, por ende, a aplicar al momento actual la misma ley.

De tal modo que la revolución bolchevique y sus consecuencias se encuentran comprendidas en esta ley. También la revolución francesa tuvo su ideología, pero la sustancia en todo caso permanece invariable: el desarrollo de las proposiciones lógicas de esta ley. Ella nos proporciona

en el caso actual de la revolución rusa, un camino ya trazado. Es esto que tenemos cerca de nosotros como realización histórica. El contenido de las ideologías habla respecto de otros siglos, dado que no se improvisa un modelo de vida social nuevo en pocos años y el mundo aun vive en los viejos sistemas, los únicos hasta hoy asimilados. Más adelante, las ideologías se transferirán a otros pueblos que las adaptaran para sí, en aquello que les sea útil, olvidando quizás hasta su origen ruso, ya lejano en el tiempo. Este es un trabajo largo y profundo, que solo conoce la inteligencia de la Historia, un trabajo que los hombres de hoy no conocen y del cual no se dan cuenta. Ellos están ligados a los acontecimientos históricos inmediatos, que representan el desarrollo de aquellas proposiciones que se deben expresar en la forma concreta de los hechos.

Puestas a un lado las ideologías, veamos cuales son, por el contrario los términos consecutivos que siguió y tendrá que seguir en el porvenir la revolución rusa. Como se evidencia, por la solución de esos problemas, en vez de apelar a la inteligencia y mucho menos a la bondad humana, nos apoyamos en la inteligencia divina. La cual anteriormente demostramos que está presente en la Historia. Fue esa inteligencia la que quiso la ley de la evolución, y es esa inteligencia quien la impone. Si no fuera por Dios impulsando cada paso, bien poco realizaría el hombre. Observemos cómo ocurre todo esto.

En el caso actual, los términos del proceso son: agotamiento del sistema antiguo, que era el régimen zarista, cansado y putrefacto, como el de Luis XVI. LA revolución rusa lo derrumbó, lo sustituyo y lanzó una nueva idea. Guerra de conquista, ya en parte realizada y, asimilación de los estados satélites. Estamos en el periodo actual. El término sucesivo, en la lógica del proceso, es una nueva guerra de conquista para difundir la ideología. Está actuando como guerra fría, como penetración política del partido en otros estados, con propaganda, etc. Pero el proceso, evidentemente fue lanzado y no podrá ser paralizado. La ideología no puede permanecer teórica. Existe, en el fenómeno, un lógico y fatal desarrollo de fuerzas indetenible. Un tren que corre y que ya no puede dar marcha atrás. Estamos en el umbral del imperialismo napoleónico, necesario para la difusión del ideario. Una vez divulgado este, se agotarán las guerras, finalizará el imperialismo que hoy a la Historia le es útil, confinamiento de Rusia y el fin de sus conquistas imperialistas. Al final de todo ello habrá asimilación secular de la ideología comunista, de manera impersonal e independiente de Rusia, de manera temperada, transformada, diferente y adaptada a cada pueblo. Solo así la Historia, único ente consciente y sapiente, alcanza sus fines reales; los fines del progreso humano, utilizando esto o aquello, rechazando lo que es inútil a sus objetivos. Recordemos lo que demostramos anteriormente, o sea, que para la vida el individuo no tiene valor, aunque este individuo sea un pueblo entero, solo tiene valor su función biológica.

Hoy, por tanto, Rusia esta llamada a los primeros planos de la Historia, para realizar este trabajo; terminado éste, sus grandes jefes podrán tener el fin de Napoleón, y Rusia tal como Francia, regresará más o menos, a lo que era ante. A menos que no acontezca algo peor, que sus jefes tengan el final de Hitler o Mussolini, y que, a su vez, Rusia tenga el fin de Alemania. Dada la lógica del procedimiento, Rusia está ligada hoy al imperialismo por nuevas guerras de conquista. Solo continuando el avance, dado que ese es su principio y su plano, podrá considerarse victoriosa la Revolución, podrá justificarse el comunismo ruso tanto en lo externo como en lo interno y así quedar en pie. Por el contrario, si no se realiza la conquista programada, tendrá que declararse fallida. Es muy peligroso basarse en el principio: O la conquista del mundo, o la muerte. Las

revoluciones, además, son una explosión renovadora de la vida y no pueden desarrollarse sino solo con guerras de conquista.

Se sintió en Rusia el peligro del nacimiento de un Nuevo Napoleón de entre los generales vencedores, más populares, y esto se ha evitado hasta ahora. Pero, esto no impedirá que Rusia se mantenga ligada al imperialismo. Este es el eslabón de la cadena de proposiciones según la cual se desarrolla la revolución bolchevique, este es el punto actual de su camino. La serie de proposiciones analizadas anteriormente, ciertamente hasta hoy se desarrolló, tal como en el caso de la revolución francesa, del mismo modo la rusa. El proceso es a tal punto fatal que las ideologías deben adaptarse, aun cuando en este proceso se contradigan. Así pues, se explica como el comunismo ruso se ha transformado de su programa original, el cual llega a practicar en la realidad el mismo imperialismo zarista, que tanto había condenado la revolución y el cual continuó realizándose sin obstáculos. Los Teóricos más notables del comunismo como Carlos Marx, Federico Engels, y Lenin, consideraron al imperialismo como el peor enemigo de la revolución. De otro modo, a través de todos los regímenes, continuaba imperturbable el sueño paneslavista de los zares. Siempre con el nacionalismo y el racismo como basamento y mas allá de todas las apariencias, el constante y secular sueño de los pueblos, motivo y fuerza de la Historia. Sueño reforzado por la revolución, que no pudo desarrollarse y afirmarse sino en esa conquista. Así, por ende, los orígenes de la ideología comunista negaron todo eso, la realidad biológica que ignoraban, la venció, se transformaron y a ella se adaptaron. Lo que priva siempre por encima de las ideologías es la forma de gobierno, lo que permanece por encima de los acontecimientos, es la realidad biológica, representada en este caso, por los instintos expansionistas de un pueblo. Triunfa así el Imperialismo eslavo, el mismo de los zares, puesto hoy en práctica por los hijos de la revolución, en contra de sus teorías fundacionales, los cuales son censurados y purgados en los puntos en que combaten el imperialismo zarista, que es el mismo actualmente.

Es fatalidad del expansionismo revolucionario, en realidad imperialista y esclavista, la que hoy se manifiesta en la guerra fría, en las invasiones de otros estados, bajo la forma de partidos comunistas, léase, quinta columna rusa; en la propaganda pacifista, para el desarme del enemigo, mientras cada uno se prepara en la misma corrida del armamentismo. Inevitabilidad del desarrollo de fuerzas comprimidas, tendientes todas hoy, a explotar mañana en un conflicto armado abierto, porque en la naturaleza cada fuerza tiende a alcanzar su expansión y cada conflicto tiende a concluir, resolviéndose.

He aquí cuanto nos dice la lógica en el cual esta implícito el desarrollo de los acontecimientos. Contradicciones, si vemos superficialmente, pero con lógica profunda, de la Historia en su desarrollo. Aquello que los hombres dicen o hacen responde a otras exigencias como aquellas de la lucha de clases y de raza, del experimentar para aprender, responde a pequeños intereses, personales e inmediatos que ignoran los grandes fines de la historia. Es natural entonces que todo eso tienda a deformar la lógica del plan sustancial de la Historia y, que en lo particular, solo aparezca un círculo vicioso de contradicciones. No es sobre este terreno de los hechos exteriores que podemos entonces encontrar la lógica y de esa manera comprendemos por qué allí todo parece ilógico. Y entonces, he aquí lo que encontramos en los hechos. Las revoluciones, casi todas hechas en nombre de la libertad, se suceden pues en régimen más duro, porque más joven, y por lo tanto mas fuerte que el que lo precedió, mucho más viejo y ya cansado. He aquí pues que una revolución

como la rusa, realizada a partir de la justicia social, que recuerda y continúa los principios de la revolución francesa, que deviene, como ahora, en invasiones bélicas con sumisión de otros pueblos, imperialismo y en suma paneslavismo. He aquí que el capitalismo privado se sustituye en otro tipo de capitalismo, el de Estado, del cual goza, como siempre, la clase dominante, sólo porque en la lucha por el poder, ha resultado vencedora. La vieja clase aristocrática es sustituida por otro tipo de aristocracia, la de los burócratas, y es en medio de esa aristocracia que se selecciona y de la cual emerge el dictador supremo, como ella misma hubo emergido, luchado de entre las masas populares. Falta la manera napoleónica personal, la aventura bonapartista, pero la dictadura del imperialismo, el paneslavismo están ya en acción.

Es así pues que en todo aquello vemos reflejarse las viejas motivaciones de la historia. El férreo substrato biológico que es bastante distinto de las ideologías proclamadas. Nos encontramos, entonces en realidad, frente a un nuevo capítulo de la lucha entre el eslavismo y el germanismo, entre Rusia y Europa, y ante una tendencia de repetición de las invasiones bárbaras a Roma, apenas Europa muestra signos de debilidad. Es siempre el viejo motivo de los pueblos menos evolucionados, que saltan encima de los más civilizados, luego de que estos no sepan dominar más, manteniendo su superioridad. De este modo, aparecen, en el lugar de las ideologías, los verdaderos impulsos biológicos en acción, las rivalidades humanas, las de clases, de razas, empeñados todos en la misma lucha por la vida. En su nivel actual de evolución, en la Tierra, esa lucha corresponde bien poco a conceptos ideales que solo sirven para enmascarar la realidad. Esto lo afirmamos para todos los pueblos y para todos los ideales. Así es que, con el pretexto de combatir el capitalismo para liberar de él al mundo, se rehace el viejo juego expansionista de un pueblo a expensas de otros. De esta forma, para que se realice la ideología rusa de la justicia social, Europa será la víctima, en el caso de que no quiera unirse para defenderse.

Podemos a este punto ver el panorama general de todo el proceso evolutivo de los acontecimientos, proceso formado por tres corrientes:

- 1) Las ideologías teóricas, en principio son apenas las simientes, cuyo desarrollo, de hecho es prorrogado a otros tiempos.
- 2) El férreo sustrato de la realidad biológica en la cual hombres y pueblos luchan por la vida, siendo esto su trabajo; el único que ellos conocen y desean.
- 3) La obra sustancial y soterrada de la historia, que avanza como una cadena de proposiciones lógicas, para conseguir la actuación de la evolución, realizando las ideologías: trabajo desconocido por el hombre quien lo ejecuta sin conocerlo, movido por intereses y miras menores, avanza desordenadamente un camino tortuoso, lleno de contradicciones.

Hemos visto aquello que resulta del choque constante de estas tres corrientes. Acá en la Tierra, particularmente, domina la segunda, mientras que en las alturas, aunque parezca lejano, siempre esta activa la tercera. Volviendo al caso de Rusia y del comunismo, observamos ahora que este tercer aspecto le ofrece la posibilidad de victoria. En realidad la expansión del comunismo se resuelve en el hecho de la expansión eslava. Ahora bien, nos preguntamos: ¿Posee Rusia las características biológicas que, frente a las leyes de la vida, justifiquen y autoricen su expansión

sobre otros pueblos? Sin hablar de ideologías, hubo pueblos dominadores y colonizadores, como Roma, ante la Europa de entonces, y como la misma Europa ante las América y el mundo. Cuando un pueblo posee cualidades adecuadas para saber ejercer funciones de comando, la vida confía en él, y esta podría ser, quizás, una justificación para el expansionismo ruso. ¿Posee el pueblo ruso estas cualidades que justifican su paneslavismo? Si lo tuviese, tendría pleno derecho a la expansión y se justificaría su imperialismo. Pero si no lo tuviere, no podrá más que repetir la aventura napoleónica reduciéndose a su mínima expresión, bien sea venciendo como Francia, mas con el peligro de ser destruida por las bombas atómicas. ¡Pobre de aquel que se arriesga a tomar una prueba que no puede ni podrá superar! La vida castiga con la aniquilación. Para vencer y tener derecho al dominio, necesita poseer valores superiores, valores biológicos de inteligencia y técnica.

Ahora, Rusia hasta ayer vivió marginada de la civilización europea. ¿Cómo podrá erigirse hoy como maestra del Mundo? ¿Cómo pudo la vida ubicarla a la vanguardia del progreso? ¿Dónde se encuentran sus cualidades excepcionales que garantizan su importantísima función biológica? Su civilidad actual es una imitación apresurada de la pseudo-civilidad materialista europea, formada sin los mejores y más potentes valores; los espirituales. Estos tienen gran peso biológico y Rusia pagará caro el haberlos ignorado. Su programa representa en teoría la justicia económica de la sociedad. Más en la práctica es otra cosa. El régimen capitalista de propiedad establecida jurídicamente en el orden social de la ley, representa un grado más avanzado de su fase de formación que no es otra cosa que el hurto. Ahora, en los hechos, el método de la violencia, usado por el comunismo, atrasa la sociedad hasta la fase pre-legal caótica de la conquista de los bienes, con el hurto y la agresión y esto es de hecho, la verdadera psicología de las masas comunistas que ignoran cualquier ideal, pero están bien conscientes de sus intereses inmediatos. De esta forma en la práctica, el ideal de justicia social se reduce al asalto del que tiene, solo para sustituirlo en la posición, para luego fijarlo, cuando haya conquistado, en su fase legal de propiedad jurídicamente garantizada, sin lo que no es posible disfrutarla. Para las masas desencadenadas al asalto, es inconcebible cualquier otro móvil, que no sea alcanzar la mejoría individual, estabilizada con la propiedad individual.

Además de ello, el hecho de que los jefes sobresalgan apenas por la astucia y por la violencia y de que el comando sea ejercido con el método del terror, revela un estado de involución. Sólo la pasividad del pueblo ruso y la costumbre atávica de resignación, fijada en las masas por una esclavización secular, pueden permitir semejante situación. Solo un estado primitivo de inconsciencia colectiva, de desorganización social, de poco control por parte de la opinión pública, puede hacer posible que el hombre de tipo biológico como sus jefes, puedan permanecer en puestos de comando. Los jefes tienen a los pueblos que merecen y los pueblos tienen a los jefes que se merecen. Tales ejemplos definen a un pueblo, y solo pueden aparecer en ciertos niveles biológicos. Sólo en ciertos ambientes algunos hombres pueden vencer; porque solo allí todo esta proporcionado y adaptado a ellos, y ellos pueden ejercer una función; y esta es la única razón por la cual la vida los deja en sus puestos. Solo allí pueden ellos resultar victoriosos porque solo allí son ellos los mejores. Mientras que en pueblos más evolucionados, ellos serian los peores y hasta tal vez serían expulsados. Cuando la selección biológica de un jefe ocurre a través de la violencia y el terror, no podemos decir que ese pueblo sea civil y evolucionado, y que tenga el derecho de enseñar nada a nadie. La vida nunca podrá confiarles misiones sociales, sino en el mismo orden de

su propio plano, ni confiarles funciones superiores a aquellos que pueda ejecutar determinado tipo biológico. Entre otros pueblos, el mejor, a menos que no sea un santo, es el más inteligente, el más dinámico, el más genial. ¿Cómo se podría desde un plano inferior, dirigir a uno superior? Ciertamente es, que la astucia y el engaño son el mal de todo el mundo. Pero necesita verse en qué porcentaje entra dentro de la escogencia, y cuáles de ellas pueden soportar los pueblos de sus jefes. Es posible admitir, y la Historia de ello nos da ejemplos, que un pueblo involucionado pueda subir de un salto a grados superiores de civilización, que según las leyes de la vida, son los únicos que dan derecho al dominio sobre otros pueblos para civilizarlos cada vez más. Sin esa superioridad, la cual es el valor intrínseco solo alcanzable con el esfuerzo propio, con esfuerzos de milenios, la vida no concede posiciones de dominio, y no las deja por mucho tiempo en manos de quienes la usurpan. Sabemos que la vida concede derechos y poderes a quienes son dignos de desempeñar una función biológica real, según sus objetivos. Ahora, un pueblo que quiere dejar una idea en el mundo, y hace del imperialismo, que es el dominio de una raza sobre otra, su maestro, debería hacer un examen de conciencia para calcular sus propios valores, porque, más tarde, deberá rendir cuentas a las inexorables leyes de la vida; y, si no poseyere esos valores, está destinado al fracaso. Y si ignorare estas leyes, pagará igualmente, para aprender a conocerlas.

Y, si la Historia llama a Rusia, ¿qué funciones podrá confiarle, proporcionada y condicionada a sus capacidades, sino a aquellas de la destrucción? Es el duro trabajo de allanar el terreno, para que, sin obstáculos, puedan sobre él surgir nuevas construcciones. Esto fue confiado a los bárbaros alemanes, contra Roma, para que una vez liquidada su civilización pagana, pudiese surgir la civilización cristiana. Este trabajo ingrato fue también confiado, en la revolución francesa, a los menos evolucionados, a los feroces y violentos. Y no es posible negar que en Rusia domine hoy la violencia. En efecto, ¿no es de hecho en todo el mundo esa la cualidad preferida para las actividades comunistas? ¿Qué nos revela ese método de andar en la búsqueda de la miseria, provocándola, tal vez, no para ayudar a los desheredados, más que para excitarlos a la violencia, subvirtiendo el orden? No se trata aquí de una acción benéfica constructiva, sino de una actividad corrosiva, disgregante, una función de asalto contra todo lo que manifieste señales de debilidad, de putrefacción, de ruina, una acción de barrido y destrucción de los poderes debilitados, lanzando en contra de ellos a las masas más revoltosas a causa de la miseria. Esto nos recuerda y nos repite, en el plano social, el asalto de microbios patógenos, que someten a los individuos enfermos y débiles a una prueba, de la cual saldrá, bien curado y fuerte, o por el contrario muerto. Solo esta función de depuración biológica de los pueblos cansados, es aquella que la vida prueba confiar a Rusia, función que nace, cuando una civilización mucho más madura (como la de Luis XV liquidada por la revolución francesa) debe ceder el puesto a una más joven, en la cual la vida se renueva para continuar subiendo. De este modo, el valor y la superioridad de Rusia serían solo relativos, esto es, dado por la debilidad e inferioridad de una Europa cansada.

Con lo que hemos expuesto anteriormente, buscamos comprender y explicar la situación futura y actual del mundo, en sus razones más profundas, siguiendo la lógica que nos fue dada por las leyes de la vida. En este escrito, todo el trabajo de ordenamiento comprendido en nuestras obras anteriores, que expone la filosofía del funcionamiento orgánico del universo, lo utilizamos para la comprensión del momento histórico actual y futuro. Es así que nuestras conclusiones tienen base en un sistema filosófico y, si bien se obtuvieron con el método de la intuición, estuvieron sometidas al control racional. Aun cuando las ofrecemos como hipótesis, se derivan de una

concepción universal, y nuestro tiempo, así como sus acontecimientos, esta lógicamente situado dentro de una visión cósmica. Procuramos, prever el futuro de un trabajo de orientación, siguiendo las líneas de la lógica que forzosamente está en la Historia y en el pensamiento de Dios.

Nos falta ahora apenas completar el cuadro con algunas observaciones particulares y prácticas, sobretodo, en relación al futuro que se desarrolla a partir de los acontecimientos. Todos los pueblos que aspiran al dominio, proclaman la paz, pero la paz propia, bajo su arbitrio. Y para conseguir esa paz, ellos deben hacer la guerra. Defienden un nuevo orden, más un orden en el que ellos mandan y otros sirven, y para obtenerlo subvierten y asaltan el orden, para destruirlo, si dicho orden no es el suyo. Ellos se presentan siempre como libertadores, a pesar que los pueblos invadidos no deseen ser liberados. Pero, así, los invasores camuflándose de libertadores, pueden librarse mejor de su propio enemigo, venciendo y subyugando al pueblo invadido. Es divertido observar ese juego de contradicciones entre lo que se dice y lo que se hace, juego de ilusiones psíquicas, cuyas razones ya han sido estudiadas. Todo esto, porque detrás de lo que se dice, está actuando una dura realidad biológica. Que habla y actúa muy diferentemente. En esto se evidencia cuanto pueden valer los estandartes humanos, y cuanta lucha feroz por la vida se ejecuta tras bastidores. En la práctica, por esa misma realidad biológica, en el plano de evolución animal del hombre, cada orden solo puede establecerse y mantenerse por la fuerza, impuesta por un dominador, ya que no existe aún una conciencia capaz de entenderlo y mantenerlo por convicción espontánea. En la práctica existe solamente una verdad político-social, la del vencedor. No es la idea lo que vale, vale apenas la idea del vencedor. Hoy, todos ponen sus ojos en el comunismo, porque Rusia ha resultado victoriosa y es fuerte. Por esto Francia tuvo que ser fuerte y vencer durante el periodo napoleónico, porque sin fuerza ni victoria las ideas de la revolución no habrían sido de interés para nadie. Si Rusia perdiera, el comunismo se despedazará en los fragmentos que sobren en los diferentes Estados en que penetró. Lo que cuenta es vencer. Si Hitler hubiese vencido, su idea sería hoy la verdad en Europa, y la verdad política alemana sería la única verdadera. Y vencer es asunto de medios bélicos. Pero los victoriosos fueron Rusia y los Estados Unidos, y hoy, en el mundo solo existen esas dos verdades, la verdad de los vencedores. De este modo, a través de los siglos, tuvimos varias verdades, la romana, la francesa y la inglesa, etc., de acuerdo a quien triunfara. Cuando un pueblo vence, establece e impone su verdad, hecha por él en beneficio propio. Él hace todo lo que hacen todos los grupos humanos, o sea, declarase de parte de Dios y del derecho, condenando a todos los demás. Cualquier hombre, individualmente o en grupo, dice siempre: Solo yo tengo la razón. Así pues, tenemos tantas verdades políticas, religiosas, filosóficas, sociales, etc. Si cada uno mantuviese su verdad sin condenar a las otras, todo iría bien. Pero todo el mundo es dogmático y absolutista y combate a todos los demás, y se justifica de ello, porque para él las otras son meramente errores. Según él, él y sólo él es, o representa el bien, y todos los demás, el mal.

Es así como nace cada nuevo orden, hijo del desorden y del abuso de poder; nace la paz, el derecho, las artes, las ciencias y el progreso, dando el tono a un periodo histórico. Los actos de agresividad, los cuales normalmente son delincuenciales, se legitiman, la gloria del triunfo todo lo sana, los ministros de Dios en la Tierra bendicen y aprueban, se fijan las nuevas posiciones hasta que una nueva guerra o revolución hace temblar todo. Este es el florecer de las tempestades sociales, un progresar de órdenes que nacen, cada una, de las ruinas de la anterior, cada vez perfectas, repitiendo así el progreso de re-armonización del universo, que, similarmente, parte del

caos, para volver a Dios. Ese es camino de la vida, lógico, justificado, como no lo son las palabras de los hombres.

Pasemos a observar los hechos más cercanos, la realidad biológica que es tan diferente a las apariencias, siempre escondida en la esencia de los hechos. En la realidad la victoria del proletariado en el mundo entero significaría, hoy, el dominio de Moscú; así como la victoria de Cristo en todo el mundo podría significar el dominio del Vaticano. Recordemos que en el fondo, el protestantismo nació sobre todo por la lucha racial. Y como hoy en día, pocos combaten a Cristo, sin embargo muchos combaten a los curas que se autoerigen como Sus ministros; así pocos combaten la justicia social del comunismo, mas muchos combaten el bolchevismo ruso, que se autoerige como ministro de la justicia. Luego, todo es lucha, porque, en la Tierra las ideas universales, supra-nacionales y supra-rationales, no existen en la práctica, mas, por el contrario, todo está personificado en los hombres que, tras los ideales, realizan un trabajo muy diferente, es decir, luchan por su propia vida. Esta es la realidad biológica, imaginemos que, en un cuarto lleno de objetos pequeños para nuestro uso, viniesen a vivir una multitud de insectos. Ellos utilizarían todo para sí mismos, transformándolos para otros fines, utilizándolos como escondrijos y trincheras, como medios de ataque y defensa, en la lucha por la vida, lo que representa su principal ocupación. Así, las religiones o los ideales de la Tierra, de los hombres que antes que todo luchan por sobrevivir, vienen transformadas y utilizadas como escondites y trincheras, como medios de ataque y defensa, por la lucha de vida o muerte, la cual, es también, su principal ocupación. Solo los ingenuos pueden dejar de ver esa dura realidad detrás de tantas banderas y creen que pueda ser posible vivir de ideales. Estos, para que actúen en la Tierra, tienen que rendir cuenta a la realidad biológica, la cual es muchas veces bestial. Cuando acusamos en nombre de la virtud, ¿será que somos sinceros y verdaderamente estamos acusando por la virtud, o será que ella limita la expansión del prójimo, y de ello se aprovecha nuestro egoísmo expansionista? Ahora bien, quien vive por los idealismos no debería nunca acusar. Es así pues que se predica sin creerlos Y de ello sucede, que los ideales en la Tierra aparecen, sobretodo, como mentiras.

Concluimos lanzando una mirada al futuro del mundo. Si quisiésemos comprender cuales son los motivos que impulsan al hombre a caminar en la historia, debemos ver detrás de las banderas y las ideologías, la anteriormente mencionada realidad biológica, la cual representa la verdad de la vida en la Tierra, verdad dura pero verdadera, que como tal permanece para quien observe profundamente, a pesar de que ella prefiera ocultarse en la lucha de verdades ficticias y aparentes. Es cierto que la Historia obedece en sus grandes líneas al pensamiento directo de Dios, inmanente en la Historia. Pero el hombre obedece a esto inconscientemente, pues solo conoce lo particular en lo cual está inmerso, en el cual se realiza, no el progreso del mundo, el cual es confiado a diversas manos, sino los experimentos del hombre para madurar su evolución.

Dicho esto, es fácil ver el egoísmo nacional, el cual es la realidad biológica subyacente de las ideologías comunistas. Quien conoce al hombre y la vida jamás podrá creer en sentimientos proclamados de amor al prójimo y que se va en pos de su bienestar. Y así lo demuestran los métodos utilizados, dado que es el método lo que revela la verdadera intención de quien actúa. Si el comunismo tiene la gran función histórica de lanzar y de imponer por medio de la violencia el principio de la justicia social a un mundo sordo, esto es la obra del pensamiento directivo de la Historia, que quiere el progreso del mundo. Pero la psicología de los hombres encargados de este

trabajo está motivada por intereses bien distintos, racistas, expansionistas e imperialistas. Ellos quieren crecer y son utilizados para un trabajo de destrucción de lo viejo y el lanzamiento de una idea evangélica, de la cual sus métodos se revelan inmensamente lejanos. Los hombres de Rusia siguen los acostumbrados y atávicos instintos humanos, en los cuales están encerrados en virtud de su grado de involución biológica. Según su naturaleza, ellos experimentan su vida. Pongamos ahora de lado las grandes líneas de la Historia, el modo por el cual esta los utiliza para objetivos que ellos mismos ignoran. Observémoslos, por el contrario, en el modo particular de su acción, según las realidades biológicas en que se mueven. En esta posición la psicología de la Historia salvadora y constructiva del progreso se hace lejana. Tenemos, en su lugar, una psicología particular, egoísta, despiadada, llena de lucha, de golpes y contragolpes, en que se juega duramente que culmina con la victoria, premio a la vida; o con la derrota, condenación a la muerte.

En este terreno, Rusia y Estados Unidos son dos centros de egoísmos desenfrenados, dos imperios rivales hasta la muerte, por la conquista del dominio mundial. Las ideologías no tienen una nada que ver con la otra. Esto es la realidad biológica. Los principios proclamados son apenas mantos que la esconden, son propaganda para conquistar prosélitos. Cada uno de los dos se vanagloria de detentar el programa más bello. Pero ambos hacen lo mismo. Dado lo anterior, la tendencia al choque es un hecho, el choque es extremadamente probable, y la amenaza pende sobre el mundo. Lo que los frena, es el miedo recíproco. De allí, su carrera armamentista, a despecho de su continua propaganda pacifista; justamente porque ellos solo creen en sus propias fuerzas. Se espían mutuamente y luego de que cualquiera de los dos tuviere certeza de su propia superioridad y de la inferioridad del otro, estará listo para saltarle encima para liquidarlo. Cuestión apenas de preparación entre los dos colosos pacifistas. Son las grandes fábricas americanas que por tener superioridad técnica y producción bélicas, detienen a Rusia hacia Europa. Ninguna otra cosa la detendría. Y Europa sufriría una invasión y un dominio eslavo, en nombre de la justicia social. De allí la lucha entre los dos rivales, por la superioridad técnica, que es hoy la condición fundamental para la conquista del mundo.

La fatalidad del embate aparece ante nosotros, por la constatación ya hecha, de que las revoluciones están ligadas al ciclo napoleónico. El fascismo y el nacional-socialismo, hijos de revoluciones, iniciaron el mismo ciclo, con la misma ley, y cayeron víctimas de dicha ley, como Napoleón. Vimos que la revolución como expansionismo, imperialismo y guerra son eslabones de la misma cadena. Además de eso, las dictaduras, como la Rusa, absolutas y sin controles, no tienen el freno que puede ser usado en la opinión pública por la conciencia del pueblo, para detener o al menos retardar decisiones personales y precipitadas. Ahora, frente a una Rusia así, que ha llegado a ser tan poderosa, se transformó luego por las leyes del equilibrio, como el antagonista proporcionado. Su proceso de desarrollo la conduce pues fatalmente, en su aventura imperialista, a derribar el imperialismo de los Estados Unidos. Así pues, los dos imperios el del paneslavismo y el del panamericanismo, se batirán el día de mañana desatando una guerra abierta, para con eso resolver la guerra fría que ya está en marcha. En ese interín, los dos centros tienden a reagrupar en torno de sí el mayor número de estados satélites. Y continúa la presión de los dos centros, y no se avisa cómo puede parar la maduración de la revolución bolchevique hasta su fase imperialista de conquista activa, con la guerra abierta por el dominio del planeta. Si ese dominio es el programa del comunismo ruso, ¿cómo podrá esto detenerse sin renegar de sí mismo? Y ¿Cómo podrá no

intentar, por coherencia, si esto está en su programa, la conquista real del mundo, pasando, luego que sea posible, de la actual guerra latente a la guerra abierta de conquista?

Si el campo de batalla será Europa o Asia, es solo cuestión de estrategia. Es un hecho, de que Europa ha perdido su potencia y su autonomía. Sus colonias llegaron a ser mayoría y con esto se hicieron independientes. Europa necesita hoy apoyarse en estados más fuertes y más armados, dado que sus ejércitos y su preparación bélica son inadecuados para resistir, hoy, por si solos, un asalto de naciones más poderosas. Así se inició la liquidación de las diferentes naciones de Europa como potencia mundial, estando de esa forma reducida a una posición subordinada a la defensa que le es ofrecida por otras naciones. Europa está llegando a ser dominio ajeno. Ella está siendo disputada por las dos grandes potencias que buscan apoderarse de ella y con métodos diversos, ya la invadieron y en parte la poseen, ayudándola y protegiéndola, otros penetrándola como partido político.

Para todo eso habría una sola defensa: La unificación. Pero ninguno de los dos Estados Rivales parece quererla, porque una Europa unida formaría una tercera gran potencia, con la cual tendrían que rendir cuentas. Y Europa misma parece no saber superar los viejos rencores y divisiones nacionalistas. La presión que la amenaza rusa ejerce en este sentido es fuerte y de cierto benéfica, porque la impele realmente a la formación de una nueva y grande unidad, lo que es, indiscutiblemente, un progreso, en tanto que, en la ideología rusa, esté previsto todo menos dicha realización, la cual, entre tanto, está en el plan de la Historia. Pero, por más que esto sea obstaculizado y difícil, hoy existe otra solución, si Europa no quiere terminar esclavizada e incluida en uno u otro de los dos grandes imperialismos. Son estas las fuerzas en contraste sobre el terreno de la vieja Europa. Cada una de las naciones es atacada en su autonomía, y teme perderla, en su independencia, que no quiere ver sacrificada. Es ese separatismo egoísta, esa rivalidad que divide, el peligro que hace a Europa hoy, débil y la puede convertir esclava el día de mañana. No hay duda de que ser reducido a un objeto disputado por otros que luchan por dominarla, significa haber perdido la supremacía del mundo y encaminarse hacia la liquidación. ¿No se encuentra, acaso, Europa hoy en las mismas condiciones que la Roma antigua en las postrimerías de su imperio? Y también en el caso que ella llegue a unificarse, ¿conseguirá resurgir?, ¿o su civilización ya está en liquidación, como fueron las invasiones bárbaras a las puertas de la Roma antigua? ¿Podrá Europa, aunque unificada, resistir a la presión de dos imperialismos que se la disputan, provenientes de dos pueblos más primitivos, y más jóvenes que ella, que ya ha agotado su papel histórico imperialista y colonizador, como dominadora del mundo?

Como se ve, en el terreno de lo particular, tenemos muchas fuerzas actuantes, contrastantes, ligadas a su desarrollo lógico. Por un lado, la revolución Rusa que hoy funciona como motor propulsor de la Historia de nuestro tiempo, revolución que ya desembocó en el imperialismo al que está ligada para afirmarse, sin el cual fallaría. Potencia nueva contra quien, para equilibrio, se contraponen el contra-imperialismo norte americano y la unificación europea y de todos los estados menores para su defensa en común. Estas fuerzas opuestas tienden a esconderse para resolver sus choques conglomerando en su retaguardia las fuerzas menores. Este es el trabajo de los hombres, en el cual ellos experimentan su vida, siguiendo sus instintos y las leyes de la realidad biológica de su plano de evolución. Por encima de todo esto, están los grandes planes, según los cuales la inteligencia de la Historia utilizará todos esos eventos particulares para alcanzar otros objetivos,

como la unificación de estados en grandes unidades colectivas, la destrucción de lo viejo para implantar lo nuevo, la afirmación en el mundo del principio de la justicia social, la liquidación de todas las guerras y de los gobiernos agresivos y violentos, cuando ellos ya hubieren cumplido su función destructiva, hoy harto útiles.

Así, en esta dupla binaria, la Historia avanza. Existen tanto el trabajo del hombre, necesario también para él, a fin de aprender, y el trabajo de Dios, el cual dirige la Historia. Existe por debajo un mundo de bellaquerías en el cual se combate ferozmente la dura lucha por la vida, y existe en lo alto un mundo de sabiduría y bondad con el cual Dios guía los acontecimientos, canalizándolos hacia el bien, según la línea de la evolución. Dos actividades paralelas que se intercalan y se interpenetran, que en la realidad se funden y realizan una sola obra: el progreso del mundo, guiado por Dios y ejecutado por el esfuerzo del hombre. Este puede luchar, sufrir, errar, expiar, pero no puede dirigir, porque no sabe. Es necesaria la experimentación humana, para que pueda el hombre aprender y así progresar, sin embargo es indispensable, también, una guía inteligente que sepa, para poder canalizar hacia metas precisas y benéficas todo ese esfuerzo, sin el cual no se realizaría el progreso. Es ley que el progreso se cumpla.

El dinamismo de nuestro siglo es producido por la revolución rusa, como el del siglo pasado fue representado por la revolución francesa. Cada revolución es una explosión, una erupción volcánica de las fuerzas vitales, que irrumpen y que luego, un siglo de Historia va asimilando. También la revolución francesa, destruyó un mundo, para que se pudiese reedificar otro mejor. Y de este modo, la revolución rusa desempeñará las funciones de destrucción de un mundo, para que se pueda reedificar uno mejor. Es así, que a través de este inmenso trabajo en que chocan fuerzas ciegas inteligentes, disputa impresionante guiada por la potencia del espíritu, se elabora el terreno y son madurados los hombres y los acontecimientos, para que pueda nacer en terreno propicio la nueva civilización del tercer milenio.

CAPITULO II

EL PENSAMIENTO Y LA VOLUNTAD DE LA HISTORIA

Procuremos en este capítulo comprender aun mejor las afirmaciones del capítulo precedente, confirmándolas con nuevas consideraciones, que nos permitan completar las observaciones desde otros puntos de vista. Antepongamos clarificaciones de carácter general.

El lector ya ve que en esta obra no exponemos ciegamente los resultados de una intuición profética, sino que tendemos, sobre todo, a hacer una construcción racional, de índole histórica con base en principios generales que deducimos de un sistema en el cual ellos fueron ya demostrados y planteados lógicamente. La investigación histórica que aquí realizamos, proyectada sobre todo al futuro, es dirigida, entonces, con métodos positivos, racionalmente controlados, a lo largo del hilo del desarrollo de un proceso lógico. Solo eso nos garantiza la seriedad y la máxima posibilidad de aproximación a la verdad sobre el terreno de los acontecimientos históricos. No deseamos, por lo tanto, realizar aquí un trabajo de adivinación, ni tampoco de dar pruebas de facultades proféticas. Eso sobrepasaría nuestro propósito, el cual es conseguir la orientación y la previsión probable de los eventos futuros con los medios más positivos. Si la intuición profética es la que nos guía, en realidad en la presente obra es lo que menos dejamos ver. Es por esto que no usamos lenguaje simbólico, sino un lenguaje simple y claro, aquel lenguaje de la vida cotidiana. Tenemos la seguridad de los principios generales, que aplicamos y asumimos como guía en nuestra investigación histórica. Pero cuando descendemos a lo particular, preferimos hablar de probabilidad, en vez de esconder el pensamiento, bajo el velo de un lenguaje sibilino o figurado simbólico, que parece hecho para decir sin decir y está escrito en función de una clave explicativa a la merced de los intérpretes. Esta necesidad, para algunas previsiones, de tener que recurrir a una intervención póstuma de especialistas en el arte de la resolución de enigmas, no puede ser parte de un trabajo positivo. La investigación del futuro, en los límites debidos y hasta cierto punto, puede ser hecha también por vías racionales a la que es indispensable siempre recurrir, para controlar los resultados de la propia facultad intuitiva, los cuales, si se toman a la ligera y sin discusión, pueden muchas veces confundirse con la pura fantasía. Contra este peligro, en el cual es fácil caer, estamos siempre en guardia.

Nuestra fuerza en esta investigación, consiste en tener detrás de nosotros un camino ya recorrido en diez volúmenes, en los cuales se han estudiado el funcionamiento de las leyes que guían el ser en cada ámbito. Nuestra fuerza radica en poder hoy colocar esta investigación histórica nuestra en el seno de un sistema del cual viene a formar parte; consiste en poder, por tanto dar una explicación lógica de cada una de nuestras conclusiones, obtenidas en función de las soluciones ya alcanzadas para otros tantos problemas. Solo así podemos hacer descender la inspiración sobre el terreno de lo racional, transformándola en algo comprensible para todos. Nuestra fuerza consiste en permanecer siempre unitarios y cerrar filas con los principios universales, aun cuando desdeñamos, en los particulares, a los acontecimientos históricos en el tiempo. Parecemos, por ejemplo, estar muy lejos, en este volumen, de los principios teológicos del volumen precedente. Y por lo tanto nos movemos en el mismo orden de ideas y nuestras conclusiones actuales no son sino consecuencias de aquellas distantes premisas cósmicas. El todo permanece como una verdad

única, bien sea que tratemos sobre la caída de los ángeles o de la redención de Cristo, bien sea que tratemos de la hora histórica actual o del futuro del mundo que se aproxima. Esta unidad de pensamiento y de visión es una fuerza, porque nos hayamos frente a una construcción conceptual, en la cual cada parte se refiere y se confirma mutuamente y todas juntas se reafirman sobre la misma verdad. Detrás de cada afirmación, resuenan muchas afirmaciones paralelas, coordinadas monolíticamente, colocadas orgánicamente. No se puede quitar una piedra sin que todo el edificio se desplome. Pero ¿Cómo hacer que se desplome cuando la razón nos dicta que cada piedra está en su justo lugar, y que cada conclusión resuelve armónica y orgánicamente un problema, que de otro modo permanecería irresoluto? La mente que ya ha comprendido la explicación de estas cosas, no sabe más renunciar a su satisfacción y jamás podría decidirse a recaer en la ignorancia y en el caos.

De tal modo, si este libro es de inspiración profética, es al mismo tiempo un trabajo de aplicación de los principios científicos, espirituales, sociales, teológicos, de nuestras obras precedentes, principios transportados a un terreno sobradamente distinto: el terreno histórico. Todo eso ofrece al proceso inspirativo, ahora dirigido aquí en sentido profético, la fuerza de método. Disciplinar racionalmente un fenómeno tan poco usual e incontrolable en cuanto a su funcionamiento, puede ser una conquista útil, para facilitar la comprensión y el perfeccionamiento, y lo pone a disposición de un mayor número de personas, haciéndolo más positivo, más fortalecido por los controles que en general faltan. Hacer profecía positiva, maniobrar la intuición sometiénola, admitiendo la posibilidad de error en las propias capacidades perceptivas supra normales, mas encerrándolo todo racionalmente, a fin de eliminarlo lo más posible, encuadrar todo dentro de un método que procede al hilo de lógica, no es un trabajo inútil. Esto es lo que hemos querido lograr aquí. En verdad, la razón y la lógica no son suficientes por sí solas para prever el futuro, el cual solo puede ser alcanzado por medio de la inspiración. Sin embargo, ellas pueden ser de mucha ayuda para escoger, controlar, eliminar comparar y hasta prever, dado que no podemos excluir una lógica en el devenir de los acontecimientos históricos. En fin, hacer de la inspiración también un método de investigación del futuro, puede dar al presente estudio no solo un valor contingente, sino hasta un valor independiente de ello. En otras palabras, este volumen puede servir no solo para prever el futuro que se espera, en función de nuestro presente y de nuestro pasado, sino para prever cualquier futuro, desde puntos de vista distintos situados en otros momentos históricos. El sistema aquí aplicado al momento actual podrá, cambiadas las condiciones de hecho, ser aplicada a otros momentos históricos; porque si las posiciones cambian, permanecen inmutables los principios generales con los cuales ellos son analizados en función de su futuro. De tal modo que, también si las previsiones de la presente obra no se cumplieren, o apenas lo hicieren en parte o de manera distinta, quedará positivo el trabajo del estudio de un método de investigación histórica basado en la intuición y controlado por la razón. Esto podrá ser útil para ulteriores investigaciones, sobre todo para la posibilidad de perfeccionamiento del método, que podrá conducirnos a resultados más perfectos.

Otra razón nos induce a aferrarnos a la lógica, bien navegando plenamente en el proceso inspirativo. Constatamos precisamente eso, el hecho de que el funcionamiento orgánico del universo responde a un proceso lógico, que es Ley, el cual expresa el pensamiento de Dios. Y la historia humana es apenas un capítulo del desarrollo del libro del Ser, en el cual actúa aquel pensamiento Divino. La historia, no solo obedece a una inteligencia directriz, sino que expresa el

desarrollo de un proceso lógico. No encontramos fenómeno que no obedezca a una Ley. No puede admitirse que el fenómeno histórico este exento de ello y que esto que es el camino principal de la evolución humana camine erráticamente en el caos. Deben existir metas precisas y, cuando de un proceso lógico conocemos la ley de desarrollo y su devenir, aunque sea parcial e inicial, podemos a fuerza de la lógica deducir su continuación y complementación, por lo menos casuísticamente, hasta alcanzar aquellas metas. Existe en todos los fenómenos una trayectoria de desarrollo, inclusive en los históricos. Hay una trayectoria que expresa la ley, que lo individualiza, que establece su naturaleza, traza su camino. Nuestra tarea aquí consiste en captar por inspiración el hilo de la lógica del pensamiento directivo de la Historia sobre todo de hoy, que es aquello que nos ocupa, para desarrollarlo en los particulares de manera analítica. Ahora, cada lógica tiene que ser un proceso de desarrollo obligatorio a lo largo de su propio camino, tal y como fue iniciado, el cual según sus características en el trecho conocido, debe indicarnos su continuación y conclusión, también en el trecho que nos es desconocido. Es así que nuestra pequeña lógica humana, adherida a la gran lógica divina, que no puede dejar de ser lógica, podrá llegar a la comprensión de Su pensamiento y de Su voluntad, y así, solo para convertirnos en Sus instrumentos de bien y prever los eventos futuros.

Retomemos ahora la observación de nuestro momento histórico. Nos parece fuera de toda duda y consecuente con la lógica que cuanto dijimos anteriormente expresa la existencia real de una onda histórica. Ella expresa las oscilaciones del pensamiento directivo de la Historia. A ella se debe la valoración y el aprovechamiento de los jefes dirigentes. De este modo, ella eleva o rebaja a los hombres, como si ella fuera el pedestal de los jefes. Este pedestal puede ser tan alto, como para ayudar a un pigmeo a parecer un gigante; y puede ser tan bajo que haga a un gigante parecer un pigmeo. Son en gran parte las fuerzas del destino de un hombre o de un pueblo, que lanzan y valorizan a hombres y acontecimientos, fuerzas más poderosas que la voluntad y que el valor de cada uno en particular. Pero, precisemos.

Si quisiésemos juzgar con ecuanimidad y equilibrio, tendremos que decir: la onda histórica es el pedestal que puede destacar y es la causa eficiente de un valor, sin el cual permanecería relegado a las sombras. Pero tenemos que decir, aun más: para ser un gran hombre en la Historia, no basta un pedestal que eleve a un vanidoso, sino es necesario por el contrario, un hombre de valor que sepa dignamente operar sobre tal pedestal. En efecto, la Historia, del mismo modo que dejó a la sombra hombres de valor, ha exaltado desde la nulidad, con el solo propósito de que aparezca en alto, a la luz sus miserias.

La vida produce en las masas tal riqueza de tipos, que tiene siempre a la mano para escoger lo que necesita para cada función histórica. Es posible pues que su sabiduría llegue al punto de producir los hombres que le servirán en la hora apropiada.

Podrá parecer extraña a cualquiera esta nuestra fe en una dirección inteligente por parte de una mente superior en los eventos históricos. Pero es evidente que no podemos absolutamente creer que el camino de la historia sea abandonado a las directrices contrastantes de cada uno, los cuales no podrían generar otra cosa que el caos. Y el caos en los hechos no existe, porque a pesar de todo, la Historia camina y el mundo evoluciona. Todo eso, dado que corresponde a un plano inteligente y orgánico, no puede ser obra del hombre que se propone objetivos totalmente diferentes,

personales, y no colectivos. ¿Quién será entonces el autor? Es esa voluntad superior, que escoge a los hombres, los utiliza, los enmarca en un trabajo que ellos no ven y que, mientras tanto, ejecutan, los dispone a un diseño que solo se hace evidente después, visto desde la distancia. Es así que ellos acaban haciendo lo que no tenían intención de hacer, comenzando de un lado y terminando en el opuesto. De esa forma, ellos piensan que vencen, ellos, por sí mismos que dominan, pero por el contrario luchan contra el destino que, en el terreno social, es representado por la voluntad de la Historia que los domina. El hombre lucha por sí mismo, pero es la onda histórica, por el contrario, la que lo arrastra hacia donde ella desea y hacia donde solo ella sabe. Quien comprende esto, tiene la sensación tremenda de la presencia de Dios en la Historia: Un Dios que respeta la libertad individual, pero que jamás le permite traspasar el límite que le fue designado, alterando así Sus planes. ¿En que se convierten los grandes hombres en comparación con esto? Pueden seguir, libres y responsables, según su propia voluntad. Sin embargo, son escogidos y lanzados de tal modo, que su rendimiento social y su función histórica actúen según la voluntad de Dios. Su actividad personal está subordinada a los objetivos de la vida en relación con el gran organismo colectivo, del cual ellos son solo células. Así pues, en un ulterior análisis, el hombre se reduce a ser un instrumento más o menos perfecto y obediente, siempre guiado por Dios. En nuestra humana imperfección, domina una libertad, que solo puede ser hija de lo relativo, todo descende del divino mundo del Absoluto, donde todo es perfecto y, por ende, determinista.

La historia adquiere, entonces un significado bien distinto, si no la vemos en la acción de cada hombre, sino solo en su conjunto de sus actividades, ligadas, sin que ellos puedan percibirlo, a un plano universal, aquel de la vida que evoluciona. Entonces, la Historia, a nuestros ojos, no resultará hecha por la acción de cada líder, ni por los acontecimientos de las masas, elementos exteriormente inconexos, sino apenas, por el hilo conductor de esas actividades y acontecimientos, hilo que, solo puede dar un significado lógico a la Historia, que le señala su desarrollo. Solo así podremos comprender el pensamiento directivo de la Historia y el por qué de la sucesión de los hechos, su conexión y la meta a la cual tienden. Solo así es posible, en un terreno de indagación racional, prever los acontecimientos futuros.

La Historia, a quien nosotros, ya ahora, sobre la base de lo que anteriormente dijimos, atribuimos una personalidad, puede querer las revoluciones, cuando ellas fueren necesarias para el progreso. Las clases dominantes, a fin de definitivamente, garantizarse las ventajas conquistadas, recurren a la legalidad, disciplinándolas jurídicamente como derecha, en el propio sistema del orden, creyendo, con ello, que dichas ventajas puedan definitivamente permanecer incorporadas a ellas. De esa forma desearían para la Historia, apenas para favorecer su ventajismo egoísta. Acontece entonces, que la onda histórica toma cuerpo en las masas y, erguiéndose, despedaza esa resistencia, esto es, para liquidar las posiciones que no se desapegan de los hombres, termina por matarlos. Es constreñida a ello, porque los hombres quisieran atar a sí mismos, de manera indisoluble, sus posiciones. Para destruirlas, ellos deben forzosamente morir, porque están apegados a sus posiciones de tal forma que no pueden ser arrancados de ellas. No hay otro modo, si ellos hubiesen asumido posiciones destacables de sus personas, esto no sería necesario. Pero juzgaron que de ese modo conquistarían posiciones más estables y definitivas, y así provocaron su propia destrucción, en vez de una simple separación, pues la onda histórica no puede detenerse. Si la aristocracia francesa no hubiese estado ligada, como su rey, a sus derechos y se hubiere separado de ellos, a fin de permitir una reforma, no hubiese sido necesario su exterminio. Pero al

contrario, todo estaba p treamente ligado a la cadena hereditaria, que pretendía ser eterna. Solo un levantamiento popular podía romper esa cadena. Y el absolutismo de los dominantes ponía a los revolucionarios en la posición de rebeldes al orden constituido, en la posición de delincuentes ante la ley. De all  provino que, luego de que estos tomaran posiciones, sus posiciones, fue cuestión de vida o muerte obtener la victoria, destruyendo al enemigo. Hubo miedo y peligros reales. No había escapatoria. Matar o morir. Uno de los dos debía morir: o la revolución con sus hombres, o el régimen monárquico y su aristocracia. Esto cierto para cualquier revolución o cambio de gobierno, y por lo tanto, del mismo modo interesa para la hora actual. Y es por esto que en todos los cambios de gobierno, ocurre la depuración, esto es la liquidación de los sobrevivientes del régimen anterior. Después de que ha sido liquidado el líder y su clase dirigente. Es miedo y peligro real. Es cuestión de vida o muerte el destruir al enemigo hasta el último de sus sobrevivientes.

Todo esto podría haberse evitado si los individuos entendieran la Historia y estuviesen prontos a desligarse de sus posiciones, cuando la Historia misma lo demanda. Y sería aun mejor si ellos no se pusiesen en las condiciones de forzar a la historia a que lo exija. Por no haber ellos cumplido con la función histórica que se les asignó para el bien y el progreso colectivo. Y esta incomprensión por su parte que constri ne la Historia a forzar las posiciones, que ellos en su ego simo ciego, quisieran detener para su propio y exclusivo beneficio, olvidando que la vida debe progresar y que ésta es la irrefrenable voluntad de la Historia. Es por ello que reyes, líderes y clases dirigentes son asesinados y violentamente liquidados, con una ferocidad que sería innecesaria, si todos, tanto los hombres del nuevo régimen como los del antiguo, comprendiesen el trabajo que la Historia les pide y lo supiesen ejecutar, obedeci ndola, en pleno acuerdo entre sí. Pero en su ignorancia, no saben actuar en consonancia, sino solo saben asesinarsen, en una escalada de persecuciones y delitos que luego deben pagar, por parte de aquellos que creen que con ello han vencido. Cuando las revoluciones surgen y abolen el orden precedente, ello es el saldo de una vieja cuenta construida a base de abusos e injusticias, aun cuando todo ello estuviere protegido y encuadrado dentro de un orden jurídico. La justicia formal y solo aparente no puede ser suficiente para sustentar con estabilidad las posiciones sociales. Hay otra justicia sustancial en la voluntad directriz de dios. Y cuando por el propio ego simo no se le toma en cuenta y se cae en el abuso, el edificio del orden vigente se derrumba y no habrá fuerza humana que consiga mantenerlo en pie.

Hoy la burguesía capitalista, que con la revolución francesa suplantó a la aristocracia de entonces, para sustituir la injusticia del privilegio con la justicia de la igualdad y la libertad, ha comenzado las mismas injusticias (que hoy paga) de aquella aristocracia permitiendo así el nacimiento del comunismo, que se subleva de nuevo por la justicia, al menos en teoría, cometiendo en práctica los mismos errores que igualmente deberá pagar. Así se explica la propagación de esas doctrinas, como sea que ellas sean aplicadas, y ello porque ellas responden a un nuevo impulso de la voluntad de la historia hacia la justicia. Si la burguesía hubiese utilizado la justicia en la distribución de la riqueza, si no hubiese repetido con la centralización capitalista, los errores de la aristocracia francesa, hoy las ideas comunistas no hubieran encontrado nada que destruir, ninguna justicia que imponer, ningún terreno sobre el cual prosperar. Tal es la lógica de la Historia: Los errores se pagan. Leyes iguales para todos: para los hombres del *status quo* que de esto se sirven solo para sí mismos en detrimento de los excluidos; como para los hombres de la revolución, quienes toman por asalto y con violencia este *status quo*, para sustituirlo; un nuevo orden, para su propia ventaja. Todo eso porque por encima del loco ego simo, que es en lo que se igualan todos

los hombres, hay una voluntad mejor, más inteligente y poderosa, que dirige los acontecimientos y hace caminar la historia en un sentido evolutivo. De este modo todo se encuadra en el mismo proceso lógico, los hombres del orden establecido y los hombres de la revolución, y todos juntos sufren, cada uno a su vez, bien pasivos o activos, el proceso de depuración. Habría una sola manera de quedar exento de dicha depuración: el ser puros. Si el hombre fuere tan inteligente como para comprender cuál es, a su respecto, bien sea como individuo, o como colectivo, la voluntad de Dios y si fuese tan bueno para que aceptase y siguiese sus directrices, todo sería perfecto y sería tranquilo, sin necesidad de estas intervenciones “quirúrgicas” ni de estos correctivos tan dolorosos. Pero el hombre es un ser en decadencia. Las razones teológicas de la obra “*DIOS Y UNIVERSO*” nos explica la ignorancia humana y nos explica, también, la necesidad de reconquistar la sabiduría, retornando, en el dolor y el error, el camino de la perfección. Deriva justamente de esa posición del hombre la necesidad de una dirección superior e inteligente del camino de la historia, que de otro modo andaría a la deriva como un navío sin piloto.

El hombre construye edificios sociales en órdenes sucesivas, que se derrumban uno a la vez y resurgen en otros más evolucionados y perfectos. Si el orden precedente fuese perfecto y justo, no habría necesidad de revoluciones para destruirlo y superarlo implantando uno nuevo. Ellas son, pues, necesarias y tienen un valor negativo en cuanto a que destruyen, barren el terreno, y al mismo tiempo tienen un valor positivo, en cuanto a que planta la semilla que luego germinará. Cuando en la vida de los pueblos se presenta la necesidad de esa renovación, la sociedad entra en un estado febril, y el pensamiento y la voluntad directiva de la Historia realizan la operación quirúrgica. Entran en acción numerosas fuerzas muchas veces en conflicto. Los Instrumentos son los mismos hombres que, enemigos entre sí, se castigan los unos a los otros. Si la lógica de la Historia exige una revolución, ella le abre las puertas y la invita a entrar en el cuerpo del viejo régimen. Del mismo modo que los microbios patógenos del cuerpo humano, así la revolución experimenta la resistencia y el valor, de tal modo que, si aquel esta aun fuerte, resiste y vive; mas si es débil, perece y es destruido. La vida no quiere a los débiles, y someta al asalto tanto a los individuos como a los pueblos, para que solo los más fuertes sobrevivan. En los cimientos de la política están las leyes fundamentales de la vida. Es así que ésta, del mismo modo que ofrece la debilidad orgánica de un individuo como un convite a los asaltos de los microbios patogénicos, así también ofrece la debilidad de un organismo socio-político como un convite a los asaltos de las revoluciones.

Es un hecho que en las revoluciones encontramos muchas veces situado en la vanguardia del viejo régimen a un rey fanteche. Existe casi que una proporción entre el poder impetuoso de la onda nueva que debe, en el plano de la Historia, abolir, y la debilidad del organismo que debe ser destruido. Existe una sabia dosis de fuerza en los dos impulsos opuestos, para que la nueva, que debe vencer, tenga la tarea más fácil, cuando es parte del plan histórico. Si la revolución francesa hubiese tenido frente a sí a un Luis XIV, no lo habría derrocado. Si la revolución comunista hubiese tenido que enfrentarse a un Pedro el Grande o a Catalina de Rusia, no hubiese vencido. Por el contrario se encontraron automáticamente en posiciones de superioridad, muy fácil actuar ante un inepto como Luis XVI y ante el manso Zar Nicolás. La vida asiste a todos los hombres y movimientos que tienen una función biológica y deja indefensos a quienes no tienen dicha función. Cuando decimos función biológica decimos que puede ser aun aquella de liquidar una

clase dominante, un régimen, cuando estos no responden más a la utilidad de la vida y su eliminación sea necesaria a los objetivos de la evolución. En los equilibrios biológicos inclusive el asalto patogénico tiene una función. Cualquiera puede constatar, aun en su vida privada, que algunas cosas quieren ocurrir, y otras no, como si en ellas existiera una voluntad propia, que se resiste a la nuestra y que es independiente de ella, o sea, obedece a otras directrices que no son las nuestras, directrices que desearíamos imponer.

Las revoluciones nacen, entonces de un puñado de aventureros, situados fuera de la ley, que asaltan al coloso del orden ya constituido. ¿Quién ayuda y determina una victoria tan inexplicable en una lucha tan desigual? Se podría argüir que se debe a la debilidad del líder o la debilidad del mismo régimen, la que determina una revolución. Sin embargo, reyes y gobiernos débiles ha habido muchos, sin que por ellos se hayan producido otras tantas revoluciones. Para que haya revoluciones, es necesaria no solamente la debilidad del viejo orden, sino también la fuerza naciente del nuevo. Para que la renovación se lleve a cabo es necesario aquel encuentro de posiciones antagónicas. Pueden existir gobiernos debilísimos que nadie asalta, porque la Historia, en esa ocasión, no tiene nada que renovar. Puede haber por el contrario ideas nuevas que si chocan contra un gobierno fuerte son sofocadas. En estos dos casos, la revolución no nace. Pero, cuando la hora renovadora de una revolución es disparada y la historia quiere dar un gran salto adelante para subir un grado más en la evolución, ¿Quién es el que proporciona todo? ¿La debilidad decrepita del viejo régimen, la ineptitud del líder por un lado, y del otro la potencia juvenil de las ideas y fuerzas renovadoras y la capacidad revolucionaria de los asaltantes? ¿Quién es el que en esa hora trágica en la cual se renueva la vida de los pueblos da el impulso por un lado, y por el otro paraliza la resistencia que podría detenerlo? Sin embargo el viejo régimen tiene las riendas del poder. ¿Cómo es posible que en sus manos ya el poder no funcione más? ¿Cuál es esta nueva fuerza sutil, que bien es cierto que la prensa no puede crear, que todo lo mina interiormente, por el cual la vieja máquina no funciona más, el ejército no obedece, el dinero no sirve ya, todo se rebela, y la opinión pública se orienta a su propio modo?

Aquel que gobierna los pueblos debe conocer estos imponderables que sin duda son leyes inteligentes, fuerzas vivas. Ellas hablan por medio del subconsciente de las masas y las constriñen a la acción. Los líderes deben entender cuando ellas entran en acción y en vez de imponer su personalidad, deberían antes intentar comprender el momento histórico, mas por la debida obediencia a la voluntad de la Historia que por imponerse sobre ella. Esto se debe a que ella es más fuerte y quien no actúa en conformidad y sigue su corriente, es eliminado. Los líderes deberían entender antes que todo si la voluntad de la Historia está con ellos o en su contra. Deberían evitar adentrarse en una lucha contra la voluntad de la Historia, pues es imposible ganar semejante batalla, dado que el enemigo es infinitamente más poderoso e inteligente que cualquier otro hombre. Y cuando una revolución es necesaria, y por lo tanto decretada por la voluntad de la Historia, los líderes del viejo orden deben comprender y retirarse espontáneamente sin oponer inútil resistencia que solo podrá conducirlos a epílogos sangrientos. Cuantos dolores y cuantos daños se podrían evitar para tantos, tanto en la vida de los individuos como en la de las sociedades, si la conducta humana fuese guiada con más inteligencia. Y aquí también debemos concluir como anteriormente hicimos: El hombre es decadente. Y las razones teológicas de la obra *"DIOS Y UNIVERSO"* nos explica la ignorancia humana y de la necesidad de reconquistar la sabiduría, resurgiendo, en medio del dolor y el error, al camino de la perfección.

Basándonos en los principios expuestos anteriormente, procuremos comprender la naturaleza y la posición de la onda histórica hoy dominante en el mundo, aquella que puede llamarse la onda que carga sobre sí a los hombres y a los acontecimientos. ¿Cuáles son las características de nuestros tiempos, sobretodo de las clases y pueblos dominantes? Sus métodos y concepciones dominantes revelan su naturaleza. Estas son, prácticas, utilitarias, hijos de una concepción materialista de la vida. El arte, la música, la literatura, la pintura contemporánea, todo lo que expresa aquello que es el alma y su elevación, se presenta como negativo, esto es, no camina en ascenso mas en descenso, no es construcción de valores, sino destrucción de los mismos. Espiritualmente hablando, el mundo considerado como civilizado está en una fase de disolución. Los grandes del pensamiento no nacen más, y, cuando lo hacen, o se adaptan o perecen. Ha desaparecido ya la simplicidad, que es la forma de las grandes horas y de los hombres o pueblos que tienen cosas importantes que decir. La madurez de la civilización europea avanza hasta el bizantinismo vacío, hasta su utilización complicada, sin contenido real. La civilización más avanzada lleva un excesivo perfeccionamiento en desmedro del contenido. Así pues, los griegos no podían comprender la simplicidad rectilínea de San Pablo, cuando hablaba al areópago. La maduración excesiva se transforma, en cierto momento, en putrefacción, y el fruto muy maduro no nutre, sino que envenena. Esta simplicidad, que es la primera calidad de la verdadera grandeza, no se encuentra hoy en día, está perdida detrás de cerebralismos artificiosos, detrás de una riqueza de complejidad de formas, con las cuales se busca esconder la nulidad intrínseca y la tristeza de una producción espiritual que nada dice al alma. El simplismo en el arte es artificial, y su primitivismo es pura ficción. Las propias palabras no poseen ya su significado ordinario, y solo son accesibles, en sus valores recónditos y enigmáticos, bajo los cuales no hay nada, solo para una casta de iniciados.

De nada sirve condenar todo eso. No podemos hacer otra cosa que constatar que esta es la psicología dominante, que esta es la corriente en la cual la mayoría camina. Tal es hombre de hoy y este es su camino. ¿Quién podrá detenerlo? Esta es la onda histórica del mundo civilizado de hoy, el cual domina al mundo. Ella es el resultado de procesos milenarios. ¿Cómo luchar ahora contra esa onda histórica? ¿No nos recuerda ella, a la que dominaba al imperio romano, en los tiempos de Cristo, cuando nadie más creía en los dioses? ¿O de aquella civilización de la aristocracia francesa madura y vacía en vísperas de la revolución? El materialismo religioso, tal como el capitalismo egoísta de hoy ¿no es sustancialmente la misma cosa de entonces y no cometió y comete los mismos errores? Y en contra de esto último, ¿no se está levantando en dimensiones proporcionales a los nuevos tiempos, una revolución semejante de parte de todos los desheredados del mundo, quienes se preparan al asalto con los mismos métodos destructivos y violentos utilizados en la revolución francesa?

En vez de, por ahora, hacer un sermón inútil o de profetizar la desgracia a los ciegos y llorar sobre el futuro del mundo, preferimos analizar el fenómeno, para demostrar con la lógica nuestras conclusiones. Y esto especialmente porque la racionalidad es una de las cualidades del espíritu en el cual el mundo de hoy aun cree. Hoy en día se admira más a los grandes matemáticos que a los santos, se admira más a los científicos que hacen grandes descubrimientos que a los hombres buenos y puros que aman al prójimo. Las potencias de la civilización destilan hoy los valores de la intelectualidad. Hasta el arte, el corazón y el sentimiento se cerebralizan. No hay mas fe en los valores del espíritu, sino en aquellos del progreso técnico. Siempre se cree más en la maquina.

Pero el progreso espiritual se paga con carencias espirituales, las hipertrofias en los equilibrios de la vida, implican una atrofia correspondiente. El progreso técnico es, indudablemente, una gran conquista. Pero cuando para alcanzar estas conquistas se atrofian los recursos espirituales del hombre, significa que ese progreso nos cuesta la perdida de la luz de las grandes directrices, lo que nos deja a la deriva, sin guía en el camino de la vida. Cuando el análisis, madre de la técnica, se enfrenta a la síntesis, el hombre, desorientado, no podrá avanzar a tientas, en cada caso. Y de hecho, el avanza a tientas, sin una clara perspectiva de su futuro. La vida no se extravía por eso, pues ya vimos que la Historia es sabia por sí misma y no necesita, en lo absoluto, la inteligencia del hombre para progresar. Es entonces inútil, predicar, advertir. Esta es la corriente del mundo de hoy: destructiva. Tal es la onda histórica presente. Pero esta no, sino su fase actual. La Destrucción que hoy la Historia necesita es allanar el terreno para las nuevas construcciones. Estas verán mañana, cuando el hombre, luego de luchas y guerras, no será igual el mismo de hoy en día y caminará en otra dirección, por lo tanto en una onda histórica distinta. Cada cosa esta en su lugar y solo puede llegar cuando es su tiempo. Destruir hoy, es construir mañana. Ya hemos visto que la destrucción del mundo actual es una función confiada a los pueblos menos evolucionados porque solo ellos podrían llevarla a cabo. Y la construcción será efectuada mañana por gente diferente, con psicología y principios de los cuales el mundo hoy no se interesa.

Cada cosa está en su lugar, sin despreciar el progreso técnico. Es una conquista, no solo porque nos libera de las necesidades materiales, sino lo es porque desarrolla algunas cualidades del espíritu, como la inteligencia. Algunos ven en la maquina el instrumento de una nueva esclavitud; pero el hombre debe siempre luchar por la vida y esta es una forma de lucha menos pesada que las primitivas, Vivir en un taller, atado a una maquina, o en una oficina atado a un trabajo monótono, es menos duro que luchar con las fieras y contra los agentes naturales, nuestros enemigos naturales. Entre tanto, puede parecer que esto atrofie las cualidades de iniciativa y libre creación individual; pero ello transforma al individuo aislado de todo, en una célula social que aprende a vivir en un organismo colectivo. Además de esto, luchar con una maquina, requiere mucho más calidad de raciocinio e inteligencia y mucho menos prepotencia y ferocidad, que luchar contra un hombre para asaltarlo o contra un animal para domesticarlo. La maquina es honesta, nos da lo que le diéremos y no tiene voluntad egoísta, rebelde a la nuestra. La maquina no obedece al más prepotente sino al más inteligente. La maquina hará desaparecer al dominador por medio de la fuerza, y conducirá al hombre a una nueva forma de selección, no del más fuerte o del más astuto, sino del más inteligente. El progreso técnico impondrá la necesidad de desarrollar esa cualidad superior, dado que la lucha por la vida se podrá ya vencer por esta vía. En otros términos, se podrá resolver el problema de vencer y vivir, no por las vías de la fuerza o de la astucia sino por la vía de la inteligencia que dará al hombre el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza que, sujetas a su arbitrio, podrán garantizar la vida.

Pero estas serán realizaciones remotas, las cuales, en el momento actual, el progreso técnico nos prepara para ellas y nos allana el camino. El mundo tiene necesidad de cada vez menos ferocidad y siempre de más inteligencia, la cual es una vía para arribar a la bondad. Y la maquina no está en contra esta transformación. La propia guerra se está haciendo cada vez un problema producción industrial y de técnica y cada vez menos un problema de odio personal contra un enemigo que a menudo es desconocido, y contra el cual no se experimenta sentimiento alguno. Esta eliminación del odio feroz y sanguinario es ya algo, como progreso, teniéndose en consideración lo que el

hombre es, al menos, queda constreñido, en la guerra, no tanto a la ferocidad, hoy cada vez más inútil, como a al trabajo cerebral de dirigir su máquina de guerra. No se puede pretender hoy mayor progreso. Además de eso, el hombre que mata con la guerra mecánica, gente desconocida, puede convencerse más fácilmente de la estupidez de la guerra, en relación a quien mata a un enemigo cercano para defender a su esposa y a sus hijos. Pero por encima de esto, cada vez más nos aproxima al fin de las guerras el hecho de que la técnica nos lleva a tal poder destructivo, que no será más posible hacer la guerra sin que todos queden aniquilados. Como se ve en la onda histórica que hoy lleva a los hombres y a los acontecimientos, si por un lado se está destruyendo, por el otro se está sembrando para el futuro. Desarrolla de hecho la inteligencia para llegar a su forma superior que es la bondad; con la maquina nos libera de la esclavitud material y eleva el nivel de la vida; en fin, con la técnica belicista súper destructiva se prepara a convertir las guerras en imposibles en un futuro. Así el mundo, sin saberlo, guiado por el pensamiento y la voluntad de la historia, está gestando las bases de las nuevas construcciones del porvenir.

Si la fase actual de la onda histórica es la destrucción, no debemos ser pesimistas por ello. Al contrario es justamente esa fase de destrucción el preludio de una posterior construcción. Es también cuestión de compensación y equilibrio. Podremos aun en la fase actual de destrucción ver una prueba del próximo advenimiento de una nueva civilización y una fase preparatoria. Nos parece así, siguiendo la lógica del pensamiento de la historia. Esta avanza para compensación de contrarios, que se complementan y equilibran en su complementariedad, integrándose mutuamente, de modo que de la oscilación resulta un único camino de ascenso. No se trata hoy solo del hecho de lanzar algunas semillas nuevas, como hace poco vimos, en el terreno de la maduración de los pueblos, sino que se trata de todo un complejo movimiento de fuerzas que están listas a ayudar a estas maduraciones, así como las estaciones, el terreno, las lluvias, el calor y otros tantos agentes concurren todos al desarrollo de nuestras siembras agrícolas. Y toda la onda que lleva a los hombres, pueblos y acontecimientos, y que, después de un periodo de descenso y de derrumbamiento como los que hoy vivimos, debe reaccionar para llegar a un periodo de ascenso y de reconstrucción de valores. Sin esta comprensión la historia no sería en lo absoluto constructiva. Y, si siempre lo ha sido, ¿cómo podría hoy dejar de serlo, especialmente en una hora tan apocalíptica, tan preñada de semillas, impulsos y motivos nuevos, al mismo tiempo que tan destructiva y revolucionaria?

Para comprender todo esto, procuremos penetrar aun más en el pensamiento de la Historia. La historia humana no es sino un capítulo del desarrollo de la vida que no es más que un momento dentro del proceso cósmico, que se encuentra ahora, en una fase evolutiva. La vida debe y quiere evolucionar. Esa es la ley de ser de nuestro universo actual: la evolución. Todo ocurre en función de esta necesidad: el amor. La reproducción, la selección, la muerte, la caducidad de todas las cosas, la naturaleza de nuestro contingente en evolución, la inestabilidad de todas las posiciones humanas, nuestra continua insatisfacción, etc. Es así que se explica un hecho que puede parecernos extraño, el que la vida se nutra de la muerte y se alimente de destrucción. Esto se debe a que la destrucción es el medio para la renovación y la condición necesaria para la evolución, que constituye la tendencia suprema del ser.

Comprendida esta ley general, situada en la lógica del pensamiento directriz de Dios, es fácil entonces comprender la ley particular según la cual la Historia crea las revoluciones. Es por medio

de las revoluciones que de hecho la historia suele generar lo nuevo, como si lo tomase de la destrucción de lo viejo. En realidad ello se debe al hecho de que la vida es tan exuberante de gérmenes que, apenas se forma un poco de espacio vacío, ella siempre estará lista para llenarlo. En este sentido, para la vida la destrucción es creativa, en cuanto permite la expansión. Quien comprende la inagotable fecundidad de la vida, que se deriva del impulso de Dios inmanente, presente en todo fenómeno o acontecimiento, no se sorprende de todo esto. La historia camina cargada de gérmenes a desarrollar, de una potencia fantástica, y los lanza a manos llenas a diestra y siniestra, con la prodigalidad que le es inherente, a la espera de que la maduración y la comprensión de los hombres – el único límite de su fecundidad – le permitan, convirtiéndose en instrumento de realización, el desarrollo en su terreno.

¿Qué son entonces las revoluciones? Es un hecho, que por más que los hombres se afanen en fijar dentro del marco jurídico y en órdenes particulares sus posiciones, estas son desmanteladas sucesivamente por las revoluciones y por las guerras, los cuales son los únicos medios para renovar lo viejo y así alcanzar construcciones nuevas. Las revoluciones y las guerras – dos elementos afines y conexos – son, pues, el verdadero motor de la Historia, son su aspecto dinámico, su periodo de marcha; mientras que la paz, el orden constituido, la legalidad, representan la fase de asimilación y reposo. Los indolentes y perezosos se preguntan ¿Cuál es la necesidad de la guerra? ¿Por qué esta inestabilidad, esta fatiga de renovación continua? La respuesta a estas interrogantes se ofrecen en la obra “DIOS Y UNIVERSO”, en el cual se explica que el hombre es decadente y por ello esta entregado a los brazos de la evolución. Y ¿Cómo puede evolucionar, esto es pasar de la forma inferior a formas más complejas y perfectas, si no es por medio del dolor y la destrucción, de la fatiga de la reconstrucción? En un universo en el cual la ley fundamental es la evolución, no se puede parar, por el contrario se necesita siempre avanzar. Existir quiere decir caminar. Quien se detiene es sobrepujado por la corriente de la vida y en consecuencia se esteriliza. La vida es una carrera, renovación, creación continua. No le teme a la destrucción. Al contrario, necesita de ella. En su inmensa fecundidad, el destruccinismo es necesario, para allanar el terreno y sembrar el nuevo, para progresar.

No nos alarmemos. Así es el mundo. Guerras y revoluciones representan su impulso vital que se pone a la disposición del esfuerzo de la conquista del poder para así ascender, dado que sus raíces se encuentran en Dios, ilimitado, indestructible. En la destrucción, la vida parece hacerse más viva, porque una vez que ella verifica alguna falla, esta siempre pronta a subsanarla. Esto tanto en el terreno social como en el terreno orgánico con las células. Los estragos de la guerra, de hecho, reactivan la fecundidad genética de los pueblos. Allí está la conexión entre la muerte y la vida, dos fenómenos que se compensan mutuamente. Así pues, existe una afinidad entre amor y revolución. Ambas son una lucha por vencer, un medio de creación, una manifestación de juventud y virilidad y, en el estado natural, ocurren en una atmosfera de violencia y destrucción. Son dos manifestaciones de potencia renovadora y todos salen a su encuentro, porque esa es de sumo interés para la vida, que en ellas se reaviva y se dinamiza. Los pueblos que despiertan hacen revoluciones y guerras. Los pueblos débiles y cansados sufren las de sus vecinos. Para los individuos, como para los pueblos, la ley es la misma. El pueblo o la clase social más débil, como la mujer, quedan vencidos y fecundados, reciben y asimilan. Es pues la ley de la vida, que ocurran revoluciones y guerras, que ocurran los desordenes para construir un nuevo orden a partir de las ruinas del antiguo. Es la ley de la vida, un periódico despertar para cumplir el esfuerzo de dar un

nuevo paso en el avance de la evolución. Es ley de Vida el contraste entre la tempestad y la serenidad, es la expansión vital de los pueblos fuertes.

Cierto todo ello podría y debería ocurrir sin violencia y así tendrá lugar una humanidad más civilizada. Si la humanidad actual no lo es aún, esta ella justamente luchando y sufriendo para llegar a serlo. La historia que todo lo guía, confía vez por vez a los pueblos más aptos esas funciones renovadoras. Primero deja a los pueblos en un sueño aparente en el cual ocurre una maduración subterránea. Un día, ella explota, para luego volver al reposo. La naturaleza en su sabia economía ahorra sus fuerzas y no repite un impulso inútil. Le tocó por primera vez al pueblo francés, ahora le corresponde al pueblo ruso. Cumplido el esfuerzo, este se re-adormecerá también como aquel lo hizo. El fenómeno actual de Rusia comunista representa el despertar de un pueblo primitivo rico de energías elementales y poderosas, adaptadas sobre todo a la función de la destrucción, para comprobar la resistencia de la civilización europea. Puede compararse a un asalto de los microbios patógenos contra el viejo organismo de esta civilización. Funciones más complejas no pueden ser confiadas a los pueblos primitivos, más próximos aún al estado caótico primordial, rico de inmensas energías pero indisciplinados al poder de la inteligencia, fruto de una larga y laboriosa evolución. Por ello en la lógica del pensamiento de Dios, que la nueva Rusia ignora, no pueden serle confiadas más que funciones destructivas propias de las explosiones del caos, poderosa de un poder involucionado y satánico. Tanto más que esta dolorosa intervención quirúrgica por las culpas de Europa y de América del Norte, que con sus propias manos, quisieron construir una Rusia fuerte y enemiga, como un látigo para el auto-castigo. En esto hay una trágica y ciega obediencia a un destino de justicia, que todo debe aceptar porque eso está en el pensamiento de Dios y en la voluntad de la Historia, no importa si eso es lo que los hombres desean o no desean admitir y saber. La tan astuta política ha siempre dejado al olvido el enorme peso que tiene el factor moral en el campo social, y aun ignora que, quien no da importancia a ese factor, comete errores gravísimos, que después los individuos y pueblos deben pagar duramente.

Así pues la historia le confía a varios pueblos, en el momento más adecuado para ellos y para la vida de todos, una tarea en la evolución de la humanidad; funciones aparentemente negativas, pero sustancialmente positivas, de experimentación y reconstrucción de civilizaciones cansadas, de reequilibrar según la justicia, de eliminación de las clases dirigentes ineptas y parasitarias, funciones de reacción sanadora de los abusos, de fecundas reconstituciones demográficas, rellenando vacíos en cada campo y reforzando las debilidades. Parece que la Historia manifiesta en la dirección de la vida de nuestros organismos físicos una continua acción maternal, benéfica, protectora, compensadora y re-sanadora, siempre atenta a hacer triunfar la vida. ¿La acción de la historia no es la misma acción de la madre naturaleza, no es la misma Ley de Dios que todo lo vigila y, con su inmanencia, ayuda a todo lo creado en el arduo camino de la ascensión hasta Él? ¿No es el mismo principio y el mismo poder de la vida, por el cual todo siempre germina y florece?

La destrucción podrá asustar al individuo, pero la vida no puede preocuparse por ello, porque en su conjunto, la destrucción no es estéril. Ningún acto de la vida, jamás, es estéril, tampoco la destrucción. En el fondo de esta está la reconstrucción, como en el fondo de la muerte está la vida. Por esto, la destrucción es un acto de administración normal, es solo una forma, un medio de renovación. La vida es eterna, es principio divino, por lo tanto no tiene nada que temer. Bastaría

haber comprendido esta gran verdad, para ser obligado a admitir la indestructibilidad de nuestro ser y la imposibilidad, para la muerte, de matar a cualquier ser viviente. Cristo mismo nos dijo que quien busque conservar su vida la perderá y quien la ofrezca, la conservará. Mantenerse apegado a la forma no es la forma en la cual podemos vivir, sino solo sumergiéndose en la gran corriente ascensional del ser en el cual se encuentra Dios, la inagotable fuente de todo. Cristo mismo, quien realizó las más grandes revoluciones, siguió esta Ley, por la cual el destruccionismo es necesario para la reconstrucción. Así Él tuvo que ofrecerse como holocausto en la cruz. Esto es, porque el sacrificio tiene un poder creativo, la renuncia puede construir en un plano más alto, el dolor nos madura y la muerte es ley de vida. Bastaría haber comprendido este principio universal para comprender la necesidad absoluta de la pasión y la muerte de Cristo para la evolución del mundo.

En este capítulo hemos querido observar cómo funciona el pensamiento y la voluntad de la historia, primero en sentido general, y después observando en particular la naturaleza de la onda histórica que guía a los hombres y a los elementos en la hora actual. Todo ello para llegar a la siguiente conclusión: que la actual, la existente tendencia al destruccionismo en cada campo y el estado de revolución y de guerra en el cual se encuentra el mundo, representan precisamente la indicación más evidente de la reacción necesaria y complementaria para la reconstrucción del mañana; o sea, representan la fase preparatoria, después del descenso, para la subida de la onda histórica; que no es otra cosa distinta de desear que llegue y se realice la nueva civilización del tercer milenio.

CAPÍTULO III

LAS TRES REVOLUCIONES ES LA TERCERA IDEA

Para comprender mejor aún los principios expuestos en los capítulos precedentes, hagamos una aplicación (que es puro control) a los acontecimientos de nuestros tiempos: observémoslos concomitantemente desde dos puntos de vista: el humano y aquel de las verdaderas directrices proporcionadas por el pensamiento y por la voluntad de la Historia.

Hemos visto que son las revoluciones. La Historia reciente y contemporánea nos ofreció dos grandes fenómenos de este género: la revolución francesa y la revolución rusa. Puestas en su realidad concreta, en la perspectiva del espacio y tiempo, partiendo de posiciones desarrolladas en condiciones desiguales, a veces semejantes, en cuanto a su forma, en los objetivos y en distintas poblaciones, las dos revoluciones podrían parecer dos fenómenos separados y no dos fases del mismo fenómeno. Así pues, en la unidad del pensamiento directriz de la Historia en el cual hay una sola realización a ejecutar: la de la evolución, o sea, del ascenso del hombre a formas más libres de vida, más orgánicas, avanzadas. Este es el impulso biológico incesante, que nace de la esencia profunda de la vida, que anhela la elevación, para volver a la perfección de Dios.

La supremacía incondicional del más fuerte y, por lo tanto, los gobiernos absolutos, la organización social, hija de la guerra y basada en el dominio y la expoliación de los pueblos vencidos, hasta la institución de la esclavitud, fueron en los primeros tiempos una necesidad

biológica, proporcionada al grado de involución de la Humanidad, de la cual nada más podría pretenderse. Y la Historia no pedía más que eso. Por eso, dejó funcionar tales formas de vida, las cuales se hacían, con la evolución, menos adecuadas y aceptables. Había en la médula de todo esto un trabajo intenso de maduración escondida, silenciosa, que la historia oficial ve y registra sólo cuando aparece visible a lo externo a la hora de su explosión. Es ese trabajo intenso al que se debe la ascensión continua de las clases inferiores que quieren evolucionar, tomando el puesto de las que le son superiores, luego que estas hayan agotado su función de vanguardia del progreso. Esto les pertenece a todos, todos tienen derecho y todos toman parte, cada uno con su función particular, por medio de su realización personal. El verdadero hilo conductor del largo camino de la Historia es un irrefrenable e instintivo anhelo de libertad, a la que todos aspiran y todos los gobiernos prometen; la humanidad espera y está de acuerdo, porque expresa la superación de la inferioridad y la liberación de la prisión en la cual el hombre cayó, como ya hemos visto.

Es así que las revoluciones, que son los periodos de la Historia más activos y creativos, continuamente renacen para sacudir el juego de poderes ya constituidos, edificados sobre los escombros de los ordenes precedentes y ya superados, y para sustituir a dichos poderes por gobiernos basados en concepciones más vastas y libres, donde un número siempre menor de personas sufra el peso de la esclavitud y la limitación, y que cada vez un mayor número gocen la libertad, la dignidad y los derechos de la vida civil. Aquí está entonces, el hilo que une las dos revoluciones, la francesa y la rusa. Sustancialmente, estas no son más que dos grados del mismo progreso evolutivo. Su verdadera fuerza genética, el impulso que la determinó, estaba en el interior de la Historia, o sea, era una maduración de la vida social, que se formó a través de una larga elaboración psicológica de los pueblos. La idea, preexistente a la manifestación fáctica es la causa y la substancia de las revoluciones. El resto es una ejecución casi mecánica.

Esta idea era una dinamita comprimida en el terreno, lista para explotar, porque ya está formada y completa. Esperaba apenas una llama mínima que la encendiese. Esta llama podía aparecer y encender la revolución tarde o temprano, aquí o allá, en realidad no importa. A las directrices de la Historia no le importan esos pequeños distanciamientos espacio-temporales, pues nada cambia de lo esencial, sino solamente las modalidades de ejecución. Cuando todo estaba internamente maduro, comenzó la presión invisible a tomar forma en los hechos, porque estos son visibles a todos y pueden fijar el pensamiento de la Historia en la realidad concreta. Entonces comenzó la presión interior a tantear el ambiente, a la procura del punto de menor resistencia, a fin de abrir una brecha para explotar. Lo encontró en Francia, con el inepto Luis XVI y su corte corrupta y decadente; lo encontró en Rusia con el débil Zar Nicolás y su aristocracia incapaz y retrógrada, así como en los resultados de la guerra europea de 1914-1918. Pero, estas son solo anécdotas históricas. Es cierto que la Francia de entonces, como la Rusia de hoy eran el terreno más apto para que el fenómeno se manifestase. Pero si este terreno hubiese estado en otras latitudes, en otras latitudes se hubieran desarrollado las revoluciones, si la ocasión se hubiese presentado en otro tiempo, las condiciones se hubiesen esperado, y en otro momento se habrían manifestado.

Todo esto nos hace comprender que, en estas dos revoluciones, Francia y Rusia son dos efectos más que dos causas, son dos escenarios históricos, dos elementos absolutamente innecesarios, que dieron su color al fenómeno histórico sólo por razones contingentes. De modo que, sustancialmente, las dos revoluciones pueden ser abstraídas de Francia y de Rusia, y ser colocadas

en su verdadero sentido, que es el movimiento mundial, y que no pertenece a un sólo pueblo, como si fuere su monopolio, sino que pertenece a toda la humanidad. La sustancia era la idea, que es universal, y lo que ella decidió, alcanzar la maduración. El feto estaba maduro, y debía nacer, no importa dónde. Las mismas ideas de la revolución francesa estaban fermentándose en América del Norte y en todo el mundo occidental. Si no hubiese esa preparación del mundo de entonces, para aceptarlas, la revolución habría sido inútil, porque nadie la hubiere comprendido, y no hubiese podido difundirse, y mucho menos dar frutos. Y no teniendo entonces una tarea según la lógica de la historia, no hubiese podido ocurrir. Tanto es verdad que mientras Francia volvía a la monarquía y Europa a la santa alianza, los Estados Unidos se apoderaban de las nuevas ideas y actuaban según éstas y las ponían en práctica. De modo que se podría decir que la revolución francesa fue más útil para los Estados Unidos que para Francia. Ésta, como Rusia, tuvo una función como de lanza proyectiles. Lo que interesa es el proyectil, que es acompañado en su camino y su llegada, mientras que el aparato de lanzamiento queda olvidado, porque pierde toda importancia histórica por el progreso de la humanidad, habiendo con eso agotado su función.

El punto de partida y la causa determinante de las dos revoluciones fue igualmente un estado de esclavitud. En ambos hubo igual esfuerzo de liberación de las condiciones de vida que ya no eran aceptables para la naturaleza humana, dado el nivel alcanzado por las clases dominantes y la confrontación con ellas. Si bien, las clases dominantes realizan una obra de educación en tanto que muestran - con su régimen de vida, a las clases más pobres que las observan atentamente - las formas de vida más depuradas, las cuales, por la misma ley de la evolución, son seguidas ávidamente por los desheredados, quienes quieren imitar a las clases superiores. Todo esto es parte de la mecánica de ascenso que comienza a partir de las bases materiales, para que de estas suba hacia las espirituales. Cuando las clases dominantes formen una aristocracia del espíritu, la imitación de los inferiores tomará, también, dicha dirección. Pero, hoy en día, ni unos ni otros están maduros para poder actuar de ese modo; cada cosa ocurre a su tiempo.

En Rusia como en Francia, el punto de partida de la revolución fue un estado de feudalismo, con clases sociales separadas en compartimientos estancos, hereditariamente fijadas para siempre, inaccesibles desde abajo, con privilegios propios, con un poder centralizado absoluto y esclavitud en los estratos inferiores, sin posibilidad de redención: una jaula de hierro sin salida, sino sólo por medio de una explosión. Sólo una revolución podía sacudir este yugo, liberar de dicha prisión. Así los componentes de la clase aristocrática fueron llamados tiranos, y la revuelta en su contra surgió como un acto de justicia, mientras que antes que la nueva maduración fuese alcanzada, el mismo acto hubiese sido considerado como el crimen mayor. El autor de un atentado inocuo contra la persona de Luis XV fue descuartizado con gran pompa con el concurso del pueblo. Luis XVI fue guillotinado delante de todos y nadie reaccionó. Por ello, los gastos hechos por Luis XIV pagados por Francia para la construcción del Palacio de Versalles, no encendieron ninguna revuelta, mientras que otros gastos de mucha menor cuantía hechos por María Antonieta, parecían un desperdicio escandaloso de recursos. La razón es que Luis XIV desempeñaba una función social: la de crear un modelo de vida más depurado, antes desconocido, un modelo que las cortes europeas imitaron y el pueblo observaba para aprender a elevar un poco más alto el nivel de la vida civil. Cuando, en efecto, la corte de XV y la de Luis XVI se servían del pueblo solo para su gozo egoísta, todos gritaban: ¡escándalo!, y sólo dejaron de hacerlo cuando consiguieron

suprimirlo y abrir una vía de escape para ellos mismos, sustituyéndolo a él y a su corte e imitándolos.

Si esos fueron los mismos puntos de partida para las dos revoluciones, semejantes deben ser también los puntos de llegada; o sea, la expansión de la idea nueva del mundo, la formación de nuevas corrientes directivas de la vida social, abstraídas del país en que nació, país que pierde su dominio, porque la idea se convierte en idea de todos. Y la idea, tal como una semilla lanzada al viento, llega lejos y fructifica sin saber dónde lo hace, en donde el terreno le es propicio, mientras que, en la patria de la revolución, sólo permanecerá la honra de ligar su nombre a las páginas de la Historia por medio de dicha revolución. Así ocurrió para Francia, es lógico y probable que también ocurra para Rusia. Y la idea comunista, como una semilla llevada lejos por el viento, no sabe donde llegará y germinará, en una forma que tal vez recuerde su origen ruso.

La idea es universal, pertenece a la Humanidad. El pueblo, sólo porque fue escogido como instrumento para el lanzamiento, cree que la cosa le pertenece, pero al final será dejado a un lado cuando no sirva ya a los objetivos de la vida. Lo que vale, en el pensamiento de la historia que dirige al mundo, es la idea y su desarrollo, y no las accidentalidades contingentes de su manifestación y desarrollo. En su progreso, la Historia tiene sus planes preestablecidos, y para su ejecución va escogiendo los elementos que poco a poco va encontrando, listos y adecuados, en su camino en el tiempo. Ahora, la idea central, que en su desarrollo, constituye el hilo conductor de la Historia (aquello que liga una revolución con otra) es el anteriormente mencionado principio de libertad, o sea, de una liberación progresiva del hombre, para alcanzar formas más elevadas en todos los sentidos. Las aristocracias caminan a la vanguardia como antenas, exploran, crean los modelos, y las masas, ávidas de imitarlas, las envidian y se ponen en lucha para sacarlos del poder y sustituirlos en la experiencia de nuevas formas de vida. Por medio de ese juego de fuerzas, se desarrolla la mecánica de la evolución. El motivo dominante, la dirección del camino, los primeros móviles, son siempre los mismos: liberarse de la inferioridad para así ascender. Ascender en todos los campos. Se comienza a partir de las conquistas más elementales. Liberarse de la esclavitud para alcanzar la libertad física: no vivir más encadenados. La revolución francesa quiso conquistar la libertad política, la igualdad de derechos, suprimiendo los privilegios y las clases. Todos son iguales ante la Ley, que debe ser igual para todos, ya más nunca leyes separadas, en acuerdo con la situación social. Fue mucho para la época. Pero dejó en pie la desigualdad económica y formó una aristocracia diferente: la aristocracia del dinero; una nueva clase: la burguesía. Se sintió, entonces, la necesidad de perfeccionar más la conquista de la libertad, completándola en otros aspectos aún no logrados. Así nació la Revolución Rusa, para conquistar la libertad económica.

Más tarde veremos cómo podrá continuar ese camino hasta donde podrá llegar. Pero antes, observemos de cerca el fenómeno ruso, para comprender su significado. Aunque Rusia haya dado un gran paso al frente, al menos desde el punto de vista industrial, dado que partió de cero, representado por el sistema feudal zarista, absolutamente medieval, no obstante, en los treinta años aproximadamente de gobierno comunista, Rusia por más que haya querido correr en ese sentido, está aún muy lejos de haber alcanzado el nivel de vida y de cultura de las civilizaciones occidentales. Pero, lo que es quizás peor, es que no alcanzó siquiera el logro que se había planteado, la libertad económica. En este sentido, si el comunismo atrajo a las masas (el programa de justicia social y la mejora económica corresponden al instinto de aquella ascensión que la vida

quiere ahora realizar) todavía, su experimentación hasta hoy fue infructífera y esto la desacreditó delante los más inteligentes, los más aptos para comprender el logro de una exploración de necesidades e instintos.

Pero, existe otro hecho: la distancia entre el punto de partida de la revolución rusa (el feudalismo, ya superado en Europa hace mucho) y su punto de llegada, es una ideología que presume una madurez aún rara en el mundo. Eso significa que el comunismo verdadero aún puede realizarse en Rusia; allí nació apenas para emigrar a otros países, que van civilizándose y transformándose. Ningún pueblo occidental jamás lo aceptará sino por la fuerza y transitoriamente, como existe hoy en Rusia. Y la naturaleza del pueblo es cosa que ningún dominio puede vencer. Puede matarse a los líderes, esclavizar a las masas, destruirse el poder, pero no se consigue matar a un pueblo, insuperable barrera demográfica que permanece en pie, para continuar según la naturaleza. Ahora, los pueblos occidentales lucharon durante siglos para conquistar la libertad política, y no están dispuestos a renunciar a ella, cueste lo que cueste. Ellos hicieron la revolución francesa, que Rusia no quiere tomar en cuenta, sufrieron para salir de ese grado y ese fruto es irrenunciable. El comunismo ruso, creyendo a la ligera, que puede trasplantarse a occidente, ignora las reacciones a las que se expone, cuando las masas descubran las mentiras de las promesas hechas y, al contrario de libertad económica y de una elevación del nivel de vida, se encontrarán delante de un sistema de dominación esclavista. El propio instinto de ascenso, que ahora impulsa a las masas a aceptar el comunismo, cuando se ve traicionado, hará levantarse a esas mismas masas enfurecidas contra quienes la traicionaron. Éstas reaccionan y corrigen, mediante contra-revoluciones, los errores de los que hicieron las revoluciones, o mejor dicho, las continúan, no en un sentido egoísta, sino derrumbando lo que ellas hicieron, esto es, enderezándolo en el sentido constructivo, benéfico, como lo quiere la Ley que todo lo dirige.

En Rusia siempre fue diferente. Allí las masas jamás conocieron la libertad política, están habituadas y entrenadas a siglos de esclavitud, hábito ya perdido en occidente. En el paso del régimen zarista al comunista, permaneció el mismo fondo esclavista, inadmisibles en otros lugares, pero que es tradicional en Rusia. Si allá el ciudadano no goza de libertad política, él no se queja mucho, porque jamás la tuvo, por lo tanto, nada ha perdido. Pero es diferente, cuando el comunismo sale de aquella tierra y pretende implantarse en otras latitudes. Las naciones occidentales también quieren la libertad económica. Pero cuando perciben cuanto les costaría dicha libertad económica con el comunismo, esto es, la pérdida de una libertad mucho más fundamental y necesaria; cuando ven que el proclamado bienestar se reduce, de hecho a una forma de esclavitud y que así, para tener un perfeccionamiento de la libertad, esta sería del todo perdida, entonces dichas naciones sólo pueden rebelarse. Hasta hoy, todo va bien, en cuanto sólo se trabaja con promesas, por medio de la propaganda, y la realidad rusa se encuentra muy lejana. Pero ¿Qué ocurrirá si se pasara a los hechos y si la realidad rusa entrase verdaderamente en casa? Es este, en efecto, justamente el punto débil del comunismo soviético, la amenaza que está inminente sobre los pueblos, y contra la cual se surgen las reacciones. Las masas inconscientes, presas de los demagogos, comprenderán eso mañana a costa suya, si el nuevo régimen las alcanzare.

Al contrario, el punto fuerte es la belleza teórica del programa. En el fondo, dicho programa es el Evangelio de Cristo, sólo en teoría, porque en la práctica, el método de la violencia y de la esclavización de la individualidad humana, lo subvierte. Pero, ciertamente, no es ese el lado

evangélico que seduce a las masas. Lo que las impresiona es la autorización (primer paso de la legalización) de apoderarse de los bienes de quien sea. Pero, que se pueda destruir el instinto de propiedad sólo en desmedro de los otros, creyendo que después pueda permanecer de pie apenas en beneficio propio, sólo entonces pacífica, porque está protegida por las leyes – condición necesaria para poder gozar el fruto de cualquier hurto – es una utopía tan grande, que sólo los ingenuos y primitivos pueden creer. Por eso, los sueños de victoria del proletariado se exponen a terminar su esclavitud a los pies del capitalismo de estado. ¡Cuánto tendrán que aprender las masas por sí mismas, lo que es posible y lo que es imposible, lo que es verdaderamente justo y lo que es promesa irrealizable! Pero, también las masas tienen los líderes que se merecen. En efecto, hubo demagogos que las engañan, y los hubo porque la promesa era bella y agradable, hasta que no venga a realizarse. Cristo, que dijo la pura verdad, la más dura verdad, fue crucificado.

¿Cómo terminará el fenómeno comunista ruso? Aunque justificado y provocado desde su nacimiento por la acumulación de siglos de injusticias y opresiones, (tal como fue para la revolución francesa), no obstante, por sus excesos en sentido opuesto, por su materialismo que lo hace ignorar leyes vitales biológicas, por la supresión de la individualidad; por su violencia y por el absolutismo, que suprime aquella libertad que el proclama y que la vida quiere conquistar, el fenómeno ruso contiene en sí, el germen de su autodestrucción. Si la vida permite todo eso, sin duda para utilizarlo para otros objetivos suyos, más tarde tendrá que apresurarse a destruir todo lo que es anti-vital. Puede subyugarse por la fuerza, oprimir, esclavizar, destruir. Pero todo tiene un límite y, quien se coloca contra las leyes de la vida, está perdido. Justamente cuando esta quiere dar un paso al frente, ¿qué éxito puede tener la tentativa contraria de dar un paso atrás? Sólo este, de ser liquidado y arrastrado por las fuerzas de la vida, que son las más poderosas. Es natural, que un régimen que se propone a subvertir el orden, sólo pueda tener funciones destructivas, en cuanto las constructivas son confiadas a otros pueblos. Y es natural también que los elementos del desorden – como ocurre con todas las revoluciones – sean después eliminados por el impulso vital. En este ellos son representados por el régimen soviético ruso. Efectivamente, la vida no admite desorden sino como fase de transición y con el objetivo del progreso. Resulta de todo eso, también, que los verdaderos objetivos del fenómeno ruso no están en Rusia, y que el comunismo, se transferirá de ese país, para transformarse en otras latitudes. Eso nos dice la lógica del pensamiento de la Historia, que no funciona cuando está encerrado en un lugar y tiempo dado, apenas al servicio de un pueblo en específico, sino que se desarrolla por muchísimos ciclos en todo el mundo.

El problema de la expansión ideológica de una doctrina, es muy arduo, porque debe tener en cuenta la historia y la psicología de cada uno de los pueblos en los cuales se desea penetrar. Y ello constituye una barrera para la expansión del comunismo soviético el cual es hoy, y no puede ser otra cosa que ruso. Entonces es menester contar con las diferencias, y lógicamente con las resistencias étnicas. Observemos el fenómeno particularmente en relación con la raza latina, el cual tiene historia y cualidades tan diferentes a las de los pueblos nórdicos. El sistema de la fuerza y del terrorismo no puede resistir por mucho tiempo cuando entra en contacto con la inteligencia y el espíritu individualista de independencia de los latinos, fruto de milenios de elaboración, que los pueblos nórdicos no han experimentado. Mientras que estos buscan de inmediato un jefe, al cual obedecen ciegamente, los latinos poseen una autonomía de juicio que los hace rebeldes a la obediencia. Por esto los nórdicos, sobretudo los alemanes, nos parecen organizados y

disciplinados, y los latinos desorganizados e indisciplinados. Pongamos un ejemplo clásico, un alemán antes de actuar, reflexiona profundamente y realiza un plan meticuloso y lo ejecuta tenazmente hasta el fin, tanto que las circunstancias del ambiente cambiasen, el alemán se torna suicida y absurdo. Ello puede recibir el nombre de coherencia, tenacidad, fidelidad. Un italiano no planifica en lo absoluto, sino que establece a cada paso según las circunstancias y lo abandona una vez que deje de ser útil, para organizar otro paso mejor. Esto puede llamarse incoherencia, volubilidad, infidelidad. Sin embargo, para la mentalidad italiana, el primer sistema parece simplemente estúpido. Y lo es especialmente en la guerra que, partiendo del principio de que el más fuerte tiene el derecho de aplastar al más débil, no puede pretender dar lecciones de moral.

La razón de la coherencia, la tenacidad, la fidelidad la disciplina y la organicidad en la acción alemana, es la falta de inteligencia de un individuo aislado, aunque existe una inteligencia colectiva. Así pues, el alemán obedece más por principio, por respeto o por temor, que por convicción. El italiano obedece solo si está convencido. Parece rebelde porque solo acepta lo que quiere. Fuera del caso de la coacción forzosa, en el cual no se puede hablar de obediencia, él jamás obedece ciegamente, sino que examina, discute la orden, quiere colocarse, al menos psicológicamente, al mismo nivel de su jefe. Es por esto también que el alemán, piensa, actúa y funciona sobretodo colectivamente. El italiano piensa, actúa y funciona aislado, individualmente, cosa que al alemán le cuesta hacer. El instinto alemán es el grupo, bajo la guía de un jefe obedecen ciegamente en perfecta disciplina, deriva del hecho de que, si el jefe es inteligente, la maquina fidelísima funciona a la perfección y el pastor puede conducir a su grey a donde le plazca. Pero si el jefe es desordenado, todas las ovejas lo seguirán hasta el fondo del precipicio, fielmente, y morirán por él. Así lo hemos visto en la última guerra. Los italianos, por el contrario, perciben inmediatamente cuando el jefe es inútil porque es observado y controlado por todos continuamente, y la revuelta es inmediata, el jefe es liquidado, y el reajuste, sin pastor, queda saldado, y pronto cada oveja sabe, más o menos, actuar también como pastor. Ninguna de ellas será jamás tan simple como para seguir sin juicio hasta el fin, para dejar matarse por él.

Por ello es diferentísimo el modo de comportarse de los dos tipos biológicos en las mismas circunstancias. Los alemanes prevén todo, al primer obstáculo o revés sin capacidad de recuperación, no rehúsan la dificultad, sino que se cierran frente a ella para afrontarla, se detienen para derribar la barrera, le dan con la cabeza y si no consiguen sobrepasarla, mueren allí mismo. Los italianos ante el obstáculo que les cierra el camino, se transforman, se mimetizan, eluden las situaciones, se convencen de que sin duda, querían andar en dirección opuesta, y dejan el obstáculo atrás. Todo esto puede parecer ilógico, incoherente, falso y mentiroso, pero salva la vida, que quiere y debe ser tan elástica, que sepa adaptarse a todo, en tanto que retome el camino y continúe, que es lo más importante.

Todo esto es apenas un ejemplo que se puede ampliar a todos los pueblos nórdicos por una parte, y a la raza latina por el otro. Ahora bien, la expansión comunista tiene que tener en cuenta las diferencias étnicas, que representan una barrera más fuerte que la que impone la cortina de hierro. Al tener que enfrentarse a tipos biológicos tan distintos, ¿Quién llevaría la peor parte? ¿Qué puede hacer el colectivismo ruso, en el cual el individuo desaparece (lo que solo es posible en Rusia), al ponerse en contacto con el súper-individualismo latino, conquista biológica que jamás abdicará de su trono? Y una civilización más primitiva como la rusa, ¿no se arriesga, acaso, a ser absorbida

por una civilización más madura? En los embates de masas, las resistencias étnicas representan las fuerzas primordiales e irrefrenables de la vida, cuyas reacciones son difíciles de detener.

De todo ello se deduce que la vida hoy acepta y quiere poner en práctica la idea de justicia económica, porque esta se encuentra en la línea de su desarrollo, esa idea sólo podrá salir de su cuna, cuando se despida de todas las superestructuras soviéticas. La tarea de Rusia, pues, es mas diferente de lo que se piensa. Sin duda alguna, ese pueblo se despertó de un sueño secular. Podrá ayudar al Asia a despertar. Sin embargo, primero están los asuntos internos, lo segundo es el fenómeno del imperialismo, en el cual el comunismo no tiene cabida. El verdadero merecimiento de la Rusia de hoy es el haber impuesto con sus fuerzas violentas, a la atención mundial, el problema de la justicia económica, así pues que tuvo que ser tomado en serio, a una escala mucho más amplia. A pesar de que ello no estuvo en los planes del comunismo, fue en realidad su efecto más importante. Así Rusia tiene el mérito de haber despertado a los que desde hace 2000 años dormían sobre el Evangelio. Nos recordó con una fuerte sacudida, con una amenaza que todos comprenden. Parece que el hombre solo comprende lo que se les enseña a manera de batalla. ¿Quién oía las blandas y estereotipadas palabras del Evangelio, repetidas con mecanicidad por veinte siglos? Pero en verdad, el asalto es algo muy distinto: atemoriza, ataca intereses. Entonces, se presentan las defensas, se estudia una estrategia y con ello el problema se convierte en vivo y actual. Este es el mérito de Rusia: haber denunciado las injusticias económicas del mundo, haberlo colocado en posición de reo, y haberlo constreñido a un examen de conciencia. De este modo, hoy, entre las naciones no-comunistas, en el seno del mismo cristianismo, existe una noble porfía de beneficencia, no tanto por amor a los pobres, sino para llegar a conquistarlos y así apartarlos del encuadre comunista, con el que Rusia esta pacíficamente penetrando los otros países, aprovechando, con su pleno absolutismo, la libertad de las democracias y del sistema electoral, para vencer en guerras de invasión, sin correr el riesgo de llevarlas a cabo. Haber impuesto al mundo esta carrera a la realización de la justicia social, es el mayor mérito de Rusia, es la verdadera forma de expansión comunista, lo único que de ella podrá permanecer. Esta es, sin embargo, la expansión de la idea de justicia social, y no la del comunismo ruso.

Es ley universal de equilibrio que luego que se defina el nuevo impulso en determinada dirección, surja el paralelo contra-impulso que la equilibre. Así, nacido el gran capitalismo norteamericano, surge su contraparte, el comunismo ruso. Surgido este, el capitalismo americano, reaccionó, fortificándose y armándose. Así la grandeza genera enemigos y el asalto fortifica al adversario. Se determinó así la lucha entre el capital y el trabajo, se definen las reciprocas posiciones y derechos, se preparan, finalmente, para resolver dicho contraste. Existen clases sociales del capital y clases sociales del trabajo. Este es apenas el capital en formación; el capital es el extracto concentrado del fruto del trabajo. Uno necesita del otro. Pero en vez de colaborar, luchan por la supremacía. Si cada uno permaneciese en su lugar, todo daría su debido fruto. Pero, por el contrario, ellos se deleitan en trabajar para destruirse mutuamente. El resultado es la necesaria paralización de ambos. Se afilan las armas: el capital explotando con bajos salarios; el trabajo rebelándose con huelgas. En este punto llega entonces el comunismo. Los demagogos toman provecho de esta situación, los obreros alimentan la esperanza y así la cosa se mantiene y camina. Estos últimos gritan que el capital rinde cien veces más que su trabajo, llaman a eso explotación. Sin embargo, es también verdad que el capital representa la inteligencia que biológicamente, vale mucho más que el trabajo manual. Por lo tanto, puede ser justa una mayor compensación. También es cierto, por

otro lado, que la codicia crece con la riqueza y que no siempre, ésta se conquista con el trabajo, más frecuentemente que con golpes de suerte, con métodos aún peores.

De hecho se discute mucho, en teoría, creyendo en los sistemas. Pero las raíces del problema descienden hasta el plano de la moral. En la realidad, ni el capital ni el trabajo son culpables de ello, sino el hombre, esté del lado que esté. Es el hombre mismo, con los mismos instintos egoístas el que lo hace todo. Con ese tipo biológico, dará malos resultados cualquier sistema económico, de modo que el comunismo, heraldo de la justicia económica, no resuelve nada, como nada resolvió en Rusia, donde permanecen la opresión y la injusticia de antes. El capital es una fuerza tal como la máquina. Mientras no nazca un hombre superior, que sepa ser su señor por el bien, y no un siervo por su estupidez; ni el uno ni el otro liberarán al hombre, sino que lo convertirán cada vez más en esclavo. De esta forma, el capital en vez de ser considerado como una ayuda benéfica, es tenido como medio de explotación, apto para congelar la riqueza en unas pocas manos y cerrar el camino al trabajador. Es necesaria una nueva conciencia colaboracionista, un modo totalmente diferente de concebir la vida, basándola, en un utilitarismo no individual o de clase en perjuicio de los otros, sino tan vasto que los abarque a todos. Esto, sin embargo, es parte de otra revolución, que el hombre realizará mañana, cuando esté más maduro. El problema es bien diferente de lo que está dentro de la ecuación hoy en día. Los sistemas por si solos nada resuelven. Son productos humanos, con finalidad de experiencia, y por ende, pueden también servir de medio para resolver. Sin embargo, no representan la solución, la cual depende de la altura del alma, porque la raíz de cada acto y su forma dependen de las motivaciones.

Este elemento moral es un principio de orden, al que se sujeta el pensamiento de la Historia, que es muy distinto al del hombre que cree dirigirlo todo. Veamos la primera guerra europea de 1914-1918. Alemania quería conquistar espacios y dominios, y en vez de ello procreó un hijo totalmente distinto: el comunismo ruso. Su padre fue un alemán, Carlos Marx. Alemania impulsó la divulgación de sus ideas en Rusia, con el auxilio de Lenin. Hoy Alemania sufre el yugo del comunismo ruso. Veamos otro hecho. Europa y América del Norte, ayudando a Rusia a vencer, crearon un enemigo y una amenaza permanente. He allí como acaban los obstáculos de las astucias humanas. La Historia, por el contrario, sigue otro pensamiento: el de una justicia que hace caer el mal sobre las espaldas de quien lo cometió. Este principio, que vimos en práctica en las revoluciones, que se comen a sus propios hijos, y que aún hoy vemos llevarse a cabo en Rusia, llevaría a la conclusión de que también los Estados Unidos deberían pagar, recibiendo en sus ciudades tantas bombas como las que lanzaron en Europa, y eso, naturalmente, será igual para ellos a propósito de la liberación benéfica.

¿Qué nos depara entonces el futuro según el recóndito pensamiento de la historia, en la dirección de los acontecimientos humanos? Retomemos el concepto de donde partimos en este capítulo y el cual es su leitmotiv: el hilo conductor del largo camino de la historia es un irrefrenable e instintivo anhelo de libertad. Expresa la superación de la inferioridad y la liberación de la prisión en la cual cayó el hombre. Ahora, ¿De qué forma podrá continuar manifestándose ese impulso vital? En otros términos, en la cadena progresiva de las revoluciones, ¿Qué funciones tendrá la próxima? Conquistada la libertad política con la revolución francesa, la económica con la divulgación de los principios sociales impuestos al mundo por el comunismo (excluida Rusia y sus métodos), concluida la gran revolución técnica operada por la ciencia, con sus últimas conquistas sobre el

tiempo y el espacio (liberación del límite) y con la máquina (liberación del trabajo manual), ¿Qué otra libertad podrá conquistar el hombre?

La gran palabra de las Democracias es “libertad”, la cual la oponen a la de “justicia económica” proclamada por el comunismo. Estamos en las antípodas de la concepción totalitaria. Sin embargo, ambos sistemas tienen sus defectos. Dejemos de lado los programas teóricos de justicia económica o de libertad, y veamos la substancia, que está por debajo de ellos. Los sistemas totalitarios de un lado, hijos hoy degenerados de los sistemas de comando por investidura divina, a pesar de que Dios sea eliminado ahora de ellos, ejercen un poder absoluto, la forma más antigua y primitiva de poder, partiendo de la presuposición de que el jefe posee una verdad indiscutible, porque él es superior y no se equivoca. En realidad, esto es apenas una tentativa de justificación teórica para cubrir la cruda realidad, que es el dominio del más fuerte. De allí se sigue que los principios proclamados son obligatorios para todos, todas las conciencias están amarradas a ellos y tienen que aceptarla por medio de la imposición. Sistema primitivo, el mismo de las teocracias, necesario en las primeras fases menos evolucionadas de la humanidad, cuando el individuo aun no tenía personalidad autónoma, ni capacidad de justicia. Sistema óptimo, si el jefe y la clase dirigente fuesen verdaderamente perfectos. ¿Son ellos en la práctica perfectos? Sin duda la verdad debería descender de lo alto, pero, ¿Existirá de hecho una aristocracia superior, una élite biológica, capaz de personificar esta función de captar y representar una verdad que descende de lo alto? ¿O todo esto, en la realidad es apenas una pretensión teórica?

Por otro lado, el sistema de las democracias, aunque representando una fase más avanzada de vida, con formas más libres de conciencia social, presume mayor conciencia y autonomía personal, superior capacidad de juicio, necesaria para dirigir la nueva libertad más vasta. Es necesaria una conciencia política para saber el derecho del voto. Es indispensable una maduración y una educación que no se improvisan. En efecto, el pueblo ruso, que no vivió la revolución francesa y no asimiló sus frutos, permaneció bajo el mismo poder absoluto, poco importando que ahora el jefe supremo este vestido de rojo. Tantas libertades no pueden ser concedidas a los pueblos menos evolucionados, y para ellos un gobierno absoluto puede ser una necesidad. Pero también en occidente, las masas, en parte, no están preparadas para usar ese nuevo poder concedido. Entre tanto, usarlo, ya es un medio para aprender a usarlo. Y en cuanto el pueblo no aprenda, es lógico que él también soporte las pérdidas, siendo explotado por los demagogos y luego sufrir las consecuencias.

El sistema liberal tiene, además de eso, otro defecto. Si bien ha obtenido adelantos en la libertad política, se encuentra retrasado en la libertad económica, asunto casi ignorado por las democracias, un problema enfrentado de lleno por los países comunistas, quienes a su vez están atrasados en el campo de la libertad política. En el sistema liberal la libertad económica puede resultar en la otra, y libremente morir de hambre. Es así que, a pesar de que las democracias acusan de esclavitud al régimen comunista, este intitulándose protector de los pobres y paladín de la justicia, prometiendo - a pesar de ser solo con palabras - el bienestar, que es aquello a lo que las masas más aspiran, puede conquistar adhesiones que la concesión del derecho del voto está bien lejos de obtener. Al pueblo le interesa más resolver el problema de su vida material que el de su vida política. El primero representa una realidad concreta, que cada uno vive de cerca. El segundo produce frutos remotos, colectivos, en que el individuo desaparece; frutos problemáticos, porque ponen su

confianza en hombres siempre conocidos de cerca, en quien se tiene una fe relativa. Esto porque, desde que el mundo es mundo, parece que los hombres de gobierno han querido hacer converger en una sola dirección la actividad educadora de los pueblos, o sea, en enseñarles, con el ejemplo, cosa que mas persuade, la mala de fe de los gobernantes por un habito propio e inveterado, que considera al poder, no como función social y como misión, sino como medio de explotación en pro del beneficio único, egoísta y personal de los jefes.

Como se ve, el mayor defecto no está tanto en el sistema o en la forma de gobierno, sino en el valor mezquino de los hombres que lo ocupan. Cuando solo se dispone, para construir un edificio, de barro, es inútil escoger y cambiar proyectos. Con cualquier plan de construcción la casa se derrumbará. Esto no significa, que no se pueda construir un buen gobierno también con el sistema de poder absoluto, si se tiene a un gran hombre como jefe. A veces, la naturaleza los genera, y esto puede llamarse un verdadero caso de investidura divina. Un hombre de gran valor puede dar su característica a su siglo y, si fuere dirigido por una conciencia superior y por el sentido de misión, el poder absoluto podrá quedar en sus manos, sin peligros de abusos y para el beneficio de todos. Y es verdad también que, al menos en teoría, el poder debería descender de lo alto de una verdadera aristocracia del espíritu, léase, de hombres superiores, biológicamente seleccionados, para que posean ellos las más altas cualidades de la estirpe, verdaderos anticipadores de la evolución y, por ende, los más aptos para educar y guiar, lo que en realidad es la verdadera tarea del poder. Es además verdad que el sistema de representación por medio del voto, por parte de las masas, eleva a jueces y árbitros, todos los elementos de la nación, inclusive los inconscientes, los rebeldes del orden, los indeseables. No puede decirse que basta ser mayoría para representar lo verdadero y lo justo, para tener razón y poder realizarlo todo mejor. La demagogia, la mecánica electoral, la psicología del momento, pueden crear mayorías de valor mínimo para el bien colectivo. Entonces el sistema electoral solo es justificable como medio de expresión de tendencias, cualquiera que sea, porque pueden manifestarse libremente y luchar o entonces expresión de corrientes de pensamiento, que se forman en el subconsciente colectivo o la psicología de la masa, la cual inconscientemente manifestaría lo que el pensamiento de la historia exige que se haga en dicho momento. Sin embargo, esta última justificación haría del ciudadano votante una molécula ignorante, transportada por las corrientes colectivas, que serian las únicas que verdaderamente ejercerían el voto.

Dados estos defectos del sistema parlamentario nos preguntamos entonces: ¿Por qué en este caso no preferir el poder absoluto? ¿Sera, no obstante, que existen hombres superiores, que justifiquen esa práctica, dándole superioridad, garantía del buen uso del mismo? No. Las excepciones son rarísimas. He allí entonces, cual es la función del sistema representativo: la de suplir las deficiencias de un individuo, con un sistema de controles; de evitar abusos con una definición de atribuciones, y de evitar por la multiplicación de los detentadores del poder, los errores, y con eso conseguir, al menos, una compensación para ellos, y tal vez su eliminación. Entonces, tendremos que considerar el sistema representativo no como un sistema que pueda resolverlo todo, en vista de que hoy es el hombre, en vez del el sistema, quien puede suplir las naturales deficiencias humanas. La dificultad consiste en procurar suplir estas, con la bondad del sistema, de tal modo que se pueda construir un método, en cuyo encuadre se consiga hacer funcionar hasta las nulidades. Esto es lo máximo que se puede pedir a un sistema. Pero, su valor por sí solo, jamás será suficiente para

hacer todo, y jamás podrá sustituirse al valor intrínseco de la materia prima, que es el hombre, que es, y permanecerá siempre, el elemento fundamental de toda construcción política y social.

Considerando, por lo tanto, como el hombre en general, llevado a abusar del poder en su favor y a favor de su grupo, los sistemas totalitarios son hoy inaceptables, prácticamente hablando. Para conseguir el menor daño y obtener una aproximación menos remota del estado perfecto, solo existe hoy el sistema representativo. En efecto, el tiene la ventaja de respetar al individuo. Mientras que los sistemas totalitarios buscan invadir hasta el alma del ciudadano imponiéndoles pensar de determinada forma y creer en determinada verdad. Los sistemas democráticos respetan la individualidad, pidiendo al ciudadano, apenas, la realización de un mínimo ético, léase, lo que sea indispensable para la convivencia social y el mantenimiento del orden, en la vida colectiva. Así pues, aquellos sistemas dejan al individuo libre en su fe y en sus pensamientos, en la medida que esa libertad no perjudique a otros o sea motivo de desordenes. El encuadre es mucho menos de coacción, mucho menos apretado, la libertad es mucho más extensa. Lo que se condena en los estado totalitarios, es justamente el régimen policial, el sistema de terror, la sofocación de la libertad, la supresión de toda iniciativa personal, la casi abolición del individuo, reducido a máquina de producción y a la función del estado. Tal disciplina podrá representar un futuro estado más perfecto, como fue alcanzado por algunas sociedades animales, por ejemplo, las abejas. Sin embargo, esto presupone una elaboración biológica precedente, más larga y dirigida a una especialización de funciones y a su coordinación. La vida para el hombre se está, apenas, preparando para esas realizaciones. Esa disciplina formará el mundo superior colectivo del futuro, mas presume una adhesión libre a él, en virtud de haber sido alcanzada a consciencia de su utilidad, en una forma que, si es ventajosa para todos, no suprime la personalidad del individuo ni su rendimiento. Sin ese cumplimiento voluntario porque se adhiere a su propia naturaleza, esta disciplina se convierte en un ataque a la vida y un ataque a sus manifestaciones y rendimiento. Se torna entonces contraproducente.

Las democracias tienen la gran ventaja de dejar la vida libre para que se manifieste, para que se desarrolle y se forme según sus leyes, y no conforme a la voluntad de un solo hombre, que ofrece la probabilidad de ser un intérprete nada perfecto de aquellas leyes, sino solamente la expresión de su voluntad egoísta de dominio. Sin embargo, el absolutismo puede ser soportable, y hasta más adecuado para los pueblos inmaduros, que no sabrían usar la libertad, porque aun están privados de la consciencia que es indispensable para saber usarla bien, y porque están habituados a vivir apenas en la esclavitud. Es natural que, cuanto más involucionado estuviere un pueblo, tanto más es necesaria la fuerza para dirigirlo y tanto menos la libertad que se le puede conceder. Es su maduración evolutiva que lleva a los hombres de los regímenes de absolutismo y fuerza, la disciplina jurídica de los derechos y deberes de cada uno, y hasta la libre aceptación por comprensión y adhesión, sin más necesidad de leyes colectivas: evolución del ser humano, que aparece en todas las manifestaciones políticas, sociales y también religiosas. El poder absoluto y despótico del Dios de Moisés, puede así a transformarse en el orden amoroso de Cristo, y se transformará aun mas, en la libre adhesión de los hombres convencidos, por haber comprendido la bondad y la sabiduría de la Ley de Dios.

El gran problema para las democracias se sitúa en la escogencia de sus dirigentes, de una elite del pensamiento y de la acción, a quien confiar las delicadas y difíciles funciones de comando. El

clásico sistema de las aristocracias cerradas, animadas apenas de egoísmo de clase, atentas a penas a disfrutar las ventajas de las posiciones conquistadas, y al camino de agotamiento por falta de elementos renovadores, fuera de su círculo estrecho, está bien lejos de resolver el problema. Infelizmente es el grado de evolución que forma las corrientes directivas que son impuestas también a los dirigentes. No se debe creer que los gobiernos todo lo puedan. Ellos son apenas una de las fuerzas que gobiernan, y tienen que rendir cuentas a todas las otras. Ellos podrán ser el cerebro, pero de cierto que no son los miembros, no son el ambiente social ni el momento histórico. Pueden ser la mejor parte de la maquina. Pero esta puede no seguirlos. Ellos mismos deben comprender lo que esta puede darles si ella sabe y si puede obedecer, y hasta dónde puede obedecer.

De allí se hace necesaria una cierta afinidad entre el jefe y el pueblo que, para seguirlo y obedecerlo, tiene que hallarlo, sin duda, mas evolucionado que él, porque solo así siente su superioridad; mas, al mismo tiempo, no muy distante de sí, porque entonces no lo comprendería. Es preciso que el jefe sepa tener los pies en la tierra, en la realidad de todos, aun si esto implica un defecto que, además, es lo que lo aproxima a la comprensión de las masas. Éstas en su actual grado de evolución, exigen, ante todo, una manifestación de voluntad y de fuerza, pues esto les da la sensación de pastor capaz también de defender a su rebaño. Un santo, un hombre apenas de gran ingenio, sin cualidades de dominador para imponerse, sería rápidamente liquidado. En la mentalidad de muchos, es especialmente el látigo lo que infunde respeto, es particularmente el poder material lo que genera estima. Existe una armonía de equilibrios en la vida, por la cual los pueblos tienen los jefes que merecen y los jefes tienen el pueblo que merecen.

Ante este problema de escoger a los gobernantes, de cuya solución parece que todo depende, observemos que, no obstante, él tiene una importancia relativa. Creen los hombres que son ellos los que guían los acontecimientos, y apenas lo hacen en parte, creen que son los jefes los que deciden la suerte de una nación, al paso que muchas veces, son apenas fuerzas concomitantes. Quien ya comprendió que es la inteligencia de la Historia la que verdaderamente dirige todo, dará valor relativo a las formas de gobierno al problema de la escogencia. En la práctica, en los hechos, esta escogencia se realiza igualmente, cualquiera que sea la forma de gobierno, por selección del más apto y por medio de la eliminación de los rivales. Y cuando un jefe no corresponde más a su función, cualquiera que sea la forma de gobierno, las leyes de la vida se libran de él, igualmente, liquidándolo si este no les sirve más para sus objetivos. Las formas de liquidarlo podrán cambiar, pero el principio permanece, la voluntad de la historia manda más que los jefes, los escoge, les confía tareas, los despoja de sus puestos, siempre en vista de sus objetivos. Esta verdad fundamental, permanece verdadera en cualquier régimen. Por lo tanto, substancialmente, el problema de la escogencia de los dirigentes es más un problema de la vida que un problema del régimen representativo. Cambia la forma, pero la sustancia permanece igual, en cualquier régimen. Cuando sonó la hora de ser puesto de lado un jefe, no hay régimen totalitario, absoluto o policial que lo salve. Será apartado por muerte violenta o por la revolución, si esto fuere necesario, en vez de serlo por la falta de mayoría de votos, será apartado de la misma forma. Tenemos que convencernos de la relatividad de todos los regímenes, sistemas y dependientes humanos ante la sabiduría de Dios. Tenemos que convencernos también de que, cuando un hombre es necesario para el momento histórico, cuando está apto para desempeñar una función vital o una misión, y él la acepta cualquiera que sea el régimen escogido, la voluntad de la Historia encontrará el modo de,

a fin de alcanzar sus objetivos, hacer llegar a ese hombre al lugar debido, para dar cumplimiento a su misión necesaria, como lo quiere la Historia.

Observemos, en su significado, la revolución francesa y luego la rusa. Vimos que el hilo conductor que las liga y las guía en una única dirección, es la conquista de la libertad, para unos pocos, según la evolución alcanzada por los pueblos. Y es justamente teniendo en cuenta este concepto anteriormente expuesto, del dominio de la voluntad de la Historia, que podemos prever cual será el nuevo paso al frente, que ella va a querer que la humanidad dé, en el camino hacia la conquista de la Libertad. La revolución francesa, aboliendo los privilegios, en la igualdad, dio al mundo la libertad económica. Si el camino de la Historia es un proceso de liberación, que va de la esclavitud a una libertad cada vez mayor, ¿de qué tipo podrá ser la libertad que la nueva revolución querrá conquistar? La lógica, que forzosamente esta en el desarrollo del pensamiento directivo de la Historia, nos dará la respuesta.

La tercera revolución ya comenzó. Las revoluciones pueden llevar inclusive siglos de preparación. El progreso técnico de la ciencia está preparando las bases materiales, en que se apoyará la nueva libertad. Son ellas la superación de los límites de espacio y tiempo y la liberación del hombre del trabajo material, por medio de la máquina. La nueva conquista de la libertad se elevará por sobre las ya realizadas por las dos revoluciones precedentes: la libertad política y la económica. El hombre quedará liberado de la idea fija de preocupación económica y será servido por la máquina, accionada por la energía atómica. Mas, ¿el podrá, llegado este punto, detenerse a dormir sobre sus laureles? No. La vida no puede parar, y con estos nuevos medios, que se mueven de nuevos puntos de partida, ella continuará avanzando por nuevos caminos inexplorados. Dominado el planeta, eliminadas las guerras, alcanzado el orden y la paz en un gobierno mundial único, sistematizado al servicio del hombre y al ambiente externo, la penetración del mundo por parte de lo imponderable habrá comenzado, de lo suprasensorial, donde yacen inexploradas las minas del espíritu, los continentes del mundo interior, las fuerzas más sutiles, penetrantes y poderosas del ser. La revolución será pacífica, pero será la mayor y la más decisiva, porque desplazará el eje, en torno del cual gira el pensamiento humano, porque ella ocurrirá en lo profundo, más próximo a la sustancia de las cosas y, acercándose a la fuente primigenia del ser, que está en el espíritu, transformará nuestras formas de vida individual y social.

El edificio de la libertad irá elevándose, así, cada vez más alto. Las dificultades de raciocinio, que se van siempre afirmando cada vez más, a larga escala en las mentes del mundo civilizado, ya preparan al hombre, en el fondo mismo de la decadencia actual, para que pueda comprender claramente las verdades, que hasta ahora solo fueron reveladas y que permanecieron escondidas en el misterio. El hombre podrá ser religioso por comprensión directa, y no solo por la fe. La revolución es compleja, con mil aspectos, repercusiones y consecuencias prácticas. Se realizará en la profundidad del alma, y se realizará porque los tiempos están maduros y la vida quiere aun seguir ascendiendo; ello no se puede detener. Luego de las dos últimas revoluciones, la libertad fue conquistada en todas las direcciones, menos esta, que es la única en que aun no se ha desarrollado. Si el progreso, que es ley fatal, quisiere continuar, solo puede seguir ese derrotero. Habiendo sido conquistadas las otras formas de libertad, solo existe este otro tipo, para continuar el indetenible ascenso de la evolución.

¿Utopía? ¿Qué mayor utopía que ese continuo desarrollo del ser y su progreso en dirección a formas de vida más altas? Y entre tanto, esa utopía se está realizando en el tiempo. Los criterios que el pensamiento directivo de la vida sigue, son diferentes a los de los humanos, y cuando algo está escrito en el libro de la Ley, cualquier milagro tiene que acontecer y es lógico que la utopía se realice. En el momento en que comenzó la guerra, ¿no parecía utopía que Alemania perdiese? ¿No era hace un año una utopía, la radio? La utopía existe en las apariencias exteriores, que son los únicos elementos que la razón humana, en general, tiene en consideración, pero no es así en la lógica de la Historia.

Hablar de una nueva civilización del espíritu podrá parecer hoy una locura delante de la amenaza del coloso ruso que ensombrece al mundo. Sin embargo, el coloso tiene pies de barro. Parece señor, pero está encadenado a su sistema, que no es el comunismo, sino la violencia y el terror, por los cuales en Rusia todos sufren y tiemblan, desde el jefe supremo hasta el último ciudadano. La gran idea de la justicia social, en las manos de otros pueblos y lanzada con otros sistemas, ya habría conquistado el mundo. Pero esa idea, cerrada en aquel sistema, no puede fructificar, por cuanto aquel sistema significa autodestrucción. Una autodestrucción por causa del sistema errado y por causa de quien lo utilizó, mas no por la idea en sí; que sólo vestida de violencia podía romper, dejar su dura cuna y su tierra materna, para crecer y avanzar en el mundo. No hay necesidad, pues, de agredir a Rusia. Si no es destruido por otros, será el propio comunismo soviético el que matará al comunismo soviético. Y una vez eliminada esta forma suya y su sistema de terror, el comunismo invadirá el mundo. Sin embargo, tal vez, se llamará simplemente: Evangelio.

Vimos que el proceso lógico de la historia tiende a la construcción del edificio de todas las libertades. Pero estas, solo pueden conquistarse sucesivamente, como las plantas de una casa solo se pueden construir una después de otra. Sobre la libertad política, se elevará la económica, y sobre esta libertades, la del espíritu. Esta última será la mayor conquista, resultado de un esfuerzo mayor, realizado por necesidad de circunstancias en una curva de la Historia, y deseado por el pensamiento directivo de ella. Las tres revoluciones no están ligadas, pero representan el mismo esfuerzo continuado, para alcanzar una liberación cada vez más completa de las siempre cada vez más estrechas formas de esclavitud en que estaba preso el hombre, con su descenso a lo largo del camino involutivo. Si este fue un camino de encarcelamiento, el actual progreso es un proceso de desencadenamiento. La primera fase, involutiva, hace precipitar en lo limitado, la segunda hace evadirse de ello. Es por eso que el hombre ansia ascender, de libertad en libertad, porque esta es la ley de su evolución. La próxima curva de la Historia solo puede, ofrecernos una nueva y más alta liberación de todas las esclavitudes. Es un ascender progresivo, que recuerda la apertura de una flor, para tener cada vez más cerca, el espíritu y la substancia; es un reconquistar, por grados, de la libertad completa, ya poseída en el acto de la primera creación, como ser perfecto, y la pérdida por voluntad de rebeldía.

Observemos los escalones de esta ascensión. El liberalismo de las democracias, hijo de la revolución francesa, nos dio la libertad política. El comunismo, hijo de la revolución rusa, desapegado del absolutismo y totalitarismo ruso, nos dará la libertad económica, en la pacífica forma evangélica. Alguna otra nación a quien nadie hoy repara en el mundo, que de cierto está madurando en silencio, dará al hombre la conciencia de sí mismo y la libertad espiritual. Como en

todas las revoluciones, comienza lentamente a acumularse la presión interior, que explora el ambiente en la búsqueda del punto de menor resistencia, para después abrir una brecha y explotar como manifestación exterior, aquella que después es la única a ser percibida por los hombres. El pensamiento de la historia dirige los movimientos, canaliza el esfuerzo, ayuda a la explosión, preparando los acontecimientos útiles al objetivo. El buen éxito de una revolución es el resultado de mil fuerzas que tienen que estar coordinadas en una orquestación perfecta. Este trabajo no puede ser hecho por el hombre, que ignora todo eso, más solo por el pensamiento y por la voluntad de la historia. Habrá, pues, el concurso de acontecimientos históricos que, cambiando las actuales condiciones del mundo, harán posible lo que hoy parece utopía.

¿Cuál será la nación escogida? La voluntad de la historia, siendo solo un momento de la Ley de Dios, respeta el principio universal de libertad. Entonces prepara, ayuda, ofrece, mas no obliga. En efecto, un rechazo de la misión que debe realizar ese paso al frente, produciría apenas un atraso o un desplazamiento geográfico, más, tarde o temprano, el fenómeno ocurrirá de todos modos. Esto ya lo afirmamos acerca de las otras revoluciones. La nación escogida será aquella que, hallándose en condiciones adecuadas, estuviera lista para recibir el ofrecimiento. Será aquella que más adelante aceptará ese ofrecimiento y también sabrá ponerlo en práctica. Si se realizare todo esto, esa nación tendrá la gloria de haber hecho al mundo dar un paso al frente. Después de eso, la idea, donde quiera que haya nacido, se deslizará de su cuna, dejará su gloriosa madre y caminará por el mundo, porque pertenecerá al mundo.

Ya bastante hablamos anteriormente, y no es menester, volver a explicar la naturaleza de esta nueva transformación. Puede ser llamada la nueva civilización del tercer milenio, o el advenimiento del reino de Dios. Es la demostración y la práctica del Evangelio, lo que implica ya haber terminado la conquista de las dos libertades menores, la política y la económica, para alcanzar la libertad que solo un ser consciente puede poseer. Este solo puede nacer sobre la base de la aplicación del comunismo, entendido como justicia social, tal como fue dictada en el Evangelio. Esta es la conquista lógica de las dos conquistas precedentes. Dijimos anteriormente que la idea de justicia social ya habría conquistado el mundo si fuese lanzada con otros sistemas. La nación escogida, por lo tanto, tendrá que comenzar a ponerla en práctica y lanzarla, libre del absolutismo y del totalitarismo ruso. Solo sobre tales bases de verdadera justicia social, sin esclavitud ni terrorismo, podrá ser iniciada la tercera revolución. No nos espantemos con esa palabra, que ella también puede aplicarse a la obra de Cristo, que fue la revolución más pacífica y, en tanto, fue la más profunda. Las armas y la imposición por la fuerza actúan en el exterior, en la superficie, por coacción, con resultados efímeros, porque no penetran en el alma, en donde está la raíz de toda nuestra actividad. Se trata aquí, por el contrario, de una revolución interior, en profundidad, una revolución del sistema, que lleva a la adhesión espontánea por libre convicción.

Así como el mundo pasó de la injusticia de los privilegios de clase a la justicia de las desigualdades políticas, como está pasando de la injusticia de la super-ecuación económica a la justicia, de una distribución más equitativa de los bienes, así pasará de la esclavitud del trabajo material a la liberación de él con la máquina y con la ciencia (dominio sobre las fuerzas de la naturaleza), y pasará después de la ignorancia al conocimiento, y finalmente, del conocimiento a la bondad. Muchos hoy, practican el mal, sobretudo porque ignoran la gran ventaja para sí mismos, de hacer el bien, ignoran el lado utilitario de la rectitud en todos los campos. El mundo no conoce

todavía la técnica de este nuevo utilitarismo, y comete errores continuos, que él va pagando. Es este camino de esclarecimiento racional, la calle maestra para llegar al orden, dada por la rectitud; calle que, en virtud que las cualidades racionales están más desarrolladas, el mundo está hoy más apto a recorrer. De esto nacerá una convicción clara, como la de quien todo vio y verificó, convicción que será mucho más fuerte y poderosa en la acción, de lo que un acto de fe, a oscuras. La fe es una necesidad infantil de la humanidad, pero no puede bastar para satisfacer a una humanidad que se está haciendo adulta.

El mundo se debate hoy entre dos ideas: la justicia social pregonada por el comunismo y las libertades proclamadas por las democracias. He allí que surge la tercera idea. Sin saber, las dos precedentes son instrumento de preparación para esta tercera y, sin querer, están trabajando coordinadamente para su advenimiento, pues establecen las bases de la justicia económica y de la libertad, necesarias para que sobre ellas pueda elevarse la superior construcción de la tercera idea. Esta destilará lo que haya de bueno en el comunismo y en las democracias y, en este plano más alto, fundirá las dos ideas, hoy rivales, librándose de los defectos de ambas. Así, solo la tercera idea podrá resolver equitativamente los conflictos vistos hasta hoy unilateralmente y, por eso, aun imposibles de resolver. Ella podrá entonces hermanar los enemigos capital y trabajo, sin que el primero explote al segundo y sin que el segundo explote al primero; así, ella respetará las conquistas milenarias de la civilización, llevándolas mas adelante sin destruirlas; esto es, respetará la propiedad y la familia, la individualidad y su entera iniciativa, pero exigirá que todo sea hecho, especialmente a favor de los desheredados, con un principio superior de rectitud, que es lo único que puede mejorar las instituciones. Su defecto principal es siempre el mismo: saber usar eso bien. Lo que importa es eliminar ese defecto.

La culpa no está en las formas, sino en la voluntad que las anima. Creer que sea posible esa transformación parece una locura, cuando vemos alrededor y vemos al hombre de hoy. Pero hace cien años, volar parecía una locura. Y el futuro no pertenece a los conservadores y repetidores del pasado, sino a los pioneros valientes, que racionalmente saben preparar las realizaciones de los grandes sueños de la humanidad. ¿Qué significado tendría – y no sería estúpido e inútil- ese juego de nacer, vivir y morir, a través de tantos esfuerzos y tanto dolor, si no fuese para ascender, evolucionando para lo que es mejor? Hasta ahora, el rey del planeta, vencedor de todas las otras especies, es aun un ser medio-hombre y medio-animal, que funciona en gran parte movido por el instinto, como los animales que aun no saben exactamente por qué nacen, viven, sufren y mueren, y que no teniendo conocimiento exacto de las leyes y del por qué de la vida, no saben actuar conscientemente, por convicción, sino por coacción, o por miedo, por imitación, o por fe.

La conquista de esta nueva libertad exige la formación de esa nueva conciencia, porque de otra forma, se tornaría descontrolada licencia, llena de abusos peligrosos. Esta nueva libertad significa que el hombre, hasta ahora niño, guiado por la revelación, por las religiones, leyes civiles y sanciones, y así encuadrado forzosamente en un orden moral y social ya tendrá que caminar por sí mismo, guiado por su libre autonomía de juicio, una guía ya no impuesta por la fuerza, sino que conscientemente nace del interior. Para alcanzar esto, sin embargo, se hace indispensable una nueva conciencia, que sólo puede nacer comenzando por el conocimiento. Esto significa una visión bien clara de todos los problemas, haber resuelto todos los misterios, conocer los bastidores espirituales que están por detrás de los fenómenos, descubrir el pensamiento de la Ley, que todo lo dirige, sentir a Dios inmanente y estar conforme y totalmente a Su voluntad. La fase del orden,

impuesta por la fuerza, está casi ya superada. Habrá de nacer un orden libre, hijo de la convicción de quien todo ha comprendido. Esta es la nueva libertad que tenemos que conquistar. El mundo está materialmente hecho. Es menester hacer al hombre, sin el cual, no es posible progreso ulterior.

Se trata de un trabajo inmenso. Asia y Europa dieron su fruto. Cabe a la joven América emprender este nuevo camino. Las viejas civilizaciones ofrecen sus frutos de milenios de luchas y dolores, sin lo que nada puede crearse, para que hoy fructifiquen en las tierras vírgenes. La nación que quisiese tomar esa idea, la tercera idea, y la hiciera suya, será grande en la Historia. Será la nación que quiera transformar en instituciones y vida social vivida, los principios de la Ley de Dios, no solo por medio de la fe, sino claramente explicada y racionalmente demostrada, hasta el fin. Para iniciar eso, se requiere un género de elite o clase dirigente, bien distinta de la que buscan escoger de entre las filas del pueblo los sistemas electorales vigentes. Se trata de una aristocracia del espíritu, en el cual se encuentren y unan los tipos biológicos que ya llegaron a la madurez, y que hoy se encuentran dispersos por el mundo. Su tarea es transformar el modelo de las nuevas formas de existencia. En estas conquistas, la vida lanza a lo alto un pequeño grupo seleccionado, como antena de exploración, como primera tentativa de anticipación de la evolución. Este es el primer paso de la revolución en su fase manifiesta, y sucede a la fase subterránea de incubación. El primer grupo de los más valientes, forma la corriente nueva en que, en poco tiempo, por imitación, en condiciones de ambientes más aptos, siguen amarrados después los pesos muertos de las masas. Sin embargo, el impulso dinamizante esta antes que todo en la voluntad de la Historia, de la cual, por medio de esa aristocracia de nuevos intérpretes y ejecutores, ese impulso, se transmite al elemento siempre pasivo, la materia inerte de las mayorías.

Esta vez no será la aristocracia de los privilegios la encargada de crear un tipo más refinado, ni la aristocracia burguesa del capitalismo la encargada de crear la industrialización y el poder económico, sino que será la aristocracia de la inteligencia, que comprendió el tremendo poder del pensamiento, la aristocracia de la bondad, no solamente producto del corazón, sino también de la mente que comprendió el gran rendimiento utilitario de la rectitud en la vida individual y colectiva. Y, dado que, la vida es siempre una lucha contra algún enemigo que obstaculiza la emancipación, esta vez el enemigo no será nuestro prójimo a quien agrediremos, sino nuestra propia naturaleza animalesca, para superarla y vencerla. Como se puede observar, no habrá guerra contra nadie, sino apenas contra las fuerzas inferiores de la vida, que aun sobreviven en el hombre, con el fin de superarlas. La emancipación de la animalidad, esa es la nueva conquista; o sea, un refinamiento de la vida, no solo en la forma de la hidalguía exterior, sino en la substancia, que es una actitud psicológica de comprensión para con el prójimo, de orden en la vida social, de bondad para con todos los seres.

A pesar de que todo esto puede parecer utópico, no existe otro futuro, si queremos que haya progreso verdadero. Este es el nuevo orden mundial. Solo así puede alcanzarse la eliminación de tantos roces sociales, que causan tantos dolores, conseguir un nuevo perfeccionamiento de las relaciones civiles y una coordinación más justa y precisa, en un sentido orgánico, para la mejor convivencia de todos. Está en las leyes de la vida esta necesidad de cada vez tener una coordinación más perfecta; es fatal que el mundo se prepare para la formación de unidades siempre mas vastas y compactas. La lucha futura será contra todo lo que es anti-social, contra

quien quisiese resistir esas nuevas formaciones que son instinto humano, necesidad de vida, y que representan el sistema más ventajoso y utilitario para el rendimiento de la actividad humana.

Mas para alcanzar ese grado más evolucionado de bienestar, en el cual deben desaparecer todas las opresiones y coacciones, para tener derecho a esta mucho más amplia libertad, es necesario que se forme el nuevo sentido de auto-disciplina interior, porque sino la nueva libertad se transformaría en arbitrio y abuso y, en vez de conseguir un nuevo orden, esto constituiría un elemento de desorden. Cada superación de límites trae una relajación de los frenos, e implica, por ende, la necesidad de formación de una nueva conciencia para que, sirva de freno a la nueva libertad. Se trata de un desplazamiento de la función constrictiva protectora, que parte de la coactiva, impuesta desde el exterior y que tiene que ser sostenida por la fuerza, para una libre, impuesta por lo intimo y aceptada porque se comprenden sus ventajas. Debe sustituirse siempre una norma, sin lo cual la libertad se convertiría en arbitrariedad. A pesar que el hombre ansíe más esta o aquella, esto es, comprenda el arbitrio, cuando habla de libertad, existe la sabiduría de la ley que suple la locura del hombre, no concediéndole acceso a nuevas libertades, mientras él no tenga formada la consciencia, apta para saber usarla sin dañarse a sí mismo. ¿Qué haría el hombre sino constantes desastres contra sí mismo, si la ley no supiese todo por él, y no lo guiase por la fuerza a cada paso?

Es así que la historia concede nuevas libertades a los nuevos pueblos, solo en relación a la madurez que ellos alcancen. Podrían tener todas las libertades, pero lo que establece las medidas de esas concesiones es solamente el nivel de evolución. Así pues, éstas son accesibles apenas por grados, y las revoluciones solo pueden conquistar establemente las libertades que más tarde los pueblos pueden usar. Las otras, para las cuales no se está maduro, aun cuando sean adquiridas por momentos, son rápidamente perdidas. Se sube poco a poco. El caso límite de esta subida es dado por el ser al cual pueden ser concedidas todas las libertades, porque él conquistó el conocimiento de la Ley y por ende, está en grado de comprender el daño que a sí mismo causaría abusar de la Ley, y por ello no hay peligro de que lo haga. Entonces, una vez libre ya, se funde espontáneamente con el determinismo de la Ley y hace que la voluntad de Dios sea su voluntad. En otros términos, el ser, llegado nuevamente a la perfección, supera todo separatismo, toda diferencia entre sí mismo y la Ley, pues el grado máximo de libertad coincide con el grado de obediencia máxima, en el orden perfecto. Este es el punto final del camino que va desde el caos hasta Dios.

CAPÍTULO IV

LOS TIEMPOS HAN LLEGADO

La salvación del mundo

Señoras y señores. Amigos míos: “Los tiempo han llegado” es el tema que desarrollaremos en esta conferencia.

“Los tiempo han llegado” esto es, amigos míos, el tema que me han hecho ver por inspiración de lo alto, como los primeros *GRANDES MENSAJES* de Su Voz, en la Navidad del 1931.

En 1951, en mi primera visita al Brasil, a la edad de 65 años, llegué a esta gran tierra la cual ya estaba marcada en mi juventud, en mi destino, al grado tal, que mi tesis de grado en derecho fue basado en un libro brasilero. Sentía una atracción instintiva e irresistible por este país. Hasta diciembre del año 1952, por hechos imprevisibles por mí y mucho más poderosas a mi voluntad, milagrosamente venciendo todas las dificultades, pude llegar definitivamente con mi familia para trabajar aquí y dar el mejor fruto de mi vida, hasta el fin.

Para comprender mejor, hagamos nuevamente lectura de algunos pasajes del Mensaje de Navidad de 1931, que nos ofrece el tema fundamental que aquí desarrollaremos. Cada uno está libre de aceptar o no el origen sobrenatural de este mensaje, pues aunque si yo fuese un desconocido, dicho mensaje se ha esparcido por el Mundo; Europa, América del norte y del sur, en los países árabes y en el Asia, hasta Indochina, llegando a un millón de ejemplares.

Era la noche de Navidad de 1931, y yo estaba desanimado por los innumerables sufrimientos, cuando un relámpago me tomó por sorpresa, yo, temblando, escuché estas palabras:

En el silencio de la noche santa, escúchame. Deja de lado todo el saber, tus recuerdos, a ti mismo, olvídate de todo, abandónate a mi voz, inerte, vacío, en la nada, en el más completo silencio del espacio y del tiempo. En este vacío, oye mi voz que te dice levántate y habla: Soy Yo.

(...) Hablo hoy a todos los justos de la Tierra y los llamo de todas las partes del mundo, para que unifiquen sus aspiraciones y oraciones, haciendo de ellas un haz que se eleve al cielo. Que ninguna barrera de religión, nacionalidad o raza os divida, porque muy pronto una sola será la división entre los hombres: justos e injustos.

La división está en lo íntimo de la conciencia y no en vuestro aspecto exterior visible (...) Mi palabra es universal (...) Se aproxima una gran transformación para la vida del mundo.

(...) Así como la última molécula de hielo hace desmoronar el iceberg gigantesco, así también surgirá el incendio de una chispa cualquiera (...)

(...) La destrucción, sin embargo, es necesaria. Será destrucción sólo de lo que es forma, incrustación, cristalización, de todo lo que debe caer, para que permanezca solamente el concepto que sintetiza el valor de las cosas.

(...) gran mal, condición de un bien mayor.

Después, la humanidad, purificada, más leve, más seleccionada por haber perdido sus peores elementos, se reunirá en torno de los desconocidos que hoy sufren y siembran en silencio, y retomará, renovada, el camino de la ascensión. Empezará una nueva era (...)

Así habló el mensaje de Su Voz, de la Navidad de 1931. Ya expliqué en un artículo, "Principios", en 1952, que las religiones tienen tres fases: la "primera", la más antigua, es la terrorista, la

terrorista, hecha por un dios vengativo, que se hace obedecer inexorablemente, penando con la ley del tali3n.

“La Segunda” m3s reciente, es la 3tico-jur3dica, hecha de una codificaci3n de normas de vida. Es el desarrollo de la naturaleza humana inferior, que puede permitir una manifestaci3n de Dios, haciendo translucir cada vez m3s Su bondad.

Solamente hoy la madurez puede permitir que sin el peligro de abusos, otrora terribles, se pueda pasar a la “tercera” fase, la de la “comprensi3n”, en la cual las religiones son libres y convencidas, cada vez m3s transformadas, de la forma, donde luchan los intereses, a la sustancia, en el amor.

Hoy se pasa de la segunda a la tercera fase. Se penetra en la fase del amor. No hay m3s lucha entre rivales, sino colaboraci3n entre hermanos.

Brevemente el mundo se organizar3 sobre un principio que no ser3 dado por un imperialismo religioso, esto es, por medio de la victoria de una religi3n que, por absolutismo, se imponga por sobre todas las otras. No es por este camino que se llegar3 a la unidad, o sea, a una sola grey y un solo pastor.

El 3nico pastor ser3 el Cristo, y la 3nica grey ser3 formado por una humanidad en la cual las distintas religiones no se combatan y no se condenen rec3procamente: por el contrario, se comprendan y coordinen, haciendo de todos los hombres, hijos delante de un 3nico Dios, un Solo Dios, Padre de todos.

El mundo materialista de hoy en d3a, en la realidad vivida, perdi3 el inter3s por Cristo. Repudiar el Evangelio significa no aceptar la ley en un plano biol3gico m3s evolucionado, significa rehusarse a progresar y a civilizarse. Ir en contra de las leyes de la vida, querer pararlas en su camino de ascenso significa ser golpeado por sus terribles reacciones. Este ha sido terrible error en la cual la humanidad ha querido caer.

Cristo no es solamente un hecho hist3rico o fen3meno religioso, es el m3s alto acontecimiento biol3gico del planeta, acontecimiento por ante quien deber3 rendir cuentas la humanidad, la cual nunca podr3 escapar de las leyes de la vida. Cristo se dej3 sacrificar para darnos la verdad. Se crey3 haberlo destruido, haberlo matado, haberlo apartado, neg3ndolo. Pero el esp3ritu, la verdad y las leyes de la vida no se pueden destruir. Cristo es parte del fen3meno de la vida y no puede morir. 3l est3 vivo, y siempre vivir3 entre nosotros, presente y operante como fuerza viva. Nadie puede detener su acci3n.

Cristo a3n espera ser tomado en serio despu3s de dos mil a3os. Los santos son pocos hoy en d3a, y las multitudes siguen otro camino. Y el hombre, en su ignorancia cree erradamente que la misericordiosa paciencia de Dios sea su propia victoria. En este punto la humanidad se encuentra en descenso. La multitud es ignorante y obstinada, y se fortalece por su n3mero. Habiendo tomado ella mucha velocidad en el descenso, el camino de subida se hace m3s arduo de retomar. Hemos llegado a un punto en el cual ni aun con una explicaci3n racional apoyada en la l3gica y en la ciencia se podr3 obtener la verdadera comprensi3n. La destrucci3n, entonces, se hace necesaria,

visto que la Ley quiere que por el contrario la vida avance y por eso ella elimina todos los obstáculos.

El fenómeno debe ser resuelto de cualquier modo. Las fuerzas progresan y deben realizarse. No hay otra vía que no sea fruto de la aceleración. Que los malos, como nos dice el apocalipsis, se hagan peores, y los buenos cada vez mejores, de modo que se separen cada vez más los unos de los otros, y así se cumpla la justicia. En este punto, la solución no se puede encontrar más volviendo al pasado, sino por medio del choque violento de las fuerzas del mal y del bien, por el hecho de que ya estamos en guerra, y no podamos llegar al final sino como vencedores o como vencidos. Llegó la hora del Gran Juicio, en el cual se deberá hacer la rendición de cuentas. Aquellos que más difícilmente podrán ser salvos son los astutos, los poderosos, quienes son los mayores responsables, por tener ellos entre sus manos los medios de dirección de la riqueza y el poder.

Los dirigentes, desorientados por la falta de una concepción suficiente para resolver los problemas de la vida, perciben esta carrera en dirección del abismo, y desearían descubrir medios prácticos de salvación. Infelizmente, en su repertorio económico, político y social, no existen tales medios para evitar estos golpes. Todo el sistema vigente está errado. Se basa en la fuerza. Y nadie puede impedir que quien hace uso de la espada, por ella perezca. Nuestro mundo solamente confía en la fuerza, por lo tanto no puede merecer la intervención de los poderes superiores para su defensa. Por el contrario, ella los reniega con sus actos. Y quien no tiene otra cosa que la fuerza, no puede prescindir de ella.

Ella conduce a la destrucción pues el choque es inevitable. El es una consecuencia necesaria y fatal del sistema vigente del mundo de hoy, el cual permanece así inexorablemente preso en su misma artimaña, sin posibilidad de escape. Todo esto es consecuencia del grado de evolución en el cual el hombre de hoy se encuentra, porque aun esta en el plano semi-animal.

¡Cuántas voces espirituales se han levantado, cuántos mártires se han sacrificado, para que el mundo evolucione! Pero el hombre continúa en el plano biológico del animal. Por esto el debe aceptar las duras leyes de este plano. Pero, debido a que en este punto, ha demostrado ya que no desea evolucionar, la mayoría que pertenece a este grupo biológico, podrá ser apartada del planeta, de manera que se pueda progresar por medio de los pocos evolucionados que pertenezcan a un plano biológico más alto.

Todo esto acontece automáticamente. Esto porque la concordia y la organización son condiciones de los evolucionados, mientras que el separatismo, la lucha y la desorganización son las cualidades de los involucionados. De modo que estos son guiados por su propia naturaleza y sistema, para ser eliminados, exterminándose los unos a los otros. ¿No es acaso un hecho que el mundo se continúe armando, porque nada más cree en las armas? ¿Qué puede ocurrir en este mundo así construido, sino destrucción, cuando con el sistema vigente de fuerza, los problemas no pueden ya ser resueltos sino por medio de la fuerza; cuando no se tiene ningún otro modo de sobrevivir, sino constituyéndose como los más fuertes, porque a la primera señal de debilidad de una de las partes, la otra estará lista para el asalto destructivo? ¿No es esta la ley de muchos de nuestros actos? Hoy el mundo es una gigantesca carrera de luchadores egoístas, cada uno intentando sacar provecho lo

más posible del prójimo. La mejor habilidad en los negocios y en la política es, muchas veces, saber engañar y explotar al prójimo. Los métodos modernos son muchas veces una sobrevivencia de los antiguos métodos de pillaje, de rapiña, de la destrucción de los débiles.

Sin embargo, hay entre tanto, una ley de progreso, que nos impulsa hacia la civilización, la cual quiere decir que es preciso acabar con todo eso que demostró no estar abierto a esta forma de vida. Estos seres no están aislados en una nación en particular, sino en todas las naciones del mundo. Hay muchos inocentes y muchos culpables. La culpa está distribuida por todas partes, de modo que más o menos, muchos deberán pagarla, y el propio sistema de ellos los llevará a un recíproco choque fatal, para ser destruidos unos por los otros, bien sean vencedores o vencidos.

En la práctica, el mundo no cree en Dios. Los hechos son lo que tiene valor. Se hacen muchas cuestiones de ortodoxia de principios pero se hace poco de cosas más importantes, esto es, la rectitud de las obras. El mundo no tiene en cuenta que existe una ley, y aun conociéndola, muchas veces olvida que el pasado, el presente y el futuro están fatalmente ligados a todos nosotros, que así en cada momento recogemos las consecuencias de nuestros propios actos. Así, el mundo no toma conciencia de que cada pensamiento, cada acto nuestro siembra nuestro futuro de alegría o de dolor; no toma conciencia de la absoluta fatalidad de las consecuencias, bien sea de premio o de castigo. Del mismo modo, la sociedad humana está toda conectada por una serie de coyunturas, que no son aquellas de las filiaciones establecidas jurídicamente o de la parentela física. Existe también una red de relaciones kármicas de débito y crédito que nos vinculan los unos a los otros, y que son las más importantes. Las protecciones jurídicas y las de la astucia y la fuerza quedan en la superficie, y no son suficientes para defendernos de la fatal reacción de la Ley. Lo que cuenta es el efecto de las causas que ponemos en acción. Quien indebidamente gana, se convierte en deudor, y por consiguiente tendrá que pagar, y ningún poder legal o humano, podrá impedirlo. Quien fue injustamente explotado, se convierte en acreedor y tendrá derecho a su compensación. Cuando se constituyen relaciones de esta naturaleza en el destino de varios individuos, las coyunturas permanecen hasta que las cuentas sean saldadas, restituyendo a cada uno lo que le corresponde por derecho. Así, el vencedor que creyó haber triunfado, deberá caer a los pies del vencido. Si el hombre pudiese comprender una ley así tan simple, toda la estructura social se tornaría distinta.

El hombre actual, muchas veces, cree ser inteligente cuando consigue defraudar la Ley de Dios. Pero, ¿cómo se puede creer que sea posible defraudar las leyes de la Vida? ¡Esto es una locura!

Pero el hombre es miope e ignorante. El permanece satisfecho con el éxito inmediato. ¿Y luego? Para la gran mayoría esto es una neblina de misterio. El éxito inmediato lo deja creer que ha conseguido engañar al prójimo y a la Ley misma, pero en realidad el solo ha conseguido engañarse a sí mismo. Viendo a los otros desde una perspectiva superficial, él cree que no hay justicia en el mundo, porque ve a los malvados triunfar y a los justos pisoteados. Pero, ignora que la vida continúa y que no se puede juzgar solo por el breve espacio de una vida terrena.

Pero después vemos nacer tantos desventurados y ¡no sabemos por qué! Así, aquel que creyó vencer, por el contrario, ha perdido y creyendo engañar al prójimo solo se ha engañado a sí mismo. Podemos hablar así, no porque nos basemos en la doctrina de esta o aquella escuela, sino porque

las conclusiones fueron obtenidas por medio de la observación de los datos y conducidas de manera científica positiva, como lo hemos demostrado.

Así pues el hombre malo va buscando para sí un destino de dolores. El es el arquitecto de su futuro. Con su avidez, crea su propia miseria, con su orgullo crea su humillación; con su prepotencia, su derrota. Se trata de una ley de causa y efecto, de continuidad y de equilibrio que es confirmada por todas las otras leyes que la sustentan, y que son, conocidas por nosotros en el mundo físico y dinámico. Esta teoría es la que mas concuerda con dichas leyes. Ella podría renovar el mundo. Hoy el hombre esta enloquecido por el éxito que hace consistir su valor en la adquisición y en la acumulación de riqueza, sin darle importancia a los medios utilizados. Vencer es el gran sueño, no importa cómo, porque el vencedor es siempre admirado.

Pero en lo Alto hay una Ley de justicia inexorable: los débitos deben pagarse; quien hace el mal, recibirá el mal, quien hace bien, se le hará justicia, a ello tendrá derecho. ¡Podemos sembrar libremente! Pero después el fruto será fatalmente nuestro. Ahora bien, ¿De qué sirve el triunfo efímero del más fuerte contra el más débil? ¿Qué queda en definitiva de todos los triunfos registrados en la historia?

Todo sirve solo para hacer de la tierra un infierno, un teatro de guerra, sin paz y seguridad para nadie, también para llegar al dolor, el cual es el más grande maestro que nos enseña a no fallar de nuevo. Quien pisotea será pisoteado. Quien hurta para enriquecerse, empobrecerá. Quien hace sufrir al prójimo, deberá pagar por ello su deuda con su propio dolor.

Es descabellado procurar enriquecerse y vencer sin criterios de justicia. Así, construimos nuestro propio destino, de pobreza o de vencidos, con lo cual todo pagaremos. De este modo, el mundo sigue un método irracional, contraproducente, antiutilitario. ¡Quién sabe con qué desdén seremos juzgados por nuestros descendientes civilizados! Enriquecer sin dar valor correspondiente del propio trabajo, significa empobrecer. En un mundo más inteligente se buscaría el propio bienestar ganando en buena lid, sin endeudarse con la macula de la ganancia ilícita. Por el contrario, se deberían buscar créditos, pagando de su propio patrimonio, al prójimo, haciéndose útiles para la sociedad. En cada caso, nunca adquirir sin dar un valor equivalente. ¡El derecho a la vida para todos, mas para todos, el deber del trabajo! De esto se sigue, pedir solamente la justa recompensa, que es la obligación de los que tiene en las manos el capital y la dirección. Este es el verdadero fundamento de las leyes económicas, y no la lucha. Y los vencedores, porque son más fuertes e inteligentes, tienen el deber de educar y ayudar a los más débiles, y no el derecho de aplastarlos y explotarlos.

La humanidad debería comprender que los problemas no pueden ser resueltos por la fuerza o la astucia, sino con la justicia; comprender que el vencedor se endeuda ante el vencido, debiendo luego pagar a este el precio de la opresión que ha producido. El esclavo se convertirá algún día, en dueño de su patrón, quien a su vez será esclavo. Sólo así, ambos podrán comprender la lección. En su ataque contra el cristianismo, Nietzsche, el creador del tipo biológico del superhombre del egoísmo y de la prepotencia, evolucionado al contrario, esto es, héroe de la involución, ve en el sermón de la montaña una expresión de revuelta de los renegados, de los débiles, vencidos, contra el poder del vencedor. Así, Nietzsche, demuestra no haber entendido nada de los profundos

equilibrios que aquel sermón expresa. El error radica en creer que todo esto sea verdadero, solo porque así lo dijo Cristo, y así lo repite una religión, es de creer que luchando contra esta misma religión, ella y Cristo pueden ser destruidos. Al contrario. Todo esto está escrito en las leyes de la vida, y es parte de un mismo orden universal inviolable, que podemos entender y que debemos admitir no solamente por los derroteros de la fe, sino por medio de los rumbos positivos de la razón y de la ciencia.

Los materialistas deberían comprender, con los medios de su psicología, esta moral biológica, que es parte de las leyes universales de compensación y de equilibrio. El futuro de la evolución biológica, conforme lo que habíamos comentado anteriormente, no se puede verificar sino por medio de la espiritualización. ¿Por qué a despecho de su inteligencia desarrollada, no comprenden esta moral biológica positiva? Es porque el materialismo ateo representa, ante el futuro que le pertenece al espíritu, el pasado involucionado, que se resiste al progreso y en el cual sobrevive la animalidad, con sus instintos, que enseñan a vivir con la fuerza y la astucia. Pero a quien de ese modo vive, la verdad le huye, y vive en las tinieblas. Así, rehusándose a entender, se arranca a sí mismo los ojos para no ver, haciéndose esclavo de la ignorancia, exponiéndose por ende, a recibir duras lecciones. De este modo, la humanidad ha querido hacer por sí misma un destino punitivo, que representa la reacción reconstructiva del equilibrio de la ley, para corregir los errores del pasado. Es por ello que las fuerzas del mal están hoy libres y activas, porque ellas vienen a actuar cuando tienen que cumplir una destrucción para sanear. A este punto no es posible ya de que el consejo o la palabra puedan actuar, porque el hombre claudicó al poder de tales fuerzas inferiores, que deben cumplir su tarea de eliminación, para que sean finalmente removidas.

En la actual ecuación de fuerzas del mundo, la resultante es solamente una: la destrucción. ¿Es posible introducir en esta ecuación nuevos valores, cantidades o fuerzas que modifiquen el resultado? Esta nueva fuerza podría ser la inteligencia directriz de una gran nación que tuviese la capacidad de comprender y el poder de actuar.

¿Podría este nuevo hecho eliminar, o por lo menos retardar, la destrucción? Mas para que la avalancha que está avanzando pueda retroceder retomando nuevamente el camino de su vida, habría necesidad de una idea fuerte y de un mundo simple que pudiese creer en esto. Por el contrario, a este mundo le falta la fe y todos, más o menos persiguen la aproximación del peligro como un destino fatal. Se vive como aventureros, presintiendo un destino inevitable. El mundo se aferra desesperadamente a los medios materiales y al poder de las armas. Pero, ¿será verdaderamente esto lo que traerá la destrucción? El mundo acumula armas para defenderse pero estas servirán para su propia destrucción. No tenemos fe sino en la fuerza, porque todas las creencias se han debilitado. El momento es terrible, porque el hombre tiene a su disposición un gran poder de destrucción, sin tener la disciplina moral necesaria para hacer buen uso de esas armas. ¿Qué podemos esperar del futuro, cuando estos poderes están dirigidos por esta psicología?

¿Podría Dios hacer un milagro? Los milagros no ocurren contra la lógica y la justicia de la ley, que no es otra cosa que el propio pensamiento de Dios. Cuando tenemos culpas que pagar, debemos pagarlas; es necesario haber merecido esta ayuda particular que se llama milagro. Claro está, que esta ayuda no desciende de lo alto para defender intereses egoístas. La fuerzas espirituales

funcionan, pero solamente en las manos de los santos. No vienen para realizarse en los planos involucionados que las alejan y las dejan abandonadas al poder de las propias fuerzas involucionadas. Las dos mayores potencias buscan la eliminación mutua, para así alcanzar el dominio mutuo. Ellas se destruirán recíprocamente, y así vendrá la purga, con una limpieza de dolor, el cual es el precio de la redención, sin el cual no se podrá ascender a un plano biológico más alto; será un choque necesario, sin el cual, también la renovación integral no podrá ser alcanzada.

En el plano donde domina la ley de la selección del más fuerte, es imposible evitar el conflicto entre esta dos potencias mundiales, dado que este choque decidirá quién es el más fuerte, esto es, aquel a quien, conforme con la ley vigente de la humanidad, pertenece la victoria. No se puede escapar de esta ley del tipo biológico actual. Mas si este choque, con las armas atómicas modernas, significa destrucción, esta también es inevitable para ambos. Pero todo esto tendrá que llevarse a cabo, por ser este el único medio de expiación. A fin de que el progreso, que es inevitable, pueda realizarse y así una nueva civilización pueda surgir ahora que los tiempos están maduros. No se puede quebrar la concatenación lógica de estos términos sucesivos. Dada la naturaleza del hombre actual y las fuerzas de un poder sin precedente, que en este momento histórico están en las manos de este tipo biológico, no se pueden obtener otros resultados. No se puede cambiar el desarrollo del encadenamiento lógico del mismo modo que no se puede alterar el de un proceso matemático.

El momento histórico actual es muy grave. Se hace cada vez más grave. Los tiempos están maduros. Se han hecho suficientes oraciones, muchas advertencias, pero al mundo ha proseguido su camino sin escuchar. En esta hora ya no hay tiempo de palabras y de advertencias si no de acciones. Es menester afrontar los hechos.

Los hombres continúan en sus propios asuntos aunque sus palabras los contradicen, en la práctica dan pruebas de ser ateos sin importar a que religión o fe pertenezcan. En todos los grupos la mayoría cree solamente en la fuerza material, en las armas, en el poder del dinero.

Pero llegará el tiempo en el cual las armas servirán solo para exterminar recíprocamente ricos y pobres, patrones y siervos, vencedores y vencidos. Llegará el tiempo en el cual el dinero no contará para nada, porque en el declive del grupo social, acabará toda confianza en cualquier persona y no será posible mantenerse fuerte como poder político, dado que nadie obedecerá a mas nadie.

Es justo que en un mundo muy pulido de ideas, pero sustancialmente hecho de un egoísmo ilimitado y de un ateísmo desorganizador, es decir, de individualismo separatista contra el orden de la ley de Dios, termine cayendo en el abismo del caos.

En este punto esto es fatal. Es el efecto de causas que la humanidad libremente ha establecido a lo largo de los siglos pasados. La libertad humana no llega al punto de modificar la ley y de evadirse del principio de causa y efecto que nos liga a las consecuencias de nuestras acciones pasadas. Así ha querido el hombre que sea.

El mensaje de navidad de 1931 dijo así: “Es necesario un gran bautismo de dolor, para que la humanidad recupere el equilibrio, libremente violado: gran mal, condición de un bien mayor”.

La Ley deja al hombre el libre albedrío solo lo necesario para establecer las causas, pero jamás para huir a los efectos. La Ley le permite libertad solo en este límite, solo para que sea posible al hombre experimentar entre la verdad y el error, para aprender y así realizar solo su ascenso. Pero esta oscilación del libre albedrío está contenida dentro de los límites del contingente humano, límites que no permiten ser transgredidos. Esto quiere decir que el hombre es libre de sembrar órdenes y destrucciones en su vida, pero no tiene el poder de hacerlo en el orden de la Ley, la cual es inviolable. De otro modo, la ignorancia y la prepotencia humana habrían traído hace ya mucho tiempo la anarquía en todo el mundo.

Se verifica así, el hecho que en las grandes líneas de la historia y de la evolución, la Ley manda fatalmente, de modo que, el hombre tiene un poder limitado y relativo y no puede parar el progreso. En este caso, no es el hombre, si no la Ley que manda, quiere, y por último, acaba por imponer su impulso íntimo y tenaz, a fin de que la evolución tenga lugar. La Ley no puede ser engañada ni detenida. Ella permitirá en fracciones momentáneas, atrasos, adelantos, pero nunca falta de cumplimientos. El hombre que quisiese aprovecharse de la propia libertad para rebelarse contra la Ley indefinidamente será eliminado.

Los místicos perciben por intuición; los racionales saben por medio de una lógica fatal de la cual analizan el desarrollo, que ahora la humanidad está corriendo grandes peligros, aunque por último la destrucción pueda ser utilizada para construir mejor y más alto. Nadie podrá impedir que se cumpla la voluntad de la Ley. Los hombres prácticos pueden gritar que esto es una utopía. Pero aquí operan elementos imponderables que ellos ignoran.

Los hombres prácticos no comprenden el actual momento histórico y esto es lo que sucede hoy en día. Creen que por medio del progreso científico y mecánico pueden apoderarse de las fuerzas de la naturaleza para esclavizarlas a sus propios fines. No comprenden que la naturaleza es más inteligente que el hombre, el cual debe su vida a esta sabiduría. Ahora sucede, que cuando el hombre hace mal uso de los poderes a él consignados a fin de que pueda evolucionar, y lo hace para alcanzar solo su propio goce egoísta, entonces, esa inteligencia de la naturaleza se rebela porque su sabiduría quiere que la Ley no sea violada.

De hecho, es exactamente eso lo que está aconteciendo y solo así podemos explicarlo. La ciencia logró construir con la bomba atómica el medio para destruir a la humanidad. Esto nos prueba que la orientación materialista de nuestros tiempos nos ha dado una ciencia errada desde el principio y que, por consiguiente no podría haber otras conclusiones. Aquella orientación es el microbio del egoísmo que es el cáncer del destruccinismo. La vida viendo que se traicionaba su finalidad más importante, que no es otra que la evolución se rebela y destruye todo aquello que le impide su camino.

El hombre debe comprender que se encuentra delante de una inteligencia y una lógica que tiene sus leyes inviolables. La naturaleza no quiere el tipo biológico del hombre que se engorda en el bienestar, teniendo a su servicio la máquina. La naturaleza luego que alcanza un estado de

bienestar de sobra, lo utiliza para incrementar la población de manera que pueda producir frutos, no como gozo, sino para dar vida a un número mayor de seres; por el contrario, desencadena guerras y revoluciones, para que aquel bienestar sirva para destruir lo viejo y construir lo nuevo, evolucionándose. La naturaleza quiere que el hombre cumpla la labor de su progreso. Es por esto que cuando el hombre quiere hacer uso errado de los secretos que arranco de la naturaleza, esta destruye los frutos de tales descubrimientos, exterminando a la humanidad que los ha producido, infligiéndole una lección tan poderosa, que haga retornar al camino recto y que no desee de nuevo iniciar semejantes aventuras. Así se explica como la ciencia moderna, por la razón de que ella fue colocada al servicio del egoísmo, que todo quiere explorar para su gozo sin reparar en fines espirituales y morales más altos, llegó a producir como resultado solo los frutos de la destrucción.

Esto nos prueba claramente, que para la vida, son más importantes los valores morales. Descuidarlos significa errar en sus puntos más fundamentales y tener, por esto, después, que pagar hasta el último céntimo. Acontece así, que la vida se rebela y busca, con su sabiduría, destruir aquello que se desarrolla negativamente, en el sentido retrogrado de los valores del espíritu, como el establecerse un beneficio material a cargo de la evolución, que en nuestra fase, primero debe ser espiritual. Entonces, la sabiduría de la vida, para nuestro bien, nos impide el paso y nos detiene en el camino errado. Aquí la naturaleza opera como en las enfermedades físicas: busca aislar, limitando la zona infectada, y si no lo consigue, destruye al enfermo para que él comience de nuevo la vida en otro organismo.

Entretanto, aún antes de llegar a esta última consecuencia el hombre ya se arriesga a ser dominado por la máquina. El corre el peligro de que este nuevo ser, creado por sus propias manos, tome el dominio sobre él, no como una simple simbiosis de convivientes, sino teniendo a la máquina como el patrón y el hombre como su sirviente. Esto se debe a que el hombre quiere hacer de la máquina solamente un medio al servicio de su propia pereza, abdicando al mando director de su “yo” espiritual superior. La diferencia parece sutil, pero en realidad es profunda. El hombre quiere ser el dueño de la máquina. Pero el dueño no debe ser el “yo” inferior, material y egoísta involucionado del hombre, pero sí su espíritu, para alcanzar fines espirituales superiores. Una diferencia plena de consecuencias, porque, si no lo hacemos así, el instrumento- máquina, en el lugar de siervo se rebelará contra el patrón que la ha creado y que no ha sabido dominarla para los fines a que fue destinada y que la vida exige. La máquina acabará así, por esclavizar al patrón que renunció a sus poderes de dirección. ¿Qué acontece en una casa cuando la cabeza de la familia no dirige más y el siervo lo sustituye en la función directiva? Sobreviene una degradación, un retroceso hasta el plano evolutivo inferior del siervo, que así nivela todo en la propia inferioridad. Esta es una ley de vida, esto es, que cuando quien está más alto se debilita, los inferiores surgen para mandar. Entonces, como el siervo se convierte en patrón y este criado de aquel, así el instrumento se convierte en director y este su instrumento. Si el hombre no supiese reaccionar dominando espiritualmente sus nuevos poderes, el quedará encadenado a sus nuevas exigencias mecánicas y, en la medida que él más se deje capturar, menos podrá desprenderse y volver a ser señor.

La máquina es una criatura que parece estar viva, pero ciega, y con la misma indiferencia, tanto nos protege la vida como puede darnos la muerte. Ella repite y multiplica el impulso recibido de la voluntad e inteligencia del hombre pero no puede por voluntad propia iniciar empresa alguna. No posee nada de la conciencia espiritual del hombre, es amoral y puede hacer indiferente el bien y el

mal, según el impulso que el hombre le da. La máquina por sí sola no sabe mantenerse viva, no tiene asimilación o recambio, sino la autonomía que le fue suministrada por el impulso recibido y, agotado este impulso, ella para. Cuando por el funcionamiento ella restituye todo el aliento animador que recibió del hombre, vuelve a ser lo que era antes. Materia muerta, inerte. La máquina no evoluciona. Si está bien dirigida, ella puede ser de ayuda para la evolución humana; ahora bien, mal dirigida puede ser un obstáculo. La máquina no es vida y no asciende sola. Ella es solo un espejo de la inteligencia del hombre que le dio la vida. El puede hacerla funcionar en armonía con el orden universal y, entonces, la vida la sostendrá. Pero el hombre, que es libre, podrá hacerla funcionar contra este orden y entonces la vida destruirá la máquina. En el primer caso tenemos una multitud de instrumentos útiles: el automóvil, el avión, la radio, entre otros; en el segundo tenemos las máquinas de guerra y en primer plano, la bomba de hidrógeno.

La conclusión de estas afirmaciones es que, por su propia naturaleza nuestra civilización mecánica siempre más está propensa a la supresión de los valores morales que, por el contrario, deberían ser el norte, la civilización tiende entonces a retroceder, tiende a la autodestrucción, porque la vida elimina todo lo que contra ella opera. Así se explica que en esta hora apocalíptica presenciemos un derrumbe fatal de lo moral y de lo espiritual en el terreno de las funciones directivas. Esto es porque hoy en día la humanidad muestra una grandísima inconsciencia.

Ante tan terribles perspectivas, el hombre prefiere continuar con sus viejos y ridículos juegos: aturdirse en el goce para olvidar, acumular dinero, hacerse políticamente poderoso, fabricar armas. Viejos expedientes que no han salvado a la humanidad, que no impidieron el desencadenamiento de la tempestad en las horas trágicas de las grandes vueltas de la historia. Todo será inútil. Quedará sólo una defensa: estar conforme a la Ley, esto es, ser justo.

Pues como dice el mensaje: *“porque muy pronto una sola será la división entre los hombres: justos e injustos.”*

Ahora bien, el plan universal expuesto en este cuadro, debe aplicarse a nuestra acción positiva, en este nuestro tiempo. Entremos en el terreno de lo práctico.

La mayoría de la humanidad, substancialmente atea, está mezclada con una minoría de creyentes. Aparentemente, en tanto, los hombres están agrupados de otro modo, esto es, por religiones, sectas, creencias, fes, etc. En nuestro mundo se repara mucho en estas distinciones exteriores, porque ellas encierran intereses humanos y poco se presta atención a la anteriormente mencionada substancia, esto es, ser justos o no. A muchos les interesa declararse miembros de un grupo dado, porque así encuentran defensas y ventajas. A pocos les interesa la verdad y vivir honestamente. Acontece entonces, que cada grupo está ocupado en luchar en contra de su vecino, bajo la bandera de una verdad particular, sin interesarse en ella por sí misma, sino solamente como medio de lucha por obtener ventajas de supremacía terrenal; así, pocos se preocupan de otras distinciones, de sustancias y no de formas, esto es, no de grupos sino de justicia y rectitud.

El error está en reparar en lo menos importante, sin ver lo que es más urgente y necesario. Las leyes de la vida que toleran este error desde siglos, en la actual vuelta histórica exigen que sea corregido, imponiendo el triunfo de los valores sustanciales. Es así que la hora histórica llegó y los

tiempos están maduros, porque el límite de soporte permitido por la elasticidad de la Ley ya fue superado. He aquí que en el momento en que el cataclismo apocalíptico está listo para desencadenarse sobre el mundo, pocos piensan sustancialmente en defenderse, o al menos, lo hacen de manera somera y en vano. Amontonar riquezas, poderes, armas, será inútil y a nadie les servirán. Pocos piensan, en nuestro mundo que esta por colapsar, que la única manera para salvarse es ser honestos. Y el castigo y su justicia, porque merecido, esta exactamente en la incapacidad de comprender que este es el único camino para la salvación. Esta incapacidad de ver por qué aquellos que no lo merecen no deben ser salvos.

¿Qué se puede hacer? Encaminarse a esta o aquella religión o grupo es inútil, aquí no se trata de diferenciar los intereses de una organización humana en particular para una supremacía de grupo, que no sirve en este grave momento histórico, delante de tales amenazas universales. Convertirse a aquel grupo, querría decir, cerrar filas con honestos y deshonestos en dicho grupo, en torno a una verdad particular, olvidando las leyes universales de la vida y de la férrea realidad biológica. La hora es trágica y no hay tiempo que perder. Urge hacer un trabajo totalmente distinto, no un trabajo para llegar a supremacías de grupos o victorias sobre el prójimo, sino de salvación. Es cierto que algunos buscarán salvarse a su mejor hacer y entender.

Pero, solo quien conoce la Ley, la hora histórica y los imponderables, ahora en acción, conocerá como salvarse, porque solo él sabrá cómo operar inteligente y oportunamente. Es justo que en virtud de la incapacidad de comprender, los rebeldes queden sujetos a la orden divina y que así ellos, como lo merecen, no sean salvos. Por otro lado, Dios iluminará a los justos que lucharon y sufrieron por él, a fin de que en Él sean salvos.

Se prepara hoy, en este modo, fatalmente, la selección, anunciada en 1931 en el primer Mensaje de Su Voz. Así, los justos de cualquier religión o raza estarán de un lado y los injustos, de la otra. Esto porque llegó la hora en la que los involucionados serán expulsados hacia ambientes extraterrestres para ellos adaptados y proporcionados, donde puedan vivir de acuerdo con su bajo nivel de vida y así liberar al mundo de su inmundicia, porque el mundo debe de ahora en adelante progresar para convertirse en la patria de una humanidad más evolucionada.

Luego de que hemos esclarecido estos principios generales, el problema radica en su situación práctica. ¿Qué debemos hacer entonces? Constituirnos en representantes de lo alto, es decir, tomar sobre nosotros, poderes y autoridad que puedan ser entendidos como conquistas de dominio personal en el régimen humano de la lucha por la vida, provocando en el instinto de los excluidos, la rebeldía. Se abre, entonces, el camino de las rivalidades y las enemistades sobre todo para quien ya posee este dominio conquistado y mantenido a través de muchas luchas, y que no desean perderlo. Así aconteció cuando Cristo confrontó a los sacerdotes de su tiempo. Nunca puede olvidarse que vivimos en la Tierra en un nivel biológico cercano al de la animalidad, donde predomina la ley de la lucha por la selección del más fuerte y que esta ley habla poderosamente de los instintos fundamentales en nuestra vida y consecuentemente, invade todo, reapareciendo, más o menos oculta, no solo en el fondo de todas nuestras manifestaciones humanas comunes, como también, en las manifestaciones religiosas y espirituales. Por ello, para no provocar esta lucha de autodefensa es necesario, respetar todas las autoridades terrenas y no buscar nunca conquistar algún poder humano, que en este caso no interesa.

La salvación no se basa sobre ninguna fuerza terrenal ni sobre ninguno de los medios de agresión y defensa actualmente utilizados y más comprensibles a los hombres. Las armas deben ser interiores, las de la bondad y la justicia. En el camino de la salvación será el primero, y, en este ejército, será el mejor armado, porque tiene más bondad y menos astucia humana; aquel que fuere el más justo, el menos egoísta, el que poseyese las bienaventuranzas del sermón de la montaña, que al final se tornará en realidad palpable.

El primer trabajo a hacer es aquel de ayudarse los unos a los otros, ayudar a los justos a reconocerse, a encontrarse, reunirse sin discriminar razas o religión. Esto para constituir un núcleo primigenio de justos, listos no solo para orar, sino para practicar el Evangelio; para formar un único grupo de aquellos que podrán ser salvos por mérito con una vida ejemplar, para establecer un primer centro de atracción para la constitución de la nueva civilización del tercer milenio. Se trataría, en otras palabras, de preparar delante del cuadro apocalíptico de una próxima destrucción mundial, un arca de salvación para todos los tipos biológicos que, según el índice correcto de inteligencia, bondad o rectitud, demuestren ser más evolucionados y por ello, adaptados a representar la élite de hoy y la semilla de un futuro mejor.

Ellos ya existen hoy, pero están escondidos, porque en general, humildes, son aplastados y lanzados a una diáspora, subyugados por los menos escrupulosos y más prepotentes. Así, la mejor parte de la sociedad queda inutilizada y constituye lo que está menos valorizado en el mundo. Pero, no obstante lo anterior, el futuro tendrá que ser mejor y por ende confiado a los mejores. Los hombres prácticos se reirán, escépticos de todo esto que para ellos que conocen el mundo es una absoluta utopía. Pero también es cierto, que el mundo por ellos construido amenaza a cada momento con derrumbarse sobre sus cabezas y nadie tiene el poder de detener el progreso fatal de la vida. La historia de los últimos tiempos nos hace ver cuán débil es la sagacidad humana y cómo las fuerzas imponderables pueden tener un increíble poder de destrucción en todos los planos y aspectos humanos. Y si cada día más se descubre que esta sagacidad no resuelve, podrá pensarse que es lógico el hecho de que la vida no pueda ni quiera morir, que busque nuevos caminos de salvación donde los viejos métodos fallan y aplica nuevas tentativas en una dirección distinta, utilizando otros principios.

Ya tenemos conocimiento de la hora histórica actual y del plan de Dios al respecto. Investigando por caminos intuitivos, racionalmente controlados fue menester concluir que acontecerá lo que hemos anunciado. Una destrucción apocalíptica se avecina en esta segunda mitad de nuestro siglo. Intentar salvar lo que es posible no puede ser condenable y representa un deber para aquellos que comprendieron el momento histórico. Es lógico también, intentar con principios diversos a aquellos del mundo, que hasta ahora no han conseguido resolver nada. Hacer todo esto basándose en reglas más amplias y poderosas, que están contenidas en la Ley que todo regula, ofrece mayores probabilidades de éxito.

En los conceptos generales no hay dudas. Pero cada idea apenas entra en contacto con la realidad de la vida, esto es, con las fuerzas inferiores, se encuentra enfrentando a las dificultades. En este caso pueden fallar los hombres que gestaron tal idea. Los llamados pueden no comprender o no responder. La idea, entonces, nacerá en otra parte, con otros hombres que serán llamados y así

sucesivamente hasta que la idea llegue a realizarse. Hoy esta oferta se le hace desde lo alto al Brasil. Si Brasil comprendiere, la salvación será primeramente suya. Quien desea tener una misión, deberá mostrarse digno de ella. Cada conquista no puede ser alcanzada sino a través de nuestro propio esfuerzo. Si aun no es posible conocer con anterioridad el valor exacto de esta incógnita de la ecuación, es posible, sin embargo, conocer los otros elementos, esto es, aquello que nos espera el día de mañana, y nos queda el deber de intentar una salvación, dado que el auxilio divino no faltará para quienes busquen realizarla.

Restrinjamos ahora, aun más, nuestra visión para concretar mejor las ideas en el terreno de lo práctico.

El estandarte es Cristo. El programa es el Evangelio. Los principios son: imparcialidad y universalidad. Por eso, buscar la verdad, antes que todo hecha de honestidad y de bondad, reconociéndola donde ella se encuentre y nunca condenándola “a priori”, solo porque ella pertenece a otro grupo. La finalidad es la unificación, no para constituir un poder central que se imponga, sino para formar un acuerdo entre personas diversas en la fe y la religión, pero que se mantengan unidas en la simple filosofía de la rectitud, por los lazos que unen a todos los honestos y sinceros. En un mundo de guerras de todos los géneros, de todos contra todos, la cualidad más urgente a aprender es la aceptación de todos los puntos de vista aun cuando sean contrarios, el absoluto respeto de todas las ideas no dañinas, respeto debido porque tales ideas son sostenidas por un semejante nuestro. Comprender así la parte de la convivencia que constituye el fundamento de la paz y de la vida civilizada.

La consecuencia positiva está en el ayudarse fraternalmente, sobretodo en la hora de peligro. La negativa está en el alejamiento de los agresivos y los intolerantes, de los polémicos, que poseen el instinto de lucha y predominio. Todo esto representa el viejo tipo biológico, que en el nuevo milenio será eliminado. Se debe, por el contrario, ayudar a nacer y cuando ya exista, reunir y proteger a los ejemplares evolucionados, que serán los ciudadanos del nuevo mundo. Estos, congregándose y defendiéndose recíprocamente, podrán atravesar mejor el cataclismo y así sobrevivir. Así pues, el mundo de mañana, luego de la destrucción, alcanzará no solamente una doctrina teórica en los libros, sino un modelo de vida ya previsto por algunos; una semilla para el desarrollo de una nuevo tipo de civilización.

Hoy este tipo biológico parece, en nuestro mundo social, estar condenado a ser eliminado. A lo mejor, las nuevas generaciones verán con vergüenza al hombre actual, a ese su antepasado que subyugaba a los buenos, juzgándolos como débiles, que solo respetaba la fuerza, despreciando al hombre bueno y justo. La vida desea ascender a formas más civilizadas y, para progresar, favorece - contra el obstáculo impuesto por los involucionados que quieren permanecer en el atraso - a quien lucha por ascender. En la vida está escrita la ley de la evolución, que reside en la voluntad y en el pensamiento de Dios. Es necesario vencer la fase actual de estupidez con la cual se razona entre los pueblos asesinándose, la fase en la que el hombre desea hacer de su planeta un infierno. Al viejo mundo de la animalidad se debe contraponer un mundo más refinado de espiritualidad; a la fuerza bruta se le debe confrontar con la fuerza de la inteligencia y de la bondad, sostenida por los recursos del mundo espiritual que, para quien las conoce y las sabe aplicar no son utopías.

Ha llegado la hora de cumplir esta gran obra. Ella es demasiado gigantesca para ser cumplida por un solo hombre. Pero podrán realizarla, unidos los buenos, con la ayuda de Dios. Quien quisiere trabajar en este sentido tendrá derecho a la salvación, colaborando con la vida, en su esfuerzo para construir un hombre más evolucionado; ayudándolo a superar su atávica ferocidad y la estupidez de la ley animal de lucha y selección del más prepotente, para así llegar a una ley más alta, en la cual el mejor, que se debe seleccionar, es el más justo, el hombre de la unidad orgánica de la humanidad, no el individualista, egoísta, sedicioso de toda la sociedad.

Estos hombres evolucionados que no luchan por el dominio, y que no condenan en nombre de Dios, sino que vengán el mal con la resistencia, que no es otra cosa que la estrategia de lo imponderable, proclamada por el Evangelio, desconocida hoy por el mundo; estos hombres de todas partes surgirán y se reconocerán mutuamente. Se abrazarán fraternalmente los unos a los otros. El pasaporte para entrar en esta nueva tierra del futuro está escrito con simples palabras de honestidad en el alma de cada uno, que puede ser leída en la frente y en los ojos, palabras que no pueden mentir. Quien en este terreno procura engañar, solo a si mismo se engaña.

Este es el plan de trabajo para los hombres de buena voluntad, quienquiera que sean. Repetimos que este plan es demasiado grande para ser confiado a las fuerzas humanas. Y de hecho así es. Sin embargo, esto no nos autoriza a permanecer indolentes. Aquí quien guía, será sobre todo la ley de la vida, a la cual estarán subordinados los hombres que sabrán interpretarla, no pretendiendo dirigir ni ordenar, sino haciéndose humildes y obedientes instrumentos de la voluntad de Dios. Por ello, ellos no dirigen ni ordenan; no planifican, sin embargo son parte de un plan. Es lógico que una labor de esta magnitud, no pueda ser dirigido y sostenido si no por el pensamiento y la voluntad de Dios.

Concluimos con las palabras del Mensaje de Navidad de 1931 de Su Voz: *“Después, la humanidad, purificada, más leve, más seleccionada por haber perdido sus peores elementos, se reunirá en torno de los desconocidos que hoy sufren y siembran en silencio, y retomará, renovada, el camino de la ascensión. Empezará una nueva era en la que dominará el espíritu y no la materia, la que será reducida al cautiverio. Entonces, aprenderéis a vernos y a escucharnos; descenderemos en multitud y conoceréis la Verdad.”*

CAPITULO V

LA FUNCIÓN HISTÓRICA DE BRASIL EN EL MUNDO

“Las grandes ideas forman grandes pueblos.
Un pueblo no es grande si no persigue
cumplir una gran misión santa en el mundo.”

Giuseppe Mazzini

“Este Brasil esta industrialmente
destinado a ser uno de los más
importantes factores del desarrollo
futuro del mundo.”

Zweig

Es natural que este volumen escrito en Brasil nos debemos ocupar especialmente de este gran país y de los problemas mundiales vistos desde su propio punto de vista. Es normal que quien escribe asuma la psicología del país en el cual se encuentra y observe los problemas desde su mismo ángulo. Se trata de un punto de vista relacionado a un país específico y que no representa la determinación preconcebida de llegar a ciertas conclusiones en función de intereses particulares, o en defensa de inclinaciones determinadas; por el contrario, siempre será una visión objetiva de la realidad que involucra a todos.

¿Cuál es la función histórica de Brasil en el mundo, sobre todo en lo que respecta a la futura civilización del III milenio? Es un hecho real que el hemisferio norte es un almacén de bombas atómicas los cuales no han sido construidos solo por pura curiosidad científica. Los Estados Unidos y Rusia van armándose paulatinamente y no precisamente para estrechar lazos. El miedo de una lucha peligrosa y tremendamente destructiva para todos sustenta esta situación. El milagro del dominio del mundo, premio de una victoria, le atrae. La guerra fría está ya en acción. Es cierto que los vericuetos de la política son también tenebrosos. Su imagen concuerda con quien la dirige y con quién la paga, y en el conflicto de intereses suele darle al público tanta propaganda y tan poca verdad que es posible que exista una realidad oculta bajo esta apariencia generalmente aceptada. Así sigue siendo la situación. Aún, si Rusia, con el sistema de la expansión de ideologías llegara a someter a otros países entrando en ellos por la puerta de la representación parlamentaria de partidos, no conseguirían ni la paz ni el orden.

Este es un hecho real: el momento es apocalíptico y el hemisferio norte es terreno minado. Ahora, la riqueza y potencia principal de Brasil es estar en otro hemisferio, lejos de todo aquello. Esta afirmación se basa en el hecho de que este país no ha sido nunca objeto de ataques y teatro de guerra, suerte que difícilmente tendrán Europa, Estados Unidos y Rusia. Brasil no tiene necesidades de expansionismo e imperialismo, porque su territorio ya es grande como un imperio

y no espera ser poblado. No tiene motivo alguno de rivalidad con ningún país. Es finalmente el lugar donde hay espacio para todos y donde la guerra no es necesaria para conquistar el protagonismo, tampoco necesita rodearse de vecinos peligrosos sedientos de expansión, aspecto en común para la mayoría. El Brasil se encuentra en condiciones pacíficas naturales, y esta es su posición normal en el mundo. Los Estados Unidos y Rusia se encuentran en un predicar constante de la paz al tiempo que se mantienen armándose. Así que lo que debe hacerse es desarmar al antagonista y procurarse a favor de las masas, ávidas de tranquilidad. El sentido real del pacifismo no puede venir del hemisferio norte sino de esta gran tierra de Suramérica. La función histórica de Brasil en el mundo actual, no puede ser otra sino la de la paz. Esta es su posición actual en la opinión de la historia, esta es la misión que se le ha encomendado. Dichas circunstancias, encuadran hoy a Brasil en ésta posición como un destino implícito en las condiciones de hecho.

Comprendamos bien este concepto. De acuerdo a lo que hemos dicho a lo largo del capítulo: “El pensamiento y la voluntad de la historia”, y ésta, que posee la inteligencia y sabiduría de la que el hombre carece, escoge a ciertas personas para funciones históricas específicas, y se las confiere de acuerdo a su naturaleza y capacidad. En un sentido más amplio, es la vida la que asigna a los individuos una función biológica. Así se presenta el fenómeno en términos científicos y religiosos lo cual significa que Dios les ha conferido una misión. Decir: cumplir una función biológica, o una misión recibida de manos de Dios o hacer su voluntad, es decir lo mismo. A lo largo de los diez volúmenes se presenta un sistema desarrollado en su totalidad; quien se encuentre en tales condiciones viene a personificar una fuerza en acción del funcionamiento orgánico del universo. Entonces se convierte en un operador del divino plano que dirige el devenir de las cosas. Éste, se encuentra ahora protegido por la vida que le ofrece el entorno para que se lleven a cabo las funciones o misiones que le fueron delegadas. De esta manera, en capítulos previos, hemos logrado decir que la vida ayuda a que los hombres y los movimientos que tienen funciones biológicas, dejen inmutados a aquellos que no las tienen. Así se puede comprender la potencia de la que disponen los hombres o pueblos que tienen una función biológica, es decir, una misión. Es la vida misma que se nutre sus poderes infinitos, concedidos en la cantidad y calidad que Dios quiere. Esto es lo que se llama suerte o destino, razón por la cual existen hombres comunes catapultados de golpe a los primeros planos de la sociedad y de la historia.

Tal y como lo indican sus condiciones de hecho, el Brasil personifica esta función biológica o misión del pacifismo en el mundo. Quien es realmente honesto no va predicándolo tras cada paso que da. Quienes esconden su verdadero rostro y buscan defenderse, no son honestos. Así que el pueblo realmente pacífico y pacifista es aquel que evita ser paladín oficial del pacifismo, aquel que evita hacer campañas propagandísticas a su favor. Así es Brasil. Pacifista hasta los huesos; lo es naturalmente y no tiene necesidad de decirlo mucho, porque lo es. Si aplicamos a esta nación los conceptos arriba expuestos, podemos decir que, en esta dirección del pacifismo, el Brasil viene a personificar una fuerza en acción siguiendo la voluntad de Dios y de la historia. La consecuencia es que está protegido por la vida, que le ofrecerá los medios para que la realización de esta función o misión del pacifismo finalmente se lleve a cabo. También hemos hablado de las cualidades de quien tiene una función biológica, porque es la vida misma que hace uso de él para su propia realización. Es ella misma la que actúa por él en un momento dado y entre ciertos límites, cediéndole sus poderes. Lo cierto es que cuando la vida ofrece una función biológica, también provee los medios adecuados y prepara el terreno para que se cumpla, ya que las palabras del

lenguaje de la vida son hechos reales. Es fácil deducir las consecuencias de todo eso. Las previsiones de los cálculos y las astucias políticas no trabajan en este terreno e ignoran estas fuerzas, por lo tanto, regresan a la imponderable ignominia. Aquí hemos hablado de razones, apelando a la lógica de las cosas para que la presencia de tal factor imponderable sea comprensible y manifieste sus características más notables.

Brasil se encuentra en una posición particularmente privilegiada y de formas aún desconocidas, para que la realización del mañana contenga una gran riqueza en estado latente. Ésta espera ser explorada y utilizada para el bien de todos. Es una mina de carácter espiritual que espera que las obras de los hombres de buena voluntad puedan ser útiles para la expansión de la vida al igual que las muchas otras riquezas inexploradas del Brasil. Y esta es la ley. La vida quiere expandirse. Esta es su irrevocable voluntad. Para ello, concede misiones, funciones, medios y circunstancias específicas para que se haga de su voluntad.

Esta es la actual posición de Brasil en la historia. La vida le ofrece una función a cumplir que forma parte de su plan de expansión y evolución del planeta. Es una oferta, es la investidura de una gran misión. Es el momento para que el pueblo brasilero corresponda a la oferta, comprendiéndola y aceptándola. No existen dos momentos históricos idénticos y tales ofertas no se hacen dos veces. Una vez que se pierde una oportunidad, ya no se repetirá. El pueblo brasilero debe comprender que la naturaleza de su misión en el mundo es mantenerse en la línea del pacifismo, es decir, la función biológica que se le ha asignado a Brasil es de paz y amor. Entonces, si esta es la voluntad de la historia y Brasil decide avanzar en esta dirección aceptando la misión, se le concederá ayuda plena. Si por el contrario, resuelve entrar al terreno de la fuerza bélica o al de la potencia ávida de supremacía, se le retirarán todas las concesiones y así lo perderán todo, de modo que se le revocarán todas sus funciones y misiones y la oportunidad de cumplir un rol mundial se desvanecerá. Quien va en contra de la voluntad de la historia no contará con sus funciones vitales y no recibe más ayuda.

Todo esto responde a las condiciones actuales de Brasil, que representan un estado real que no necesita de preparaciones previas. La concordancia automática entre la realidad actual y la naturaleza de la misión propuesta confirma la verdad de nuestro razonamiento. Asumir hoy un papel diferente en el mundo, es para Brasil una difícil actuación. Sería muy extraño un Brasil imperialista y expansionista, si ya es un país más grande que un imperio aún sin haber poblado su propia tierra invadida.

Sería muy extraño un Brasil que quisiera asumir una gran potencia militar si no tiene enemigos que combatir. Sería raro que un país, definido como el corazón del mundo y patria del evangelio, se dedicara a hacer guerras de conquista o defensa, cosa que no necesita en lo más mínimo. Está más que claro que la función histórica de Brasil en el mundo es abrazar a la humanidad con su amor, en su inmenso territorio que espera ser poblado. Dejamos a los pueblos del hemisferio norte las otras funciones que deben cumplirse en el organismo social del mundo. Dejamos a Asia la función metafísica. A Europa, las funciones cerebrales del mundo; a Rusia la función revolucionaria y destructiva. A Norteamérica la función económica de la riqueza. Y reconozcamos que la función histórica de Brasil es la bondad, la tolerancia, el amor.

Si observamos el mapa del mundo encontraremos una distribución de calidad y funciones correspondientes, diversas y complementarias, como en un organismo único. Esto es lo que en la tierra se conoce como humanidad. Brasil se encuentra en posición disímil a Rusia. Es extraño que con tal oposición geográfica, siendo polos opuestos, también exista oposición en muchos otros aspectos fundamentales, los cuales sería interesante observar. No se trata solo de yuxtaposición geográfica, sino también climática, ideológica, política y moral entre otras. Aunque ambas son tierras inmensas, los confines de Brasil son casi ilimitados, como Rusia en Siberia, pero en posición inversa; el primero termina en el calor del ecuador y el segundo en el frío del polo. Rusia es el país de régimen policíaco forzoso con menor libertad en el mundo, y con una ideología única obligada. Brasil es el país de la libertad máxima, en donde tienen cabida todas las ideologías sustentadas con el mínimo de ética necesario. Rusia es abiertamente atea y materialista; Brasil es creyente y espiritual sin distinguos de religiones. Rusia es el país bélico por excelencia, constituido por la revolución violenta; sólo saben preparar guerras para conquistarlo todo. Brasil es el modelo de país pacífico, que nunca piensa en hacerle la guerra a nadie. Rusia es imperialista y expansionista, mientras que Brasil es tan grande que no necesita ampliar su territorio en busca de imperios. Rusia es el centro máximo del comunismo. Brasil presenta su punto máximo de rarefacción, puesto que es uno de los pocos países donde, al menos oficialmente, no existen representantes del comunismo en los partidos políticos. ¿Podría considerarse casual una diferencia tan perfecta? Podemos concluir entonces que, si la función de Rusia es destruir con la religión del odio, la función de Brasil podrá ser la crear con la religión del amor.

¿No es este el temperamento de este país en donde pacíficamente se mezclan todas las razas, con su sentimentalismo tolerante, con su espíritu no exclusivista y antirracista? También esta calidad espontánea, considerada ya existente, corresponde a la misión que debe tener Brasil. Todo concuerda plenamente. Es natural que la historia escoja a los individuos más aptos para cumplir con las tareas encomendadas. Esto, porque la vida quiere alcanzar sus objetivos en un terreno práctico. Brasil puede hacerse representante de la voluntad de la vida en el terreno de la bondad y el amor. Este es un sector vacío en el equilibrio de todas las funciones del organismo social de la humanidad. ¿Y cuál otro pueblo podría llenarlo? No es que no existan otros pueblos buenos en el mundo, pero están dedicados a otras labores. Precisamente, por ser ellos más bondadosos, es que son sujetos a la opresión y el dolor. Esto se debe a que en la humanidad, existen también los destinados a la expiación y a la prueba del sufrimiento.

Todo lo que respecta a Brasil parece estar hecho a su medida con la intención de hacerlo apto para su función. Se trata sobre todo de amar, de abrir los brazos, evangélicamente hablando. Se predicán muchas ideologías en el mundo. ¿Por qué debe parecer tan absurda aquella de un evangelio realmente vivido? ¡Abrir los brazos al mundo! Puede ser que mañana el mundo debido a la destrucción infernal que hoy se está preparando, tenga gran necesidad de un refugio donde exista la paz. Una tierra donde no viva el odio o el interés, sino el amor. ¿Quién sabe si la lucha entre las ideología armadas de bombas atómicas no será resuelta en un desastre tan grande en el hemisferio norte, que la gente deba huir en masas, sobretodo de Europa que es la más amenazada? ¿Y quién sabe si este empujón imprevisto no ejerza una desesperada presión en las puertas de Brasil y resulte en una inmigración en masa de millones de europeos? Así, Brasil se llenaría de los frutos más cargados de dinamismo e inteligencia, producto de la milenaria elaboración de la vieja civilización europea que tanto ha vivido. De este modo, se sembrarían semillas en un terreno

virgen listo para ser fecundado. Todo esto representa las mayores probabilidades. Entonces, la función de Brasil no sólo sería la de recibirlos y albergarlos; con sus principios de libertad, hospitalidad y bondad, amalgamaría todas las razas, como lo han venido haciendo, para assimilarlas en su nueva tierra. Los pueblos nuevos se forman con la fusión, no con el racismo, y la fusión se hace con el amor.

Todo parece muy precipitado para esta nueva realización. Brasil posee un territorio inmenso lleno de riquezas incalculables que esperan por la mano del hombre para cobrar valor. *En un territorio casi tan grande como el europeo*, fértil en un clima que facilita la vida, Brasil puede albergar más de 500 millones de habitantes, y hoy sólo tiene un décimo de esa cantidad. El mundo de la vieja civilización europea se encuentra justamente en el caso contrario, existe la superpoblación y la presión demográfica en busca de espacios para vivir. Dos ángulos opuestos que convergen en la misma solución. La civilización emigró desde Egipto hasta Grecia, de Grecia y Roma a Europa, y desde Europa hasta América. La raza anglosajona ha creado la civilización del dólar en los Estados Unidos. ¿Por qué la raza latina heredada de Roma no podría crear la civilización del evangelio en Brasil?

También existe una razón de carácter moral que también tiene valor para la historia, aún y cuando la política no la toma en cuenta. Esta razón puede tener más valor ahora por ser el momento del juicio. Es la hora apocalíptica que terminará con un mundo viejo y sin valor y dará paso a uno mejor.

Suramérica es inocente de las últimas guerras y la raza latina es inocente de la creación y uso de la bomba atómica. Esta inocencia, de frente a la justicia de Dios, inmanente en las leyes de la vida, constituye una base y un derecho de salvación. Todo parece concordar con la misión de Brasil en el mundo, lo que lo hace, en buena parte, heredero de la civilización latina.

Brasil es la tierra clásica de las fusiones de razas, es el melting-pot donde todo se mezcla. Sabemos que la naturaleza se regenera entre la fusión de tipos diversos, mientras que el principio racista aislante es anti-vital. Así lo prueba el colapso de las aristocracias muy puras y seleccionadas. Y ya se puede decir que cada tierra del mundo, tiene hoy un representante en Brasil. A éstos se les considera ejemplares que se funden en una raza nueva, que puede considerarse como una síntesis de todas las otras. Así que Brasil, por su universalismo, se pone como el antípoda de las escisiones nacionalistas europeas y por lo tanto, es apto para ser la cuna de una nueva civilización definida por la universalidad como carácter principal. El mundo va rumbo a la gran unidad, y los patriotismos, debido al sentido exclusivista y agresivo de la vieja Europa, tienden a ser rápidamente eliminados por las leyes de la vida, pues resultan contraproducentes para sus fines evolutivos. En este sentido, el jovencísimo Brasil está más avanzado que la dividida y belicosa Europa, avanzado en un sentido más amplio, de nacionalidad cosmopolita, en donde todos los gentilicios se funden bajo el mismo cielo. Por esto, Brasil es más apto que la vieja Europa para realizar una idea unitaria, que es la idea del futuro, una unidad libre, hecha no de estados satélites sometidos a la fuerza, sino de fusión demográfica, la única que permanece en el tiempo y forma pueblos nuevos.

Mas otras cualidades también tiene Brasil para jugar el papel histórico que la vida le ofrece. Es un país joven. El hecho de no estar cargado de historias de lucha y dolor, de fatiga por la conquista de valores de todo género, lo torna más ágil. Y la historia de Brasil está más cerca del futuro que del pasado, tal y como ocurre con los jóvenes.

Este pueblo posee la ventaja de poder asumir a una corta edad, los productos de la antigua civilización europea, ya conformada y lista para ser usada. Una sociedad que soportó y siente el cansancio de tener que crearse a sí misma. Es una ventaja poder disfrutar de tales medios, porque permiten afrontar una vida más rica y armada de recursos. Con la técnica moderna, se puede penetrar en los bosques vírgenes y transformarlos en un lugar habitable y urbanizado, mucho más fácil que con los medios primitivos en nuestro haber. Todo es más fácil cuando tales medios se unen a la fuerza de la juventud. Brasil es joven. El punto de llegada de la sociedad europea es para él un punto de partida. Él comienza su vida con medios ya provistos por la sociedad: el rascacielos, el automóvil, el aeroplano, la radio y la televisión, medios nuevos que en esta tierra encontraron espacio libre, mientras que en Europa deben adaptarse a medios más viejos, que alguna vez fueron los más eficientes y eran la base de la sociedad.

Lo mismo se puede decir de las ideas. Brasil es una hoja en blanco, está dispuesto a aceptar lo nuevo. En Europa todos los puestos están ocupados, cada idea fue fijada en la vida de forma concreta, siendo una barrera para lo nuevo y obstaculizando cada paso. Su filosofía tiene todo el refinamiento del sofismo y del bizantinismo, mientras que la vida nueva propone ideas simples, fuertes y grandes. Quien tenga este estilo de ideas no podrá encontrar donde aplicarlas en una Europa dedicada a la finura de la decadencia, pero es sólo en países nuevos donde aquellas ideas se hacen famosas, pues las consideran vitales. Europa es el árbol cargado de frutas y semillas que esperan que el viento las lleve muy lejos, para reproducirse en terrenos vírgenes. Se sumergirán en pueblos nuevos que lo ven con admiración y desean beber de él, el pensamiento, la civilidad y la vida madura que fecundan su vida de cuentos. Tal vez Europa podrá ser pronto aquello que fue Grecia para Roma: vencida y maestra. La luz vendrá siempre desde Roma, eternamente viva en el pensamiento del mundo.

La gran cualidad de Brasil que establece su función vital, es el sentimiento, el corazón. En esta tierra están las raíces de aquella expansión de afecto, que es la calidad humana en desarrollo, es la más apta a sublimarse en amor evangélico. Aquí hasta el comunismo ruso es idealizado como un programa de justicia social, llegando a ser cristiano, denominación inconcebible en la realidad rusa. Todo, incluso las cosas peores, termina convirtiéndose en positivo, porque cada biotipo termina adaptándolo a su propio temperamento.

La potencia bélica y económica, según el desarrollo que queramos darle, parten de una semilla de naturaleza muy diferente, y no podrán transformarse en amor evangélico. Los dueños del oro y de la potencia bélica del mundo podrán reírse de todo eso. Pero la vida tiene bases tan sólidas que no pueden construirse con sólo estos dos medios. Como cada cuerpo humano que no sólo necesita del estómago para digerir, de la inteligencia para dirigirse y de los brazos para trabajar y defenderse, sino también del corazón para amar y proteger; como cada familia que no sólo necesita del padre que lucha, gana dinero y da órdenes, también necesita del amor de la mujer que genera y cultiva el amor, también la humanidad necesita de los pueblos que representan en su gran organismo su

noble función de bondad y amor, de protección y conservación. En la humanidad son necesarios también los pueblos como Brasil, encargados de la cohesión y la unificación. La vida, que debe ser completa, necesita de todo eso. Entonces confía a estas naciones, las funciones biológicas a cumplir que son misiones históricas reales. Ellas envisten hoy gran importancia en cuanto a la selección biológica que se avecina para asumir formas más evolucionadas que las del mundo animal. Son aquellas que hacen triunfar al más fuerte sobre el plano material, esto gracias a la selección que tiende a producir en su lugar, el biotipo del más inteligente y del más apto de acuerdo a sus sentimientos, a su habilidad para fraternizar y saber vivir en sociedad. La inteligencia es la vía para llegar a entender la utilidad individual y colectiva de ser bueno y honesto. El sentimiento es el camino para lograr aquella fusión de almas, requisito para el surgimiento de los futuros organismos de las grandes sociedades.

El europeo que llega por primera vez a Brasil llevando consigo una mentalidad totalmente europea, no podrá entender muchas cosas, porque sus puntos de referencia son variados. Él, quien proviene de un lugar donde todo tiene una larga historia por haber vivido tanto, y ser adulto desde hace tanto tiempo, no puede entender tan rápidamente un país joven donde todo está germinando, y por no estar ya cultivado, el terreno parece ocioso y desierto. A la planta madura no le queda más sino envejecer y morir, las semillas sólo deben desarrollarse y a los jóvenes les pertenecen la vida y el futuro. Lo que más importa es el futuro. En el mañana se observa la grandeza de Brasil, un mañana que pudo ser de Europa en lugar de la vejez y la decadencia.

Es cierto que el europeo porta consigo una pulcritud que lo induce a ver por encima del hombro a un país que, en términos generales, es desconocido en Europa, por considerársele colonial. Solo quien observa más detenidamente puede ver lo que se encuentra por debajo de ésta apariencia; también puede darse cuenta de cómo la finura de la civilización europea no es de oro en su totalidad y que su medalla tiene un reverso. La madurez europea puede ser sinónimo de la cristalización senil, una sobrecarga que bloquea la evolución e interrumpe las fuerzas vitales. Estas emergen desde lo más elemental y están ávidas de salir, mientras que quien ha llegado quiere descansar del esfuerzo realizado, como los viejos, sobre sus propias conquistas. Es más probable que a la gran Europa, madre y maestra del mundo moderno, se le hayan agotado sus fuerzas. La finura ahora puede significar vejez, y el estado primitivo puede simbolizar la vida, no en el pasado, sino en el futuro.

Pero aún hay más en el reverso de la medalla. Finura, madurez de pensamiento, a menudo representan la ausencia de virginidad de espíritu, esto es una cualidad contraproducente para el desarrollo, de cara al futuro. La mentalidad europea con su revisión constante de valores, destruyéndolos y construyéndolos para poder ascender y de control en control en busca de la verdad más acertada, se ha vuelto casi hipertrófica. Ha asumido de manera difusa la psicología del filósofo que luego de haberlo examinado y discutido todo, sólo saber ser escéptico. El mismo catolicismo no pudo escaparse de la vasta potencia de tal ciclo histórico, y debido a que está formal y teóricamente intacto, se encuentra naufragando en la realidad anímica. Gracias a la práctica, se ha llegado a un estado difuso de ateísmo, que en los considerados creyentes asume forma de materialismo religioso, esta es una religión materialista en la cual la llama de la espiritualidad se ha consumido de forma ortodoxa e intacta. Así que para muchas religiones, entre las últimas dos guerras, la ferocidad y el estado de necesidad, por ejemplo, siguen estando de pie,

bajo la formalidad del cristianismo, una religión de egoísmo y cálculo. Incluso quien está afuera seguirá la religión del odio, cuando esto sea necesario para sobrevivir.

Es un hecho que en Europa la cultura y la crítica de todo, ha desarrollado la inteligencia, ha refinado los métodos de lucha, volviéndolos más sutiles y más terribles. De este modo, las masas han perfeccionado su desconfianza y astucia, mas no su bondad. Su agresividad se ha cobrado un carácter organizado, racionalizado y científico. La crítica y la cultura han acabado con las tinieblas de la ignorancia, y es cierto, lo único que permanece es la razón fría y calculadora de los intereses egoístas y materiales. Éste es el positivismo del mundo civil de hoy. La potencia creadora representada por un salto de fe con esperanza en el futuro, parece perdida en este mundo gris de escepticismo desesperanzado, aferrado sólo a la ventaja que puede ofrecer un momento fugaz. Éste se pierde en la realidad de la religiosidad, puesto que casi todos se han declarado homogéneamente católicos apostólicos romanos, al menos en Italia, o protestantes y católicos en otros lugares, pero todos igualmente cristianos. En la práctica, las masas adoran al Dios dinero y creen firmemente en él. Sobreviven muchas prácticas formales conocidas, pero en la mayoría domina la indiferencia y cualquier forma de espiritualidad desaparece.

Brasil se encuentra en condición opuesta. Para comenzar, su temperamento es menos frío, menos cerrado y más expansivo. En Europa, pocos se abrazan en público o incluso en la intimidad. Todas las expresiones de afecto son controladas y dosificadas. En Brasil, las luchas menores y la gran virginidad de espíritu, no lo han obligado a cerrar las puertas del ánimo y las manifestaciones de sus propios sentimientos con la desconfianza necesaria, a los pueblos que han demostrado su hostil desdicha. El tipo biológico de Brasil se trasladó desde su naturaleza de religión espontánea, a una libre expansión de amor y fe a diferencia de aquellas religiones estrictamente codificadas donde el pensamiento y el sentimiento se mantienen en forma rígida. Entonces ese primitivo estado espiritual incandescente, que se puede observar en la sonrisa compasiva del europeo, es el estado más adecuado al desarrollo futuro. Aquí los ánimos son puros y receptivos, así que permiten crear otros. En Europa, se mantiene el estilo viejo, al que siempre se le refina sutilmente, permaneciendo intacto ante las barreras implantadas por los siglos.

No sólo existe en Brasil un estado de sentimentalismo dominante que suaviza a los hombres, sino que prevalece la actitud ante la religiosidad y el misticismo.

Este es un pueblo religioso por excelencia. Y así es su tipo biológico. No importa si las religiones y las formas son muchas. En Brasil se encuentran casi todas las religiones del mundo y conviven sobre la misma tierra. Se puede decir que en Europa existe sólo una religión, porque las dos religiones dominantes son muy similares: catolicismo y protestantismo, ambas cristianas. Aún no existe una actitud espontánea ante la religiosidad y el biotipo místico es todo menos dominante. Quien llega a Brasil por primera vez, se escandaliza ante tantas supersticiones, como las del carnaval de Río de Janeiro. Estos representan los grados más ínfimos de la tendencia a la religiosidad, al misticismo, al amor. Estamos empezando, pero el germen está. Y al estar, puede ser guiado y desarrollado. Europa es más puritana, pero no más casta. Es, formalmente, más religiosa y disciplinada, pero no más creyente. El germen no está, así que no podrá desarrollarse. ¿Qué clase de futuro podría tener una religión mecánica sin impulsos de fe y un ánimo fríamente calculador sin grandes impulsos de pasión? Los grandes santos surgen con más frecuencia de entre grandes pecadores que de pensadores fríos y ortodoxos. En Brasil existe un estado pasional que

aunque se encuentre en caos, representa la materia prima de la fe, de la religiosidad y del misticismo. La sexualidad, condenada justamente cuando es exagerada, representa la primera puerta por donde el alma comienza a irrumpir en el organismo del frígido, ese que es naturalmente calculador y acumulador y sexualmente neutro, para poder ponerse a la disposición de los demás. Por ésta puerta pasarán, luego de la evolución, todas las sublimaciones de este primer movimiento tosco de expansión altruista que sucederá progresivamente, desmaterializándose cada vez más, hasta llegar al amor de los padres a los hijos, del hombre evangélico al prójimo, del filántropo a la humanidad y del místico a la divinidad.

Resumamos en este punto, la posición actual de Brasil con respecto a Europa, viéndolo desde adentro y exponiendo tanto virtudes como defectos de ambas partes. Brasil es primitivo, simple, espontáneo, de buena fe, tendiente a la confianza, de alma de niño, creyente en Dios y en el futuro. Es un pueblo que aún no ha sufrido los embates de dos durísimas guerras y la inminente amenaza de una tercera. Con milenios de lucha que aun no han hecho mella; con alma virgen, cálida, entusiasta, ávida de aprender, rica en sentimientos, sustancialmente religiosa, con actitudes y tendencias místicas; en un ambiente de vida fácil que, adoleciendo ante la lucha, induce a la bondad y tolerancia. Alma exuberante, expansiva y generosa como la de un joven y que por lo tanto, tiende a fraternizar y amalgamarse con el prójimo. Conforman un tipo biológico capaz de reinventarse, retomando el camino de la fe del estado virginal, en que se encontraban los primeros cristianos, pero hoy en día, en el terreno de la más vasta base científica y racional, que la mente moderna ha alcanzado y puede ofrecer. Todo esto, bajo la forma de una semilla que quiere y tiene ganas de crecer. Todo enmarcado en una fase histórica de desarrollo del mundo a través de un nuevo tipo de civilización, en la madurez de los tiempos y de frente a la voluntad de la vida de dar un gran salto hacia delante. Este país está de frente a los grandes problemas del siglo, sobre todo aquellos relacionados a la justicia económica, fraternidad y cooperación para poder vivir y trabajar de acuerdo a las grandes unidades colectivas que la historia ahora quiere traer a la luz. De modo que, es mayor la probabilidad que estos problemas sean resueltos por un pueblo que los afronta amablemente con el corazón, que el resto del mundo que sólo sabe enfrentarlos con la fuerza del dinero, de las armas y de los ejércitos. Tales cualidades como la tendencia a la religiosidad y la virginidad del ánimo, proporcionan un terreno apto para nuevos desarrollos, representan una posibilidad de progreso en las creencias religiosas, en las cuales la historia de la humanidad encuentra un progreso social correspondiente.

Por otro lado, está Europa: madura, compleja, hipercrítica, escéptica y desconfiada, sin fe en dios ni en el futuro, enfurecida por la ferocidad de dos guerras y cansada de la labor de civilizar al mundo. Es un alma que ha navegado por todos los mares del conocimiento, fría, calculadora, auto-controlada, saciada de sabiduría, demoledora de todo con el análisis hasta llegar al escepticismo, recargada de lo viejo y carente de espacio libre para lo nuevo. Es de temperamento positivo aunque egoísta, calculador y mezquino como son los viejos en general, obligado a una vida más difícil y dura, con falta de espacio y presión demográfica. Consecuentemente, su ánimo es agrio, cerrado y desconfiado, esencialmente materialista, utilitario, llevado al absolutismo y a la intransigencia, a un individualismo separatista y a un rechazo espontáneo de la fraternidad humana. Pertenece a un tipo biológico estático incapaz de renovaciones sustanciales, sólo de perfeccionamientos cada vez más sutiles de sus patrones, que miles de años han moldeado. Es un tipo ya maduro, al que no le queda sino envejecer en un vasto mundo que busca nuevas y jóvenes

vías para recorrerlo. Aquí, una selva de grandes árboles, en Brasil un campo fértil cargado de semillas. En la selva todo está hecho, nada para sembrar ni para recoger. Y se circula a duras penas. El ánimo adulto es individualista, es como grandes troncos erguidos cuyo resultado es el separatismo. Todo es división, rivalidad e incredulidad hasta llegar al materialismo religioso. La fe en cualquier cosa que no sea útil en el presente, está en decadencia.

Tomemos solo un ejemplo. En Italia, muy católica y centro del catolicismo, se registró un aumento de un millón y medio de comunistas durante cinco años hasta las elecciones de 1953. La Iglesia de Roma en conjunto con la excomunión, han condenado severamente la doctrina ateo-materialista. Tal situación no ha frenado al comunismo, por el contrario, ha continuado en progreso. Más de nueve millones de adultos han sido condenados por la iglesia. En 1953, una de cada tres personas de sus nueve millones y medio de adultos, era declaradamente materialista. Eso quiere decir que el Cristianismo en Italia se ha convertido en algo más que una religión gracias a la Democracia Cristiana; también es un partido político cuya extensión de principios materialistas es irrefrenable. Sus reacciones también sirven para desacreditarlo, demostrando su impotencia para alcanzar sus propósitos. Un tercio de la población adulta, que es la que cuenta en la catolicísima Italia, donde todos son oficialmente católicos y que está al centro del catolicismo, es atea. ¿Y de los otros dos tercios cuantos creen realmente? Su conducta hace creer que la mayoría de ellos es atea.

El materialismo es entonces una corriente colectiva que arrastra a todos, y contra la cual, una iglesia reducida a la forma, y vacía de espiritualidad profunda y convicción, al menos en el conjunto, ya no puede luchar para vencer. Los hombres de la iglesia pueden decir: Dios está con nosotros, pero si sabemos que Cristo está con su iglesia espiritual ¿Estamos seguros de que él permanecerá con aquellos hombres si ellos no siguen sus dictámenes? Si la fuerza espiritual, que es la mayor, está perdida ¿Qué defensa les quedará? Entonces ellos caerán en el gran curso de toda la corriente hasta que no ocurra una renovación radical de vuelta al espíritu. Esto se debe a que es un gran fenómeno biológico que no se puede realizar a través de los retoques de las reformas, sino por medio de grandes sediciones políticas y sociales que radicalmente arrasan con todo y lo modifican, rehaciendo sus fundamentos. Sobre toda Europa recae una némesis histórica en común, preparada a lo largo de los siglos y ahora alcanza a su fase resolutive. Esta representa un determinismo histórico común para todos, porque fue preparado en conjunto por toda Europa, a pesar que posee diversidad de lenguas y de razas, y que converge todo al estado actual. Tal vez Brasil tenga otros defectos, pero es inocente de tales culpas, propias de quien ha sido responsable de guiar intelectual y espiritualmente al mundo; su historia no está escrita, aún queda mucho por escribir, por lo tanto, no existen violaciones concretas de la ley, ni espera de sus reacciones ni débitos a pagar.

¿A cuáles de estos dos grupos étnicos espera el futuro? De frente a los grandes problemas del siglo, tales como la justicia económica y la fraternidad para poder convivir y colaborar en la nueva gran unidad colectiva ¿Cuál de los dos grupos étnicos se encuentra más apto y equipado espiritualmente para resolver todo aquello y llegar a una conclusión diferente a aquella de la destrucción de medio mundo a través de guerras exterminadoras?

Aquí no deseamos imponer ninguna conclusión. Sólo intentamos exponer datos concretos para que el lector los utilice libremente y elabore conclusiones de acuerdo a su criterio. Exceptuando

cualquier error u omisión, es cierto que estos datos parecen concluir a favor de Brasil. Todo aquello aparece en las condiciones reales, escrito en la onda histórica, onda portadora de los hombres y los eventos como dijimos anteriormente. Ciertamente, la voluntad de un pueblo, aunque sea la mejor, no podría crear la naturaleza de la onda histórica y su participación en ella en un momento específico. Cada nación se encuentra en condiciones diferentes con funciones diversas, según el desarrollo de la proposición lógica del pensamiento progresivo de la vida. Lo que más pesa en la balanza es la voluntad de la historia, el momento y el desarrollo de los eventos. Ahora todo está a favor de Brasil, porque, cumpliendo con los impulsos de la historia, que ofrece sin coaccionar, su función y misión logran llevarse a cabo. Esta convergencia de circunstancias favorables demuestra que efectivamente, la historia le ha hecho esta oferta a Brasil, y para que esta se torne función histórica y misión, la cuestión apenas es que Brasil las quiera y las acepte. Esta es una visión remota y de conjunto, más no un trabajo de análisis de lo particular en el que viven los políticos. Aquí nos ponemos en contacto con los grandes movimientos de la vida del mundo y no con los juegos partidistas y competencias humanas. En la síntesis que hemos puesto a la vista del lector, observamos que la onda histórica, que expone la voluntad de la vida y la persigue, hace a esta nación su ofrecimiento.

Se trata de aceptar, comprender y ubicarse en la corriente que la historia quiere seguir. Es poco o nulo lo que un hombre por si solo puede hacer en contra de la historia, pero si la tendencia de ésta es favorable, Dios estará con ellos y la fuerza inmensa de la vida estará a su disposición. Así podrá alcanzar lo increíble. La cualidad que Brasil posee esta aprobada no solo por la nueva dirección de los tiempos, sino que también ha aumentado su eficiencia, porque la vida necesita hoy de él. Es probable que el mundo se encuentre en una súbita necesidad de paz y bondad y que extraordinariamente se revaloricen los pocos lugares en donde se puedan encontrar. Es probable que los conflictos del hemisferio norte concluyan en gran destrucción y requieran para su reconstrucción de absoluta paz, amor, comprensión, colaboración y de un lugar tranquilo en donde sanarse y comenzar desde cero. La creciente carencia de tales elementos y el progresivo aumento de la demanda, lo valorizará cada vez más, cotizándolo y aumentando su belleza. La humanidad, traicionada por la fuerza y la riqueza en la que solía creer, aterrada por un egoísmo del cual no hubiese obtenido más que desolación, intentará revivir guareciéndose en un sentimiento de bondad que le permita acabar con la lucha. He allí la gran función histórica de Brasil para la que ya sabrá prepararse, y que le representa una misión que mañana podrá cumplir, porque la historia ya está lista para encomendársela.

Entonces podremos decir que Brasil podrá ser la primera sede de la primera realización de la tercera idea, que actualmente fusiona lo mejor de las otras dos en una lucha mortal, es decir, la libertad y la justicia económica en el amor evangélico, sin lo que nada puede aplicarse en paz ni puede dar fruto alguno. Todo es posible, porque, como dice Víctor Hugo: “existe algo más potente que todos los ejércitos, esto es una idea cuyo tiempo ha llegado”. Entonces podremos decir que Brasil conseguirá realmente ser la cuna de la nueva civilización del tercer milenio.

CAPITULO 6

EL APOCALIPSIS

(PARTE I)

En los capítulos precedentes observamos nuestro mundo actual y el camino de la historia en el sentido analítico, viendo los acontecimientos en particular y desde cerca. Ahora se dilata nuestra visión en campos más vastos. O sea, observemos el camino de la historia en sus grandes líneas maestras. Contemplaremos cuadros más amplios, en que permanecerán situados y orientados los menores y más próximos de los capítulos precedentes. Caminaremos, así por etapas, partiendo de las cosas pequeñas y cercanas hacia las más grandes y remotas, a fin de iluminar cada vez más el argumento, contemplado de esta forma y siempre desde diversos puntos de vista.

Los capítulos anteriores terminan apoyándose en el concepto de la nueva civilización del tercer milenio. Es en ese concepto, a cuyas puertas nos llevaron los capítulos precedentes, que se dilata nuestra visión. Nuestra investigación histórica anterior se enriquece ahora con otros elementos, hasta convertirse en la inmensa orquesta cósmica en la cual se agitan los destinos del mundo, la ruina y el renacimiento de la civilización y la lucha apocalíptica entre el bien y el mal. Y cuanto más viésemos las cosas en sus grandes líneas, tanto más veremos en ellas presente y operante aquel pensamiento Divino, que afirmamos ser el principio directivo que preside el desarrollo histórico. Así, encontraremos en este capítulo y en los siguientes, siempre nuevas confirmaciones de los principios que guiaron nuestras investigaciones de los capítulos precedentes.

Las observaciones hechas hasta aquí nos condujeron a concluir que advendrá una civilización nueva, a cuya preparación tiende toda la obra presente. Procuraremos, cada vez más, explicar y profundizar este concepto, que parece utopía. Lo observaremos ahora, entre tanto, no como en los capítulos anteriores, en su preparación histórica actual, ni como en el volumen *La Nueva Civilización del Tercer Milenio*, en su contenido y en sus principios directivos, mas en el pensamiento profético, captado y transmitido a nosotros por las grandes antenas humanas que anticipan el futuro. Procuraremos así, en la intuición de terceros, la confirmación de la nuestra, pidiendo luces a todos, para confirmar más aun nuestra certeza. Indagaremos en el Apocalipsis y en otras profecías más antiguas como la de Daniel y más recientes como las de Malaquías y Nostradamus, consultando también la astrología y la voz de las pirámides de Egipto, para ver si todos concuerdan entre sí y también con nosotros, respecto de la proximidad del gran acontecimiento de la Nueva Civilización del Tercer Milenio.

El primer problema que se nos enfrenta, al adentrarnos en el mundo de las profecías es el de la posibilidad lógica de la previsión del futuro. ¿Será verdaderamente posible conocerlo anticipadamente y cómo? Nuestra tarea consiste en explicar todo, porque tenemos que admitir que es mucho mas sólido el conocimiento de los fenómenos racionales demostrados, y también porque este es el mejor medio para hacer en ellos un examen analítico. Ahora, es lógicamente posible prever el futuro. Veamos las razones. Ellas no faltan en el sistema seguido hasta ahora en estos volúmenes.

Ya explicamos en otra obra (*Problemas del Futuro*, cap. XI, Libre Albedrío y Determinismo y en el Volumen *Dios y Universo*) que la libertad de escogencia solo puede existir en un estado de imperfección e ignorancia, como es el ser humano, al paso que en los planos superiores de la perfección y de la sabiduría, esa incertidumbre de oscilaciones en búsqueda del mejor camino, no tienen más razón de existir. Esto es un absurdo, dado que lo mejor es inmediatamente alcanzado, pues es ya conocido y no hay más necesidad de experimentar para evolucionar. Hay dos mundos: el relativo y el absoluto, opuestos, el primero oscilando en la incertidumbre, en la cual no se puede prever el mañana, y el segundo perfecto, por ende determinista, en el cual todo es siempre visible y previsible. Hay conceptos y actitudes psicológicas que aceptamos como axiomáticos, porque ellos son naturales a nosotros. Sin embargo, si ellos son parte integrante de nuestro mundo y de nuestra psique, pierden su valor luego que salimos de él. En otros términos, los conceptos de lo relativo, según el cual está plasmada nuestra mente y naturaleza actuales, carecen totalmente de valor en el reino de lo absoluto. Este, a su vez, por el hecho de que solo puede ser perfecto, solo puede, por ende, ser determinista.

Establecida esta cualidad determinista de lo absoluto dispuesta por la lógica, tendremos que admitir, como consecuencia necesaria de su perfección – cualidad de la cual no puede prescindir – que en aquel plano todo es previsible. Pero, lo es también por otro motivo. El absoluto, como pudimos observar en la obra *Dios y Universo*, luego de la caída del sistema, decayó en la dimensión tiempo, en que el estado inmóvil de existir se transforma en una serie de movimientos sucesivos, tomados en la carrera del devenir, para que se cumpla el camino de la evolución. El absoluto no queda escindido por el tiempo que pasa, sino que simplemente “es”, sin devenir, libre del encadenamiento:.... Causa-efecto, efecto-causa...

Entonces, él es totalmente concomitante, todo presente, todo visible. Nuestra división entre pasado, presente y futuro es apenas una posición relativa a nosotros, dada por el transformismo, condición necesaria de la evolución, que es nuestra ley.

Para comprender mejor como se mueve el hombre en un mundo de conceptos hijos de lo relativo, y propios solo de sus condiciones y que no valen más si nos salimos de ellas, observemos también la relatividad de la nada. La nada solo tiene valor en relación a nuestras posiciones y se disipa cuando dichas posiciones son superadas. Hasta el punto que en nuestro plano, su concepción solo es posible como un contraste entre el ser y no ser, es el resultado de una escisión de la unidad originaria, es un efecto de la caída. En el absoluto estos conceptos relativos no tienen lugar y todo simplemente “es”. Allí todo es unidad y el concepto de la nada solo puede aparecer en el dualismo, efecto de la caída por lo que ninguna cosa puede existir si no en la forma del ser y no ser, o sea, perceptible solo como contra posición a su contrario. La negación en oposición a la afirmación, nació con la revuelta, dado que en Dios no puede haber negación, en el absoluto no existe la posibilidad del no-ser, del nacer y morir, del venir a existir por creación, lo que constituye un concepto relativo y que solo puede significar transformación a partir de un estado precedente, el cual, por ser diferente respecto del nuevo, se le denomina la nada. He allí pues que la nada es otro concepto que solo tiene valor para nuestro relativo y que desaparece en el absurdo luego que se supera esta posición. Al final de camino evolutivo, con el retorno del ser a Dios, vimos en el volumen precedente “*Dios y Universo*”, que el no-ser será reabsorbido en el ser, el dualismo en la unidad, la nada desaparecerá, como también lo hará el tiempo, el encadenamiento causa - efecto,

efecto - causa, la sucesión de los acontecimientos, la incertidumbre en la escogencia, nuestro mundo de lo relativo. Pero este universo no fragmentado, que se mantiene íntegro, unitario, en el cual todo es consistente y presente, sin tiempo, sin la nada, perfecto y determinista, ya existe por encima de nuestro universo, a la espera de unirse al nuestro, una vez terminado el camino evolutivo.

Ahora bien, mientras más el ser se aproxima por evolución a este estado de reintegración en el estado originario, cada vez más su modo de existir se identificará con este, el cual posee todas las cualidades que vimos anteriormente. Para el problema propuesto interesan primordialmente las ideas de contemporaneidad y la de determinismo. Los términos del problema son dos: por un lado un plano superior del ser en el cual estas cualidades son realidad; por el otro, hay un plano inferior en el que ellas no son realidad, habiendo la posibilidad de que ellas se aproximen por evolución. La solución del problema de la previsión del futuro está justamente en esa posibilidad por las cuales el ser puede aproximarse por evolución, a las zonas superiores de unidad, concomitancia y determinismo, por que en tales zonas el futuro es presente, y siempre acontece solo una cosa: la mejor nada más puede acontecer.

No se diga que esos dos mundos están separados y son extraños. Las cualidades del sistema perfecto permanecen en la médula de aquello que es imperfecto, el mundo es superior, aunque corrompiéndose, se proyecta en el inferior y ambos continúan comunicándose. Solo por esto es posible que el segundo pueda purificarse, hasta retornar a la perfección originaria. En el universo decaído, Dios permanece en su aspecto inmanente. Si la evolución es una realidad, significa pasar de un plano inferior a uno más alto, ello quiere decir que ambos son conexos. Así el camino para alcanzar la previsión del futuro está trazado lo que quiere decir que el fenómeno es posible. Se necesita sólo un elemento: un hombre evolucionado, es decir, tanto psíquicamente como espiritualmente refinado, que sepa pensar no solo por medios racionales normales, sino también por la inspiración y la intuición, y pueda así percibir en los planos más altos lo que está por encima de lo relativo. Los profetas representan justamente ese tipo biológico de antenas sensibilizadas por la evolución. Los verdaderos profetas son a la vez genios y santos. En la profecía el hombre se aproxima a las esferas superiores en las cuales no existe el tiempo y, por su perfección son naturalmente deterministas. Donde no existe el tiempo, todo es presente y los acontecimientos no aparecen escindidos en la sucesión que los devora encadenados por las casualidades. Donde todo es determinista, el futuro no puede ser un misterio. Es así que la profecía es posible, porque cuanto más se sube hacia el ápice y la unificación, tanto más se actúa con perfección, esto de manera determinista.

La profecía es, por lo tanto, lógicamente posible y es un acto de inspiración. Mientras más ascendemos, en dirección de las grandes líneas de la historia, menos obedecen ellas al capricho humano, dado que nos aproximamos más a los grandes planos de la Ley, y esta Ley tiene más dominio y se manifiesta evidente en su naturaleza que es determinista. Para comprender mejor, nos referiremos a un fenómeno paralelo, conocido también en la física atómica. El movimiento de las moléculas individuales de gas contra una superficie dada produce un movimiento constante que obedece a leyes simples bien definidas. De manera similar, en un universo dirigido por una ley única y unitaria, es lógico que el mismo fenómeno ocurra con los seres vivos; de hecho así nos lo muestra la estadística. Las acciones de cada hombre son libres y regulares, por lo tanto es imposible preverlas. Pero la conducta de un gran número de seres por largos periodos representa

un fenómeno de masa completamente distinto, obedece a leyes bien definidas, se puede conocer con anticipación, si se conocen aquellas leyes. Si ello no fuere cierto, al menos con cierta aproximación, no podrían existir ni funcionar las compañías de seguros.

Demos otro ejemplo ilustrativo. La libertad de cada hombre se puede comparar a la libertad de movimientos de los peces en las aguas de un río. Cuando podemos conocer el curso del río, el cual responde a leyes simples, también sabremos el camino obligatorio de todos los peces libres que hay dentro del caudal. Ahora bien, mientras más nos alejamos de lo particular y de una visión analítica de las cosas, es decir, cuanto más podamos concebir por síntesis, el cual es el proceso de la intuición, tanto más nos aproximaremos al determinismo de la Ley y así la profecía será por lo tanto más fácil y posible. Es así pues que mientras más el profeta está inspirado mejor podrá percibir las líneas de la historia y la naturaleza y movimientos de la gran onda en donde están los hombres y los eventos. La libertad del individuo es una oscilación menor que permanece y que él percibe como libre albedrío, y así lo es, sin embargo en la multitud tal cosa desaparece para dar lugar a una ley diferente, mayor, universal y de síntesis, ley que el individuo, inmerso en el análisis y en lo particular, viéndose solo así mismo, no percibe, pero el profeta, con ojos que ven mucho más allá puede prever los acontecimientos. Él no presta atención a la oscilación menor que es parte solo de la observación microscópica de los individuos, y que le es necesaria para sus experiencias y sus consecuencias evolutivas. Por ello el profeta se mantiene, con observación macroscópica de síntesis, en las altas zonas de las grandes líneas de los eventos históricos, porque, cuanto más descendiere y se aproximare a los pormenores, tanto más escapará el determinismo de la Ley y más sujeto se encontrará al arbitrio de los individuos, en una zona imprevisible. De ello se deriva el hecho de que la profecía nos parece como algo que desciende de los planos superiores, lo que nos conduce a una disociación de la visión y de los valores, que desorientan a la psicología normal, ávida, por el contrario, de elementos particulares y positivos propios de su mundo. Así se explica como también puede acontecer que, en la visión permitida por la contemporaneidad de los planos superiores, a veces se mezcle, como ocurre en el Apocalipsis, la normal sucesión de los acontecimientos, que después se proyectarán en la tierra en forma de sucesión temporal. Es por ello que en las profecías falta la sucesión del tiempo, que es precisamente la que queremos conocer. Es así que emergen, por el contrario, elementos morales, dado que en el plano de donde descienden las profecías, tales elementos son fundamentales, para ser transmitidos en nuestro plano. Así pues, su objetivo es convertir al bien, más que el satisfacer nuestra curiosidad o de hacernos organizar defensas contra reacciones merecidas, y por ende necesarias.

Si tales son las características de la profecía, el problema de su función, es en realidad, otro; el de cuando la visión desciende a la tierra y es comunicada a los hombres. Su objetivo es el de advertir, para que los malvados se encaminen hacia el bien y para que los buenos persistan con fe y paciencia. La tarea de la profecía en la Tierra es la de indicar el cumplimiento de la Ley y de invitar al hombre a seguirle de buen ánimo, si no quiere sufrir desastres terribles. Es natural, entonces que dichas profecías, se rehúsen al uso que el hombre quiere darles, ellas no quieren ofrecer información y revelar el futuro para que este conocimiento se utilice no para el bien sino en contra del bien, o sea, para cumplir la voluntad propia y tener éxito en los propios intentos y hasta en la guerra contra Dios. De las profecías, por ende, no debemos esperar lo que no pueden ni deben darnos; informaciones para dominar los acontecimientos, para escapar al determinismo de la Ley que debe premiarnos o castigarnos como merecemos. Por ello, si una profecía tuviere que

decir: “esto o aquello ocurrirá”, procurará luego retroceder cubriéndose de un velo, porque si debe y quiere advertir, debe al mismo tiempo impedir que las fuerzas del mal sepan de ello y se aprovechen, para organizar mejor sus batallas contra el bien. Es natural, pues, que muchos se desilusionen de las profecías y se desinteresen de ellas. Pero las profecías no quieren decir lo que el hombre desearía, ellas se rehúsan a ser utilizadas por el mal; están ya prevenidas para impedir este mal uso que de ellas se desearía hacer. A las fuerzas del mal que espían estas luces caídas del cielo, para descubrir el diseño divino, solo para mejor burlarse, escapar o contradecirlo, las profecías responden: “no, nada sabréis”. Todo lo que cae del Cielo debe estar prevenido contra el mal uso que se consigue hacer de todo en nuestro mundo. ¡Cuántos ojos ven, cuántos oídos intentan escuchar estas instrucciones del futuro! ¡Cuántas ventajas el poderlo conocer anticipadamente para así defenderse mejor! Los buenos las escuchan para darse coraje y perseverar, los superficiales las escuchan por mera curiosidad, las escuchan los malos para reforzar el mal.

Ahora bien, hemos observado que en lo Alto, en términos generales, el futuro es determinista, por ende no debe ser dificultado en su actuación por el pequeño poder de la libertad humana que tiene otra finalidad: esto es, la de experimentar y establecer las responsabilidades, por las cuales, las acciones, apenas libremente alcanzadas entran en el campo de la fatalidad y del destino. Quien interroga las profecías solo para saber su futuro, y ponerse, por ende, a luchar en contra de la Ley, debería sobretodo interrogarse a sí mismo para ver cuál sería su posesión ante la Ley, la posición que libremente quiso tomar, con sus obras. Cuando la profecía desciende a la tierra, trayendo consigo las noticias del otro mundo, ella choca con una realidad totalmente distinta. Ahora bien, el estado determinista de los planos superiores, situados por encima del devenir o del transformismo evolucionista, viene a entrar en contacto con aquel estado de incertidumbre en la escogencia que nosotros llamamos el libre albedrío. En este punto el problema filosófico del contraste entre el libre arbitrio y el determinismo se hace vivo, actual, porque es un contacto real entre dos fuerzas y posiciones opuestas. Y si este problema ya lo hemos resuelto, teóricamente, en líneas generales (Vea *Problemas del Futuro*, Cap. XI, “Libre Albedrío y Determinismo”) ahora el argumento de las profecías nos ofrece una confirmación y la aplicación del mismo.

Todo está enmarcado dentro de unos límites. El hombre que quisiera conocer los acontecimientos para modificarlos, debería, por el contrario, comprender que su modo de ser, su forma particular de vida, basada en la llamada “libertad”, no puede alcanzar los cielos, reino de las profecías. El debería comprender que su libertad no puede traspasar los confines del campo humano de la acción, no puede violar los límites y entrar en el campo de la Ley donde reina el determinismo absoluto. Ambos campos son distintos: en uno domina el desarrollo obligatorio de las grandes líneas, en el otro, la incertidumbre de la pequeña oscilación del libre albedrío humano. Un campo no puede yuxtaponerse al otro, a pesar que en las profecías ambos mundos lleguen a tocarse; sin embargo el más alto penetra en el más bajo y a este se le concede la posibilidad de ver a aquel. Cada uno de los campos debe obedecer a sus leyes. Así pues, una profecía demasiado exacta y evidente, sea en relación al acontecimiento o en cuanto a su tiempo, vería alterar la libertad humana, introduciéndole elementos nuevos de decisión y perturbando el cálculo de la responsabilidad. La profecía no tiene la finalidad de tranquilizarnos para que mejor podamos entregarnos a nuestras comodidades, y para ahorrarnos la fatiga de vigilar y estar listos, actuando bien, siempre. Así se explica aquel lenguaje sibilino, con el cual la profecía parece deleitarse de

esconder su pensamiento, justamente allí donde más se desearía saber. Así es que, si ha anunciado como cierto algún acontecimiento, se esconde el tiempo de su realización, y todo queda encubierto en un simbolismo de difícil interpretación.

Una vez comprendidas, en sus líneas generales, el significado de la naturaleza del acto profético, ocupémonos ahora del Apocalipsis. La interpretación del simbolismo con el cual se expresa este gran libro ha tentado a muchas mentes, algunas de ellas movidas por la curiosidad y por la mentalidad de adivino. Es natural que ahora ellas se hayan extraviado en la maraña de los pormenores, produciendo una serie de fantasías discordantes. Es vanidad querer afrontar este libro sin primero haber conocido y resuelto los grandes problemas de la vida y de la historia; es vano afrontarlo con ojos miopes, directamente por análisis, sin antes saber mirar más lejos, bien orientado por la visión panorámica de la síntesis. La interpretación del Apocalipsis no puede ser un juego de adivinos, sino un trabajo exclusivo de intuición y al mismo tiempo de raciocinio filosófico profundo.

Se han efectuado muchas interpretaciones del tema con objetivos a priori, de modo que, en vez de representar una obra de investigación, representan un intento de servirse de la autoridad de ese libro para hacerle anunciar y así avalar la condena del enemigo propio, para probar la bondad de la causas del grupo al que se pertenece y la seguridad consecuente de su triunfo. Las demostraciones y conclusiones más opuestas vienen a ser obtenidas de esa manera, con la misma precisión de cálculo y sorprendente coincidencia de hecho. Ahora, es cierto que el Apocalipsis no fue escrito al servicio particular de ninguno, ni para alimentar antagonismos de un grupo contra otro. Por el contrario, podremos decir que, dado su carácter universal, cuanto más impersonal fuere su interpretación, tanto más habrá posibilidad de aproximarse a la verdad.

Procuraremos entonces hacer aquí una investigación lógica del apocalipsis, observando cómo su pensamiento concuerda con el pensamiento de la Ley de Dios, dirigente de la vida y de la historia, orientándonos con los principios generales de esta Ley, los cuales fueron expuestos. La investigación será imparcial, porque no tenemos tesis particulares a defender para el triunfo o para la justificación de nadie. Nuestro único interés es el de comprender la hora histórica actual y su desarrollo futuro, para poder delinear la aproximación y la naturaleza de la nueva civilización del tercer milenio. Por eso, pediremos el apoyo también a otras profecías, para que la concordancia de las voces más diversas, así como de las escritas sobre los restos de las más antiguas civilizaciones, pueda ser una confirmación positiva de nuestras intuiciones pasadas. Pedimos a todas esas fuentes una ayuda, para comprender el presente momento histórico, gigantesco y tremendo, y con eso la suerte del mundo. Procuraremos, entonces, entender el simbolismo de esas profecías en términos claros de la psicología moderna, bien sea limitándonos a las líneas generales si esta es la condición de mayor certeza. Nos basta una visión de conjunto, más bien consolidada, pues nada más queremos y sería imprudente pedirlo sin el peligro de intentar ser adivino y caer en lo fantástico. Nos ayudaremos, en fin, con el raciocinio, nos apoyaremos en la lógica del sistema y en la propia inspiración que nos lo ha dado. Procuremos con estos medios coordinados para el asalto del misterio, de alcanzar de la visión más exacta posible, del futuro que nos aguarda a todos. Es nuestro deber indagarlo, es necesario conocerlo lejos de cualquier sentimiento de vanidosa curiosidad.

Además de ello, otro motivo nos llevo a aproximarnos al apocalipsis y lo hacemos después de terminada la primera serie de los volúmenes, en los cuales se puede decir que el sistema fue expuesto y demostrado, y justamente porque no solo perfectamente allí se encuadra, sino también porque perfectamente lo confirma, dándonos una nueva prueba de su verdad. En el apocalipsis, encontramos el principio de la libertad y la responsabilidad. De allí la sanción final, consecuencia del segundo principio, después de la larga lucha, que es la consecuencia del primero. El apocalipsis nos muestra que el caos es transitorio y que en el fondo del mismo se encuentra el orden divino, en que todo debe terminar y resolverse. Nos muestra cómo funciona la Ley en su reacción, que es elástica y que explota irrefrenablemente solo después de una larga paciencia. Nos muestra la ignorancia del mal que se regocija creyéndose vencedora, mientras que en realidad es solamente tolerada por la gran bondad de Dios. Mas así, viene dado el tiempo de asumir libremente las propias responsabilidades las cuales solo pueden justificar luego la inexorable sanción. Existe una proporción entre esta dura inexorabilidad y la larga espera, colmada pródigamente de buenas ocasiones y advertencias para retornar al camino recto. Se le da tiempo al mal para cumplir sus funciones destructivas al servicio del bien, para el triunfo de este, como prueba purificadora de los buenos.

El apocalipsis nos indica que en la Ley existe un principio de equilibrio, el cual demarca un límite al mal, controla su desarrollo y lo detiene cuando la medida se ha colmado. Esta profecía nos hace asistir a este lento proceso de medidas colmadas, mientras Dios observa sin prisa, dado que los artífices del mal no pueden huir de la justicia que llama todo al orden. Mientras seguimos leyendo, sentimos en cada paso el inútil esfuerzo de los rebeldes y la inexorabilidad del destino, que no es otra cosa que la ley en las manos de Dios. Las aguas emergen, suben inundándolo todo, los buenos de poca fe tiemblan aterrorizados, los malvados gritan victoria, y el ojo de Dios permanece abierto y todo lo ve. Pero el que tiene fe, el que sabe, porque conoció la ley de Dios no teme y espera. Todo es un juego de ilusiones de nuestra dimensión temporal, todo escapa en lo irreal encadenado a un presente que no se detiene jamás. Y las fuerzas del mal en vano se agarran de las crines de este caballo desbocado. Porque ningún edificio estable se puede construir sobre las arenas movedizas del transformismo de la evolución, si no en la zona alta del espíritu, donde las tempestades del tiempo se aplacan, en las más elevadas dimensiones. Pero el mal es una fuerza decadente, repele y reniega el espíritu, permaneciendo desesperadamente atado a la materia y a la forma. Trae así, en sí mismo, con su propia naturaleza, aquello que quiso para sí, esto es, su condenación.

El apocalipsis nos hace ver el lento madurar que subyace en los grandes fenómenos cósmicos, descubriéndoles los orígenes hasta el campo moral y mostrándonos así la unidad del todo, en el que todos los fenómenos están conectados en los mismos principios. En un perfecto juego de equilibrio, se acumulan en silencio los impulsos relativos, y suben, suben, hasta la explosión final que es al mismo tiempo resultado de un cálculo de fuerzas y un acto de justicia, fenómeno físico de elementos desencadenados y fenómeno moral de castigo hacia los culpables, terrorífico fin de un mundo y afirmación del reino del espíritu, desespero de muerte para los malos y victoria de vida para los buenos. El mal avanza valiente ante la mirada temerosa de los buenos y la fuerza reactiva se acumula en su seno, lo corroen, lo minan, y lo agotan hasta hacerlos derrumbarse. Confórtense los buenos, porque si todo esto ocurre sin ser percibido, y si a los oídos físicos no llegan más que los gritos fuertes de los malvados, esta actividad secreta interior es obra de Dios, el

cual estando en el centro, no puede operar sino en el centro de las cosas y solamente en el último instante aparece en las manifestaciones exteriores de la forma. El mal está en este otro polo y no ve los que Dios realiza en silencio, en lo íntimo. El mal cree en los rumores ficticios del plano físico, en los triunfos efímeros del mundo y los toma como victoria. Pero quien ve esa obra de Dios, indetenible, omnipresente, siente este entumecimiento de los impulsos vengadores, en favor del bien contra el mal aun cuando ese pueda parecer condescendencia pasiva y casi consentimiento, queda aterrorizado por esta causa por esa calma y ausencia de reacciones a causa de la cual los malvados se fortalecen. Todo ello da un sentido de lento sofocamiento, preludio de una muerte fatal. Y el mal rebelde y ciego avanza hacia su propia ruina, en su complicada astucia despreciando la invisible sabiduría de la sincera simplicidad, rectilíneo método de los buenos que siguen a Dios.

Todas esas cosas, ampliamente ilustradas en lo volúmenes precedente y los cuales son parte integrante de la lógica del sistema, las hayamos alegremente ahora y de manera inesperada en el apocalipsis, que antes no conocíamos. La inmanente lucha entre el bien y el mal no se puede explicar sino con la teoría de la caída de los ángeles, como fue demostrado en el volumen Precedente "*Dios y el Universo*". El apocalipsis es la historia del retorno, representa el camino de la re-ascensión, dividido en capítulos de lucha y conquista, hasta la meta. Esta profecía confirma los conceptos de los capítulos precedentes sobre el pensamiento y la voluntad de la historia, tanto ella como nosotros, somos una cosa viva, pensante, inteligente; nos muestra el verdadero patrón de los eventos divinos, la verdadera guía de ellos es su ley; sobre todo nos conforta la interpretación precedente de la hora histórica actual, progresiva en un mar de tempestades hacia los más altos destinos. En el Apocalipsis relampaguea el gran concepto del real advenimiento del Reino de Dios, concepto que es el de la nueva civilización del tercer milenio. El Apocalipsis confirma el significado profundo de la venida de Cristo a la Tierra, y refuerza las ideas del Evangelio en torno a los cuales gira la presente obra.

Puede parecer que el estilo violento de batalla del Apocalipsis no se pueda conciliar con el estilo pacífico del Evangelio. Sin embargo, ambos libros se elevan sobre el mismo concepto. Solamente en el Evangelio estamos sobre el terreno de los principios, altos y celestiales, mientras que en el Apocalipsis estamos en la lucha en la tierra para su realización. Aquí, se desencadena, para los sordos el llamado del amor, se desencadena la reacción de la justicia divina. Si los malvados quieren hacer mal uso del amor de Dios, no por esto la Ley podría quedar violada para siempre. Nos encontramos frente a dos fases del mismo pensamiento. El Evangelio es la buena nueva a los hombres de buena voluntad para que la Ley se cumpla por comprensión, espontáneamente. En el Apocalipsis la Ley debe cumplirse imponiéndose por la fuerza. El Evangelio es la voz del cielo dicha a un ángel vestido de bondad, que por amor se da. El apocalipsis es un drama que se desarrolla en el infierno terrestre, reino de Satanás. El Evangelio anuncia el reino de Dios. El Apocalipsis narra la lucha para su implantación en la Tierra. El Evangelio culmina con el sacrificio de Cristo para la salvación de los buenos. El Apocalipsis termina con el triunfo de Cristo con la condenación de los malvados. Así el Evangelio y el Apocalipsis concuerdan, indican dos vías diferentes para alcanzar la misma victoria del bien sobre el mal. El apocalipsis nos muestra que hemos llegado a la plenitud de los tiempos, en la hora de la realización de aquella buena nueva; nos dice que el reino de Dios anunciado por el Evangelio, no será siempre utopía y está verdaderamente a la vuelta de la esquina. Para esto el Apocalipsis es fundamental también para

nuestra obra: porque él la convalida, en todos sus principios y la confirma especialmente en su conclusión y sus objetivos, que es la nueva civilización del tercer milenio.

Hemos llegado al momento en el cual el determinismo de la Ley toma en sus manos las riendas de la Historia e impone sus directrices. Estamos entonces en el momento en el cual se manifiesta la voluntad de Dios, que quiere entrar directamente en acción. Aunque el mundo niega su existencia, Dios quiere igualmente salvarlo, en un momento en el cual tantos errores acumulados por el hombre amenazan con enviar todo a la ruina. Estamos entonces en la plenitud de los tiempos. Hemos estudiado en los volúmenes precedentes la estructura de la Ley. Ahora la vemos entrar en acción dado que ella no es teoría abstracta, sino es vida que desea realizarse entre nosotros. La elasticidad de la Ley tiene un límite y sus fuerzas, comprimidas por la desobediencia humana, y dejadas libres por Dios, líder y conductor, romperán los diques de la divina misericordia sembrando destrucción en las filas de los malos rebeldes. Es la hora del juicio y de la justicia. Dios olvidado y negado, reaparece imponente por sobre el horizonte de la Historia y se manifiesta en acción. Su paciencia y su misericordia, pueden ahora aparecer ilimitadas, mas no pueden ser traicionadas indefinidamente y pobre del hombre que confunde esa espera de la Ley, la cual prorroga su reacción solamente por compasión, con la ausencia de un divino principio directivo y señor del mundo. Ay de él, porque este principio, después de una larga espera, en la cual los hombres se acomodan creyendo ser ellos los vencedores y los señores del mundo, reacciona para restablecer el equilibrio y explota con tanta violencia, en la medida de lo extenso que fue el periodo que permaneció violado y comprimido.

Después de haber estudiado en los volúmenes precedentes la estructura y el funcionamiento de la Ley, estudiamos aquí ahora su aspecto histórico, en este nuestro tiempo el cual es la hora de su actuación. Ha sido dicho y repetido hasta el cansancio que el Evangelio jamás fue aplicado hasta el día de hoy en la tierra, que el anunciado reino de Dios es aun un sueño remoto y que, si tuviésemos que atenemos a los hechos, la venida de Cristo a la Tierra, habría sido casi inútil. Pero, ¿Será posible que la realización de la buena nueva no deba jamás llegar? De hecho, el mundo de hoy con sus religiones es sustancialmente materialista. La concepción espiritual de la vida hoy es utópica, está fuera de la realidad vivida. Todavía ninguno puede creer que la venida de Cristo a la Tierra puede quedar frustrada en los objetivos principales. El hecho es que el Evangelio representa una revolución biológica de tal envergadura que no pudo llevarse en más de dos mil años. Pero, ¿de cuál de las ideas nacidas en el mundo podemos decir que haya alcanzado de manera inmediata su plena realización? Cada idea nueva es un impulso que se infiltra en la corriente espiritual de la vida que ya es una fuerza que resiste por inercia, tendiendo a conservar su trayectoria precedente. Una vez que la idea nueva ha sido lanzada, ella se extiende y se fusiona con otras ideas, luego es alterada, a veces renegada, luego resurge transformada, asimilada en partes. Podrá ser el diez por ciento, el veinte, poco mas, poco menos. Es en realidad bastante poco. Pero este porcentaje queda fijado en la raza, la cual, sin embargo es adaptada a su tipo y a sus necesidades. Será tal vez una adaptación, pero la idea en parte llega a hacer real.

Al cristianismo le ha ocurrido lo mismo. Ha realizado una mínima parte porcentual, pero la ha realizado. Ahora bien, en 2000 años la naturaleza humana no lo ha podido asimilar. Así pues ciertas ideas, como el infierno, ciertos hechos, como la guerra santa, el poder temporal, las formas materiales del rito, fueron más creaciones y exigencias humanas, que creación y responsabilidad

de los peores dirigentes que siempre son la media. Esto acontece en todos los campos y es culpa de la naturaleza humana, bastante prejuiciosa a la hora de evolucionar. Así, como por ejemplo, el fariseísmo y el jesuitismo son cualidades que todos los hombres pueden tener. No inculpemos, por lo tanto a un grupo en particular si este tiene los defectos de la naturaleza humana. Tal es nuestra velocidad de asimilación, en el lento paso de nuestra marcha ascensional. En estas condiciones el cristianismo tuvo que limitarse a la función de la conservación de los principios, a la defensa del patrimonio recibido. Esto explica, pero no justifica, su intransigencia y dogmatismo. Pero con eso, no queremos decir que el andar se detenga y el cristianismo pueda quedar cristalizado en la inmovilidad. Si hoy los superficiales pueden tener la impresión de que Cristo ha fallado, no por esto la partida está perdida y la vida se detiene. El Apocalipsis nos habla justamente de este mañana en el cual ocurrirá la realización en la tierra del reino de Dios.

Si el Evangelio tiene fines didácticos, y si por el camino del amor quiere enseñar al hombre a vivir, proponiendo a Cristo mismo como ejemplo vivo y modelo para alcanzar el reino de Dios, el apocalipsis traza la historia de la realización de ese reino, haciendo resaltar por la vía de la amenaza la inflexibilidad final de la justicia divina, mostrándonos a Cristo también en su aspecto de poder y de triunfo. Solo así se completará el cuadro, cuando resulte la fusión de los dos elementos complementarios: el Evangelio y el Apocalipsis. Si el Evangelio nos traza nuestra línea de conducta, dejando libre de aceptarlo o no, el Apocalipsis entra en la historia y narra las vicisitudes de la realización en la Tierra de aquel nuevo reino que fue anunciado en el evangelio. Se delinea así el desarrollo de aquella lucha cósmica entre el bien y el mal en el cual se realizan los más altos destino de la vida, y de esa lucha él nos predica y garantiza el epílogo. El lenguaje del Apocalipsis se transfigura de amoroso como en el Evangelio, en trágico y violento, porque expresa una fuerza que se yergue como espada flameante para derrotar definitivamente el furibundo asalto de las fuerzas del mal. El Apocalipsis se mueve en un terreno de batalla, la más grande del universo, aquella batalla entre Dios y Satanás, en la cual Dios vence. El mal debe ser destruido, pero el mal está revestido de una armadura y resiste por todo los medios. Este es el mayor drama del ser, en el cual toman parte el cielo y la tierra, fundidos en la misma tempestad y el mismo desarrollo lógico. Se agita el mundo de las causas primeras, que mueven sus ejércitos constituidos de poderes imponderables, los cuales toman formas en el desencadenamiento de los elementos destructivos, manifestaciones ellas de la rebelión satánica, a estas manifestaciones se contraponen otros ejércitos conformados por poderes espirituales, el brazo derecho de Dios, con el cual él fulmina a los malvados rebeldes y los somete a su orden. La evolución no es ascenso tranquilo y pacífico, sino una lucha sangrienta en la cual Satanás se empeña a fondo en mantenerse rebelde y no ser destruido.

Se entona así, entre el cielo y la tierra una orquestación de poder cósmico. Se debaten en la tierra ejércitos de demonios guiados por formas monstruosas. Pero otros ejércitos luchan en el cielo compuesto de ángeles, y las fuerzas del bien y del mal se miden y solo Dios, el gran general dirige la batalla. Esa gran batalla abarca al universo, trasciende del plano físico al plano moral, y de este hacia los planos más altos del espíritu. Se estremece todo el edificio del cosmos sacudido desde sus fundamentos. El pensamiento de Dios relampagueando dirige las acciones, su voluntad emite centellas de cósmico poder, expresando su acción en la batalla, centellando e hiriendo a diestra y siniestra descendiendo hasta el espacio y el tiempo en nuestro mundo concreto fulminando a los rebeldes. Las falanges celestiales mueven los elementos en un terrorífico desencadenamiento.

Responde sobre la tierra el desencadenar de las fuerzas del mal. La humanidad está atrapada entre los dos fuegos, sin escapatoria, fugitiva, destruida. Es la hora del juicio, la hora en la que se hace justicia. Dios espero demasiado. Las puertas de la misericordia están cerradas. El mal ya se aprovecho demasiado y de ello se ha enorgullecido, como si fuese una victoria suya, el mal osó subir los escalones hacia el trono de Dios para desafiarlo cara a cara. Ya es suficiente. Una bondad ulterior no es compatible con el orden y con el bien, el orden tiene que ser reconstituido para no acabar en el caos. Los oprimidos, vilipendiados, atormentados, deben ser restaurados a su dignidad de hijos de Dios por lo cual lucharon y dieron su sangre a fin de re-ascender y por lo tanto merecen el auxilio de Dios. Y es precisamente Dios quien les extiende el brazo de su poder y los eleva a un sitial alto. Esta es la hora de la justicia. Se cierran las puertas de la misericordia, se detiene el devenir, para y concluye el camino de la evolución, se fijan entonces las posiciones conquistadas por cada uno en el largo caminar, y se rinden cuentas para cada uno según a lo que tenga derecho por sus obras. Es la hora del juicio.

El Apocalipsis habla de la plenitud de los tiempos. Estamos hoy en esa plenitud del tiempo. Dios se expresa en el pensamiento y la voluntad de la historia como una onda que se impone a los hombres y a los acontecimientos y que pende como un destino amenazador sobre el mundo, porque la medida de sus iniquidades se ha colmado y esta es la hora de la rendición de cuenta. Vivimos tiempos apocalípticos, en el cual la Ley debe cumplirse. Por muchos siglos Cristo ha esperado la realización de su Evangelio. El reino de Dios tiene que llegar cueste lo que cueste. No le está concedido al hombre el poder de considerar como vana la venida de Cristo a la tierra. El drama del apocalipsis es nuestro, de nuestro tiempo, las fuerzas del mal llegaron hasta el trono de Dios, orgullosas de ello, y seguras de vencerlo lanzan el último ataque contra Dios mismo. El ojo de Dios, siempre abierto, observa y espera. Mas, la hora que Dios cobre esta cerca, porque llegamos a la madures del tiempo y Dios invencible se prepara para el triunfo. Él es siempre el centro de todo y, en medio de la gran batalla tiene el bastón de mando para que el bien venza y los buenos triunfen.

Encontramos hoy en el apocalipsis una tremenda amenaza para los malvados y una gran promesa para los buenos. Hemos visto ya en la obra "*Dios y Universo*" que la destrucción final de los malvados sino se convierten al bien, es parte integrante del propio sistema. La victoria de los buenos está garantizada. Esa es la victoria de Dios, el fin del mal significa también el fin del dolor, no puede haber otro punto de llegada en el otro extremo del camino. Relegar para siempre a Satanás y a los malvados en un infierno eterno no es un acto digno de Dios, ya que no podemos admitir que su creación pueda tener, ni si quiera en parte un fin tan desgraciado. A esta destrucción final, como veremos, (Apocalipsis XX: 14-15), cuando nos habla de la segunda muerte para todos los que no hayan sido escrito en el libro de la vida (Dios y el bien).

Por otro lado, el apocalipsis concluye con la felicidad y el triunfo en los cielos, en una exultación de aleluyas delante del trono de Dios. Esta es la fatal solución del conflicto, fatal porque está implicada en el determinismo que, como vemos, está implícito en la perfección de la Ley. Ahora bien, sepan los buenos para que sean reconfortados y para su esperanza que cuando todo haya sido hecho para salvar a los malos, estos, libres por su propia naturaleza, si desearan permanecer en estado de rebeldía, serán inexorablemente destruidos. Entonces los buenos conocerán el triunfo. Este es el mensaje reconfortante que trae consigo el Apocalipsis para los buenos. Y los malvados

sepan que si ellos persisten en el estado de rebeldía, les aguardarán espantosas pruebas, hasta ser eliminados. Esta es la advertencia que trae el Apocalipsis a los malos para que cambien su camino. Esto tiene la función de confortar a los buenos, para que tengan coraje y para que perseveren, así como la de advertir a los malos para que cambien de rumbo. Viene así ofrecidos a cada uno todos los medios, para ascender hasta el bien. El Apocalipsis puede parecer un libro de duras amenazas para la férrea realización de la Ley, y a la vez puede parecer un libro de imparcial justicia, porque si la prueba que él predice es una solución trágica para los malvados, para lo buenos, es solo un desierto de penas por las cuales se debe atravesar para alcanzar la inefable alegría de revivir en Dios.

Confórtense los buenos porque si hoy vivimos los duros tiempos del Apocalipsis, ellos tienen este gran libro, hoy más actual que nunca, que les sostendrá en las pruebas con la visión de las grandes metas a alcanzar. Porque constituye una maravilla del orden que todo lo rige, que el mismo cataclismo que Dios envía a la Tierra pueda servir tanto para sanar y reorganizar, léase, como agente de depuración del mundo, de los malvados que son eliminados del terreno que infectaban y, al mismo tiempo, como prueba para mayor purificación de los buenos, porque más rápido y mejor puedan ellos llegar a ser aptos para el ascenso a los planos más felices de la vida. La Tierra, como el hombre de hoy en día, no puede ser lugar de paraíso, tan involucionado es su ambiente, es tan solamente un lugar de prueba y sufrimiento. Felices lo que lo consideran apenas como un purgatorio, para purificarse y ascender. Los buenos, por lo tanto nada tienen que temer de los tremendos presagios del Apocalipsis. Porque a ellos, este no les dice nada, solamente le habla a los malos. A pesar de estar todos mezclados, juntos, Dios sabrá ejecutar la delicada operación quirúrgica de separar a los malos, para salvar a los buenos. Estos, alégrese, porque el Apocalipsis nos recuerda que por más que en la tierra reine el mal y parezca vencer, el bien es el rey del Universo; que por más cuenta que sea la lucha entre Dios y Satanás, Dios es más fuerte y los buenos vencerán con Él; les recuerda el Apocalipsis que el día de la destrucción de los malos será el día de la resurrección para los buenos; que por más que domine en la tierra la injusticia y el desorden, hay planos de vida más altos, al que los buenos purificándose en el dolor, llegarán; planos en los cuales reina la justicia y el orden. El Apocalipsis les recuerda que al final cada uno recibirá según su merecimiento y no según su prepotencia, que el verdadero señor no es el hombre sino Dios; que detrás de la historia, esta su sabiduría, que salva todo del egoísmo humano. Les recuerda que vendrá la justicia tan invocada, la cual reparará todos los errores. Vendrá la verdad tan buscada, que barrerá para siempre todas las mentiras.

Si aquí en la Tierra todo es imperfección, en lo Alto los planes perfectos de Dios y el sistema de la Ley, hecha de bondad, lo dirige todo y nada se le escapa. En ningún libro, tanto como en el Apocalipsis, se siente la bondad férrea de Dios que en el momento oportuno, impone justicia; siente su invencible potencia, para imponer que la Ley sea respetada; se siente, como en la hora de la creación, la gigantesca presencia de Dios, que retoma en sus manos las riendas del Universo, no para darles ya el primer impulso, sino para concluir el largo camino seguido y para juzgarlo. La lucha cósmica entre el bien y el mal llega a su epílogo y se resuelve en la victoria de Dios sobre todas las fuerzas, que así son reducidas del caos a su orden. Los problemas primeros y últimos se reúnen en la misma solución. La última palabra del tema cósmico es el trueno del poder de Dios, y el relámpago de su pensamiento triunfante. Así la sinfonía ocurre. Su orquestación es un perfecto proceso lógico, en el cual se desarrolla el funcionamiento orgánico del universo, en el

transformismo evolutivo, hasta la victoria final del bien, en los planos más altos, donde la vida es triunfo del espíritu.

CAPÍTULO VII

EL APOCALIPSIS

(PARTE 2)

Examinemos ahora más de cerca el texto del Apocalipsis. Leyendo según el espíritu más que según la letra. Veremos su verdadero pensamiento el cual es claro en sus grandes líneas. Dicho pensamiento es el mismo que el primer mensaje espiritual de la navidad de 1931 con el cual se inicio nuestra primera obra. Con el Apocalipsis, el cual ahora conocemos, constatamos que nos repite el mismo pensamiento central que venimos desarrollando desde aquel mensaje hasta hoy, pensamiento en el cual un gran profecía nos da la más clara confirmación. Citamos de nuevo el mensaje de navidad de 1931, el cual ya fue citado en el capítulo 4: “(...) *El hombre será dominado por una sensación de orgullo y de fuerza tan grande, que se traicionará (...) Noto un aumento de tensión, lento pero constante, que preludia el inevitable estallido del rayo. Esta explosión es la última consecuencia, aún de acuerdo con vuestra lógica, de este movimiento (...) Antiguamente los cataclismos históricos, por estar aislados los pueblos, se podían mantener circunscritos; ahora no (...)*

La destrucción, sin embargo, es necesaria. Será destrucción sólo de lo que es forma, incrustación, cristalización, de todo lo que debe caer, para que permanezca solamente el concepto que sintetiza el valor de las cosas. Es necesario un gran bautismo de dolor para que la humanidad recupere el equilibrio libremente violado: gran mal, condición de un bien mayor.

Después, la humanidad, purificada, más leve, más seleccionada por haber perdido sus peores elementos, se reunirá en torno de los desconocidos que hoy sufren y siembran en silencio, y retomará, renovada, el camino de la ascensión. Empezará una nueva era en la que dominará el espíritu y no la materia, la que será reducida al cautiverio. Entonces, aprenderéis a vernos y a escucharnos; descenderemos en multitud y conoceréis la Verdad.”.

Para facilitar la comprensión podemos dividir el Apocalipsis en tres partes.

La primera parte contiene amonestaciones a siete iglesias del Asia menor y comprende los tres primeros capítulos del libro.

La segunda parte describe la gran lucha entre el bien y el mal hasta el advenimiento del prometido reino de Dios. Este es el tema principal de Apocalipsis, aquello que más nos interesa, porque toca nuestro tiempo y el futuro próximo. Esta parte va desde el capítulo IV hasta el XIX.

La tercera parte ve hacia un futuro lejano hasta el juicio final, que va desde el capítulo XX hasta el XXII.

Antes de escuchar el Apocalipsis, orientémonos. El camino de la evolución del pensamiento humano se puede dividir en tres partes o edades:

1.- La edad de Dios como señor. Es la edad anterior a Cristo. Un Dios fuerte, terrible, guerrero, vengativo, celoso, protector de su pueblo. Es el Dios de los ejércitos. A él se debe obediencia servil sólo por el temor que inspira, sin comprensión ni amor, por la ley despiadada del talión. Época violenta y feroz, en la cual el hombre en su estado involucionado de egocentrismo restringido y de dura insensibilidad, no podía responder más que por egoísmo, interés o temor a ser dañado siguiendo sus instintos de guerra, no sabía obedecer, sólo conociendo la fuerza, el comando absoluto del más fuerte, sólo por esto Dios es respetado, sólo porque Él es el más fuerte, y porque como tal tiene el poder de castigar. Si Él no fuese el más fuerte todo se revelarían contra Él. El amor y la comprensión no han nacido aun en el alma humana. El pueblo no puede comprender más que la obediencia ciega por la fuerza y el terror.

2.- La edad de Dios padre. Es la edad que va desde Cristo hasta hoy. Tenemos un Dios bueno y pacífico, más universal. A Él se le debe obediencia filial, por amor y fe. Él castiga no por venganza, sino por justicia y para enseñar, conoce la bondad, la misericordia y la providencia del padre por sus hijos. Él se ha aproximado a nosotros en comprensión y amor, conceptos que eran otrora ignorados. Esto ha sido posible por la evolución humana, por lo que pudo apelarse al sentimiento y al corazón, fuerzas que una vez fueron desconocidas y se encontraban en estado de latencia y que hoy son llamadas a la acción. Pudo apelarse también a la cultura y a la inteligencia y surge una doctrina y una teología, un reordenamiento filosófico, época de la codificación, trabajo sobre todo de defensa de la verdad revelada. Pero también es la época de los misterios en la cual se debe creer sin clarificaciones racionales, época de los dogmas, de la obligada disciplina del pensamiento, sin el cual, dado como es el hombre, no se mantendría el orden. El hombre no sabe todavía guiarse a sí mismo por medio de la libre comprensión y necesita de la coacción, aunque esta sea solamente moral, para no perderse en la anarquía.

3.- La edad de Dios en nosotros. Es la edad del reino de Dios en la tierra, de la nueva civilización del tercer milenio, la civilización del espíritu. Dios sale del claustro del templo y se revela presente en todo su esplendor de alma pura. Tenemos un Dios amigo, con el cual nos unimos en colaboración porque en el hacer su voluntad comprendemos que significa construir nuestra felicidad. Mas que estar próximo a nosotros, nos hemos fundido en Él, porque en nosotros a causa de la evolución ocurrió un despertar por el cual nos hicimos conscientes de que Él está en nosotros y nosotros estamos en Él. Caen no sólo las constricciones de la fuerza propia de la primera edad, sino también aquellas moralidades de la segunda edad, dado que el hombre ha progresado y es capaz de auto guiarse por medio de la libre comprensión, sin la necesidad de coacción para que se mantenga el orden, la disciplina es libre, hecha solo de inteligencia y amor, porque el hombre ha comprendido. Desaparecen los misterios y los dogmas de fe, porque la sensibilidad, la cultura y la inteligencia estarán más desarrolladas en el hombre, que podrá intuir la verdad por sí mismo, sentir la presencia de Dios, o por lo menos comprender por la vía racional las verdades que serán todas claramente demostradas, porque la época de los velos o de las exclusiones iniciáticas habrán finalizado. Esta será la época de la luz del espíritu del conocimiento, de la obediencia libre que

nace del convencimiento. Por evolución el reino de Dios, nacerá en nosotros como un re-despertar. Dios no castiga más, sino que cada hombre se auto-corrige por la necesidad de armonizarse con la Ley, en la cual solo reside la felicidad. Es la época de la libertad consiente, de la disciplina espontánea, de la adhesión por convicción al orden divino.

Esta ascensión es lógica, como lo es el desarrollo de una semilla. Así pues se pasa del terror de la primera edad a la fe de la segunda, y por último al conocimiento de la tercera; se pasa de un régimen de fuerzas, a uno de amor y al final se alcanza uno de inteligencia y espiritualidad. Es un progreso de liberación progresiva que sólo puede ocurrir cuando la evolución humana lo permita. Todo está en función de dicha evolución. Las religiones no pueden ser ni más altas ni más libres que lo que es la propia naturaleza humana que todo, inclusive la concepción de Dios, rebaja a su nivel. Este último salto hacia la espiritualización es el gran evento que nos espera al final de este milenio y en la alborada del tercero, es gran acontecimiento de la instauración en la tierra del reino de Dios. Y esto, justamente es lo que nos anuncia el Apocalipsis.

Comencemos entonces el examen de la segunda parte del Apocalipsis. En los primeros dos milenios, la obra de Cristo en la tierra fue una fase preparatoria del próximo advenimiento del reino de Dios. Y esto es el justamente lo que nos viene diciendo el Apocalipsis.

Comenzamos entonces el examen de la segunda parte del Apocalipsis. En los primeros dos milenios la obra de Cristo en la tierra fue una fase preparatoria del próximo advenimiento del reino de Dios. En esta fase se debía cumplir: 1.-) la experimentación biológica de los nuevos principios del Evangelio, para que la vida, en su evolución, consiguiese aprender un poco y al menos adaptarse a ellos; 2.-) la asimilación para que esos principios nuevos comenzasen, a fuerza de repetición y técnica de los automatismos comenzase a fijarse un poco sobre los instintos; 3.-) la conservación del patrimonio espiritual heredado, a fin de que la verdad revelada pudiese a través de las tempestades de los siglos, llegar intacta a los nuevos tiempos; de esta fase preparatoria, se pasa hoy a la acción. Si en la penetración del Evangelio en la vida poco se hizo en dos mil años, tal penetración aún continúa en las almas, continúa en las obras de elaboración interior para que el mundo resurja a la aurora del tercer milenio, tal como Cristo resurgió en el alba del tercer día.

Sin embargo, esta victoria de los seguidores, en los cuales se personifica el pensamiento de Cristo en la tierra, no es en lo absoluto pacífica. Es, por el contrario, una lucha gigantesca, la cual, por los momentos, es apenas el momento terrestre de una batalla cósmica, en cual se agita y se estremece el universo. Es la lucha de Satanás contra Dios. El Apocalipsis nos narra sus vicisitudes. Allí está el esquema general. Hasta un cierto momento Dios observa y espera, dejando al hombre libre para experimentar, para que aprenda. Esta es la libérrima acción de los hombres contra Dios (los primeros cuatro sellos). Ocurre después la acción opuesta por parte de los amigos de Dios (quinto y sexto sello), finalmente ocurre la acción directa de Dios, quien al ver saturada la medida, interviene directamente, breve, instantánea. “Hecho esta”, dice el Apocalipsis. El reino de Satanás es destruido y Dios venció. Esto es a grandes líneas el plan de la segunda parte del Apocalipsis, del cual nos ocuparemos en lo sucesivo.

Todo esto es expresado con cuatro símbolos mayores: los sellos, las trompetas, los portentos, las copas de la ira de Dios. Tales símbolos, cada uno en números de siete, expresan el desarrollo de la acción de la gran batalla. En mismo ritmo con el cual estos símbolos avanzan, con varias

concordancias en sus contenidos, hasta las idénticas palabras a veces repetidas en el mismo punto de su ciclo, nos autorizan a entender estos cuatro símbolos como una expresión distinta según diferentes perspectivas de los mismos acontecimientos. Quisimos, por ello, emparejar sellos, portentos, trompetas y copas, para leer en ellos los mismos hechos demostrados en aspectos diferentes.

Imaginémonos al apóstol Juan, quien ya había posado su cabeza en el pecho de Jesús y lo vio morir, imaginémoslo viejo, luego de una vida de acción y de pasión, orando de rodillas ante Dios, en el bosque de la isla de Patmos, con los cabellos batiéndose al viento marino y el alma inmersa en la impetuosa tempestad de las vicisitudes mundanas. Arrebatado en la inmensa visión, supera el tiempo y el espacio, y proyecta su mirada fulgurante al futuro. Los cielos luminosos del oriente fantástico lo observan y en lo alto el ojo de Dios, delante el cual se estremece y se inclina, ora, se humilla y se inflama. Entonces él oye una voz que le dice: “aquello que vieres, escríbelo en un libro...” y él vio y narró: “...y vi, y después de eso, vi...”

Así comienza el Apocalipsis. Se abren los cielos. “yo soy el alfa y la omega, dice el Señor Dios, el que es, el que era y el que ha de venir, el Omnipotente”. He allí que aparece la visión del trono de Dios, delante del cual se eleva el cántico: “Santo, Santo, Santo es el señor Dios, el Omnipotente”... Juan ve a la derecha de Aquel que estaba sentado sobre el trono, un libro cerrado y sellado con siete sellos. El cordero y divino lo toma de la mano derecha de aquel que estaba sentado sobre el trono y lo abre, rompiendo un sello después del otro. Juan ve y narra.

Así, después de este poderoso prelude comienza a desarrollarse la historia espiritual del mundo. Suenan las siete trompetas, aparecen visiones aterradoras, monstruos espantosos, se rasgan los cielos de donde llueve destrucción, siete ángeles derraman sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios, aniquilando los ejércitos del mal. Mientras tanto, los buenos esperan con paciencia, son escogidos, se reúnen, y mientras se derrumban las suntuosas obras de Satanás, cantan ellos por fin su victoria en el cielo. Cristo a la cabeza, triunfa y Satanás es encadenado. En verdad, las puertas del infierno no prevalecerán. La acción se desarrolla a un tiempo donde en la Tierra existe felicidad: luego de una lucha apocalíptica, un final cósmico en el cual relampaguea el poder vencedor de Dios. Si el libro es aterrador en sus acontecimientos y pudo parecer un crudo y despiadado mensaje de la ira de Dios, en realidad narra la historia de la salvación del mundo, por parte de aquella inteligencia superior que todo lo guía, impuesta a la multitud humana que, mientras que la absoluta voluntad de Dios es que todo sea reconstruido, lucha desesperadamente por destruirlo todo y por perderse.

Pero sigamos los eventos desde más cerca. Los sellos se abren uno por uno. Y es allí donde aparecen los cuatro caballos del Apocalipsis; primero, el caballo blanco, luego, el sello siguiente, el rosado, luego el negro, al final, el pálido entre verde y amarillo en la rotura del cuarto sello. Los personajes comienzan a aparecer en escena aún sin actuar, pero se dejan identificar por sus características más notables. La tempestad no ha comenzado aún y todo está en suspenso. A estas cuatro figuras se les han conferido las más diversas interpretaciones. Intentemos nosotros hacer una, pero teniendo presente que en este punto salimos del terreno sólido de la certeza para entrar al

de la probabilidad. Planteemos todo como hipótesis, porque es así como lo exige la mentalidad moderna. Así estaremos al tanto de todas las razones positivas que corroboran tal hipótesis.

Para alcanzar nuestro objetivo haremos, como dijimos anteriormente, un paralelo entre estos cuatro sellos y sus correspondientes portentos, esto entre los capítulos VI (del 1 al 8) y XII y XIII enteros, del Apocalipsis. Más particularmente nos referiremos al primer personaje relativo al caballo blanco del primer sello y el dragón del primer portento (cap. XII). Luego nos referiremos al segundo personaje referente al caballo rojo del II sello y de la bestia que sale del mar (cap. XIII del 1 al 10). Finalmente, nos referiremos al tercer personaje relativo al caballo pálido del IV sello y de la bestia que sale de la tierra (cap. XIII del 11 al 18). En el tercer sello (caballo negro) explicaremos porque lo dejamos atrás. Estos dos ciclos parecen paralelos y sus funciones indicarán mejor al personaje, Al final de este primer período, en ambos casos entran en escena los buenos, alabando al trono del Dios, y se repite en el segundo caso el número exacto 144.000 de los escogidos, como en el primero. Todo esto da la impresión de que se trata del mismo acontecimiento narrado en dos formas diferentes.

Sin entrar en particulares, coincidencias y razones que cada uno puede encontrar y analizar por sí mismo, daremos al caballo blanco el valor del símbolo del imperialismo inglés, al caballo rojo el símbolo de la Rusia Soviética; al caballo negro, el de la Alemania del eje, y al caballo pálido el de los Estados Unidos de América. Esta interpretación tiene la ventaja de referirse al momento histórico actual, que es aquello que más nos interesa. Ahora, en los sellos vemos los cuatro personajes de pie hasta la última guerra mundial. En los portentos, la vista sería retomada respecto a nuestro presente, en el cual, el caballo negro o Alemania del eje ha desaparecido, porque ha caído y se ha destruido. Las otras tres son las que permanecen de pie: Inglaterra, Rusia y Estados Unidos que encontramos en los tres portentos bajo la forma del dragón, de bestia que sale del mar y de bestia que sale de la tierra. Estas tres potencias son hoy los patrones del mundo y guían el futuro.

Para justificar esta individualización, trabajo que nos llevaría a un examen más detallado de las características particulares de los símbolos representativos de tales personajes, nos basta sólo recordar que el dragón es potente y se arrastra como serpiente, que es el símbolo de la astucia engañadora. La bestia representa claramente la animalidad involucionada en antítesis del espíritu, aquella que apela al materialismo moderno, basado sólo en el bienestar del cuerpo. Los dos personajes no son más que dos bestias diferentes, es decir, dos formas de materialismo idéntico en sustancia, que se aferran sólo a las cosas de la tierra, único propósito de la vida. Todo esto en contraposición al reino del espíritu en el cual se aprecian otros valores.

Para justificar la individualización paralela correspondiente al dragón (cap. XII), o sea, al caballo blanco de Inglaterra, recordaremos las palabras que el Apocalipsis dice sobre este caballo. "... y les fue dada una corona y salen de vencedores para vencer". Para la primera bestia o caballo rojo o Rusia soviética, el Apocalipsis dice: "...les fue dado el poder de robar la paz de la tierra para que los hombres se asesinaran los unos a los otros, y se les dio una gran espada". Para el caballo negro o Alemania del eje, el Apocalipsis habla de medidas y limitaciones para vivir, tal como se experimentó en la última guerra. Para la segunda bestia, caballo pálido o Estados Unidos, el Apocalipsis habla de muerte y destrucción, vertidas ampliamente en Europa. Los colores, rojo

para Rusia y negro, colores del eje, son evidentes. Estados Unidos aparece de último en el IV sello, del mismo modo que apareció en la última guerra.

Observamos ahora la calidad del II portento, el de la bestia salida del mar (Apocalipsis, XIII, del 1 al 10) para ver si concuerda con aquellas del personaje de la Rusia soviética expresadas en el segundo sello o caballo rojo. Bestia implica materialismo. Como vemos, el mar significa pueblos, naciones, lenguas (Apocalipsis, XVII, 15). Luego el texto dice: "... y yo vi una de sus cabezas como herida de muerte: pero su dolor mortal fue sanado". Esto podría entenderse como el rescate del gran golpe que amenazó a Rusia en Stalingrado. Y el texto continúa: "... y le dio al dragón su potencia, su trono y su gran potestad... Y toda la tierra estuvo repleta de admiración después de la bestia. Y adoraron al dragón porque había dado la autoridad a la bestia y la adoraron, diciendo: ¿Quién se parece a la bestia y quién puede competir con ella?.." ¿No fue, en efecto, la reciente potencia rusa debida al apoyo inglés (dragón), quien convenció a los Estados Unidos de hacer lo mismo? A partir de allí surgió la fanática fe de las masas por la ideología comunista y todos adoraron a los vencedores: materialismo, Inglaterra, Rusia. El texto continúa: "... y abren su boca en blasfemia contra Dios, para blasfemar su nombre... y les fue dada la facultad de hacer la guerra a los santos y vencerlos..." el ateísmo ruso es notable en su campaña antirreligiosa. Importante, luego de haber dicho. "... y le fue dada la facultad de actuar por 42 meses..."¹, la conclusión: si alguno tiene orejas, que escuche. Si alguno lleva a alguien a prisión, terminará en prisión; si alguno mata con espada debe ser muerto a espada..." Es así como deberá terminar la potencia rusa: en autodestrucción. Concepto que forma parte de las leyes y del sistema ilustrado en estos volúmenes; concepto ya ampliamente explicado. "Quien usa la espada, perecerá a espada", norma evangélica que es ley de vida irrefrenable por ninguna fuerza humana. El Apocalipsis concluye: "... Aquí está el sufrimiento y la fe de los santos". Aunque los buenos tenían el coraje que el mal no podía vencer por completo, la justicia de Dios existe y nadie puede reprimirla.

Observamos ahora la calidad del III portento, es decir, el de la bestia que sale de la tierra, (Apocalipsis, XIII, del 11 al 18) para ver como concuerdan con aquellas del mismo personaje, es decir, los Estados Unidos de América, expresadas por el IV sello o caballo pálido. Hemos visto que el caballo negro del III sello o Alemania desaparece en la escena política del mundo. Dicha bestia es la otra forma de materialismo que sale de la potencia de la tierra, riquezas del suelo e industrias. Dice el texto: "... y hablaba como un dragón..." o sea, la misma lengua inglesa. "... Y todo el poder de la primera bestia lo ejerció en presencia de aquella..." presencia ya realizada, en efecto, los sueños de bienestar del comunismo ruso. "... E hizo que la tierra y sus habitantes glorificaran a la primera bestia, la que permitió sanar la plaga mortal..." Fue por ayuda de los Estados Unidos que Rusia fue victoriosa y grande. "... E hizo portentos grandiosos, que hacían bajar fuego del cielo sobre la tierra..." He aquí las fortalezas voladoras, las bombas atómicas, los nuevos descubrimientos científicos. "... Y hará que nadie pueda comprar o vender si no tiene la marca, el nombre (es decir) de la bestia y el número de su nombre". En otras palabras, dominio completo del dólar sobre todo. El capítulo concluye con el famoso número 666. Si se calcula según el alfabeto hebraico, este número representa a Nerón. Luego, se otorga a esta cifra, según el caso, el significado de una cantidad de personajes históricos. Tal vez es un número de fantasía para decir que muchos personajes igualmente malvados, se presentarán hasta el final de la historia. Pero todo eso es trabajo de adivinos, terreno en el cual no podemos entrar.

En este punto viene, en ambos ciclos, un cambio de escena. Acabamos de llegar a la decepción de personajes en cuantos a sus características y actuaciones pasadas. Tenemos ahora un intermedio en el cual entran en escena los personajes del lado opuesto: los soldados de Dios. Se abre el V sello. Los buenos imploran que se haga justicia, mientras, se les pide que permanezcan tranquilos por un breve tiempo, hasta que sea completado el número de sus hermanos sacrificados. Al abrirse el VI sello se inicia la preparación espiritual de los soldados de Dios, la cual equilibra la preparación material de sus enemigos. Esto es necesario, porque las grandes pruebas se avecinan y explotarán al abrirse el VII sello. Tenemos una breve pausa antes de que se desencadene la gran tempestad. Todo nos hace pensar que esta pausa representa el ahora. Es un momento de espera en el cual las fuerzas contrarias se preparan, se miden, desarrollan el ímpetu para atacar. Dios observa y espera; permite la entrada de todos nuestros experimentos que pretenden disminuir su acción. Los malvados, seguros de sí mismos, se mueven hacia la conquista del mundo y van hacia su propia destrucción. Los buenos suplican, tiemblan, esperan. Dios observa, los deja a todos libres, pero todo se escribe en el libro de la vida en el cual nada más se borra y por el cual todo el mal se paga y todo el bien da frutos. La Ley no tiene prisa, así que el tiempo no puede pararla y nada escapa de su sanción. El examen que estamos haciendo aquí del Apocalipsis y su orientación, nos interesan, sobretodo porque parecen importarles nuestro presente y representan una clave para conocer nuestro futuro.

1.- Nuestro período es repetido en el Apocalipsis, XI, 2, con las palabras: "... pisotearán la ciudad Santa por 42 meses".

Estamos en un período de pausa, en el cual el hombre continúa divirtiéndose, sin saber cual espada de Damocles pende de él. Un nerviosismo dominante nos revela que el instinto siente vagamente, la llegada de la tremenda reacción de las leyes. Ya nadie tiene fe en el mañana, también el presente está cargado de amenazas. Con el VII sello se iniciará, en efecto, la serie de castigos, porque estamos próximos a la hora en la cual Dios habrá esperado suficiente, habrá agotado la oferta de salvación y deberá intervenir para que regrese el orden y se haga justicia.

A la apertura del VI sello, vemos dos manifestaciones opuestas. Los malvados han desencadenado una gran guerra. Es su obra, ya no es la obra de Dios. Paralelamente, los buenos se escogen para formar el contra ejército de los hijos de Dios. La tempestad instada por los malvados, cobra el aspecto de un cataclismo natural. "... Y todos se esconderán en las cuevas y en las rocas de los montes. Y decían a los montes y a las rocas: Caigan sobre nosotros y escóndannos..." Tal es el último intento por salvarse de la incursión aérea, que esta vez será atómica. El otro lado está en manos de un ángel, para que los vientos estén tranquilos y ningún daño sea hecho, para que no sean marcados sobre sus frentes con el sello los siervos de Dios. Y el número de esta elección será 144.000. Esta cifra siendo el resultado de $12 \times 12 \times 1000 = 144.000$ y representando el número sacro plenario, pudo significar gran multitud. Se forma entonces una muchedumbre de todas las razas, géneros y lenguas de cara al Reino de Dios, multitud de colores que venían de la gran tribulación; y Dios extenderá sobre ellos su tienda.

Esta escena encuentra su correspondiente en aquella de todo el cap. XIV del Apocalipsis que sigue el III portento de la bestia salida de la tierra, como veremos. Nos reencontramos aquí con los mismos 144.000. Marcados en la frente. Se repite la escena del cántico frente al trono. Ellos son

los elegidos del ejército de Dios. Continúa al paralelismo en una prolongación de la pausa. El número XIV continúa con el anuncio dado por cuatro voces de ángeles. Son los últimos acontecimientos previos a la catástrofe: "... Teman a Dios porque la hora de su juicio ha llegado... Quien adora a la bestia y su imagen y lleva su signo en la frente o en la mano, beberá el vino de la ira de Dios que está listo en el cáliz de su cólera"

Aquí termina el intermedio. Continuamos observando los dos cuentos en paralelo. En el primero de ellos llegamos finalmente a la apertura del VII sello. Luego hubo un gran silencio en el cielo. Y a siete ángeles les fueron dadas siete trompetas. Mientras ellos se preparaban para hacerlas sonar, una cuchara de oro se erige ante el trono de incienso con las oraciones de los santos y su humo se eleva con las oraciones hacia Dios. Es el momento solemne en el cual se inicia el desencadenamiento de la justicia divina. Sonaran, ahora más seguido, las siete trompetas y a cada sonido le seguirá un azote inevitable, en una tempestad inminente hasta el 7º sonido. Ahora todo se invierte y, como a la apertura del 7º sello estallaba un cataclismo (las siete trompetas) igualmente, hasta el 7º sonido todo se calma y el 7º ángel y otras voces anuncian: "El reino del mundo se pasó a nuestro señor, a su Cristo y en ellos reinará por los siglos de los siglos". Se eleva una plegaria: "Te agradecemos, oh Señor Dios Omnipotente, porque has asumido tu gran potencia y has comenzado a reinar... y llegada tu ira... es el momento de dar merced a tus siervos... y de destruir a los destructores de la tierra..." (Apocalipsis XI, del 15 al 18).

Observemos la otra historia en paralelo. También aquí, el intermedio terminó y estalla la catástrofe. Luego de las últimas advertencias de las cuatro voces (Apocalipsis, cap. XIV, del 6 al 13) existe aún una prolongación de la espera con nuevos anuncios. Y otro ángel demanda al divino justiciero que aparezca sobre una nube: "... Haz de tu hoz y siegas, que ha llegado la hora de segar, porque la cosecha de la tierra ya está seca". Entonces otro ángel grita: "...Haz de tu hoz afilada y vendimia a los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras..." De hecho, en semejanza con los 7 ángeles y las 7 trompetas, aparecen otros 7 ángeles con 7 copas de oro colmadas de la cólera de Dios. Pero también aquí, como en el otro cuento, antes de pasar a la acción, se eleva un canto a Dios (Apocalipsis XV, 1 y siguientes), glorificándolo y adorándolo. Todas las naciones se postrarán delante de él, porque ha manifestado su sentencia. Es la hora de la rendición de cuentas. Los 7 ángeles toman las 7 copas. El santuario de Dios se llena de humo de su gloria y su poder; y ninguno podrá entrar hasta que no sean vertidas las 7 copas. Es el momento solemne en el cual comienza el mismo brote de la justicia divina, como con las 7 trompetas. Seguidamente, se verterán sobre la tierra las 7 copas de la ira de Dios, y a cada copa le seguirá un flagelo sin frenos, en una tempestad inminente hasta la 7ª copa. Todo fue merecido. Las copas serán vertidas sobre la tierra, sobre el mar; luego sobre ríos y fuentes y luego sobre el cielo, sobre el trono de la bestia; en el aire mismo. Y todo está hecho de sangre, de fuego, en seco; se quema, cae enfermo y colapsa en una ruina universal. En la 7ª copa también la acción se detiene, como en la 7ª trompeta, y una gran voz surge del santuario, del lado del trono, diciendo: "está hecho". Todo es limpio, conclusivo, los enemigos de Dios ya no existen, el drama está completo con la victoria de Dios; el reino de Satanás ha colapsado, el alba del nuevo reino de Dios se ha despuntado. Este momento, expresado por la palabra. "está hecho", corresponde al del 7º sonido de trompeta que anuncia: "El reino del mundo ha pasado a manos de nuestro señor y a su Cristo y ellos reinarán por los siglos de los siglos."

Esta podría ser una interpretación del concepto central del Apocalipsis, sobrevolando los particulares, pero claramente aferrándose a aquello que es más importante, y que observaría de modo impresionante nuestros tiempos. También es admisible que en una revelación profética, proveniente de inspiración de dimensiones superiores, la sucesión temporal puede haber sido dictada en una manera poco precisa sobre nuestro plan de vida, sólo porque el profeta no puede dejar de percibir todo como un estado de contemporaneidad. Así se explica una cierta mezcla de los particulares y la repetición de su misma visión como una proyección en dos tiempos diferentes, que a primera vista podrían parecer sucesivos para nosotros. De igual modo, le presentamos todo al lector moderno, positivo, sólo como hipótesis, que él podrá controlar y también rechazar. Pero esta nos parece la más interpretación más aproximada posible hoy en día y conducida racionalmente del Apocalipsis con respecto a los tiempos actuales. Por sí solo tal vez no logre explicarse. Pero corroboraremos esta tesis con las previsiones de otras profecías y de las pirámides. Y veremos todo concordar, quedando lógicamente encuadrado en el sistema de la Ley hasta ahora explicado, tales afirmaciones serán más aceptables también para el hombre positivo moderno.

La sustancia del razonamiento es simple en este libro, dicho y redicho. Todo está dirigido por una ley que representa el pensamiento de Dios. Así más allá de la pequeña libertad humana, existe un inteligente determinismo que conduce los acontecimientos. El hombre de hoy ha asumido la posición de Satanás rebelde ante la Ley. Es natural que el sistema los mantenga colapsados. Lo hemos explicado bien en el volumen: *“Dios y Universo”*. Dada su orientación, el hombre se encuentra en la posición de abandonado de Dios, que por respeto a su libertad, no lo fuerza, pero aún se retrae. Y dice: “¿Quieren experimentar la fuerza? Experimentenla. Pero les he advertido que quien usa la espada, morirá a espada. ¿Creen en el ejército y en las armas? Pruébenlas. No quieren el amor evangélico y acuerdan en una única cosa: ¿En la mentira, en el egoísmo, en traicionarse recíprocamente en todo? Pagarán todos juntos. El castigo será cumplido por ustedes mismos porque lo llevan en ustedes. Se asesinarán el uno al otro, porque a eso los lleva el mismo sistema. Quieren hacer del poder no una función de vida en una misión, sino un medio para presionar a individuos y pueblos. Por favor, háganlo. Prueben, prueben. Sean libres. Así se matarán todos, pero ya que no saben otro modo de aprender, y aprender es necesario, vayan a la dura escuela que han escogido”. Este razonamiento lo leemos idéntico en el Apocalipsis, de modo que parece escrito por nuestro tiempo. Y si este parece feroz y despiadado, aún no expresa cual es la exacta consecuencia de la libre, pero loca conducta humana, en el seno de una Ley cuyas reacciones son fatales.

Ahora llegaremos al término del período experimental de la Ley, momento en cual, Dios ha esperado lo suficiente; los experimentos humanos se hacen siempre, o con más frecuencia en tiempos desastrosos, de modo que no sea necesaria una intervención superior para finalizarlo. El límite de distensión de la elasticidad de la Ley está a punto de ser superado, sus columnas protectoras se parten y el sistema, como en el inicio de la revuelta de Satanás, se derrumba sobre los rebeldes que son atropellados por el caos generado por ellos mismos bajo la orden de Dios. Ahora irrumpe la hora del juicio. Se sacan las cuentas para que cada uno lo tenga según sus propias obras y méritos. La esperada realización del Evangelio en la tierra no deber seguir siendo frustrada; la maldad humana no puede seguir teniendo el poder casi inútil de retribuir la venida de Cristo a la tierra. La Iglesia ha cumplido su función de conservar, arrastrándose tras su precioso

equipaje durante el período tenebroso de dos milenios. Hoy necesita realizarse. En el tercer milenio, como Cristo en el tercer día, necesita resurgir. No basta la excepción de los santos. El evangelio debe posesionarse y penetrar en la vida del hombre; debe insertarse en la institución social. Todo nos dice estaremos en la plenitud de los tiempos. Se han dado suficientes advertencias y anuncios. ¿Estamos justamente en la pausa o en el intermedio visto en el Apocalipsis, los cuales preceden el estallido de la tempestad? ¿Cuándo se abrirá el 7º sello y sonarán las trompetas, o se derramarán las 7 copas de la ira de Dios? ¿Y qué pudo hacer el hombre por sí solo contra la gran inteligencia que dirige la historia y la vida? Es cierto que, si en los planes superiores se reconoce la necesidad de una intervención directa de fuerza sobrehumana, y se ha decidido efectuarlo, nadie podrá detenerlo. Ahora la historia dispondrá de fuerzas suficientes como para poder realizar aquello que hoy parece increíble, es decir, la formación de nuevas corrientes del pensamiento y de diferentes tipos biológicos dominantes, la purificación de la humanidad, sin importar lo que cueste, y su establecimiento en el seno de una nueva civilización del espíritu en el tercer milenio. Que por encima de las fuerzas del mundo físico conocidas por la ciencia, exista un mundo de otras fuerzas aún desconocidas, es seguro. Que el hombre sea una hormiguita atacada por un grano de pólvora cósmica y que nada pueda hacer contra tales fuerzas, es aún más seguro. Y que nosotros no podamos negar a priori la posibilidad de que todo aquello que el Apocalipsis anuncia, pueda hacerse realidad en nuestros tiempos, es seguro. ¿Cómo negar, aún científicamente, que no pueda haber relación entre las fuerzas morales y físicas? ¿Y quién puede decir que la humanidad no está cometiendo errores tremendos en el terreno espiritual? ¿Cómo afirmar que la potencia del pensamiento no regirá al mundo? Y entonces podremos decir a los escépticos: “¿Y si todo aquello que el Apocalipsis afirma fuera verdad?”

La visión de la gran prostituta (Apocalipsis, XVII) no es más que un comentario aclaratorio de toda la visión. Esta mujer es la contraposición de la mujer vestida de sol con una corona de doce estrellas en contra de la cual lucha el dragón del primer portento anteriormente examinado. Si en este algunos ven la Iglesia o hasta la Virgen María, en la otra, la Babilonia grande, madre de las prostitutas, ven a la ciudad de Roma de Nerón, de los 7 cuellos y 7 emperadores, de Nerón a Domiciano; otros, ven al paganismo corrompido; otros, ven el materialismo de nuestros tiempos, otros, como dice el Apocalipsis, ven a la reina de los mares, es decir, Inglaterra, protestante, vestida de laborismo y en conjunto con la bestia. Pero mientras algunos católicos prefieren verse en el protestantismo, algunos protestantes ven la Iglesia de Roma como traidora de la misión de Cristo que a ella fue confiada. Para otros, la gran prostituta es Europa. Observando su mapa al revés, del norte al este, el perfil sobre los mares puede dar la impresión de una mujer sentada sobre Rusia, que representaría la bestia escarlata, como dice el Apocalipsis, sobre el cual se sienta la gran prostituta. El brazo derecho, sería Italia y con ella la figura parece sostener un cáliz (Sicilia), mientras que el brazo izquierdo sería Inglaterra; la cabeza es España y su cabello, Portugal. Roma estaría en el medio del brazo derecho. El capítulo XVII que habla de la prostituta, termina exactamente con esta afirmación: “... las aguas que has visto, donde está sentada la meretriz, son pueblos y multitudes, naciones y lenguas...” Y Rusia tendría la siniestra tarea de devorar la civilización europea. Esta interpretación viene naturalmente de escritores del lado americano del atlántico, porque todos quieren involucrar al prójimo y nunca a sí mismos en sus errores y aprietos.

Es cierto que en nuestro tiempo la ciencia ha logrado alcanzar lo inaudito. El automóvil, el radio, la televisión, la conquista del aire, el descubrimiento de la energía atómica; incluso el proyectarse

a la posibilidad de la exploración interplanetaria, representan una conquista tal sobre las fuerzas de la naturaleza, que no se sabe hasta donde el hombre podrá llegar. Existen los elementos materiales para desarrollar modos de vida absolutamente nuevos en un tipo de civilización en formas que hoy son increíbles. Los elementos básicos para una transformación radical de concepciones y hábitos, están ya en práctica. Los fundamentos científicos y prácticos de una nueva civilización, ya son aplicados en un salto sin precedentes en la conquista del tiempo y del espacio, los dos grandes obstáculos para el libre movimiento del hombre. Ciertamente, estas conquistas materiales reaccionarán también en el estado psíquico y espiritual de la humanidad, ayudándola a evolucionar.

Pero por supuesto, tal aumento de poder es un arma de doble filo, porque si no está acompañado por un desarrollo paralelo de la conciencia sobre el terreno moral, todo eso puede representar un inmenso nuevo poder de destrucción en manos de un inocente, quien podría darle una aplicación inesperada debido a su inexperiencia. El hombre, con el descubrimiento de la energía atómica, aún no se ha dado cuenta de dónde ha metido sus manos, de cuán cerca está del centro de las cosas, de invertir la técnica de la creación. Así, sus poderes crecen desmesuradamente, de modo que esto pueda representar ventajas para su bienestar, también podría significar daños a sí mismo. Y el nuevo poder es tal, que podría escaparse de las manos inexpertas hasta que sea imposible controlarlo. ¿Y qué decir cuando se sabe que este poder no está hoy en manos de los sabios, sino en manos de gobernantes que, debido a su misma posición, no pueden evitar sentirse atraídos por el triste arte de la política? ¿Qué decir cuando se sabe que este poder está a la merced del egoísmo, del odio, del interés, de la manifestación de las más bajas pasiones? ¿Qué garantía de sabiduría pueden dar en este sentido, los gobernantes que han llegado al poder suprimiendo a sus rivales y manteniéndolo con el terror? Puesto que ésta es la psicología de los dueños de tales fuerzas, del mundo pende una gran espada de Damocles sujeta de un cabello.

Si se parte este cabello, comienza la guerra. Y la guerra de hoy tiene estas características: 1.-) amenaza a todos, incluso a los civiles. Por lo tanto, también es una guerra de nervios, es peligro y terror para todos. 2.-) Todos mueren, también los inermes en una común hecatombe. 3.-) Es una guerra de tres dimensiones. 4.-) Es una guerra de todos los pueblos, porque también los lejanos no beligerantes la padecen, y la pagan con daño y sufrimiento. 5.-) Es una guerra de exterminio total, de aniquilamiento y sin salvación.

Si se parte el cabello de la espada, caerá sobre la cabeza de la humanidad. Tales condiciones tan catastróficamente amenazadoras no se han verificado nunca en la historia del mundo. ¿No son estas las señales indicadoras de la plenitud de los tiempos, como dice la profecía? Pero ellas dicen algo más: “Ahora, cuando estas cosas comiencen a ocurrir, mantengan la frente en alto y alcen sus cabezas, porque la redención está cerca... Cuando vean estas cosas suceder, sepan que el reino de Dios está cerca”. (Lucas, XXI, 28 y 31). Aquellas señales, anunciadoras de acontecimientos espantosos, anuncian también algo más, esto es, la plenitud de los tiempos orientada hacia la llegada del reino de Dios a la Tierra, de modo que deba realizarse un nuevo modo de vivir y una civilización nueva en el tercer milenio. Estamos entonces en una época extraordinaria a la que apuntan las profecías, culminantes en una transformación radical del mundo.

Existe aún otro hecho indicador, otra señal de los tiempos, y es la caída de los misterios. Estos son clara y progresivamente explicados de acuerdo a la ciencia. Entonces podremos repetir las palabras

de San Pablo en la epístola a los judíos (X, 26, 27 y 31): “si nosotros pecamos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, no queda más sacrificio por los pecados que la espantosa espera del juicio... es espantoso caer en las manos del Dios vivo”. Cuando todo sea claro y evidente, quien no quiera aceptar la verdad del espíritu y obedecer la Ley, ya no podrá encontrar misericordia, porque no la merece.

Podrán cambiar y ser inciertos los detalles de las previsiones políticas, pero lo que sí es cierto es que aquel pueblo, grupo o institución que haya pecado, tendrá que pagar. Esta es la ley cierta. Cada uno puede deleitarse haciendo un examen de conciencia ajena, antes que uno propio. La ley queda igual. Es inútil tener potencia terrenal, si se es injusto en el espíritu. Esta potencia no podrá defendernos y se derrumbará frente a la ley que quiere justicia. Así concluye el Apocalipsis en el cap. XVIII “... ¡Ahí, ahí! ¡La gran ciudad, Babilonia, la ciudad fuerte! ¡En un momento ha venido su juicio!... ¡En un momento, su magnificencia ha sido reducida a un desierto! Alégrense a causa de ella; el cielo y sus santos, apóstoles y profetas, porque se ha hecho justicia divina con Su condena”.

Paralelo a este derrumbe del mal, corresponde un triunfo en los cielos (Apocalipsis XIX). El derrumbe en la Tierra fue completado. La voz de una multitud inmensa se eleva gritando. “... ¡Aleluya, el señor ha hecho justicia!... ¡Den alabanzas a nuestro Dios!... Porque el señor dios ha logrado reinar.” Hemos llegado al epílogo que es la victoria de Cristo. Satanás es encadenado. Finalmente, puede realizarse en la tierra el anunciado Reino de Dios. Todo esto es de una lógica urgente. ¿Es posible que el bien sea vencido por el mal, Dios por Satanás y que la misión de Dios en la tierra naufrague, así, sin ningún resultado? También el sistema de la Ley tiene una lógica, y si todo eso ocurriera, todo el sistema caería súbitamente. Y este sería un derrumbe aún más fragoroso y desastroso que el de las potencias del mal, lo cual es descrito por el Apocalipsis. Si esto ocurre, quedan la salvación y la vida en el orden divino; pero si se derrumba la Ley, es decir, el sistema de Dios y el bien, sólo quedará la destrucción de todo por la caída definitiva del universo en el caos.

El gran drama del Apocalipsis está en su epílogo, y se cierra en su 3ª parte con la escena grandiosa de la resurrección de los muertos y del juicio universal. Satanás está definitivamente derrotado. Ante el trono de Dios comparecen los muertos. Se abre el libro de la vida donde todo está escrito y cada uno es juzgado según sus obras. El mar entrega sus muertos. La muerte y el infierno entregan sus muertos: “... Luego la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego; ésta es la segunda muerte. Y aquel que no fue encontrado en el libro de la vida, fue arrojado al lago de fuego.” (Apocalipsis, XX, 14 y 15) es entonces una absoluta destrucción final, que también acaba con la muerte y el infierno, una segunda muerte, última y definitiva en la cual caen todos aquellos que no fueron encontrados en el libro de la vida. Y la vida es Dios, así que aquellos no fueron parte de Dios y del bien. Ellos son eliminados del sistema y anulados como espíritus. Esta no es la muerte común del cuerpo, no es el decaimiento normal de las cosas para renovarse y evolucionar. No es la muerte usual de la cual todo resurge. Esta es la segunda muerte, la definitiva, la del espíritu.

Hemos llegado al límite de la Ley, a la hora en la cual el ciclo involución- evolución se cierra con el retorno a Dios, la cadena de las reencarnaciones termina, es cumplido el camino del renacer

hacia Dios, concedido al haber caído para redimirse, cesa la posibilidad del error y la necesidad de expiar. Está en la lógica del sistema que la experimentación no se pueda dilatar al infinito, que el ser no pueda tener a su disposición la misteriosa elasticidad de la Ley y la paciencia de Dios, para siempre. Sería un absurdo inadmisibles en el orden que todo rige, que se le concediere a la libertad humana imponerse sobre la Ley y sustituirla, sobrepasando los límites de sus propias funciones, por las cuales aquella libertad es admitida, subvirtiendo eternamente aquel orden. Debe llegar la hora en la cual acaba el tiempo máximo asignado para que el camino de la evolución haya sido caminado por aquellos que han querido recorrerlo, el tiempo en el cual todas las ayudas fueron dadas, todas las posibilidades agotadas, la hora en la cual se hacen las sumas y quedan por fuera aquellos que, incluso pudiendo hacerlo, no han querido redimirse en lo absoluto. Entonces todo es cumplido, puesto que el proceso evolutivo ha llegado a su conclusión. Así que se detiene el futuro fenoménico, es decir, cada fenómeno deja de engancharse al siguiente para alcanzar finalmente la fase última y definitiva solucionándola en el estasis, porque se ha agotado el transformismo en el tiempo, se ha paralizado cada posibilidad de recuperación y la escuela se cierra.

Ahora, por no tener más sentido ni objetivo, acaban la muerte y el dolor, los estados de pena, el infierno. Es agotado el paréntesis de la revuelta y el desorden, todo debe retornar al estado perfecto de originaria felicidad, como Dios quiso su creación. El ciclo del descenso y el resurgimiento ha sido todo recorrido, quien ha querido redimirse ha alcanzado su salvación, e incluso habiendo errado, ha aprendido la gran lección del bien y del mal. Quien no ha querido redimirse, puesto que nadie puede ser obligado y que el rebelde no podía quedarse indefinidamente allí y contaminar el sistema, será definitivamente expulsado con la eliminación de su yo. Entonces es lógico que todo lo que fue necesario derrumbar en el universo para hacer resurgir a Dios, que todos los instrumentos útiles para cumplir la obra de reconstrucción, no teniendo ya objetivos de bien ni razón de existir, sean eliminados, como en el edificio terminado donde los andamios necesarios para ejecutar las labores, son removidos.

Esto fue explicado en el volumen: *“Dios y Universo”* y es confirmado aquí en el Apocalipsis. Dios no podría no ser el vencedor absoluto. No podría serlo sobre enemigos encadenados, que eternamente lanzarán sobre él su voz de maldición, meditando un regreso. La lógica impone no sólo la victoria absoluta de Dios, sino un orden hecho perfección como tiene que ser cada obra de Dios, no permite en lo absoluto las disonancias de voces rebeldes aún y cuando están apartadas, y la presencia de un tumor maligno a la espera de explotar. Esto se encontraría en el propio seno de Dios que es todo, del cual nada se puede extraer y recaería en Dios, porque nada puede estar completamente fuera de Dios. ¿Y cómo podría quedar en Dios una zona anti- Dios? Luego, en un universo en el que no encontramos fenómeno que no tienda a cumplirse, esto de la supervivencia eterna de las individuaciones personales de las fuerzas del mal, sería el único fenómeno que permanecería incompleto, sin concluir en el sentido positivo de la victoria, ni en el sentido negativo de la derrota absoluta y definitiva. Esto es incluido en el transformismo universal o futuro evolucionista, como lo son todos los otros fenómenos. Entonces no hay razón para que ello se comporte de otra manera.

No sabemos explicarnos esta concepción de la supervivencia del mal en forma de encarcelación, sino como una proyección antropomórfica, como un producto de la psicología humana, transportados a un mundo donde ésta no pueda llegar, es decir, de lo relativo al absoluto. Tal

concepción pertenece a la miseria de las victorias humanas, caducas y atadas a nuevas derrotas, emplazadas en el futuro, hijas del transformismo; concepción que es cerrada dentro de este límite, que ya no tiene sentido y no puede existir más allá de ello, así que se detienen cuando se habla de futuro y transformismo, porque ya están solucionados. Hace falta comprender que pasado tal límite, se entra en lo absoluto, en lo inmóvil perfecto, y que allí todos los conceptos que nos conciernen, del futuro en busca de perfección, todos los puntos de referencia sobre los cuales se basan, se derrumban. En aquel mundo superior, es lógico que nuestras concepciones no puedan existir. No es posible que las victorias de lo absoluto sean iguales a las de lo relativo. Las victorias de Dios deben ser diferentes a las nuestras, o sea, absolutas, sin posibilidad de reacciones y de continuidades en la lucha, simplemente resolutivas y definitivas. Y para que la victoria de Dios sea absoluta, el enemigo debe dejar de existir. Su sola existencia, también en calidad de encadenado, sería una perturbadora supervivencia del desorden, incluso cuando la victoria sea mínima, incluso cuando el testimonio de revuelta esté latente, sería una coexistencia de voluntad de negación en el sistema positivo, una prueba de imperfección, es decir, de una obra incompleta. Es necesario que cada individuación de las fuerzas del mal, al final, si quisieran permanecer igual, deban desintegrarse con personalidad propia, porque la divina sustancia espiritual que la constituyó, la abandona para encauzarse en la opuesta corriente del bien, vencedor absoluto. Es así como aquellos “yo soy” dejan de existir en la segunda muerte, como dice el Apocalipsis, que aquello que nos confirma, también es anulado como espíritu. No hay solución más lógica que esta porque racionalmente concluye según los principios del sistema; es la solución más exhaustiva y definitiva, porque lo soluciona todo permanentemente, de manera más armónica, equilibrada y justa, porque los negadores de Dios que es vida, son negados por Dios en la muerte. No hay solución más grave y resolutiva e incluso más piadosa, porque es la única que puede ser compatible con la verdad de un Dios que no quiere ensañarse o vengarse inútilmente, cuyo único objetivo fue la felicidad del ser creándolo bajo el principio fundamental del amor.

Así concluye también el Apocalipsis. La destrucción final del mal y de las individuaciones que lo representan, están sustentadas en los volúmenes anteriores. Allí retornamos con esta nueva confirmación, después de que nuestro largo camino ascensional por estos escritos nos ha llevado a un conocimiento más profundo y a una madurez más avanzada. Ahora vemos de lleno la lógica absoluta, y la imprescindible necesidad de este concepto, porque si al final quedara en el universo la más mínima pizca o huella del mal y del dolor correspondiente a esta, la creación quedaría contaminada y su perfección dañada; la gran obra de Dios resultaría manchada y fracasada en una forma inconciliable con el concepto de Divinidad, que sólo puede ser perfecta. En Dios no hay lugar para lo incompleto, para lo relativo; todo debe ser completo y absoluto, así como la victoria sobre el mal. El gobierno del universo es y puede ser totalitario y absoluto, porque está en manos de un ser perfecto. Tales gobiernos son inadmisibles en la Tierra, porque el hombre perfecto no existe, cosa que se intenta compensar con errores, multiplicando el número de dirigentes, porque estos los eliminan controlándose entre opuestos. Pero un Dios dueño y vencedor no incondicional, es absolutamente un absurdo. Así, el exterminio del mal, tiene que estar completo hasta las raíces del ser, allá, donde este dice: “yo soy”, de modo que el mal no pueda resurgir. El tiempo de las luchas debe ser acabado sin posibilidad de regreso. También las cenizas del incendio destructor del mal deben quedar en el recuerdo de un triste pasado, porque incluso esta mínima huella, contaminaría y haría anómala la perfección de lo absoluto, a donde todo regresa finalmente.

Sobrevivirán sólo los puros que permanezcan como tal y los decadentes que se purifiquen, todos en igual estado de pureza.

Con esto el Apocalipsis da una nueva confirmación de las teorías del volumen: “*Dios y Universo*”. En este hallamos todos los motivos del sistema: la revuelta original que se perpetúa en los malvados, el dualismo bien- mal, Dios- Satanás, la destrucción final del mal y el triunfo incondicional de Dios. El Apocalipsis narra el camino del ser rebelde que regresa a Dios, y concluye con la victoria final del sistema sobre el anti- sistema. Si la ascensión se desarrolla en medio de una gran lucha en la que Dios permite al mal actuar, porque a todos se les da la oportunidad de ascender a través de la prueba del bien; si el Apocalipsis pudo parecer un libro de terror a causa de los malvados, porque trata de una condena inexorable, todavía sigue siendo un libro de justicia para todos, y para los buenos es un mensaje de alegría, porque de eso se trata el desarrollo del proceso evolutivo del mundo hasta la reconquista de la felicidad original, hasta el triunfo absoluto de los buenos en el bien, en la gloria de Dios.

CAPÍTULO VIII

NOSTRADAMUS, MALAQUÍAS, LA ASTROLOGÍA, LAS PIRÁMIDES, DANIEL

“No desprecien la profecía, examinen todo.

Retengan todo lo que sea bueno.”

San Pablo. I epístola a los

Tesalonicenses. V: 20-21.

Veamos ahora lo que dicen algunos de los profetas más notables con respecto a nuestros tiempos. Michele Nostradamus nació en Provençe (Francia) en 1503. Tenemos un millar de sus profecías en diez centurias, que comenzaron a ser publicadas en 1555. Muchas de ellas tomaron rápidamente el camino que daría fama al autor. Aunque no se usa mucho la simbología como en el Apocalipsis, el texto en sí sigue siendo oscuro y con un sentido oculto. Esto se debe a que no es bueno que los hombres sepan su futuro, ya que es peligroso. Ellos quieren claudicar en su intento, pues no toleran la presencia de malos augurios; y como creen que pueden sellar el destino, persiguen y de ser posible, suprimen al profeta que anuncia su debacle.

Estos famosos siglos astrológicos comenzaron a ser escritos en 1547 y a ser predictivos en el 2001. De modo que nuestros tiempos también son importantes. Aunque el cálculo de los años presente un resultado diferente al nuestro, el establecimiento de los datos fue basado en cálculos astrológicos, según el zodíaco, midiendo las posiciones de los planetas y las constelaciones. Ahora, sin enredarnos con particularidades, en estos últimos 50 años de nuestro milenio, se vienen anunciando una serie de sucesos dramáticos en el seno de estas profecías: guerras, invasiones, revoluciones internas, persecuciones religiosas. La puesta en acción de varios anticristos. La llegada de una ideología horrenda y la persecución de la iglesia de Roma. El dominio de un jefe rojo y un falso papa en Italia. La huída de los verdaderos, como por ejemplo el “Pastor et Nauta” de Malaquías. Europa estará a la merced de guerras y desórdenes, y colaborará con el fin de

Inglaterra. En 1999 será la última invasión asiática. El anticristo es una fuerza, la doctrina ateo-materialista, la idea anticristiana que se va personificando en varios individuos, pero con el mismo propósito, como en el Apocalipsis. Tal fuerza está en contra de todas las concepciones espirituales que desea destruir. Su método es el desorden, su objetivo es desorganizarlo todo, su meta es el caos. Son los principios de Satanás. Las fuerzas del mal son claramente individuales. Es así como se llega, a lo largo de varios períodos y episodios, al final del siglo. Con este dramático final se cierran las profecías de Nostradamus.

Aún más antiguo que Nostradamus es el monje irlandés Malaquíás nacido en 1094. Éste sigue siendo famoso por haber conformado un Lignum vitae del cual se cosecha un abanico de ciento once pontífices, del papa Celestino II (1143) al último papa, Pedro el romano. Los papas no son definidos por sus nombres, sino por algún elemento característico que lo identifica, como el temperamento, posición histórica y actuaciones más remarcables. Así, se delinearán tanto los más recientes como los futuros: Pío IX, Crux de cruce. León XIII, Lumen in coelo. Pío X, Ignis ardens. Benedicto XV, Religio depopulata. Pío XI, Fides intrepida. Pío XII, pastor Angelicus, el papa actual.

Así tenemos los últimos 6 papas de la Cristiandad: 1.-) Pastor et Nauta. 2.-) Flos Florum. 3.-) de medietate lunae. 4.-) de labore solis. 5.-) de gloria olivae. 6.-) Petrus Romanus.

Pastor et Nauta significa viajes y procedencia lejana. Flor florum pudo significar el florecimiento de buenos hombres, como una cosecha de mártires, es decir, persecución en lugar del triunfo del bien. De medietate lunae, nos muestra a la iglesia lacerada por una escisión, un antipapa, tal como lo decía Nostradamus: tiempos muy difíciles. De labore solis, es decir fatiga y sol, verdad; es decir, trabajo fuerte por el triunfo de la verdad, cansancio al que Nostradamus también hace alusión. De gloria olivae. El olivo es símbolo de paz. ¿Pero será esa la calma que precede al huracán, o es la realización de la conversión de los hebreos al cristianismo, predicha por San Pablo? Petrus Romanus. La máxima completa dice: “En la última persecución de la santa iglesia romana reinará Pedro romano, quien dirigirá al rebaño entre tantas tribulaciones, posteriormente, la ciudad de los siete cuellos será destruida y el terrible juez juzgará al pueblo”.

El último pontífice sería entonces Pedro II, el único que lleva el nombre del primero. Faltarían seis papas para llegar al final de los tiempos. En promedio se puede calcular que cada papa gobierna nueve años. El tiempo puede ser suficiente para contenerlos, debido a que faltan casi cincuenta años para el 2000. Alrededor de medio siglo separan a Pedro II del fin del papado. Y también aquí todo coincide con el Apocalipsis. Extraña coincidencia: en la basílica de San Pablo en Roma, donde están todas las medallas de los papas hasta hoy, solo hay espacio libre para seis. Dato que coincide con la profecía de Malaquíás. De todo esto se valen los enemigos del Cristianismo para pronosticar el fin del papado. No se trata del fin de la Iglesia, cuando se habla del fin del mundo se trata solo del nacimiento de un mundo diferente. Podría tratarse de la mutación de la forma de organización eclesiástica o de su desaparición absoluta en una civilización más espiritual. En este punto termina la visión situada al centro del volumen. “*Nueva civilización del tercer milenio*”. De este modo, podíamos conocer esta coincidencia. Es cierto que la frase: “Habrá un solo rebaño y un

solo pastor” no puede referirse a un imperialismo religioso bajo el mando de un jefe terrenal. Se refiere a una fusión de almas bajo el nombre de Cristo, supremo jefe espiritual. También resulta lógico que en una nueva civilización del tipo espiritual, la religión, sobretodo, se espiritualice y se puedan realizar transformaciones que hoy son increíbles e imposibles, lo cual dista diametralmente de aquellas condiciones retrógradas que hoy son indispensables para el grado aún involucionado de la mayoría.

También la Ana Caterina Emmerich dice que cincuenta o sesenta años antes del 2000, Lucifer sería puesto en libertad por cierto tiempo. Más o menos lo mismo anunciaron las revelaciones de la Salette, publicadas en 1870. Observemos que dice el zodiaco. No es absurda la teoría de la correspondencia psicocósmica, bien sea para los individuos o para el pueblo. No se puede excluir precipitadamente, la posibilidad de una astrología mundial que defina el horóscopo, no el de símbolos, sino el de la humanidad, fijando los acontecimientos históricos en relación a los movimientos y a posiciones estelar- planetarias. Indudablemente, existen armonías en el universo, que se rigen entre sí, al ritmo de las olas que vienen y van, tal como el pulso armónico del pensamiento de la Ley. Todo lo existente forma parte de un gran organismo donde reina el orden, y cada una de sus partes, ocupa un lugar específico con una función dada, tal como ocurre con el cuerpo humano. Ahora el zodiaco anuncia, que cerca del 2000, el fin de la época reposa bajo la señal del pez y su ingreso en el acuario. Vivimos ya bajo la influencia de su aproximación. Cada signo zodiacal concluye con el caos, del cual surge un nuevo tipo de vida que parece renovarse. ¿Quién diría que semejante madurez biológica no podría originar un ser más evolucionado y que el actual sea el último producto de una era en descenso? Tal afirmación es menos absurda hoy, en comparación con cien años atrás cuando no existía el avión, la radio y la televisión. ¿Quién sabe si en la leyes de la vida ya estaba escrito eso, y que en el misterio de su inexhaustible resurgimiento esté ya germinando en secreto una nueva sensibilidad psico- espiritual que pueda obligar a una mutación social de nuestra forma de vida individual? La historia tiene sus giros ¿Y cómo excluir a priori que esta no sea una de esas? Y si justamente el nacimiento de un nuevo tipo biológico fuese necesario ¿Por qué no se podría realizar en la tierra el esperado reino de Dios? ¿Cómo prohibir a la vida que eso ocurra? ¿No es lógico en un organismo universal que la vida, del plano físico al psíquico, trabaje armónicamente con las fuerzas espirituales de las religiones?

El fin de este siglo está marcado por un conflicto astrológico entre dos planetas: Saturno, conservador y tradicionalista y Urano, innovador y revolucionario. Conflicto entre tendencias negativas, destructivas, materialistas; y tendencias constructivas, positivas y espirituales. Violencia de un lado, bondad del otro. El fin de nuestro signo del pez es insufrible y contrastante, pero el futuro, para el signo siguiente, acuario, se presenta con características benignas, opuestas al anterior. El momento es grave y está saturado de grandes fuerzas en conflicto; es peligroso y doloroso, pero pleno de recursos inmensos y posibilidades futuras. No es nuestro momento de paz, sino de tempestad; es también la hora de los grandes hombres, de gran arrojo y esfuerzo, de las grandes creaciones. “Durch Sturm Empor” (ascender a través de la tempestad), decía Beethoven. Y ciertamente la caída de una época, el fin de un mundo para hacer uno mejor, el final de un tiempo para retomar un nuevo tiempo. “Este es el siglo en el cual se establecerá el reino de Dios sobre la tierra”, escribía BAHÁ-U'LLÁH, el profeta oriundo de Irán (1817-1892). Tendremos

cincuenta años de lucha y cansancio y en el 2000 despuntará el alba de la nueva civilización del espíritu, para el tercer milenio.

Finalmente, escuchemos ahora la piramidología. La mayor esfinge conocida, de sesenta metros de altura, surge en Giza en el bajo Egipto, entre las pirámides de Keops y Kefren, casi como si custodiaran un gran secreto. Puesto que las pirámides son tres: Keops, Kefren y Menkaura y la primera, la mayor, puede definir como un libro de piedra, en el que yace escrita la historia de la humanidad. De hecho, parece que aquella pirámide no es sólo una tumba de un rey. Aparentemente, con ella los antiguos egipcios habrían querido revelar el futuro y transmitirnos un mensaje que nos concierne profundamente a través de un lenguaje de piedra y con medidas simbólicas correspondientes a futuras fechas históricas. Nos interesa comprender este mensaje, con el que sacerdotes y astrólogos tienen relación directa. Éstos, quisieron imprimir en piedra una expresión geométrica del determinismo histórico de las leyes. Los egiptólogos aseguran que esta pirámide se construyó entre el 2500 y 3000 antes de Cristo. La fecha del mensaje más reciente data del 2001. Así, son vistos con anterioridad los acontecimientos actuales y precedentes.

¿Eran los egipcios lo suficientemente sabios como para conocer con una sola mirada 5000 años de historia y a predecir con tanto tiempo de antelación? Parece que sí. Ellos conocían tanto las leyes y los lados ocultos de la vida, que se pierden de vista de nuestra ciencia positiva. Eran también científicos en un sentido moderno. La mencionada pirámide está situada con la máxima aproximación posible al punto central de la masa global terrestre. La pirámide revela la distancia exacta mínima del sol a la tierra y el diámetro polar de nuestro planeta. Su orientación norte-sur es exacta. Es el primer meridiano, más perfecto que el de Paris o Greenwich, porque atraviesa el máximo de continentes y el mínimo de mares y separa en dos partes iguales la porción de tierra habitada. La pirámide representa el año sideral, el valor exacto Pi: 3,1416, el valor del metro lineal, las posiciones y los ciclos de las estrellas, etc. No es por tanto absurdo, que quien conociera todo eso pudiera saber el desenlace de los ciclos históricos. Resulta que los constructores de la pirámide conocían los períodos de la civilización egipcia, hebraica y cristiana.

La pirámide de Keops mide 137 metros. Tenía un revestimiento calcáreo, claro, que la hacía brillar ante el sol. Fueron necesarios diez años para construir las bases y veinte para alzar la pirámide. En ella trabajaron cien mil hombres, reemplazados cada tres meses. Se calcula que para construirla se requirieron más de millón y medio de metros cúbicos de cal, con un peso equivalente de seis millones y medio de toneladas. Esta pirámide no posee punta. En la Biblia se hace gran referencia a la punta de la pirámide, a la piedra angular como el símbolo del Mesías. Ellos habían llegado, habían divulgado su mensaje moral, pero los hombres no los escucharon. Así que los constructores no pusieron punta a la pirámide. Las otras sí la tienen.

El mensaje de la nombrada pirámide es más fácil de comprender cuando nos referimos al “Libro de los muertos”. Este mensaje fue de hecho, el mayor documento transmitido por los antiguos egipcios. He allí una identidad fundamental de conceptos. Ahora penetramos en la pirámide, en su estructura interior de cámaras y corredores, para dejar un legado geométrico y astronómico a la gente del futuro. Ya el interior es anunciado por el exterior en forma de monumento. Existe una

ley cuaternaria que dirige al mundo. Toda la vida y los fenómenos que la rodean, obedecen a un ciclo de cuatro fases: nacimiento, desarrollo, madurez y muerte. Todas las cosas deben tener un momento para el génesis, para la ascensión y la plenitud, y por último, para el agotamiento y la muerte. Así, en el desarrollo de una tempestad meteorológica como de una civilización, en la jornada diaria (mañana, mediodía, tarde y noche) como en las cuatro estaciones del año y en los cuatro períodos de la vida humana (infancia, juventud, madurez, vejez). También la evolución de nuestro planeta está dividida en cuatro épocas según la geología, de la primaria a la cuaternaria. Esta ley general se refleja en la base cuadrada sobre la cual se eleva la pirámide y en sus cuatro fases. Pero cada una de éstas es un triángulo, es decir, el tres, que es el número perfecto. De este modo, los cuatro tiempos de la vida material se completan con los tres momentos del espíritu (trinidad) y todo se conjuga verticalmente, lo que representa a Dios, mente directora del universo. En su interior, el cuatro se transforma en siete, número místico. Igualmente, esto parece representar el ritmo de una ley adicional. Siete son los días de la semana, las notas musicales, los colores del arco iris, las virtudes y los pecados, los sellos, los ángeles con las trompetas, las copas de la ira divina en el Apocalipsis, etc.

También externamente, la pirámide de Keops parece estar cargada de simbolismo. Pero es en el interior donde el pensamiento de los grandes sacerdotes de Egipto, creadores del monumento, se hace más completo. En la fachada norte de la pirámide, en el décimo sexto peldaño, hay una entrada que irrumpe en un corredor descendente. Éste se puede dividir en otros corredores: ascendente, descendente y horizontal terminando en varias cámaras. No contiene escrituras. Las piedras están bien unidas, sin cemento, haciendo imposible introducir entre ellas la hoja de una navaja. De la longitud, altura, inclinación, peldaños y estructuras de los pasillos y habitaciones, se puede inferir el sentido profético que tales medidas indican. Éstas corresponden a los datos principales de la historia de la humanidad. La altura del corredor representa el desarrollo de la humanidad, cuando es alto, indica un período de progreso, cuando es bajo, un período de declive.

El corredor descendente de la entrada, luego de un breve trayecto, se divide en ascendente y descendente. Según el *“Libro de los Muertos”*, este primer trayecto representaría un período de preparación de la humanidad, de la época de la construcción de la pirámide, el punto de esta primera bifurcación, representa el éxodo de los hebreos. El corredor descendente termina en una cámara subterránea, y significa la degradación del hombre que, negándose a cumplir el esfuerzo de la evolución, decae cada vez más en lo material, con los fines que vemos reservados para las fuerzas del mal. La cámara subterránea en la que termina este corredor está muy por debajo de las bases, está construida al revés: el techo es liso y el piso fue dejado en piedra rústica. Según el libro de los muertos, esto simboliza la inversión de los valores humanos, por lo cual, revelándose a Dios. Se camina y se termina revertido.

Sigamos ahora al corredor ascendente. Este va desde el Éxodo de Israel hasta una segunda bifurcación que indica el nacimiento de Cristo y representa el inicio de la espiritualidad. En este punto se inicia, por debajo, el corredor horizontal que va a la habitación de la reina. A una distancia breve, por encima, muy en alto, en un punto poco más avanzado que señala el año treinta y tres D.C., de la muerte de Cristo, se abre la gran galería de casi cincuenta y nueve metros que lleva a la habitación del rey. Esta galería señala un período de proceso, debido a las luces del cristianismo y de la ciencia. El salto hacia lo alto coincide con la crucifixión de Cristo. Este

corredor termina en nuestros tiempos y llegaría exactamente a agosto de 1914, es decir, a la primera guerra mundial. En este punto el mensaje se hace más particular, indicando la plenitud de los tiempos en los cuales se cumple. Al término del gran pasillo, tenemos un peldaño que achica la entrada y por lo tanto es necesario agacharse. Esta es la primera minimización, luego el corredor se amplía de nuevo, simbolizando una retoma del progreso. Luego el pasillo se achica una vez más, entonces es necesario agacharse aún más para pasar. Según el *“Libro de los Muertos”*, este sería el período de caos, de reincidencia en el materialismo, representado nuestros tiempos. Luego de retomar el camino, tenemos una segunda caída, que corresponde al segundo pasaje bajo, que simboliza: humillación final. Este sería un período de Anticristos. Según Nostradamus, este sería el tiempo del sexto, séptimo y octavo anticristo, que haría lo propio entre 1966 y 1986, así se daría clausura a la historia del mundo cristiano. Santa Ildegarda ubica tal período entre 1955 y 1980. Anna Caterina Emmerich lo sitúa alrededor de 1960. Holzhauser habla de un solo anticristo y lo ubica en 1950, Soloviev en 1954. La gran pirámide, con la medida de este pasillo, anunciaría el nacimiento del anticristo en 1936. Eso pudo significar un principio, una ideología. Así llegamos a la habitación del rey, una vasta sala con diez metros de largo, cinco metros de ancho y cinco más de alto; sin ornamentos, un sarcófago abierto de granito rústico. También en el *“Libro de los muertos”* la tumba abierta en la habitación del rey está en el último capítulo. Aquí termina el mensaje, con el año 2001, la última fecha de la pirámide, fin del viejo mundo e inicio de una nueva era.

Ahora otra voz nos llega desde lejos en el tiempo. Es el profeta Daniel que explica a Nabucodonosor, rey de Babilonia, su sueño, referido a lo que debe ocurrir al final de los tiempos. Se trata de la visión de una gran estatua, con cabeza de oro fino, pecho y brazos de plata, vientre de cobre, piernas de hierro y pies con partes de hierro y arcilla. Una piedra golpeó la estatua en sus pies hechos de hierro y arcilla, picándolos. Igualmente el cobre, la plata y el oro fueron picados, volviéndose como el cascabillo de los corrales de verano; el viento se los llevó y se perdió cualquier rastro de ellos. La piedra que golpeó la estatua se convierte en un gran monte y cubre toda la tierra. (Daniel, II, 26-35).

El mismo Daniel explica el significado del sueño. El rey de Babilonia, Nabucodonosor, es la cabeza de oro de la estatua. Luego surgirá un reino más bajo, de menor valor, que es el pecho de plata; en seguida un tercero, que es el vientre de cobre; después un cuarto, duro, representado por las piernas de hierro, significa que aquel reino será dividido, siendo duro en una parte y débil en otra. Las partes no podrán unirse, así como el hierro no puede mezclarse con la arcilla. En los días de este reino, Dios hará surgir otro reino, que por ser eterno no será destruido. Otros reinos serán picados y destruidos, pero este durará en la eternidad. (Daniel, II, 36-45).

Muchos estarán de acuerdo en ver en la cabeza de oro el reino de Babilonia, en el pecho, Persia como reino de plata, en el vientre, Grecia como reino de cobre; en las piernas, Roma como reino de hierro. Es un descenso hacia abajo a través de las diferentes partes del cuerpo, como un descenso en los valores de los materiales que lo componen. Luego este reino será dividido; es decir, el imperio romano se fragmenta entre Bizancio y Roma, imperio que se formará luego de varios intentos, (Carlo Magno, Napoleón) pero no logran reunirse de nuevo. Los diversos

fragmentos pueden reunirse, más no mezclarse, tal como el hierro no puede mezclarse con la arcilla. Así es la Europa de hoy, dura y débil al mismo tiempo. En los días de este reino, cuando las cosas se encuentran en estas condiciones, el profeta Daniel continúa y Dios hará surgir un reino inmune a la destrucción. Otros reinos serán destruidos, pero este durará a lo largo de la eternidad. ¿No parece esta la misma visión del Apocalipsis vista desde lejos? ¿Y qué cosa podrá ser este nuevo reino que consumirá a los otros y durará eternamente, si no es el reino de Dios anunciado en el Evangelio? Éste, siendo de origen divino y naturaleza espiritual, no podrá ser destruido y durará en lo eterno. ¿Esta intervención directa de Dios, no significa el manifiesto del pensamiento y voluntad de la historia de la cual hablamos, como onda portadora de los hombres y de los eventos para el logro de fines preestablecidos en el determinismo de la Ley que ahora empuña las riendas de la humanidad?

Y ahora, dice el profeta Daniel, una piedra golpea a la estatua en los pies de hierro y arcilla y los picó. Ahora fueron también picados el hierro, la arcilla, el cobre, la plata y el oro, convirtiéndose en cascabillo de los corrales de verano; el viento se los llevó y se perdió cualquier rastro de ellos. La piedra que golpeó la estatua se convierte en un gran monte y ocupó toda la tierra. (Daniel, II, 34-35). ¿Esta fragmentación de todos los elementos componentes en varios reinos no explica en términos más genéricos los flagelos destructores del mundo actual expresados en el Apocalipsis? ¿Qué pudo ser la estatua de pies de hierro y arcilla si no es la humanidad que pretende sustentarse en la materia en vez del espíritu? ¿Qué piedra es la que sacude a esta humanidad si no es la mano de Dios que golpea al hombre por su ciego materialismo? Y todo desaparecerá como cascabillo al viento. Tal es la caída de la Babilonia del Apocalipsis, la Babilonia grande, la madre de las fornicaciones y de las abominaciones de la tierra. Y la piedra que había agredido a la estatua se convertirá en una gran montaña y cubrirá toda la tierra. Es la victoria de Cristo, es el triunfo final de Dios sobre las fuerzas del mal. Visto más detalladamente, el Apocalipsis repite el mismo motivo.

Así pues, el profeta Daniel nos lleva a una nueva confirmación que reclama y refuerza los precedentes. Todo concuerda: el Apocalipsis, Nostradamus, Malaquías, la astrología, las pirámides, el profeta Daniel, nuestras investigaciones racionales y la lógica del sistema en la cual se basan. Y quien sabe cuántas otras concordancias se podrían descubrir ahora. Todo nos dice coherentemente que estamos en tiempos apocalípticos. ¿Quién podría negar que fuerzas sobrehumanas quieran hoy intervenir en la historia? ¿Quién puede impedirlo? ¿Y qué decir cuando tantos argumentos lógicos e históricos y tantas voces diferentes convergen en este mismo punto? Los ciclos históricos se repiten, aún cuando sus movimientos contienen tales imprevistos por las positivas calculadoras de probabilidades inmediatas, que podemos asombrarnos con cualquier cosa. Los políticos y hombres de acción del tiempo de Cristo no se percataron de su vida y obra.

Vivimos en tiempos de gran madurez, en el bien y en el mal, en grandes mutaciones. Todo eso nos explica e indica la posibilidad de una intervención directa del pensamiento y la voluntad de la historia en la guía de los destinos de la humanidad. Cuando ésta está tan enloquecida como para pasar el límite y arriesgarse a perderse, Dios acude a su salvación. La presencia de una lógica y de un pensamiento directivo de la historia, nos indica racionalmente que no se trata de una fantasía. Todo un sistema desarrollado en los precedentes diez volúmenes, convergen hacia este concepto y confortan esta tesis. Dios actúa en la historia como un todo. Basta que Dios se retire del mundo y

que caiga en manos de fuerzas inferiores ávidas de divisiones, fuerzas satánicas que se manifiestan arrojándose las unas a las otras. Es la destrucción de todos. Ahora la humanidad está en esta calle. Cuando la medida de la maldad llegue al tope, el hombre quedará abandonado. Entonces la intervención del hombre parece negativo, porque el hombre, cegado por el revuelo, cumple por sí mismo la operación quirúrgica de su depuración con sus propias manos y con su propia carne. Luego de excluir el amor evangélico, como espíritu de paz, no queda sino la guerra de todos contra todos. Pero luego de este período de autodestrucción humana, vendrá la fase reconstructiva en la cual Dios se manifestará de forma positiva, no de abandono a las fuerzas inferiores para la demolición de lo viejo y gastado, sino activando la creación de la nueva civilización del espíritu.

Hoy nos encontramos en la fase de contraste entre el viejo mundo, radicado en la realidad concreta, materialista, fuertemente atado a la tierra y a la lucha por imponerse y sobrevivir. Es un nuevo mundo espiritual en formación, sustentado por las fuerzas de la vida que avanza, por la voluntad de la historia, por el comando de la ley, por la influencia de la presencia de Dios. Este mundo que representa el futuro de la evolución, está en una lucha por imponerse al modelo viejo que representa el pasado y que la vida, la historia, la Ley y Dios rechazan, porque todo debe mejorar. El actual momento histórico es la expresión viva de una fase decisiva en la lucha entre el bien y el mal, alrededor de la cual gira la historia del mundo. Es la lucha entre Dios y Satanás, como la describe el Apocalipsis. Es la lucha de anticristos y cataclismos, como la describen los profetas. Es una superposición de civilización y eras, como nos lo revelan las constelaciones y los planetas. Es la historia de la humanidad, como nos la narran las pirámides y como la resume la visión del profeta Daniel. Cambian las imágenes y las particularidades de los eventos y los datos, pero permanece un fondo idéntico. No nos interesan los detalles. Lo que nos interesa es el haber encontrado el gran hilo conductor de la historia, y notar que al poner todas estas vistas en conjunto, aún cuando son diferentes entre sí, logran concordar, fortaleciéndose la una con la otra.

Antes de escuchar estas voces, hemos interrogado a la lógica y a la historia de estos hechos y conseguimos la misma respuesta. Toda esta convergencia de elementos históricos, voces y razonamientos, nos confirman, con la seguridad propia de la intuición que, cualquiera que sean los particulares del proceso, en esta segunda mitad del siglo XX, hemos alcanzado la plenitud de los tiempos. Vivimos en un período apocalíptico, en el cual el mundo pasa de una civilización que colapsa, a una que emerge. La primera parte del trabajo corresponde a las naciones destructivas; la segunda, a las constructivas. Todas obedecen al mismo principio directivo que quiere que finalmente se realice un mundo en el que se caminará por la vía de la justicia ¡Y ya no más por el de la prepotencia! Se trata de un anhelo instintivo que reside en el corazón del hombre, es un sueño milenario de la humanidad. Lo instintivo y que habla irresistiblemente del corazón tiene un significado biológico. Es una ansiedad vital que tendrá que realizarse. Cristo, que en su primera vez vino en carne y hueso para amar y germinar, vendrá ahora en espíritu para juzgar y castigar, para que el rebelde impertinente sea expulsado, para que las fuerzas del mal sean liquidadas y que los buenos que tanto sufren, sean finalmente llamados a la plenitud de la vida. Ellos sufren, pero siguen siendo protegidos y mañana vivirán. Los rebeldes creen que vencerán, pero perderán. Los primeros, construyen en silencio los valores inmortales del espíritu. Los segundos, construyen al revés ruidosamente, los valores falsos de la materia, y en realidad, sólo están destruyéndose. Pero todos juntos colaboran bajo la guía de Dios, que quiere que se complete la realización de la nueva civilización del tercer milenio, que representa el advenimiento en la tierra del reino de Dios.

PIETRO UBALDI Y SU OBRA



A las 08:30 minutos de la noche del 18 de Agosto de 1886, nació Pietro Ubaldi, en Foligno, una pequeña ciudad italiana cerca de Asís. En aquella región impregnada de la espiritualidad de San Francisco, inició su contacto con este mundo, que siempre le pareció muy extraño por el juego desesperado de egoísmos, fruto de la ignorancia general de las leyes de la vida, el cual percibió, desde muy joven.

Ubaldi procuró estudiar esas leyes en los libros. Mas descubrió que ellos poco le ofrecían de la sustancia que en vano procuraba. Se graduó en Derecho en la Universidad de Roma (profesión elegida por sus padres, pero jamás ejercida) y en Música (ofrecimiento, también de sus progenitores), se convirtió en políglota, y hablaba fluidamente, Inglés, Francés, Alemán, Español, Portugués, conocía Latín y Griego.

Era un hombre de una cultura envidiable. Su tesis de grado en la Universidad de Roma, fue sobre la **EXPANSIÓN COLONIAL Y COMERCIAL DE ITALIA HACIA EL BRASIL**, muy alabada por el jurado examinador y publicada en 1911, en un volumen de 266 páginas por la Editora Ermano Loescher & Cia, de Roma, Italia. La escuela secundaria y la universitaria no le auxiliaron en su angustiosa sed de conocimiento. Comenzó entonces un periodo de intenso sufrimiento que fue su contacto con la vida de todos los días, con los hombres de todas partes, lo que constituyó una gran preparación para su espíritu. Había heredado de su padre una gran fortuna que no quiso considerar como suya por no haber sido producto de su esfuerzo personal, y a ella renunció y comenzó a trabajar como profesor de inglés en un colegio estatal en Módica, en Sicilia, después de ser aceptado en concurso público, siendo éste el medio que encontró para su sustento conforme le dictaba su conciencia.



En 1931 tenía 45 años. Se inicia entonces su gigantesco trabajo. Su inspiración alcanza alturas jamás soñadas, dando explicación genérica, sintética y profunda de toda la fenomenología universal, analizando al mismo tiempo y objetivamente, su evolución y la de toda la humanidad a través de 24 libros escritos que constituyen La Obra. Sus libros van siendo esparcidos por toda Italia, pero poco después, la guerra por un lado y la mentalidad europea con su conocida tendencia a la cristalización (saturada de culturas

seculares) no parecía ser el terreno apropiado para esta novedosa semilla que fructificaría en el espíritu humano a través del tiempo. En el verano italiano de 1932, comenzó a escribir La Gran Síntesis, concluida el 23 de Agosto de 1935 a las 23:00, hora de Roma. Este libro, con cien capítulos, escrito en cuatro veranos sucesivos, fue traducido a varios idiomas. Solamente en Brasil ya alcanzó veinte ediciones y otras realizadas en Uruguay, México, Argentina, Italia y Venezuela. Otros volúmenes, verdaderos manantiales de sabiduría cristiana, surgieron en los años siguientes, completando los diez libros escritos en Italia. Esta parte de La Obra está compuesta de:

Grandes Mensajes
La Gran Síntesis
Las Noúres
Ascensión Mística
Historia de un Hombre
Fragmentos de Pensamiento y de Pasión
La Nueva Civilización del Tercer Milenio
Problemas del Futuro
Ascensiones Humanas
Dios y Universo



En 1951 Pietro Ubaldi realizó su primer viaje a Brasil, invitado a realizar una serie de conferencias por todo el país. Finalmente, en Diciembre de 1952, se instaló definitivamente en tierras brasileñas, escogiendo su domicilio en San Vicente, “célula mater” de Brasil, en el estado de Sao Paulo. En 1953, retornó a su misión apostolar, y continuó la recepción de los libros y recibió el último mensaje, “Mensaje de la Nueva Era”, del Libro *Grandes Mensajes*. Dos años después se mudó con su familia al edificio “Nueva Era” (pura coincidencia, nada tiene que ver con el mensaje mencionado anteriormente), donde completó su misión, la segunda parte de La Obra, llamada Brasileña, porque fue escrita en Brasil. Allí desencarnó a los treinta minutos del 29 de Febrero de 1972, después de concluir su último libro (24º): *Cristo*. Ambos acontecimientos fueron previstos en su libro *Profecías*, escrito con 16 años de anticipación. Ubaldi considera que Brasil es realmente el país más propicio para el gran movimiento de transformación de la Tierra, rumbo a la nueva civilización del tercer milenio. Los catorce volúmenes escritos en Brasil son:

Profecías
Comentarios
Problemas Actuales
El Sistema
La Gran Batalla
Evolución y Evangelio
La Ley de Dios
La Técnica Funcional de la Ley de Dios
Caída Y Salvación
Principios de Una Nueva Ética
El Descenso de los Ideales
Un Destino Siguiendo a Cristo
Pensamientos
Cristo

Escritores católicos, espiritualistas, espiritistas, filósofos, poetas y científicos rindieron homenaje a Pietro Ubaldi y a su Obra. Entre ellos: Ernesto Bozzano, Marc'Antonio Bragadim, Antonio D'Alia, Gino Trespioli, Paolo Zoster, Enrico Fermi, Ricardo Pieracci, Franco Lanari, Paola Giovetti, Moris

Ulianich, Antonio Pieretti, Monseñor Mario Canciani, Cura Anthony Elenjimitam, Dario Schena Sterza, Cura Ulderico Pasquale Magni, Albert Einstein, Isabel Emerson, Gaetano Blasi, Maurice Schaerer, Humberto Mariotti, F. Villa Guillon Ribeiro, Carlos Torres Pastorino, Canuto de Abreu, Clóvis Tavares, Medeiros Corrêa Júnior, Monteiro Lobato, Rubens C. Romanelli, Emmanuel, Augusto dos Anjos, Cruz e Souza, etc..

Después de analizada su Obra, se puede constatar la magnitud y el interés palpitante que ella encierra para la humanidad de nuestros días. Pietro Ubaldi nunca pretendió hacer prosélitos, formar grupos o desencadenar luchas ideológicas. Insistiendo en estos puntos, declara en sus libros que el único propósito es hacer el bien y contribuir para que este mundo alcance, cuanto antes, su madurez espiritual.

